IMPEDIMENTA

MARYSE CONDÉ

El evangelio del Nuevo Mundo

Traducción de Martha Asunción Alonso

IMPEDIMENTA

MARYSE CONDÉ

El evangelio del Nuevo Mundo

Traducción de Martha Asunción Alonso

El evangelio del Nuevo Mundo

MARYSE CONDÉ

Traducción del francés a cargo de
Martha Asunción Alonso

IMPEDIMENTA

A Pascale: nunca una amiga

se convirtió en tan perfecta secretaria.

A Serina, a Mahily, a Fadel y a Leina;

y en homenaje a José Saramago.

PRIMERA PARTE

1

Es un pedazo de tierra rodeado de agua por todas partes: una isla, como suele decirse. No tan grande como Australia, pero tampoco pequeña. Es mayormente llana, pero combada por espesos bosques y dos volcanes. A uno de ellos se lo conoce como Pistón de la Gran Caldera y estuvo haciendo de las suyas hasta 1820, cuando destruyó la coqueta ciudad que se desplegaba en sus faldas para después sumirse en una inactividad absoluta. Como el lugar goza de un «verano eterno», los turistas acuden en manada y disparan sin cesar sus mortíferos aparatos intentando capturar hasta el último destello de hermosura. Hay quienes llaman a esta tierra cariñosamente «Mi País», pero no es un país sino una «región ultramarina», un «departamento de ultramar», vaya.

La noche en que Él nació, Zabulón y Zapata luchaban en mitad del firmamento, arrojando haces de luz con cada gesto. Era un espectáculo fuera de lo común. Los aficionados a escrutar la bóveda celeste están acostumbrados a divisar la Osa Menor, la Osa Mayor, Casiopea, el lucero del alba u Orión. Pero avistar dos constelaciones como aquellas, surgidas de lo más profundo, es insólito. Significaba que a la criatura que venía al mundo le aguardaba un destino sin par. Aunque en principio nadie parecía sospecharlo.

El recién nacido se acercó los minúsculos puños a la boca y se ovilló entre los cascos de la mula que lo calentaba con su aliento. Tras dar a luz en la cabaña donde los Ballandra almacenaban sacos de estiércol, bidones de herbicida y demás aperos de labranza, Maya trataba de asearse con el agua de una calabaza que, por suerte, se le había ocurrido traer. Por sus mejillas regordetas resbalaban gruesos lagrimones.

No se imaginaba que sufriría de aquel modo al abandonar a su hijo. No sabía que el dolor le desgarraría las entrañas con sus colmillos afilados. Sin embargo, no veía otra solución. Había logrado

ocultarles a sus padres que estaba embarazada, sobre todo a su madre, que no paraba de fantasear con el radiante porvenir que sin duda esperaba a su hija a la vuelta de la esquina. Maya no podía regresar a casa con un bastardo en brazos.

Se quedó atónita cuando tuvo la primera falta. ¡Un hijo! Un ser diminuto y viscoso que se orinaba y defecaba en su regazo: en eso habían quedado aquellas noches ardientes y poéticas.

Terminó escribiendo a su amante, Corazón, nombre poco adecuado para aquel gigante de rostro impertérrito. A la tercera carta sin respuesta, Maya acudió a la agencia que gestionaba el Empress of the Sea, el crucero donde se habían conocido. Cuando se presentó en la oficina en busca de información, una chabine[1] encaramada sobre unos vertiginosos tacones de aguja la interrumpió sin piedad:

—No proporcionamos datos personales de nuestros pasajeros.

Maya escribió una última carta. En vano. Un sombrío presentimiento le atenazaba el corazón. ¿No iría ella a convertirse en una más de esa horda de mujeres abandonadas, mujeres sin marido ni amante que se dejaban la piel criando a sus hijos? Eso no era lo que Corazón le había prometido. En absoluto. Corazón le había prometido la luna. La cubría de besos, la llamaba «amor mío» y juraba que nunca antes había querido a ninguna otra mujer como a ella.

Corazón y Maya no pertenecían a la misma clase social: él era miembro del poderoso clan de los Tejara, cuyo linaje de negociantes, terratenientes, abogados, médicos y profesores se remontaba a los tiempos de la esclavitud. Enseñaba historia de las religiones en la universidad de Asunción, su ciudad natal. Poseía esa altivez tan característica de los niños de buena familia, aunque atenuada por una sonrisa dulce y encantadora. Como hablaba con fluidez cuatro idiomas (inglés, español, portugués y francés), la compañía marítima lo había contratado para impartir charlas a los pasajeros de primera y segunda clase.

Lo más molesto era aquel sueño que Maya tenía una noche tras

otra. Se le aparecía un ángel ataviado con una túnica azul y una flor en la mano: un lirio de la especie conocida como Lis canna. El ángel le anunciaba que daría a luz a un hijo cuya misión sería cambiar la faz del mundo. Bueno, un ángel por decir algo: se trataba de uno de los seres más raros que Maya había visto en su vida. Calzaba un par de botas de charol altas y relucientes. Sus cabellos canosos le caían en tirabuzones sobre los hombros. Aunque lo más extraño era la protuberancia que parecía esconder a su espalda. ¿Una joroba? Una noche ya no pudo más y lo espantó con una escoba, pero la noche siguiente él volvió a aparecérsele como si nada.

El bebé se había quedado dormido y gemía en sueños. La mula no cesaba de resoplar sobre su cabecita. Antaño los Ballandra guardaban en aquella misma choza a su vaca Plácida. Pero un buen día la pobre se desplomó, con un hilillo de baba espesa chorreándole por el hocico. El veterinario, que acudió a toda prisa, concluyó que tenía fiebre aftosa.

Sin volverse siquiera para mirar al bebé por última vez, Maya salió de la cabaña y ascendió por el sendero que conducía a la calle principal y serpenteaba por detrás de la casa de los Ballandra. Respiraba tranquila: aunque la luz inundaba los alrededores, ella sabía que a esas horas no corría el riesgo de que los dueños aparecieran de improviso y la sorprendieran. Como todos los habitantes de aquel país más bien aburrido, estaban embobados frente al televisor, una pantalla plana de cincuenta pulgadas que se acababan de comprar. El marido, Jean-Pierre, cabeceaba bajo los efectos del ron añejo, mientras que su mujer, Eulalie, andaba toda atareada tricotando un corpiño para alguna de sus innumerables obras benéficas.

Al empujar la valla de madera que daba acceso al jardín, Maya tuvo la sensación de estar adentrándose en un terreno de soledad y dolor; terreno en el que, sin duda, transcurriría su vida a partir de entonces.

Nada más poner un pie en el sendero de grava, se topó con Deméter, famoso en el barrio por sus borracheras y por meterse en trifulcas a menudo sangrientas. Lo acompañaban dos de sus acólitos, que andaban ya tan beodos como él y que, a grito pelado, juraban haber visto una estrella de cinco puntas surcar el cielo

sobre la casa. En un enredo monumental de brazos y piernas, el trío de borrachines hipaba espatarrado en la acequia por donde corrían las aguas residuales de la ciudad. No parecía que estas les molestaran, y Deméter se puso a cantar a voz en cuello un viejo villancico: «¡Veo, veo el lucero del alba…!». Maya hizo como si no los viera y siguió su camino con los ojos anegados en lágrimas.

¿Qué habría ocurrido de no ser por Pompette, la mascota de madame Ballandra, una perrita arrogante y mimada que siempre andaba haciendo de las suyas? Aquella noche se superó a sí misma. En cuanto Maya desapareció en la oscuridad, Pompette agarró a su dueña por el dobladillo del vestido y la arrastró hasta la cabaña. La puerta se encontraba abierta de par en par, y madame Ballandra presenció un espectáculo inesperado, un espectáculo bíblico.

Un recién nacido yacía en el pesebre, entre los cascos de la mula que lo calentaba con su aliento. ¡Semejante escena tenía lugar nada menos que un Domingo de Pascua! Madame Ballandra juntó las manos y murmuró: «¡Milagro! Este es el regalo del cielo que ya no me atrevía a seguir esperando. Te llamaré Pascal».

El pequeño era guapo de veras: tez morena, pelo lacio y negro como el de los chinos, una boca de trazos delicados. Al estrecharlo contra su pecho, la criatura abrió los ojos, de un gris verdoso idéntico a la mar que bañaba las costas del país.

Madame Ballandra salió al jardín y empezó a subir la cuesta de vuelta hacia la casa. Jean-Pierre Ballandra no daba crédito cuando vio a su mujer regresar con un recién nacido en brazos y Pompette trotando pegada a sus talones.

—¿Pero qué ven mis ojos? ¡Un bebé! ¡Un bebé! Pero no acierto a distinguir si se trata de un niño o de una niña.

La frase puede sorprender a quien no sepa que Jean-Pierre Ballandra era corto de vista y que, a esas alturas de la noche, ya llevaba varios vasos de ron. Por añadidura, usaba gafas desde que, a los quince años, una rama de guayabo le perforó la córnea.

—Es un niño —anunció Eulalie, muy seria.

Acto seguido, tomó a su marido de la mano y lo obligó a arrodillarse a su lado. Se pusieron a rezar un benedícite, pues ambos eran muy religiosos.

[1]. Los chabins tienen, por caprichos genéticos, la piel más clara que sus progenitores negros. El término se emplea en criollo de Guadalupe para diferenciarse de los mestizos o mulatos. (A no ser que se indique lo contrario, todas las notas son de la traductora.)

2

Jean-Pierre y Eulalie Ballandra formaban una pareja poco convencional: él descendía de africanos y ella era blanca y rosácea, pues sus antepasados, oriundos de un islote pedregoso, decían tener sangre vikinga. Sus corazones, sin embargo, latían ajenos a todas estas trabas. Pese a los largos años de vida en común, seguían profesándose auténtica devoción. Jean-Pierre solo tenía ojos para Eulalie y jamás se había dedicado a picar de flor en flor, práctica muy extendida y apreciada entre los hombres del país. Llevaba años haciéndole el amor a la misma mujer, la única para él. Eulalie, por su parte, vivía por y para su esposo. El matrimonio no había logrado tener hijos a pesar de sus incesantes visitas al ginecólogo. La juventud de Eulalie había consistido en un calvario de abortos hasta que, por fin, la misericordiosa menopausia le concedió el don de la esterilidad.

Jean-Pierre y Eulalie no pasaban apuros económicos. Vivían con desahogo gracias a los beneficios que les procuraba su vivero, bautizado sin demasiada originalidad como El Jardín del Edén. Jean-Pierre era un verdadero artista. Cultivaba, entre otras maravillas, una variedad especial de rosa de Cayena. La rosa de Cayena es, por lo general, una flor bastante corriente, pero las de Jean-Pierre llamaban la atención por lo aterciopelado de sus pétalos y, sobre todo, por su delicado y penetrante aroma. Todo tipo de instituciones se las quitaban de las manos: dependencias de la Seguridad Social, oficinas del paro, comedores sociales… Su rosa de Cayena era conocida como «rosa Elizabeth Taylor», pues Jean-Pierre, de joven, cuando estaba en paro y mataba el tiempo como podía, había sido un gran aficionado al cine, especialmente al cine americano. Tras quedar deslumbrado por la interpretación de su actriz preferida en Cleopatra, bautizó en su honor la rosa que acababa de crear.

La llegada de Pascal a la familia causó un revuelo considerable. A la mañana siguiente, Eulalie se recorrió todas las tiendas de la ciudad y compró un carricoche amplio como un Rolls Royce. Lo tapizó de cojines de terciopelo azul para acostar dentro al pequeño. Todos los días, a las cuatro y media, salía de casa y se dirigía a la Place des Martyrs. Situada a orillas de la mar, aquella plaza parecía un ventanal recortado en la arquitectura barroca de la ciudad.

Eulalie aspiraba la brisa marina a pleno pulmón y contemplaba extasiada cómo el agua, de un gris verdoso parecido al de los ojos de Pascal, espumeaba hasta donde alcanzaba la vista. Eulalie siempre le había tenido cierto respeto a la mar, espléndida perra guardiana que custodiaba cada extremo del país. Pero el hecho de que fuera del mismo color que los ojos de su niño, de pronto las reconciliaba y las convertía casi en amigas. Ella permanecía un largo rato contemplándola, agradeciéndole la compañía, y luego se encaminaba hacia la Place des Martyrs.

La Place des Martyrs era el corazón de Fond-Zombi. Estaba rodeada de hermosas ceibas, plantadas por Victor Hugues cuando Napoleón Bonaparte lo envió para restablecer la esclavitud. Eulalie paseaba por las atestadas alamedas, daba la vuelta a la plaza varias veces y después tomaba asiento cerca del quiosco de música donde, tres días por semana, una orquesta municipal interpretaba los ritmos de moda. Quienes se sentaban cerca siempre quedaban fascinados por la belleza del pequeño, y el corazón de Eulalie se henchía de gozo y orgullo.

¡Menudo jaleo había en la Place des Martyrs! Adolescentes haciendo novillos, chicos y chicas apretujados todos juntos; asambleas de parados convencidos de que tenían la clave para arreglar el mundo; sirvientas uniformadas que vigilaban como podían al sinfín de criaturas a su cargo, desde bebés de teta a pequeños aventureros que correteaban por doquier.

Todos se levantaban para atisbar el interior del carricoche al paso de Eulalie. Tanta curiosidad se debía a varias razones. En primer lugar, Pascal era extraordinariamente guapo. Pero, además, resultaba imposible decir de qué raza era. Pero me doy cuenta de que la palabra «raza» está desfasada, así que sustituyámosla rápido por otra. «Orígenes», por ejemplo. Resultaba imposible determinar

sus orígenes. ¿Era blanco? ¿Negro? ¿Asiático? ¿Habían construido sus ancestros las ciudades industriales de Europa? ¿Provenía de la sabana africana? ¿O quizá de algún país polar recubierto de nieve? Pascal era una mezcla de todo. En cualquier caso, no solo su belleza suscitaba curiosidad: un rumor tenaz iba ganando cada vez más terreno. Había algo antinatural en todo aquello. Precisamente un Domingo de Pascua, el Señor le había enviado un niño a Eulalie, que llevaba años dejándose las rodillas en múltiples peregrinajes a Lourdes y a Lisieux. El Todopoderoso, sin duda, debía de tener dos hijos y le había mandado a ella el benjamín. Un hijo mestizo, ¡qué idea tan hermosa!

El rumor fue corriendo de boca en boca hasta extenderse por todo Fond-Zombi y sobrepasar incluso las fronteras del país. Se comentaba tanto en las chozas como en las casas elegantes y adineradas. Cuando llegó a sus oídos, Eulalie lo aceptó de buen grado. Solo Jean-Pierre se negó a comulgar con una historia que, a su entender, constituía una auténtica blasfemia.

3

Cuando Pascal cumplió cuatro semanas, su madre decidió bautizarlo. Un domingo soleado, el arzobispo Altmayer salió de su residencia de Saint-Jean-Bosco y dejó solos a los huérfanos a su cargo mientras las campanas de la iglesia repicaban alegremente. Eulalie le había puesto al bebé una delicada casaca de lino blanco con una pechera de punto. Él agitaba sin cesar los piececitos envueltos en un par de patucos tejidos con hilo DMC entreverado de oro y plata. Llevaba además una cofia que le iba de perlas a su rostro de querubín. El bautizo se celebró con los fastos propios de una boda o un banquete: trescientos invitados, monaguillos vestidos de blanco agitando estandartes con los colores de la Virgen María. Hombres y mujeres con sus mejores galas.

Justo después del postre (un surtido de helados exóticos), hizo su aparición un visitante desconocido. Su apariencia dejó pasmados a todos los presentes. Lucía un traje de paño a rayas, de corte bastante anticuado, y una especie de gola a modo de corbata. Calzaba un par de botas de charol de caña alta, similares a las de los tres mosqueteros de Alexandre Dumas. Pero lo más extraño era que parecía esconder a la espalda una curiosa carga: ¿una joroba? Además, una barba canosa le recubría el mentón.

Fue derecho hacia Eulalie, que revoloteaba de un lado a otro con una copa de champán en la mano.

—Dios te salve, Eulalie, llena eres de gracia —sentenció—. Traigo un presente para el niño Pascal.

Acto seguido, le tendió el paquete que sostenía con sumo cuidado. Contenía un jarrón de arcilla donde crecía una flor que no se parecía a ninguna otra que Eulalie, pese a tener un marido florista, hubiese visto antes. El color era lo más sorprendente: tostado como

la piel de una câpresse.[2] Los pétalos caían formando bucles que parecían tallados en terciopelo y rodeaban un delicado pistilo amarillo azufre.

—¡Qué flor más bonita! —exclamó Eulalie—. ¡Y qué extraño color!

—Se llama Teta de Negra —explicó el forastero—. Su destino es conseguir que el mundo olvide el Cantar de los Cantares. ¿Te acuerdas de aquel extraño versículo que rezaba «negra soy, pero hermosa»? Semejantes palabras no deben volver a pronunciarse.

Eulalie no entendía absolutamente nada:

—¿A qué viene todo esto? —preguntó extrañada.

Solo obtuvo silencio por respuesta, pues su interlocutor se había esfumado. De repente, volvía a estar sola con su copa en la mano. ¿Habría sido un sueño?

Angustiada, corrió en busca de Jean-Pierre, que andaba por allí cerca, riendo y bebiendo champán con un grupo de invitados. Cuando le contó el extraño episodio que acababa de vivir, su marido se encogió de hombros.

—No te preocupes —dijo—. Será, sin duda, algún admirador que no se ha atrevido a ir más allá de los piropos. Ya le sacaré yo partido a esa flor.

Cumpliría su palabra. Muy pronto El Jardín del Edén albergaría dos maravillas: la rosa de Cayena y la rosa Teta de Negra.

Cuando Pascal cumplió cuatro años, su madre decidió mandarlo a la escuela. No es que estuviera harta de comérselo a besos cada vez que pasaba junto a ella ni de verlo correr, juguetear con la perra Pompette o poner el vivero patas arriba. Pero la educación es un bien preciado. Quien se proponga llegar a algo en la vida debe formarse todo lo que pueda. Jean-Pierre y Eulalie habían sufrido mucho por no haber tenido la oportunidad de estudiar.

Con doce años Jean-Pierre ya sulfataba las plantaciones de bananos

de un gran terrateniente y, a una edad más temprana si cabe, Eulalie empezó a acompañar a su madre al mercado para vender lo que su padre pescaba: bagres azules, bagres rosas, pargos, tencas, dracos, merluzas, doradas…

De modo que matricularon a Pascal en la escuela de las hermanas Mara. Las hermanas Mara eran gemelas y todo el mundo conocía a su madre, que trabajaba en el presbiterio y no pasaba un Viernes Santo sin verse obligada a guardar cama, con los estigmas de la pasión de Cristo en pies y manos. Todo el mundo sabía que el padre de sus hijas era en realidad el padre Robin. Había sido reverendo de la parroquia durante muchos años, antes de retirarse en su vejez a un geriátrico para el clero cerca de Saint-Malo. Por entonces la gente hacía la vista gorda con los excesos de los curas. Aún no existían películas americanas como Spotlight o Por la gracia de Dios, y nadie decía nada cuando se quebrantaban los mandamientos del Señor.

La escuela de las hermanas Mara era una elegante construcción con un vasto arenero donde los alumnos forcejeaban como auténticos diablos durante los recreos. Su primer día, Pascal lució un conjunto azul y blanco con calcetines a juego. Las hermanas lo recibieron con efusividad, convencidas de que el muchacho sería una gran adquisición. Sin embargo, tardaron bien poco en desengañarse.

Pascal resultó no ser el tipo de alumno que esperaban. Se pasaba las clases soñando despierto, solo se juntaba con los niños más pobres y, a la menor oportunidad, corría a la cocina, donde dos sirvientas mal pagadas preparaban los menús del comedor escolar. Les prodigaba caricias y palabras cariñosas. Las mujeres, a cambio, lo colmaban de dulces. De no ser por el respeto que le tenían a Eulalie, las hermanas Mara habrían expulsado a Pascal sin pensárselo dos veces.

Un día después de su quinto cumpleaños, Eulalie condujo a Pascal hasta la cabaña que se alzaba al fondo del jardín. Jean-Pierre, frío como de costumbre, los siguió arrastrando los pies. La cabaña

estaba impecablemente limpia y ordenada. Los sacos de estiércol y de herbicida yacían amontonados en un rincón, y el suelo estaba recubierto de gravilla blanca. Eulalie se giró hacia Pascal:

—Tengo que confesarte algo importante: te quiero mucho, ya lo sabes, pero no te llevé en mi vientre. Tampoco eres fruto de su esperma —añadió, señalando a Jean-Pierre.

—¿Eso qué quiere decir? —exclamó Pascal, atónito.

La historia le parecía de lo más extraña. Aunque la mayoría de los niños del país no conocían a sus padres, sí tenían claro quiénes eran sus madres: las mujeres que vivían esclavizadas, deslomándose y sudando la gota gorda para poder vestirlos y mandarlos a la escuela.

—Lo que quiero decir —prosiguió Eulalie— es que un Domingo de Pascua te encontramos en esta cabaña y te adoptamos.

—¿Y quiénes son mis verdaderos padres? —quiso saber Pascal, con la voz ya entrecortada por el llanto.

Fue entonces cuando Eulalie le desveló sus supuestos orígenes.

Por extraño que pueda parecer, durante algunos años Pascal no le dio importancia a aquella confesión e ignoró también las constantes habladurías sobre sus orígenes. Sabía que había nacido en una tierra de tradición oral donde las mentiras suelen cobrar más fuerza que la verdad. Pero un buen día, sin saber por qué, empezó a prestar atención a los rumores. Al fin y al cabo, resulta bastante más agradable ser hijo de Dios que de un mendigo. Aquello se convirtió en una auténtica obsesión para él.

A veces se quedaba inmóvil, escrutando el cielo. Este se había entreabierto una segunda vez y el misterio de la encarnación había vuelto a producirse. Pero esta vez el Creador había obrado con prudencia. Había elegido como hijo a un mestizo, un hombre de sangre mezclada, para que así ninguna raza pudiera oprimir a las demás como había sucedido en el pasado. El problema residía en

que no le había explicado a su vástago qué esperaba de él exactamente. ¿Qué se podía hacer con este mundo, sacudido por atentados y enfermo de violencia?

De tanto darle vueltas al enigma, el carácter de Pascal terminó cambiando por completo. Alternaba periodos de gran excitación con etapas de mutismo profundo. Se preguntaba constantemente por sus orígenes y no soportaba el silencio en el que habían vuelto a sumirse Eulalie y Jean-Pierre, como si ya estuviera todo dicho.

Se llevaba mejor con su padre que con su madre, porque no valoraba la educación que esta se empeñaba en darle. Aborrecía sobre todo las lecciones de piano con monsieur Démon, que había sido excluido de su propia familia por haberse casado con una mulata. Además, Eulalie le reprochaba sin parar que no leía lo suficiente y la encolerizaban sus malas compañías: Pascal siempre buscaba rodearse de muchachos sin linaje, como él.

■

[2]. Sinónimo en desuso de mulâtresse («mulata»). Evoca la tonalidad de las «alcaparras» (câpres).

4

Cuando Pascal cumplió siete años, su madre lo apuntó a catequesis con el padre Lebris. Como siervo de Dios, el padre Lebris habría podido debatir con el joven sobre el rumor de sus orígenes, que crecía imparable. Por desgracia, ni se lo planteó. Se limitó a tratar a Pascal como un privilegiado. El día de la Ascensión lo colocaba a la cabeza de la procesión que iba desde la catedral a la iglesia de Massabielle. Las malas lenguas murmuraban que el padre Lebris temía contrariar a Eulalie, que era rica, tenía un corazón de oro y andaba siempre haciendo obras de caridad para ayudar a los necesitados de la parroquia.

A los dieciocho años, después de sacarse el título de bachiller (sin matrículas de honor ni felicitaciones de ningún tipo por parte del claustro, pues, la verdad sea dicha, era un alumno bastante mediocre y despistado), Pascal decidió buscar trabajo. El camino parecía trazado de antemano: le bastaba con colocarse en El Jardín del Edén. Desgraciadamente, no le gustaban las plantas de ninguna clase, ni siquiera las flores más hermosas y de perfume más embriagador. Soñaba, en cambio, con abrir una guardería o un jardín de infancia. Le obsesionaba la máxima «Dejad que los niños se acerquen a mí». No tanto porque de ellos fuera el reino de los cielos, sino porque a esa tierna edad aún se posee el don de la tolerancia y el deseo de un mundo armonioso. No se atrevió a confiarle sus anhelos a Jean-Pierre, siempre reacio a gastar más de lo necesario. De manera que el 1 de abril, día de los inocentes,[3] Pascal se incorporó a la plantilla de El Jardín del Edén para ocuparse de la sección de plantas grasas: aloe veras, echeverias, sansevierias, pandanos, cactus de Navidad y madreselvas.

En aquella época su apariencia se transformó radicalmente. Desapareció el pequeño con carita de querubín e inefable belleza, y en su lugar apareció un hombre imponente al que cualquier mujer desearía llevarse a la cama. Vestía camisas de algodón que se

entreabrían dejando ver un pecho escultural, como tallado en piedra; y, bajo un vientre prodigiosamente plano, su pene se fue alargando hasta tal punto que empezó a resultarle difícil acomodarlo dentro de la ropa interior infantil de la marca Petit Bateau que Eulalie le compraba. Lo curioso de aquel cambio es que fue exclusivamente físico. Pascal aún era tímido. Conservó la vocecilla suave de la infancia, la tendencia a cecear y los enormes ojos soñadores que siempre parecían estar tratando de resolver la misteriosa ecuación de su vida.

Al cabo de un tiempo se produjo un acontecimiento importante. Nuestros países, lentos y pusilánimes, suelen tardar en ver lo que salta a la vista. Cuando Jean-Pierre ya estaba a punto de cumplir los sesenta y padecía artrosis severa en la rodilla derecha, su tierra natal lo reconoció súbitamente como un creador excepcional y le otorgó una condecoración a la excelencia. El acto de entrega tendría lugar en Porte Océane, la segunda ciudad más importante del país.

¿Acaso no había inventado dos flores únicas, la rosa de Cayena y la rosa Teta de Negra, hermosas como ninguna otra sobre la faz de la tierra? Aunque Kenia destacara en la venta de flores y pudiera presumir de los jardines más hermosos del mundo, Jean-Pierre se las apañaba para encontrar clientes en los lugares más recónditos: Trípoli, Ankara, Estambul. Curiosamente, nadie relacionaba a Eulalie con semejante éxito. Pero todos sabían que siempre se despertaba a las cuatro de la madrugada y que se ocupaba personalmente de disponer las flores en ramos, arreglos y coronas. Escogía con mimo los embalajes más adecuados para cada encargo y, sobre todo, era una verdadera artista anudando cintas de regalo. Pero era una mujer. De manera que solo podía ser la ayudante del genio. Sin hacerse demasiadas preguntas, Jean-Pierre aceptó agradecido el reconocimiento.

Alquiló un Mercedes-Benz de último modelo para desplazarse hasta Porte Océane, que dista muchos kilómetros de Fond-Zombi. Primero hay que bordear la mar que se extiende como una alfombra de terciopelo pespunteada de estrellas aquí y allá; después hay que

adentrarse en espesos bosques que se pierden en el horizonte.

Sentado en el asiento del copiloto junto a su padre, Pascal contemplaba el paisaje con los ojos como platos. La cercanía de la mar siempre inundaba su corazón de una cierta tristeza, pues casi nunca se bañaba en sus aguas, cuando en realidad desearía perderse por completo en ellas cada día. Jean-Pierre y Eulalie ya estaban demasiado mayores para ir a la playa. La única excepción era el Lunes de Pascua, cuando toda la familia degustaba allí el tradicional cangrejo en salsa con espinacas.

Porte-Océane se extendía al fondo de una coqueta bahía donde antaño se apiñaban hordas de navíos negreros llenos a rebosar de su triste carga. En la actualidad, los paquebotes de crucero habían sustituido a los esclavistas. Desde primera hora de la mañana, los turistas de todos los colores y procedencias —chinos, japoneses, franceses, alemanes, americanos— invadían las calles, plazas y mercados, y regateaban con los tesoros de la región formando una cacofonía monumental de lenguas y colores.

El palacio donde Jean-Pierre debía recibir su medalla se llamaba El Rialto y era un edificio de ensueño, un capricho del millonario italiano Massimo Coppini que databa de 1943. Íntimo de Benito Mussolini, Massimo Coppini había tenido mejor olfato que su amigo el Duce y había huido de Italia con su desorbitada fortuna justo antes de la debacle del Tercer Reich. El Rialto albergaba una sucesión de salones a cuál más lujoso, decorados con cuadros de los mejores artistas de la región. Destacaban una tela de Nelson Amandras, artista venezolano, y una «Ciudad imaginaria» pintada por el haitiano Préfète Duffaut. Como los seres humanos nunca son del todo blancos ni del todo negros, resultó que Massimo Coppini no era solo un asesino de judíos, sino también un alma generosa que dio indiscutibles muestras de bondad. Mandó construir una serie de guarderías denominadas La Gota de Leche, donde las madres solteras podían alojarse gratis con sus retoños.

Cuando Jean-Pierre, Eulalie y Pascal hubieron atravesado el vasto

patio adoquinado, orgullo del Rialto, descubrieron con estupor que la entrada no era libre. Unos hombres, vestidos con camisetas negras donde iba impreso en letras blancas o bordado de mala manera el eslogan «Igualdad para todos», examinaban con cara de pocos amigos las invitaciones de la gente. Si tenías la mala suerte de no poseer una, de inmediato te exigían nada menos que diez euros. Pascal quedó demasiado impactado como para limitarse a seguir a sus padres al interior del palacio y mezclarse sin más con los invitados para intercambiar palabras superficiales.

Interpeló a un joven de su edad cuyo torso apenas se intuía bajo una camisa de algodón descolorida con estampado de cuadros. Iba embutido en un pantalón vaquero que, a decir verdad, no tenía mejor pinta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Pascal—. ¿Por qué hay que pagar entrada? ¿Desde cuándo El Rialto es una cueva de ladrones?

El joven replicó sin alterarse:

—¿Ladrones? No son ellos los que merecen ese nombre. Tienes delante a los obreros de la empresa nacionalizada Le Bon Kaffé.

—Le Bon Kaffé —repitió Pascal sin entender.

El muchacho se llevó una mano a la frente y se mofó:

—¡Sí que ves las noticias tú! Hace semanas que esta pobre gente tiene al país en jaque, los que no acaban enchironados o molidos a palos por la policía, claro. ¿En serio no te suenan de nada los obreros de Le Bon Kaffé?

En efecto, Pascal recordaba haber visto varios reportajes en la televisión sobre aquel movimiento de revuelta popular, pero no les había prestado la menor atención. Desde luego, no ignoraba que este mundo está mal hecho: mientras que algunos degustan los más finos manjares, otros se mueren de hambre, no tienen acceso a la educación e ignoran lo que les depara el porvenir. Pero estas reflexiones no le quitaban el sueño.

—Tranquilo, hombre —dijo—. Anda, ven, que te invito a un trago.

Los dos muchachos recorrieron las calles y avenidas cercanas, pero los comerciantes ya habían echado el cierre. Al final encontraron un bar en una callejuela lateral con vistas a la mar. Daba la impresión de que, estirando los brazos y tirándote de cabeza, podías alcanzarla y perderte en su oleaje.

El muchacho se presentó:

—Me llamo José Dampierre. Mi padre, Nelson Bouchara, es el sirio más rico de este jodido país. Llegó con lo puesto, con una mano delante y otra detrás. Ahora está podrido de dinero. Por desgracia, nosotros ni hemos olido su fortuna. Le hizo cuatro hijos a mi madre y después se desentendió por completo. El último, Alexandre, es mudo. Sordomudo, mejor dicho.

Pascal le tendió su cajetilla de tabaco y José exclamó:

—¡Pero si son Lucky Strike! ¡Lucky Strike! Nunca en mi vida he fumado cigarrillos americanos.

■

[3]. Este día se celebra, según la tradición francesa, la fiesta de los «poissons d'Avril». Se gastan bromas y se cuelgan peces («poissons») de papel en la espalda de las víctimas. Equivale al día de los Santos Inocentes (28 de diciembre) en España y en muchos países de América Latina.

5

Pascal y José no tardaron en volverse inseparables. Harto de ver a su madre arrodillada en charcos de agua sucia fregando el suelo de los señores y pariendo hijos sin cesar para el sirio más rico del país, José había agarrado el petate nada más cumplir los diecisiete años y se había largado de la chabola familiar dando un portazo. Abandonó Fond-Zombi y se instaló en Bois Jolan, en casa de un hermanastro de su madre que, además, era su padrino y había muerto sin descendencia.

Bois Jolan es uno de los municipios más pobres del país. Nada supera la fealdad de sus cabañas decrépitas y cojas. Pero también es el reino de la mar. Cuando esta se levanta de buen humor, acude suave, muy suave, a acariciar la resplandeciente arena. Cuando monta en cólera, arroja olas gigantes y truena enfurecida. Por la noche, se calma y tararea con su inimitable vocecilla.

Al marcharse de Fond-Zombi, José se llevó consigo a su hermano menor, Alexandre, pues su madre no podía seguir pagando la desorbitada cuota que costaba su escolarización en el Instituto Mortimer. Alexandre era un crío de diez años, bello y delicado como una niñita. No sabía hablar, pero a cambio sabía reír como nadie. ¿De qué? Quién sabe. Probablemente de las quimeras y las sandeces que se le pasaban por la cabeza. Su boca emitía un gorjeo constante, parecido al de las tórtolas: gritos más o menos agudos pero siempre afinados, que no cesaban en ningún momento. José lo quería con locura y Pascal no tardó en sentir lo mismo.

A Pascal enseguida le gustó la vida en Bois Jolan, tan diferente al lugar donde él había crecido: hombres sentados en la arena remendando sus redes y contando un torrente de chistes que le habrían sacado una sonrisa a un muerto, amas de casa que se

peinaban con graciosos moñitos y andaban arrastrando las pantuflas, el olor de la salmuera del pescado puesto a ahumar… De hecho, le gustó tanto que no tardó en instalarse definitivamente con José. Por extraño que pueda parecer, en ningún momento se planteó compartir con su amigo el secreto de su origen y no le reveló la identidad de su supuesto padre.

La noche en que tomó la decisión de mudarse con José, tuvo un sueño. Un hombre cuyo rostro no acertó a distinguir le susurraba con un fuerte acento extranjero (¿español?): «A partir de ahora, te haré pescador de hombres». Se despertó tiritando en la espesa noche. Pescador de hombres. ¿Qué significaba eso? Los hombres no son alegres pececillos coloreados de rojo o azul como los que se exhiben a través del cristal de un acuario. No se dejan manipular con facilidad; son desobedientes y piensan solo en sí mismos.

José y Alexandre no trataban a Pascal como a un mesías, sino como a un hermano mayor por el que sentían gran cariño. Al despuntar el alba, José y Pascal dejaban a Alexandre dormido sobre el montón de harapos que le hacía las veces de camastro, subían a bordo de su barquito saintois[4] y se iban a pescar. El mundo parecía recién estrenado. Todo era del mismo color blanco lechoso. No se escuchaba más ruido que los susurros de los espíritus resoplando al desperezarse y encaminarse a sus quehaceres. Solo una cosa afligía a Pascal: las capturas del día apenas cubrían el fondo del bote, y regresaban a la orilla con las manos casi vacías.

Para remediarlo, se le ocurrió una idea:

—Oye, ¿y si pusiéramos las nasas cerca del islote Bornéo? Nos iría mejor, ¿no te parece? —le proponía sin cesar a José. Este negaba con la cabeza e invariablemente respondía:

—En el islote Bornéo no crece un solo árbol. No hay más que arena y cactus. Si ponemos las nasas por allí, en pocos minutos saldremos ardiendo como antorchas.

Un día, contra todo pronóstico, José accedió. A primera vista, sus reticencias estaban bien fundadas. El islote Bornéo, rojizo y pelado, solo albergaba cactus enanos que emergían a duras penas del suelo pedregoso y un par de cabañas ruinosas donde antaño los marineros secaban o ahumaban el pescado. Sin embargo, cuando regresaron al día siguiente para retirar las nasas, descubrieron un botín que superaba con creces todas sus expectativas: tencas, papardas, merlos, jureles, pargos, doradas, dracos e incluso pequeños tiburones blancos atrapados en las jaulas. La barca pesaba tanto que el timón no respondía y tardaron horas en regresar a Bois Jolan.

¡Peces y más peces! En un abrir y cerrar de ojos, la buena nueva se extendió por el pueblo y la multitud se agolpó en la orilla.

Para entender semejante revuelo, es preciso saber que antaño el pescado fresco abundaba en el país. Empezó a escasear cuando los ricachones japoneses y chinos arramblaron con todo. Los mayores recordaban con nostalgia los viejos tiempos, cuando no existían las especies protegidas y todo podía comerse. Había un sinfín de restaurantes que se forjaron buenas reputaciones por los blaffs[5] y las brochetas que preparaban con pescado de Bois Jolan, y no existía cocina donde no flotaran los efluvios de los courts-bouillons,[6] aderezados —o no— con chiles bondaman Jacques.[7] Los pescadores pesaban en su balanza Roberval[8] kilos de tortuga de carne verde o generosas rodajas de atún —cuya sangre, por cierto, es idéntica a la de los humanos—, y vaciaban con gran habilidad las conchas de los lambis.[9] Tampoco se olvidaban de desenmarañar los largos tentáculos de los pulpos, erizados de ventosas.

Aquella fue la primera de las muchas «pescas milagrosas» de Pascal, como enseguida las bautizaron a lo largo y ancho del país. Estas traerían consigo multitud de reyertas, enfrentamientos y acaloradas peleas. Habrían podido desembocar en una auténtica tragedia de no ser porque el alcalde de Bois Jolan, Norbert Pacheco, decidió intervenir.

Menudo personaje, el tal Norbert Pacheco. No solo era alcalde de

Bois Jolan, sino que ocupaba un puesto muy importante en la dirección de la empresa nacionalizada Le Bon Kaffé. Cuando los obreros comenzaron a marchar y manifestarse por todo el país, no dudó en enviarles patrullas de gendarmes, que los molieron a palos y los metieron sin contemplaciones en el calabozo.

Le Bon Kaffé daba trabajo a tres cuartos de los hombres y de las mujeres en edad activa del país. En los folletos turísticos, presumía de su labor social. Ponía a disposición de sus empleados, a cambio de un módico alquiler, espaciosos apartamentos situados en altas torres de hormigón que proliferaban como setas por todas partes. Poseía además un colegio y dos liceos muy cotizados. Los padres estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de que admitieran allí a sus hijos. Los alumnos vestían un coqueto uniforme a rayas y lucían auténticos sombreros Panamá fabricados en América Latina.

Pero todo esto era pura fachada: los obreros de Le Bon Kaffé se quejaban de estar explotados y de cobrar salarios miserables, lo cual explicaba su descontento.

En cuanto se produjeron los primeros altercados en Bois Jolan, Norbert Pacheco volvió a las andadas. Desplegó por la playa varias patrullas de gendarmes que obligaron a los compradores a esperar su turno en fila india y a abstenerse de cualquier comentario. Ese era el precio del restablecimiento de la calma.

■

[4]. Como gentilicio, este término designa a los guadalupeños originarios del archipiélago de Les Saintes. Entre estos, debido a su mestizaje en época colonial con franceses bretones de tez clara, no es infrecuente encontrar personas de piel oscura, rasgos antillanos y ojos claros. Como sustantivo, la palabra se refiere a una embarcación de pesca típica de estas islas, fabricada con madera local.

[5]. Guiso típico de pescado marinado con lima y especias. Normalmente, se sirve acompañado de verduras y arroz.

[6]. Caldo corto de pescado escaldado.

[7]. En las Antillas, los chiles habaneros, muy picantes, se conocen como bondaman Jacques o bondamanjak. La expresión es humorística, al aunar las palabras «bonda» («nalgas, trasero») y «man» («señora, esposa») con el nombre propio «Jak» (Jacques). En criollo, resulta frecuente el uso de «man» junto a un nombre para referirse a la mujer de alguien. Así las cosas, la denominación bondamanjak alude con picardía (ya sea por el picor o por el calor que producen, o bien por su forma) al trasero de la esposa de un tal Jacques.

[8]. En el siglo XVII, el matemático Gilles Personne, natural de Roberval (al norte de Francia), colocó los platos de la balanza sobre el astil (en la tradicional balanza romana se encontraban por debajo).

[9]. Caracol marino comestible.

6

Después de la cuarta pesca milagrosa, Pascal se sinceró con José y le habló de sus supuestos orígenes. Él lo dejó explayarse y, en un momento dado, lo interrumpió riendo:

—Lo sé desde hace tiempo. ¿Es una tontería o te lo tomas en serio?

Pascal no supo qué responder y, tras un breve silencio, confesó:

—Ni yo mismo lo sé. Ojalá tuviera claro qué hay de cierto en las habladurías.

Los dos amigos no volvieron a tocar el tema.

Unos meses después Pascal recibió una visita inesperada: Jean-Pierre. Estaba solo en casa, pues José había salido para acompañar a Alexandre al Instituto Mortimer. Padre e hijo llevaban más de un año sin verse. Pascal se había comportado como un cobarde con sus padres: les había informado por carta de que abandonaba El Jardín del Edén para instalarse definitivamente con José en Bois Jolan. No se había atrevido a decirles que no se sentía del todo hijo suyo y que necesitaba entender la confusa misión que muchos le atribuían. Se limitó a esgrimir una serie de argumentos, a cuál más vago y rebuscado, que traicionaban las dudas de su corazón y los remordimientos que lo atenazaban. Insistió mucho en que estaba a punto de cumplir veinte años y, por tanto, era perfectamente capaz de decidir qué hacer con su vida. Además, como sus padres bien sabían, a Pascal nunca le había terminado de gustar el entorno burgués donde lo obligaban a vivir, su arrogancia, su indiferencia ante cualquier asunto que no le afectara directamente.

Pero la realidad era muy distinta. Todos los niños adoptados pasan por esa etapa, los psicólogos no se cansan de repetirlo. Tienden a

minimizar los cuidados que reciben de sus padres adoptivos y se obsesionan con su verdadero origen. Pascal nunca conocería los besos de su auténtica madre, su ternura, el gusto y el olor de su piel. A veces, se sorprendía a sí mismo persiguiendo a mujeres desconocidas por la calle, seducido por sus formas maternales. Se pasaba la vida debatiéndose entre dos extremos inalcanzables: saber a dónde iba y de dónde venía.

Jean-Pierre aparcó su pick-up frente a la cabaña de José y se apeó del vehículo con gran dificultad. Pascal lo observó acercarse con el corazón en un puño. Nunca habría imaginado que su padre pudiera envejecer tanto en tan poco tiempo. Estaba calvo, orondo, y le costaba mucho trabajo caminar: arrastraba los pies y se detenía a cada instante para resoplar. Se saludaron con dos besos.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo? —preguntó Pascal, preocupado.

—Los médicos dicen que es artrosis —respondió Jean-Pierre—. Se trata de un mal bastante común a mi edad, pero no te negaré que es una lata.

Se dejó caer derrengado en una silla.

—Lo peor son las piernas —gimió—. Me temo que pronto no podré andar siquiera.

Pascal se arrodilló ante su padre, le arremangó el pantalón de tela gris y descubrió dos miembros rojizos, hinchados, recubiertos de una piel que parecía una capa de escamas, translúcida y moteada de manchas oscuras. Masajeó ambas piernas con suavidad. Al cabo de un rato, le ordenó:

—Levántate y anda.

Jean-Pierre obedeció y se aventuró a dar un par de pasos por la estancia, exclamando atónito:

—¿Qué tienes en las manos? De pronto me duele mucho menos.

Padre e hijo se miraron con ternura, al borde de las lágrimas. Pero

Jean-Pierre enseguida se recompuso:

—No he venido hasta aquí para enseñarte mis viejas piernas. He venido para pedirte que vuelvas a casa. Tu madre está de acuerdo conmigo. No puede ser que, con la educación de élite que te hemos dado, te dediques a un oficio tan miserable como la pesca.

Pascal se mostró claramente ofendido, pero Jean-Pierre prosiguió sin desalentarse:

—No es solo eso. Tu madre está muy delicada de salud. Le han detectado un cáncer en fase terminal y no sé si llegará a fin de año.

Los hombres siguieron charlando unos minutos. Luego Jean-Pierre regresó al aparcamiento junto a la orilla del río, a paso ligero como si tuviera piernas nuevas, y se puso de un salto al volante del coche.

Cuando se quedó solo, los ojos de Pascal se llenaron de lágrimas. Desde luego, no era más que un ingrato: su madre estaba gravemente enferma y él lo ignoraba. Recordó todos los mimos que Eulalie le había prodigado, sus palabras de cariño, sus eternos elogios. Tomó una decisión. Cuando José regresó de Fond-Zombi, le anunció que se marchaba de Bois Jolan y regresaba a El Jardín del Edén junto a sus padres. José intentó disuadirlo, pero no hubo manera.

Después de cenar, fieles a su costumbre, ambos se fueron al Joyeux Noël,[10] un bar que les gustaba mucho. El nombre del local escondía un simpático juego de palabras que solo los iniciados podían comprender. El propietario se llamaba Joyeux y era el sexto hijo de Manuel y de Rosa Noël, que solo habían tenido varones. Lo llamaron Joyeux Noël para dejarle bien claro al destino que ya no querían ni un solo niño más. La curiosa estratagema funcionó, pues, al término de su siguiente embarazo, Rosa dio a luz a una niña a la que bautizaron con el nombre de Bienvenue.[11]

El Joyeux Noël se encontraba en una cabaña abierta a la mar. La

atmósfera no podía ser más calurosa. Joyeux Noël era un hombre rechoncho de rostro afable con una perpetua sonrisa dibujada en los labios. Un viejo fonógrafo berreaba las biguines de moda. Todas las mesas estaban ocupadas por borrachines que vaciaban sin parar un vaso de ron tras otro. Apenas se habían sentado cuando José, que gozaba de gran popularidad en el lugar, se eclipsó para dedicarse a estrechar manos o pellizcarles el trasero a camareras a las que conocía de sobra. Aunque ya estaba acostumbrado a sus desplantes, Pascal siempre se sentía algo molesto. Disimuló sirviéndose un vaso de zumo de ciruela de Citera.

Fue entonces cuando un hombre se acercó a su mesa. Pascal tuvo la extraña sensación de conocerlo, de haberlo visto antes en alguna parte, aunque el recién llegado no hizo ningún gesto en ese sentido. Tenía un aspecto poco común. Vestía un extraño traje a rayas de corte antiguo. Alrededor del cuello, en lugar de corbata, lucía una especie de gola blanca y esponjosa. Lo más sorprendente era que, bajo aquella chaqueta de dril rayado, parecía disimular un objeto, algo que le deformaba la espalda. ¿Una joroba? Sostenía un paquete cuidadosamente envuelto.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó. Pascal asintió, sorprendido.

Una vez sentado, el forastero desenvolvió el paquete en cuestión y sacó una rosa de color tostado que Pascal reconoció asombrado.

—¡En efecto, una Teta de Negra! Seguramente crees que la inventó tu padre, ¿verdad? Pues no, no fue él. Si nunca lo he denunciado, ha sido por consideración hacia ti. En realidad, tu padre se limitó a copiarme. Yo soy el auténtico creador de esta maravilla: se la regalé a tu madre el día de tu bautizo. El resto de la historia ya la conoces.

Pascal lo miró enfadado. Siempre había creído que Jean-Pierre era el inventor de la rosa Teta de Negra. Justo entonces el fonógrafo del bar se puso a chillar aún más fuerte y la música inundó toda la estancia. Desconcertado, Pascal exclamó:

—¿A qué viene esto?

El desconocido se levantó:

—Salgamos de aquí. Tengo muchas otras cosas que contarte.

Pascal obedeció y los dos hombres desaparecieron en la noche.

Cuando José volvió a sentarse poco después, se encontró la mesa vacía. ¿Dónde se había metido su amigo? Cuando se hartó de su tête-à-tête con el vaso medio vacío y la botella de ron recién abierta, salió a la terraza que se alzaba sobre la mar. Desde allí se distinguían las luces de Porte Océane y los destellos, algo más débiles, como difuminados por la bruma, de la cercana isla de Pangolin. La historia de la isla de Pangolin no tenía desperdicio: los estudiosos del tercer mundo la habían tachado de lupanar de Occidente, como a Cuba y otros países de América Latina, pero ella también había llevado a cabo su revolución, y se había convertido en una virtuosa república donde el turismo estaba prohibido. En la actualidad, inspiraba sobre todo temor y las malas lenguas murmuraban que la vida en la isla no era precisamente dulce.

¿Qué es lo que hace que la vida sea dulce? A decir verdad, José tenía otras cosas en la cabeza. Lo único que le preocupaba era la ausencia de Pascal. Bajó de cuatro en cuatro las escaleras que conducían a los aseos: dos urinarios desportillados y una cabina cuya puerta no cerraba bien. Todo apestaba a orina.

—¿Ha visto usted a mi amigo Pascal? —le preguntó a la «dama pipí»[12] que, con las gafas puestas, bordaba un trajecito infantil.

Ella sacudió la cabeza y respondió:

—No, hoy no.

José, cada vez más inquieto, salió corriendo a la calle. Después de un largo día cociéndose a fuego lento, Bois Jolan comenzaba a refrescarse a aquella hora, y revivía con la brisa del ocaso. Tras recorrer la Place des Insurgés, José enfiló la Rue des Pas-Perdus y llamó a la puerta de Carmen, una joven con quien solía hacer el amor sin pagar. Estuvo buscando a Pascal toda la noche con la

ayuda de su hermano pequeño, Alexandre, y de un par de amigos que vivían cerca. Telefoneó a Jean-Pierre, que se quedó atónito y le respondió que él tampoco sabía nada. Bajó incluso hasta Fond-Zombi, que se encontraba a unos veinte kilómetros. Entró en media docena de bares. Dio tres vueltas a la Place des Martyrs. Todo en vano. Ni rastro de Pascal. Pronto al país no le quedó más remedio que rendirse a la evidencia: a Pascal se lo había tragado la tierra.

Sus detractores no tardaron en encontrar una explicación a su gusto: Pascal se habría quedado dormido en algún banco y lo habría despertado la policía. Como no habría sido capaz de presentarles ningún documento de identidad, los agentes lo habrían esposado y metido al calabozo. Pascal anduvo en paradero desconocido casi dos meses. Hasta que un buen día, de pronto, regresó.

■

[10]. «Feliz Navidad.»

[11]. «Bienvenida.»

[12]. Las conocidas como «damas pipí» limpian los urinarios públicos tras cada uso. Son una figura habitual en Francia y otros destinos francófonos.

7

Una mañana reapareció en casa de sus padres, en El Jardín del Edén, ataviado con su viejo pijama de felpa favorito. Se despertó de aquella guisa y, cuando miró a su alrededor, descubrió que estaba en su antigua habitación, con los juguetes de su infancia y la gran fotografía del Che Guevara, que siempre le había parecido un líder guapísimo, tan elegante con su boina y su traje de guerrillero.

Sus padres estaban en el comedor dando buena cuenta de un desayuno tan copioso como de costumbre (la pena no les había quitado el apetito): melón dulce, chocolate con leche y cruasanes caseros. Al ver aparecer a su hijo, por el que tanto había llorado, Eulalie estuvo a punto de desmayarse:

—¡Tú! ¡Tú! —exclamó llevándose la mano al pecho, como si quisiera contener los latidos de su corazón desbocado—. ¿De dónde sales? ¿Dónde diantres estabas?

Pascal tomó asiento con desgana y se sirvió una taza de chocolate.

—¿Por qué siempre me preguntas lo mismo? —replicó con frialdad —. ¿No sabes ya que mi prioridad es entender el mundo, desentrañar su estructura más profunda?

Desconcertada por la dureza de su respuesta, Eulalie rompió a llorar. En lugar de consolarla, Pascal se encogió de hombros, dio media vuelta y regresó sin más a su habitación.

Pascal no dio ningún detalle sobre lo ocurrido durante aquellos dos meses; ni él mismo parecía tenerlo claro. Jean-Pierre, hombre de lo más pudoroso y discreto, respetó en todo momento su silencio, pero con Eulalie no hubo manera. Era posesiva, autoritaria e intolerante, y se dedicó a atosigar a su hijo con toda clase de preguntas.

—De algo te acordarás… ¿Fuiste muy lejos? —preguntaba.

Pascal levantaba la cabeza y respondía de manera imprecisa:

—Me parece que estaba en un país desértico, erizado de dunas arenosas, y por las noches soplaba un viento gélido. Creo que dormía en una tienda de campaña.

—¿Viste a tu verdadero padre? —insistía Eulalie.

—Por desgracia, no —respondía Pascal—. Y si lo vi, no me acuerdo.

Lo que sí estaba claro era que, a su regreso, el carácter de Pascal había cambiado. Pasó de ser un joven bromista y de risa fácil a andar siempre sentando cátedra con tono solemne y sentencioso. Se obsesionó más que nunca por el enigma de sus orígenes, y se pasaba los días tratando de resolverlo. Además, se volvió un pedante redomado. Ahora sus temas de conversación favoritos eran la esclavitud, la colonización, la tutela de ciertas naciones, la marginación de determinados grupos sociales y, sobre todo, el papel de Dios en el mundo. Le entusiasmaba especialmente hablar de los descubrimientos. Se despachaba a gusto con Cristóbal Colón, ese sucio meteco que, no contento con atemorizar a los amerindios al desembarcar en sus playas con aquellas cruces gigantescas, se había dedicado a exterminarlos sin piedad.

Dejaba a sus interlocutores con la boca abierta. Desde luego, la versión de Pascal no se parecía en nada a la que habían aprendido en la escuela. ¿Cómo reconocerse en dos historias tan sumamente distintas entre sí? ¿No existía una verdad verdadera que pudiese acallar la distorsión? Quizá la única verdad fuese que no existía una verdad única.

Harto de sus monsergas, José comenzó a evitarlo. Las pescas milagrosas se fueron espaciando hasta desaparecer por completo, lo que complicó bastante las cosas. ¿Para qué diantres servía Pascal? Entonces, por un golpe de suerte inusitado, a José le concedieron una beca para estudiar mecánica en una escuela americana. Se marchó del país. La víspera de su partida, resuelto a ignorar las

miradas desdeñosas que Eulalie solía dedicar a su vaquero descolorido y a su camisa raída de algodón, acudió a despedirse de su amigo.

—América, por lo visto, es el país de las maravillas —le dijo—. En cuanto pueda, me las arreglaré para que Alexandre venga conmigo. Los doctores harán su magia y encontrarán su voz allá donde se encuentre agazapada.

Pascal le tomó la mano con cariño:

—No te preocupes. Entretanto, te prometo que cuidaré de él.

Cumplió su palabra. Llegó incluso a contratar a Alexandre en El Jardín del Edén, pero el joven no duró mucho allí. Echaba de menos la mar, su aroma y sus arranques de loca caprichosa. Una mañana Alexandre no se presentó a trabajar, y Pascal comprendió que de nada serviría ir en su busca.

Con José haciendo las Américas, Pascal se vio de pronto sin amigos y empezó a vivir en soledad extrema. Intentó congeniar con algunos empleados de El Jardín del Edén, pero estos se mostraban reticentes y lo trataban con sumo recelo. A sus ojos, no dejaba de ser el hijo de los jefes. Su actitud exasperaba a Pascal: ¿el hijo de los jefes? Él no era hijo de nadie. No conocía ni a su padre ni a su madre biológicos. Según los psiquiatras, el feto es capaz de distinguir desde muy temprano los latidos del corazón de su madre y de reconocer su voz. En su caso, silencio total: ni latidos de corazón ni eco de voz materna.

Confuso y desesperado, se compró una moto, Pégase, y con ella recorría durante horas la carretera de la costa. En ocasiones conducía hasta Porte Océane, pues le encantaba aquella ciudad. Mientras que Fond-Zombi se había ido modernizando y había sustituido las casas de madera de todos los tamaños por cubículos de hormigón coronados de azoteas, Porte Océane había sabido conservar el encanto de lo añejo y permanecer fiel a su esencia. Por sus muelles aún flotaba el aroma embriagador del bacalao en salazón y del ron, almacenados en vastos hangares donde rara vez

penetraban el aire o los rayos del sol.

Durante los meses siguientes, la salud de Eulalie empeoró. Apenas salía de la cama y se pasaba las horas muertas recostada en una tumbona en la terraza, hojeando distraída sus revistas y sus libros baratos.

A decir verdad, Eulalie nunca había gozado de una salud de hierro. De pequeña, cuando no enfermaba de alguna de las típicas dolencias infantiles (tosferina, rubeola o varicela), se encontraba convaleciente de bronquitis, neumonía o pleuresía. A los doce años estuvo a punto de morir de escarlatina, enfermedad muy poco frecuente en el país y que nadie supo nunca a ciencia cierta dónde había contraído. A los diecisiete conoció a Jean-Pierre y empezó a sufrir un aborto tras otro, con sus desmayos y pérdidas de sangre. Como es lógico, terminó preocupándose y acudió a la consulta del viejo doctor Georgelin, que en su día también se había ocupado de su madre y su abuela. Tras someterla a una serie de enrevesadas pruebas, el doctor la citó en su clínica y le dijo muy serio:

—Si no quiere morir en el intento, deberían plantearse la adopción.

Jean-Pierre y Eulalie aceptaron el consejo del doctor. Acudieron al internado Saint-Jean-Bosco, se recorrieron todos los orfanatos del país. Sin embargo, no consiguieron decidirse por ningún niño. Unos les parecían demasiado blancos y otros demasiado negros o demasiado coolies.[13] Justo cuando estaban a punto de tirar la toalla, Dios les hizo aquel magnífico regalo: un Domingo de Pascua, trajo al mundo a Pascal.

Aunque su estado de salud iba a peor, Eulalie se mantenía alegre, con la cabeza a rebosar de ideas y proyectos. Una noche, a la hora de cenar, se sentó a la mesa exultante y les anunció a Jean-Pierre y Pascal la buena nueva: Tina se casaba. ¿Que quién era Tina? Pues la hija de Marelle, la mujer que durante treinta años había barrido y fregado los suelos de El Jardín del Edén. De pequeña, Tina se pasaba tardes enteras jugando con Pascal, y la familia Ballandra la

había visto transformarse de niñita rechoncha en una joven de lo más elegante, por no decir francamente atractiva.

Tina era limpiadora, como su madre, de modo que Eulalie no podía estar más orgullosa de verla contraer matrimonio por la Iglesia. Y es que el tal Milou, un empleado de la Dirección General de Carreteras, estaba decidido a pasar por la vicaría, como si ella fuera una burguesa o una niña de buena familia.

El sábado convenido, Jean-Pierre, Eulalie y Pascal acudieron a la catedral Saint-Pierre y Saint-Paul. Después de la ceremonia, los invitados se desplazaron al hotel El Anfitrión y brindaron por la felicidad de los recién casados. Los numerosos parientes de Tina sirvieron copitas de un líquido de lo más soso que no merecía el nombre de champán. Tras un par de sorbos, Eulalie gimió:

—¡Qué horror! Está asqueroso. Podríamos haberla ayudado, pero Tina es como su madre: nunca pide favores.

—No tiene importancia —replicó Pascal, exasperado por los comentarios machacones de su madre—. Lo que importa es que todos nos alegremos de corazón por los recién casados.

Pero la catástrofe no había hecho más que empezar. Un banquete de bodas, nada menos, y los aperitivos eran rebanadas de aguacate demasiado verde mezcladas con cubitos de papaya demasiado madura.

—No hay quien se coma esto —sentenció Eulalie, apartando el plato —. Pascal, ¿no podrías echarles una mano?

—¿Cómo? —preguntó Pascal, estupefacto.

—Pues no sé… —prosiguió Eulalie—. ¿Te acuerdas de las bodas de Caná?

Visiblemente irritado, Pascal se levantó y abandonó la estancia para calmarse fumando un cigarrillo. En la terraza se tropezó con Tina,

que supervisaba las maniobras de descarga de una furgoneta repleta de bandejas de todos los tamaños.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó maquinalmente.

—¿Cómo? —respondió Tina—. Anda, vuelve al comedor, que van a servir ya los segundos.

El resto de la comida fue una delicia: hubo ñames pakala gratinados, gallos al horno bañados en salsa de jengibre y, como colofón, sorbete de coco con merengue helado. Sirvieron incluso moltony, un guiso indio de cerdo con lentejas. Pero lo que impresionó a los invitados por encima de todo fue la calidad excepcional de los panes trenzados, esponjosos a más no poder, que acompañaban cada plato.

De todos los panes autóctonos (abizcochados, de centeno, baguettes, hogazas, integrales…), el favorito del pueblo es, sin lugar a dudas, el pan trenzado. ¿Cuál es su secreto? Nadie quiere revelarlo. El caso es que tiene una miga blanquísima, espesa y especialmente sabrosa. Se obtiene trenzando tiras de masa cruda que después se hornean hasta que estén bien crujientes y doradas. Los invitados que habían visto a Pascal charlar con Tina declararon que se trataba de un nuevo milagro: tras las pescas milagrosas, llegaba la multiplicación de los panes trenzados. Sin embargo, la mayoría no consideraba que hubiera en todo aquello nada de milagroso.

Aquí hay que señalar un extraño viraje: desde su inexplicable reaparición, la opinión pública sobre Pascal había cambiado. Muchos lo consideraban abiertamente un impostor, un mago que se dedicaba a repetir trucos baratos aprendidos de antemano. ¡La multiplicación de los panes trenzados! ¡Valiente tontería! Tina conocía perfectamente el barrio, pues llevaba años fregando suelos por la zona; debía de tener no pocos amigos dispuestos a proporcionarle cuanta comida necesitara. Los panes trenzados se horneaban en todas las panaderías locales.

Pascal no entendía cómo había pasado de ser idolatrado a convertirse en objeto de discordia.

■

[13]. Las personas «coolies / chappé-coulies / kouli / bata-kouli» se caracterizan por su peculiar tonalidad de la piel y sus rasgos de ascendencia hindú. En ocasiones, también se les denomina «bata indien / bata Zindien». Históricamente, cabe recordar a este respecto la llegada masiva a las Antillas de trabajadores explotados que provenían de la Costa de Malabar (India) y que, a finales del siglo XIX, sustituyeron a la mano de obra esclava tras la abolición.

8

Después de que una pareja se tirase al suelo nada más verlo y casi provocara un grave accidente de coche, Pascal decidió tomar las riendas de su vida. Aunque nunca había visto a su padre y, por consiguiente, este jamás le había explicado qué esperaba de él, Pascal podía adivinar su misión: hacer de este mundo un lugar más armonioso y tolerante. De modo que decidió crear una asociación llamada La Gaya Ciencia, en homenaje a Nietzsche, cuyo objetivo sería estudiar los grandes textos revolucionarios o religiosos de todas las civilizaciones.

Por desgracia, solo consiguió captar a doce miembros. Dos de ellos eran parados que, tras años dando tumbos por la periferia parisina, habían terminado regresando a su país natal con las manos vacías y una gran habilidad para todo tipo de violencia. Luego había un par de mendigos a los que, en el fondo, solo les interesaba el coqueto apartamento de dos habitaciones donde Pascal les propuso vivir gratis. Y el resto de los discípulos eran trabajadores furibundos de Le Bon Kaffé liderados por un tal Judas Éluthère, jefe de personal en excedencia.

A Judas le gustaba bromear sobre su nombre: «Suena raro, ¿verdad? Resulta que mi madre vivió quince años con un hombre que no se gastaba ni un céntimo en los bares y dormía todas las noches en casa como un bendito: ¡el hombre perfecto, vaya! Cuando murió al caerse de un cocotero, mi madre se enteró de que dejaba otra viuda desconsolada y una caterva de hijos en la aldea vecina. ¿Cuándo se veía con aquella mujer? ¿Cuándo había tenido todos esos niños? Yo nací de su segundo marido un par de años después. Y mi madre, acordándose de aquella experiencia, decidió llamarme Judas».

Judas Éluthère aseguraba que monsieur Norbert Pacheco y sus

esbirros recibían jugosas subvenciones de la Unión Europea, pero solo destinaban una mínima parte a pagar a los trabajadores a su cargo. Lo mismo ocurría con las supuestas viviendas sociales: casi siempre se alquilaban al mejor postor, a precio de oro y a individuos que ni siquiera trabajaban para Le Bon Kaffé. Según contaba, monsieur Norbert Pacheco era un tipo peligroso, enemigo del bienestar y la armonía del país.

Judas Éluthère no tardó en convertirse en el discípulo favorito de Pascal. Se sorprendía de los sentimientos que este le despertaba. ¿Por qué lo querría tanto? Hay que decir que Judas Éluthère era un hombre elegante, de categoría; siempre vestido de punta en blanco con unos trajes de lino que le sentaban como un guante. Sus frecuentes risotadas sonaban armoniosas, sus gestos medidos siempre eran seductores. Pascal se preguntaba si no se trataría de algún tipo de pasión homosexual; no sería en absoluto la primera de su vida. De hecho, en el instituto, a menudo había sentido debilidad por algunos de sus compañeros más fornidos y apuestos, pero la cosa nunca había llegado demasiado lejos. En presencia de Judas Éluthère se le aceleraba el corazón. Le daban sofocos. Nunca se cansaba de charlar con él ni de escucharlo cantar con su hermoso falsete: J'ai rêvé d'un autre monde, où la terre sera ronde…[14]

Procede aclarar que Pascal no era virgen: había conocido a no pocas mujeres y se había encaprichado muchas veces. A menudo había acompañado a José en sus expediciones amorosas, hasta que María se cruzó en su camino y su vida cambió por completo.

No se conocieron en misa, en la iglesia o en la catedral, sino de la manera más fortuita posible: como se conoce a las personas destinadas a desempeñar un papel fundamental en nuestra existencia. Una tarde de calor sofocante, mientras Pascal dormía la siesta medio desnudo, María surcó como un bólido el patio de la casa de Bois Jolan. Iba persiguiendo a uno de sus pollos, que se le había escapado. La joven vivía a dos casas de allí y criaba gallos de la especie bata, que se caracterizan por su plumaje negro y blanco y que son excelentes para las peleas: siempre salen victoriosos de los pitts.[15]

En un principio, María había sido bordadora, pero la costura no alcanzaba para vivir dignamente en aquel país. De modo que se decidió a probar suerte con otro negocio, sin duda más lucrativo: empezó a comerciar con sus encantos. No le resultó muy difícil, pues era una mujer bien hermosa, de piel ámbar aterciopelada, cabellos de oro y boca carnosa. Una chabine monumental, vaya. Pascal y María se gustaron nada más verse: fue un flechazo, como suele decirse. Empezaron a pasar juntos todas las noches de la semana. Hay que precisar que María le sacaba a Pascal una buena docena de años, pues tenía treinta y cinco mientras que él acababa de cumplir veintidós. Pero la diferencia de edad no se notaba: eran como dos tortolitos caídos del mismo nido.

Cuando Pascal regresó a casa de sus padres, María no quiso cambiar sus costumbres ni un ápice y una noche se quedó a dormir con su amante. A la mañana siguiente, durante el desayuno, Eulalie puso el grito en el cielo:

—¡No quiero volver a ver a esa muchacha! —chilló.

—¿Se puede saber qué te ha hecho? —preguntó Pascal fingiendo un tono extrañado e ingenuo—. ¿Acaso no te ha saludado educadamente? ¿No se ha preocupado por tu salud cuando te ha visto ahí tirada en la tumbona en lugar de estar en un sillón viendo la tele como todo el mundo?

—Sé reconocer a una fulana cuando la veo —respondió Eulalie fuera de sí—. Y te digo que no quiero volver a verla en mi casa.

Aquella disputa fue la gota que colmó el vaso. Resuelto a no regresar jamás a casa de sus padres, Pascal hizo las maletas y presentó su dimisión en El Jardín del Edén. Podía permitírselo, pues tenía ahorrada una suma considerable de dinero.

Decidió comprarse su propia casa, una vivienda que le había recomendado Judas Éluthère. Se hallaba en Marais Salant, una zona antaño recubierta de tierra salada donde los pastores llevaban a

pastar a sus cabritos para engordarlos. Según los carniceros, la sal escondida en los repliegues de aquel terreno confería a su carne un sabor inigualable.

De haber sido un poco más curioso, Pascal habría prestado atención a lo que Judas Éluthère contaba sobre la dueña de una de las casas más elegantes del vecindario. Parecía abandonada, pues su inquilina estaba siempre ausente. Se trataba de una tal Fátima Deglas-Moretti, que pasaba la mitad del año en Marruecos, en la ciudad de Fez. La casa en cuestión tenía siempre las puertas y las ventanas cerradas a cal y canto, excepto cuando una pareja de viejos criados se acercaba a ventilar un poco. La planta baja consistía en una estancia vasta y triste, amueblada con sillas y bancos corridos, cuyas paredes estaban repletas de inscripciones en árabe. Los viernes acogía a un grupo de hombres y de mujeres con la cabeza envuelta en espesos velos negros, algo sorprendente en un país donde los adornos del pelo tenían tanta importancia. ¿Se trataba de un templo? ¿Una mezquita?

En el pasado, Fátima Deglas-Moretti había respondido al nombre de Maya. Se había convertido al islam tras sentir la imperiosa llamada de Alá. Pero ¿en qué circunstancias, exactamente? De haber sido un poco más curioso y haber hecho un par de preguntas, Pascal se habría enterado de los detalles, y así se habría acercado un poco más a esa verdad que venía obsesionándolo desde la infancia.

El caso es que Pascal se instaló en Marais Salant con María. Pocos días después, su hermana Marthe se mudó con ellos. Por muy hermanas que fueran, las dos mujeres no podían parecerse menos. María se pasaba la vida maquillándose, empolvándose, pintarrajeándose los párpados de verde, untándose rímel en las pestañas y carmín en los carnosos labios. Su pasatiempo favorito consistía en probarse sin descanso vestidos, shorts y modelitos de playa. Marthe, por el contrario, descuidaba su aspecto e iba siempre hecha un cuadro. Solo sabía barrer, pasar el aspirador o el plumero, fregar el suelo, guisar, poner la mesa.

Esta desigualdad impactó tanto a Pascal que, un día, arrastró a María hasta un rincón y le reprochó:

—¿No le puedes echar una mano a tu hermana? La pobre se encarga ella sola de las tareas domésticas.

María echó la cabeza hacia atrás y estalló en una sonora risotada:

—¡Pero si ella está encantada! Nada le gusta más que sentirse útil, indispensable incluso. Te aseguro que Marthe no envidia para nada mi suerte.

Después de aquello, Pascal tiró la toalla y no volvió a mediar entre ambas hermanas.

Lo cierto es que Pascal y María no se llevaban tan bien como al principio. Ella parecía cada vez más harta de sus constantes cábalas sobre su verdadero origen y de su obsesión por descubrir quiénes eran sus padres. Al principio no hablaban del tema, pero poco a poco terminó monopolizando sus conversaciones. María se encogía de hombros y le decía:

—¿De qué te quejas? Tienes una familia adoptiva que te quiere con locura. Poco importa que no sean tus padres biológicos. Con ellos te debería bastar.

Pascal reconocía que no siempre era el hombre alegre y despreocupado que ella quería que fuera. Muy a su pesar, a medida que el tiempo iba pasando, se sentía cada vez más descontento consigo mismo y más insatisfecho con el rumbo que tomaba su vida.

■

[14]. Verso de la canción «Un autre monde» (1984), del grupo de rock francés Téléphone: «He soñado con otro mundo, un mundo donde la tierra será redonda».

[15]. Locales clandestinos de peleas de gallos.

9

Marthe y María tenían un hermano pequeño de dieciocho años llamado Lazare. Sufría tales dolores que casi parecía minusválido: estaba delgaducho y enfermizo, tenía el cabello ralo. Sobrevivía gracias a los cuidados constantes que le prodigaban ambas mujeres y una amiga, Emma, de quien nadie sospechaba que pudiera ser su amante: la mera idea de que el joven fuera capaz de hacer el amor resultaba descabellada.

¿Qué mal aquejaba a Lazare exactamente? Unos decían que había pasado el dengue con apenas tres años y que esa temible enfermedad había viciado su sangre de por vida. Otros aseguraban que fumaba demasiada equinácea, una planta emparentada con la marihuana, en un intento por calmar los dolores que le recorrían sin cesar brazos y piernas.

A pesar de su salud delicada, Lazare era muy aficionado al ron agrícola y frecuentaba el Nostradamus, un bar de Marais Salant. Pascal lo acompañaba a menudo, dejando a Marthe y María apalancadas frente al televisor, absortas en algún empalagoso culebrón brasileño. El local estaba decorado con un cartel monumental, obra del hermano gemelo del dueño, Roro Maniga, que había estudiado en la India y se había iniciado en las religiones de aquellas latitudes. Se trataba de un pintor de renombre, y sus cuadros tenían mucho éxito por su explosiva mezcla de elementos sacrílegos con motivos religiosos. Era autor, por ejemplo, de una serie titulada Virgen con el niño. Cada lienzo representaba a la Virgen de un color: negra, india, chappée-coolie, chabine, câpresse, mulata… Había incluso una ochavona con un precioso niño negro en el regazo.

A fuerza de empinar el codo juntos, Pascal, Lazare y Roro se

hicieron íntimos. El pintor les rogaba que convencieran a María de posar para él, pues sus rasgos eran idóneos para un cuadro que tenía en mente y que llevaría por título La anunciación de María. Ella se hacía de rogar porque era muy devota; había hecho sin falta la primera comunión y la confirmación.

En el Nostradamus había un fonógrafo que berreaba sin descanso canciones populares. Algunas noches, al salir del bar, Lazare iba tan sumamente beodo que no acertaba a mantenerse en pie y necesitaba apoyarse en varios hombres que, pertrechados con linternas, le iluminaban el camino a casa. «El día menos pensado —susurraban las malas lenguas, meneando la cabeza— se cae redondo y se queda en el sitio.» Se equivocaban. Al día siguiente, a las seis en punto de la mañana, Lazare ya estaba orinando tan campante sobre las flores del jardín.

Pero aquella disoluta existencia no duraría demasiado. Una madrugada Marthe acudió a despertar a Pascal y María, que aún dormían envueltos en la tibieza de una noche de amor.

—Levantaos —les ordenó con voz entrecortada—. A Lazare le ha sucedido algo terrible.

Pascal y María bajaron las escaleras a toda prisa. Lazare yacía en su cama, con los ojos cerrados y la mandíbula desencajada. No respiraba. Pascal se sobresaltó de terror al tocarlo y sentirlo completamente helado. Era el frío de la muerte.

Marthe y María rompieron a aullar al unísono, mientras Pascal intentaba en vano calmarlas.

—Tranquilas. Tan solo está dormido. Pronto se despertará. Se despertará, os lo aseguro.

Las palabras le salieron de un rincón de su alma que ni siquiera controlaba del todo. Por desgracia, parecía poco probable que fueran ciertas. Las horas iban pasando y Lazare permanecía inmóvil como una estatua yacente.

Poco antes del mediodía se presentó madame Linceuil.[16] Madame Linceuil era una mujer menuda de tez rojiza que enseñaba el catecismo a los niños y se sabía de memoria todas las oraciones por los difuntos. Su voz vibrante y aguda no tenía nada que envidiarle a la de las plañideras de África.

El velorio duró hasta altas horas de la madrugada, y todos los congregados en torno a la cama donde yacía Lazare estaban convencidos de que se había marchado definitivamente al más allá. Pero, al filo de la medianoche, abrió los ojos de golpe y se incorporó como si nada.

—¿A qué estáis jugando? —preguntó—. Me muero de hambre. Que alguien me traiga algo de comer y una taza de café. ¡Pero nada de kiololo![17] ¿Entendido?

Marthe y María se abrazaron mutuamente, riendo:

—¡Tiene hambre! ¡Quiere café!

Y salieron corriendo a la cocina.

Aquel acontecimiento fuera de lo común provocó una encendida polémica. Fue la comidilla de norte a sur del país: ¿Que Pascal había resucitado a Lazare de entre los muertos? ¡Sí, claro! ¡Lo que faltaba! La mayoría no daba crédito y se lo tomaba a guasa. Otros, sin embargo, hablaban del asunto con infinito respeto y afirmaban que Pascal era un dios. Pero ¿qué dios?, se preguntaban otros. ¿El orgulloso dios de los cristianos, por cuya culpa quedó dividida la historia de la humanidad en antes y después? ¿El autoritario Alá, que se niega en redondo a que lo pinten? ¿Buda, que tras un breve paseo por esta vida descubrió la enfermedad, la vejez y la muerte? ¿Papá Legba, siempre velando los cruces de caminos? ¿Sakpata, diosa de la viruela?

—Lo más probable —razonaban los espíritus críticos— es que a Lazare se le haya ido la mano fumando hojas de equinácea. Habrá caído en coma y se habrá despertado al cabo de unas horas. Así de simple.

El obispo Altmayer, el mismo que había bautizado a Pascal, denunció desde el púlpito los rumores blasfemos que corrían por la isla: «¡De sobra sabemos que Pascal es el hijo adoptivo de una conocida pareja de floristas!». A Pascal le resultaba cada vez más difícil poner un pie en la calle. Unas veces la gente le dedicaba sonrisas de admiración; otras, recibía miradas desdeñosas. La noticia del supuesto milagro continuó extendiéndose y llegó incluso a Canadá.

Un equipo de televisión se desplazó para entrevistar en primicia a Jean-Pierre y Eulalie. ¿Quién mejor que ellos para pronunciarse sobre el origen de su hijo adoptivo? Jean-Pierre, fiel a sí mismo, se negó a responder, pero Eulalie se prestó encantada y aprovechó para hacerse la interesante. Se pavoneó ante las cámaras, posó, puso morritos. Buceó por sus recuerdos:

—Jean-Pierre y yo —declaró— estábamos resueltos a adoptar, pero no terminábamos de ponernos de acuerdo. Yo quería un varón; él, una niña. Ya tenía el nombre elegido y todo: Anouchka, por la protagonista de un cuento que le encantaba de pequeño.

Al concluir el reportaje, la periodista declaró, con una sonrisa:

—Al fin y al cabo, ¿qué madre no ve a su hijo como a un dios?

Ni Eulalie ni Jean-Pierre supieron qué responder a eso. La frase de marras se puso de moda y empezó a repetirse en todas las casas, desde Fond-Zombi hasta Porte Océane.

Esta polémica no era lo único que torturaba a Pascal. Tampoco su corazón le daba tregua. «El amor es un niño bohemio, jamás ha conocido la ley», se dice en la ópera Carmen, de Georges Bizet. Y es, por desgracia, una verdad como un templo. Pascal se daba cuenta de que ya no sentía prácticamente nada por María. Las mismas curvas que antaño lo enloquecían de pronto le resultaban indiferentes. De hecho, de un tiempo a esta parte María lo sacaba de quicio, sobre todo cuando lo llamaba «mi rey» o «mi dios», ya

fuera en broma o en serio. Su voz chillona lo ponía de los nervios.

Antes se pasaban la vida haciendo el amor. Sacaban el colchón al jardín y se tumbaban a recibir abrazados las caricias del sol. Cuando empezaba a hacer demasiado calor, se refugiaban en la terraza y se refrescaban compartiendo zumos de frutas.

Ahora, sin embargo, Pascal subía al último piso de la casa nada más terminarse el café y se encerraba en el cuarto que le hacía las veces de despacho. Abría un bloc de notas y se ponía a escribir frenéticamente. En apenas un par de semanas oscureció un centenar de páginas, aunque no quedó del todo satisfecho con el resultado. El texto mezclaba teorías bastante manidas, como la lucha de clases o la explotación del hombre por el hombre, con enfoques más modernos como el análisis de los estragos de la globalización. No se atrevía a dar el paso de enviárselo a ningún editor. Estaba tan desesperado que no pegaba ojo en toda la noche, y María comenzó a sospechar que algo no iba bien y a preocuparse por su salud.

■

[16]. Este apellido esconde un juego de palabras: «linceuil» significa en francés «mortaja».

[17]. Café aguado.

10

Se produjo entonces un acontecimiento trágico e inesperado: Eulalie murió. Como reza el proverbio bámbara, la muerte no tañe tambor. Se presenta por sorpresa y se lleva a quien le viene en gana. Ese día Eulalie se había estado quejando de dolores en el pecho y se retiró muy temprano a su habitación. Jean-Pierre no la acompañó. Como cada noche, estaba disfrutando de un último trago y fumándose un par de cigarrillos cuando Pompette empezó a mordisquearle el bajo del pantalón. Cansado de aquel juego, Jean-Pierre tardó un cuarto de hora en entender que la perra quería enseñarle algo, y la siguió al interior de la casa. Se encontró a Eulalie hundida en la cama, inconsciente y con la boca embadurnada de sangre. Ni se le pasó por la cabeza avisar a un médico. Se dejó caer al suelo y la lloró hasta el alba, cuando se decidió a llamar a Pascal.

Porque Eulalie no tenía más familia. Su padre y su madre habían muerto un par de años atrás y su único hermano, Ingmar, estaba casado con una sueca y consideraba a Jean-Pierre demasiado negro como para juntarse con él.

A las ocho de la mañana empezaron a agolparse en El Jardín del Edén los primeros vecinos, que de algún modo ya se habían enterado de la tragedia. Fueron inundando la terraza y las alamedas del jardín.

Sobre las nueve hizo su aparición un grupito de forasteros vestidos de luto riguroso; Eulalie presidía un sinfín de asociaciones caritativas y la terrible noticia había corrido como la pólvora por todo Fond-Zombi. La incansable madame Linceuil se presentó al filo de las diez para hacer las veces de maestra de ceremonias y dirigir el coro:

Cerca de ti, Señor, quiero morar.

Pasos inciertos doy. El sol se va.

Mas, si contigo estoy, no temo ya.

Asistieron también numerosos clérigos, y el gran salón se llenó de gente que lloraba sin parar. Esa noche, acudieron al velorio personas de todos los rincones del país: unos a pie, otros en coche o moto. En algunas localidades, los ayuntamientos llegaron incluso a habilitar autobuses lanzadera gratuitos para sus habitantes.

Jean-Pierre estaba destrozado. No cesaba de rememorar los tiempos felices que había vivido con Eulalie. Tenía tan solo veinte años cuando la conoció en un bal titane[18] organizado por una de las parroquias de Fond-Zombi. ¡Lo guapísima que era a los dieciséis años! ¡Con qué gracia se sujetaba la melena rubia con una mano y se levantaba con la otra la falda de gitana, dejando al descubierto aquel par de piernas maravillosamente torneadas! Los muchachos hacían cola para pedirle un baile, pero ella solo tenía ojos para Jean-Pierre. Lo suyo había sido amor a primera vista.

Por desgracia, cuando el joven fue a casa de sus padres para anunciarles sus buenas intenciones y pedirles la mano de su hija, la familia lo rechazó por tener la piel negra como el carbón. La pareja se fugó, se instalaron en una parcelita que Jean-Pierre le había comprado por un precio irrisorio a un agricultor en quiebra, y fundaron El Jardín del Edén. A decir verdad, durante los primeros años solo cultivaban arbustos, que alegraban la vista sin necesidad de muchos cuidados ni mucha agua: alamandas, sangres de drago y flamboyanes amarillos o rojos.

La sonrisa de la joven era tan luminosa que bastaba para compensar los sombríos finales de mes de la pareja. El negocio no empezó a prosperar hasta pasados unos años, cuando un rebaño de cabritos o bueyes (bichos, en cualquier caso, que andaban sueltos por donde no debían) puso patas arriba El Jardín del Edén, que por entonces

no era más que un modesto invernadero. En lugar de lamentarse por los destrozos, a Jean-Pierre se le ocurrió hacer injertos con los arbustos dañados, y así nació la rosa Cayena. Empezaron a ganar dinero a raudales y la familia de Eulalie terminó pasando por el aro, cediendo ante un amor que hasta entonces habían despreciado. Se casaron por todo lo alto.

Pero el desconsuelo de Jean-Pierre no era nada comparado con el de Pascal. Llegó al funeral del brazo de María, pues le fallaban las piernas. Tenía la sensación de encontrarse al borde del desmayo. El remordimiento azuzaba su dolor y ocultaba su rostro tras una desgarradora máscara. Se decía a sí mismo que no había sido buen hijo; no había estado a la altura de los sentimientos que la difunta le profesara en vida.

Se acordaba, sobre todo, de su última conversación. Un domingo por la tarde Pascal había ido a verla a la habitación donde descansaba. Las puertas y las ventanas estaban abiertas de par en par para que entrara el calor del sol, pues Eulalie era muy friolera. Tras ahuyentar con un gesto de la mano las preguntas de Pascal a propósito de su salud, lo había mirado fijamente a los ojos:

—¿Sabes qué me haría feliz?

Pascal se había limitado a negar con la cabeza.

—Un niño. Quisiera que me dieras un nieto antes de que me vaya.

Pascal había respondido secamente:

—¿Y cómo te voy a dar un nieto? Odias y desprecias a la mujer con la que vivo, ¡y ahora pretendes que tenga un hijo con ella!

Sin darse por vencida, Eulalie replicó:

—Me reconocerás que María no es la mejor de las mujeres con las que podrías tener un hijo…

Pascal bramó:

—Esa es tu opinión. ¿Te suena Roro Maniga, el famoso pintor? ¡Pues a Roro Maniga, sin ir más lejos, le parece tan encantadora que está deseando hacerle un retrato! —dicho esto, se dio media vuelta y se marchó dando un portazo.

Como era de esperar, la muerte de Eulalie desencadenó infinidad de reacciones maliciosas. Los antiguos defensores de Pascal se volvieron en su contra. ¿Había resucitado a Lazare de entre los muertos, pero era incapaz de salvar a su propia madre? ¡Menudo desalmado! Judas Éluthère debió cruzarle la cara al menos a media docena de individuos que hicieron comentarios de este tipo.

Sin ánimo de reducir los velorios a un pretexto para comer gratis, para escabullirse en una esquina y atiborrarse de ron, accras[19] y demás tentempiés, sí hay que decir que un velorio no es digno de ese nombre si falta la famosa «sopa grasa», delicioso potaje de calabaza y zanahorias con ajo y perejil en abundancia. Aquella noche la sopa grasa corrió a cuenta de Tina. Deshecha en lágrimas, quiso manifestar así su afecto por la mujer a quien había considerado su segunda madre. Hubo sopa para dar y tomar. De este modo, sin darse cuenta, Tina cargó de razones a quienes afirmaban que la famosa multiplicación de los panes trenzados, el supuesto milagro que Pascal había realizado en su boda, no había sido más que un falso rumor.

Después de la sopa grasa, los salmos y los cánticos religiosos fueron in crescendo. Bajo la dirección de madame Linceuil, hubo música hasta que, al despuntar el alba, el cielo comenzó a tornarse dorado.

■

[18]. Bailes populares típicos de la Pascua en Guadalupe.

[19]. Buñuelos de bacalao.

11

El entierro de Eulalie fue sobrecogedor. Tuvo lugar a primera hora de la tarde y, como el cementerio de Briscaille quedaba bastante lejos, los asistentes se dispersaron. Había que enfilar la carretera de Porte Océane hasta llegar a la aglomeración urbana de Vauban. Una vez allí, un cartel indicaba que había que girar a la izquierda en la encrucijada, subir una cuesta empinadísima y cruzar un puente que se tambaleaba sobre los Baños Amarillos, como se llamaba la fuente sulfurosa de aquel lugar, cuyas aguas eran excelentes para tratar enfermedades de la piel.

El desfile de coches de lujo parecía no tener fin: todos los pudientes habían querido manifestar su simpatía por Eulalie. A bordo del coche fúnebre decorado con fotos de la difunta, Jean-Pierre y Pascal encabezaban el cortejo, uno a cada lado de un ataúd prácticamente oculto entre coronas de flores. Una de las fotografías llamaba la atención. Salía Eulalie pletórica, radiante de juventud y de belleza, con su hijo recién nacido en brazos.

A pesar de la tristeza que sentía, Pascal se preguntaba si su presencia en el funeral no estaría perpetuando una mentira. Eulalie no era su verdadera madre. Otra mujer le había enseñado a reconocer los latidos de su corazón y a distinguir el sonido de su voz cuando aún estaba agazapado en su vientre. ¿Dónde se escondía ella? ¿Cuántas puertas tendría que abrir para encontrarla? ¿Cómo lo recibiría? Tanto misterio lo atormentaba cada vez más.

Los folletos turísticos afirman que el cementerio de Briscaille, del siglo XIX, es el más bonito del país. No puede negarse que sus tumbas alicatadas de azulejos blancos y negros crean un efecto sorprendente recortados contra el azul del cielo.[20] El camposanto se construyó en la cima de un cerro y, con el tiempo, se ha ido

extendiendo por sus laderas.

El mausoleo de la familia Ballandra tenía forma de pagoda china. En el segundo piso se apilaban los féretros de diversos miembros de la familia, mientras que el primero estaba acondicionado como sala de música. Nada más llegar, los músicos tomaron asiento y empuñaron sus respectivos instrumentos: violín, violonchelo, flauta de pan, armónica, pandereta… Un viejo amigo de Eulalie hasta se había llevado un ukelele. Empezaron interpretando el Réquiem de Dvořák, que había sido su favorito. Luego el obispo Altmayer, con los ojos hinchados de tanto llorar, pronunció una homilía que conmovió hasta a los más insensibles. Recordó las múltiples virtudes de la difunta y la gran pérdida que su muerte suponía para el país.

Cuando concluyó la ceremonia, el sol se había refugiado en una esquina del cielo, inundándola de destellos de sangre. Una brisa fresca soplaba desde la mar y acariciaba las plantas que pugnaban por crecer entre las tumbas. Los asistentes invadieron los senderos del cementerio en dirección a la salida.

Pascal se encontró rodeado por una muchedumbre de desconocidos que decían apreciar muchísimo a Eulalie y se empeñaban en darle el pésame una última vez. Fue entonces cuando se le acercó una joven bien vestida y tocada con un sombrero rojo (desafortunado color, dadas las circunstancias). Lo tomó de la mano y susurró:

—Tu madre fue un gran ejemplo para todas las mujeres. Querido hermano, ¿cuándo me harás el favor de venir a hablar conmigo?

Sin darle tiempo a responder, María se interpuso entre Pascal y la mujer, al tiempo que Judas Éluthère interceptaba la tarjeta de visita que esta le ofrecía.

—¿No sabes quién es? —le murmuró al oído. Pascal no entendía el porqué de tan brusca intervención—. Es Estelle Romarin, la puta más famosa del país. Acaba de volver de París, donde se habrá

acostado con todos los que ocupan un cargo por allí para ver qué les saca. La acaban de nombrar Secretaria de Estado de los Desfavorecidos.

Con la cabeza en otra parte, Pascal respondió suavemente:

—¡Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra!

Acostumbrado a las respuestas de su amigo, a menudo misteriosas e incomprensibles, Judas Éluthère lo dejó estar. Los asistentes ya se iban dispersando y montando cada cual en su coche.

La primera noche tras el entierro es la peor, pues solo podemos pensar en el ser querido a quien acabamos de abandonar, completamente solo, en su última morada. ¿Cómo soportará la eternidad? Por más que Marthe y María se pasearan sirviendo café y desenvolviendo dulces de coco coronados con azúcar rosa, la pena oprimía el corazón de todos los amigos y conocidos que se dieron cita esa primera noche en Marais Salant.

Para despejarse un poco, Pascal se dirigió al bar Nostradamus en compañía de Lazare, Judas Éluthère y un par de amigos más. Allí reinaba un ambiente festivo, pues, como bien dice el Eclesiastés, «hay un tiempo para lamentar y hay un tiempo para bailar». Bajo la batuta de un grandullón canoso ataviado con una túnica multicolor, un cuarteto de enanos tocaba la flauta dulce. Otros dos llevaban el compás aporreando un gwoka.[21] La multitud de bebedores aplaudía a rabiar aquel espectáculo de carnaval, y era como estar a veinte mil leguas de la atmósfera opresiva que había reinado en El Jardín del Edén y más tarde en el cementerio de Briscaille.

■

[20]. Esta descripción coincide con la del célebre cementerio ajedrezado de Morne-à-l'Eau, en Guadalupe.

[21]. Tambor guadalupeño.

12

Pascal seguía intentando en vano reponerse de la muerte de Eulalie cuando, muy temprano una mañana, el cartero (un tipo bajito y rechoncho embutido en un uniforme de rayas) detuvo la camioneta frente a su casa y prácticamente lo arrancó de la cama. Le entregó una carta en cuyo remite se leían las señas de la empresa Le Bon Kaffé. Al abrirla, Pascal reparó en que la firmaban un tal David Druot y Judas Éluthère, ambos delegados de personal. Lo emplazaban a una reunión en Sagalin, en la sede social de la firma, sin precisar el motivo de la invitación.

María, despeinada y somnolienta, acudió enseguida al despacho donde, a pesar de la hora temprana, Pascal ya se encontraba frente al ordenador. Él le mostró la carta que acababa de recibir.

—No te mezcles en los asuntos de esa gente —le aconsejó, después de leerla—. Mantente al margen, pues esta noche he tenido un sueño, un sueño horrible. Presiento que algo malo va a sucederte, no sé qué exactamente, pero me ha dado miedo. Fíjate, la carta no viene firmada por monsieur Pacheco, que es el que manda allí.

Pascal ya había reparado en ese detalle, pero estaba resuelto a ignorar la opinión de María. Además, debía hacer algo, lo que fuera, porque su situación no hacía más que empeorar. Se sentía asfixiado en una vida inundada de discusiones ociosas, de gestos y palabras que escapaban a su control. Cada vez más gente ponía en duda sus milagros, mientras que otros estaban convencidos de que era hijo de Dios, aunque no precisaban de qué dios en concreto.

El lunes siguiente, obedeciendo las indicaciones de David Druot y Judas Éluthère, Pascal subió a su moto y se dirigió a Sagalin. Salió

muy temprano. Se escuchaba el mugir de las vacas, deseosas de que llegara la hora del ordeño y de que alguien, por fin, aliviara el peso de sus ubres rebosantes de leche. Había amanecido un día horrible en Marais Salant, pero poco a poco fue mejorando. Unas graciosas nubecillas blancas con forma de rosetón salieron a juguetear por el cielo. Se levantó una suave brisa y alborotó las jacarandas que habían sustituido a los manzanos de Citera a ambos lados de la carretera, dejando caer sobre el alquitrán una lluvia de flores azules.

Pascal, que llevaba desde el día anterior sin probar bocado, hizo una parada en Octavia y entró en un tugurio donde servían comida tradicional por un módico precio. El dueño, un gigante calvo como una bola de billar, cayó de rodillas al verlo y exclamó:

—¡Tú! ¡Tú! No soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

Pascal lo obligó a levantarse y estuvo a punto de marcharse, pues semejante acogida le pareció completamente fuera de lugar. Hizo bien en quedarse, porque el desayuno resultó excelente: ensalada de arenques ahumados, aguacates y gachas de yuca.

Cuando llegó a Sagalin, hacía un tiempo espléndido y el cielo estaba de un azul profundo, como si lo hubiera pintado un niño. El pueblo de Sagalin, aunque era próspero y albergaba la sede de una empresa importante, no tenía atractivo alguno y estaba, de hecho, bastante sucio. Manadas de monos de la selva vecina defecaban a diestro y siniestro por las calles al igual que los perros callejeros, también muy numerosos, nadie sabe por qué.

Sin embargo, allí era donde todo había comenzado, unos cincuenta años atrás, con un tal Ti-Maurice que se dedicaba a cultivar café en las tierras heredadas de su padre. Se emparejó con Mariette, la dueña del bar Los Dos Amigos, y se les ocurrió la genial idea de incluir en la carta de bebidas, bajo el nombre de Aroma Divina, el café que ellos mismos producían. La pareja era trabajadora e incansable. Se levantaban al alba y se acostaban muy tarde: siempre estaban plantando, desbrozando, abonando, regando y poniendo a

secar las bayas de café sobre chapas para después tostarlas de forma artesanal.

El éxito no tardó en llamar a su puerta. Sagalin se convirtió en parada obligatoria en el camino hacia Porte Océane, y su café se fue haciendo cada vez más famoso. Fue entonces cuando el Gobierno, viendo que se trataba de un buen negocio, compró las tierras de Ti-Maurice, las expandió y las nacionalizó. Así nació Le Bon Kaffé. En un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en la empresa más próspera del país, mientras que Ti-Maurice y su mujer, que habían amasado una pequeña fortuna gracias a aquella venta, se retiraron a disfrutar de su jubilación en la metrópolis.

La sede social de la empresa estaba rodeada por un muro blanco de varios metros de alto y decorado con tazas de café humeantes. Pascal bajó de la moto, esquivó por los pelos una caca de mono y llamó al timbre. Al cabo de un rato, el portón automático se abrió y Pascal se encontró en un recibidor atestado de vitrinas donde se exhibían todo tipo de folletos. En una esquina había una mujer sentada a una mesa rectangular. Tras leer la carta, descolgó el teléfono que había a su lado y ladró un par de palabras con mucho acento español. Pascal se preguntó de dónde sería.

A pesar de sus dimensiones reducidas, el país estaba hecho a imagen y semejanza del mundo. Convivían en su seno grupos humanos que hablaban todas las lenguas de la Tierra, llegados de los países más recónditos de África o incluso de Oceanía. ¿Cómo conseguiría Pascal plantar entre ellos el árbol de la armonía y de la tolerancia, para cumplir así la misión que su padre parecía haberle encomendado? Tras ese pensamiento de desánimo, una ola de esperanza surcó su pecho: ¿acaso no se encontraba en la sede de Le Bon Kaffé? Aquello podría ser el comienzo del proceso de cambio que tanto anhelaba.

Pasados unos minutos, salió un hombre de un pasillo contiguo y le arrancó la carta de las manos. Tras leerla, sonrió:

—Sígame. Los delegados de personal lo están esperando en el bloque H.

Pascal obedeció. Salieron y se alejaron del edificio principal.

Pascal jamás había pisado un cafetal. Los flexibles arbustos de largas hojas barnizadas dejaban pasar algunos tímidos rayos de luz, manteniendo una ligera penumbra. Miró con curiosidad los pequeños frutos multicolores, capaces de generar millones y millones de euros. En efecto, el café de Sagalin se cotizaba en bolsa tanto como el arábica, el robusta e incluso el Blue Mountain de Jamaica. Soplaba el viento y, allá en lo alto, el sol se divertía jugando al escondite.

David Druot y Judas Éluthère lo estaban esperando en un despacho donde destacaba una vasta librería atestada de libros en todas las lenguas. Presidía la estancia un retrato de monsieur Pacheco escoltado por dos hombres de unos cincuenta años, ambos tan apuestos como él. David Druot y Judas Éluthère también se parecían: mismo peinado, misma elegancia y distinción.

David Druot fue directo al grano:

—En los últimos meses —dijo— se nos han suicidado nada menos que dieciocho empleados y otros cincuenta han abandonado sus puestos de trabajo sin tomarse siquiera la molestia de dimitir. Los demás obreros se manifiestan sin cesar por las calles de todas las ciudades del país, cosa que da una imagen terrible de la empresa. La policía ya ha efectuado más de un millar de detenciones, y la situación resulta insostenible. Así que hemos aprovechado la ausencia de monsieur Pacheco para llamarlo. Nos parece que quizá pueda ayudarnos. Monsieur Pacheco se resiste a cualquier tentativa de reforma, pero en estos momentos está de vacaciones y, justo después, tiene un viaje a Japón.

—¡A Japón! —exclamó Pascal.

—Sí —respondió David Druot—. Acabamos de abrir allí una sucursal que, por cierto, está funcionando de maravilla. Nuestros

ingenieros han creado una nueva variedad que se llama Le Petit Kaffé y está causando furor en el mundo entero. De modo que monsieur Pacheco estará fuera todo el año. Durante ese tiempo, esperamos conseguir que la situación mejore e instaurar por fin la paz en nuestra empresa.

En ese momento, Judas Éluthère se puso a tararear con tono burlón su canción preferida: J'ai rêvé d'un autre monde, où la terre sera ronde…

Pascal se dejó convencer. Los tres hombres acordaron que acudiría a la empresa dos veces por semana para dar clases a los empleados. Las clases estarían orientadas a intentar resolver las cuestiones que ellos consideraban inaceptables. Sellaron el pacto degustando una taza de Aroma Divina que les sirvió una solícita secretaria.

Dio comienzo entonces un periodo de actividad frenética para Pascal. Se pasaba horas enteras preparando sus clases, con el corazón henchido de un sentimiento completamente nuevo para él. Por fin estaba actuando, por fin dejaba a un lado todas las preocupaciones egoístas y proponía reformas reales, reformas susceptibles de transformar el mundo.

Hay que decir que Pascal no se encontraba del todo preparado para acometer dicha tarea. Convencido por los incesantes reportajes televisivos y radiofónicos con sus hordas de empleados coléricos, él pensaba que la plantilla de Le Bon Kaffé se componía mayoritariamente de rebeldes e insatisfechos, y se llevó una gran sorpresa cuando descubrió que la realidad era bien distinta. Gran parte del personal se mostraba reacia a cualquier cambio en el seno de la empresa. Las clases que impartía no tardaron en convertirse en auténticas batallas campales donde los asistentes, enfurecidos, formaban bandos y se enfrentaban en acaloradas disputas. Pero a él no le molestaba, puesto que la claridad y la verdad nacen de la contestación.

Alentado por esta nueva experiencia, Pascal se puso a corregir los

panfletos que llevaba años escribiendo sin atreverse a publicarlos. Le hervían los pensamientos, sentía un intenso fuego en su interior. Sus clases desbordaron rápidamente los límites de Le Bon Kaffé y se convirtieron en un tema de conversación recurrente en la calle. Nadie tenía muy claro si Pascal era o no era hijo de Dios pero, en cualquier caso, parecía que sí le gustaba dar la nota.

13

El despacho de Pascal, una exigua estancia cuyo único atractivo eran las vistas a la espesura del jardín, se convirtió enseguida en su refugio. Se pasaba allí encerrado horas y horas, trabajando, buscando ideas, tachando frases que no terminaban de gustarle… Solo bajaba al comedor dos veces al día, silencioso y con aire contrariado, para devorar a toda prisa los suculentos guisos de Marthe. A veces, se arropaba con una manta naranja y se quedaba a dormir en el diván.

Como había que dejar la puerta abierta por culpa del calor, se despertaba al alba y contemplaba cómo la noche perdía el duelo mortal que siempre estaba librando con el día. Poco a poco, se iba haciendo la luz y el sol izaba cada vez más alto su refulgente disco. Compadre General Sol: había leído ese libro a los doce años. Ya no recordaba el nombre del autor, pero no había olvidado su particular visión de la realidad áspera y ardiente de Haití.

Una noche, cuando Pascal estaba sentado a su escritorio intentando mantenerse despierto, se presentó allí Judas Éluthère, con los aires de importancia de quien tiene información crucial:

—¿Todavía estás aquí? —exclamó—. María se queja de que trabajas demasiado.

Pascal esbozó un gesto de impaciencia. Judas hizo caso omiso y se sentó con parsimonia al otro lado del escritorio.

—Tranquilo, no he venido a hablarte de María. Lo que ocurra entre vosotros es cosa vuestra. Vengo a hablarte de otra mujer… De alguien que ha desempeñado un papel esencial en tu vida.

—¿Un papel esencial en mi vida? —repitió Pascal asombrado—. Si solo he frecuentado a Eulalie y un puñado de amigas.

—Ya, ya lo sé —respondió Judas Éluthère—. Todavía no la conoces. Quería acompañarme esta noche, pero creo que es mejor que te cuente yo antes: por fin vas a conocer a tu madre.

—¿A mi madre? —a Pascal se le quebró la voz—. ¿Qué dices?

—Abre bien las orejas y atiende. Es una larga historia. Tu madre se llama Maya Moretti, se convirtió al islam hace algunos años y ahora responde al nombre de Fátima.

—¿Qué me estás contando?

—Paciencia —recomendó Judas.

Y procedió a recitar lo siguiente:

—Hace unos cincuenta años, Ti-Jean Moretti y su mujer Nirva eran la pareja más dichosa sobre la faz de la tierra. Acababan de tener a su primera hija, a quien llamaron Maya. La niña era una preciosidad, el colmo de la perfección, una florecilla que todo lo inundaba de gracia y de belleza. Pero no solo era encantadora. A diferencia de sus padres, que apenas sabían leer y escribir (Ti-Jean se dedicaba al mantenimiento de piscinas para la sociedad Immedia y su mujer era limpiadora), Maya destacó desde su primer día de escuela y siempre fue la primera de la clase. Francés, matemáticas, ciencias sociales… Todo se le daba de maravilla.

»Cuando cumplió catorce años, Ti-Jean pidió un préstamo y le compró un collar típico antillano: una gargantilla de cadena gruesa. Nirva, por su parte, le regaló un brazalete. A los dieciséis años se sacó el bachillerato con matrícula de honor y sus padres, que ni siquiera habían terminado los estudios primarios, no cabían en sí de orgullo e hicieron lo imposible para pagarle un camarote de primera clase en el crucero Empress of the Sea, que recorría las islas del Caribe: tiraron la casa por la ventana, vaya.

»Pero no surtió el efecto esperado. Al regreso del viaje Maya cambió radicalmente. Su carácter, tan afable hasta entonces, se tornó de lo

más sombrío. Dejó de verse con sus amigos y comenzó a pasar días enteros sola en su habitación.

Fue entonces cuando murió Ti-Jean. Se quedó encajado en el skimmer de una piscina que estaba limpiando. La versión oficial fue que el cambio de actitud de Maya se debió a la pena que le provocó tan horrible accidente, pero aquella teoría no terminaba de convencer a nadie.

»La joven obtuvo una generosa beca estatal para estudiar en la metrópolis y se embarcó en el Normandie con su anciana madre; no podía dejarla sola en su país natal. Se instalaron en Savigny-sur-Orge, una barriada de las afueras de París, y alquilaron un pequeño apartamento sin gracia pero cómodo. A Nirva no le costó demasiado trabajo encontrar nuevas casas que limpiar, y Maya se matriculó en la universidad para estudiar Psiquiatría Infantil. La carrera era muy difícil, pero ella en ningún momento cejó en su empeño, que era casi obsesión: ser capaz de detectar y curar los traumas de los más pequeños.

»A los veintidós años, conoció a un marroquí llamado Ahmed-Ali Roussy, un cineasta de reconocido talento. Había dado que hablar en el último Festival de Cannes con un documental sobre los niños de barrios pobres. Lo suyo fue un auténtico flechazo: por Ahmed, Maya se convirtió al islam y adoptó el nombre de Fátima. Su boca reaprendió a sonreír y volvió incluso a estallar en carcajadas: la pareja no podía ser más feliz. Desgraciadamente, a los dos años de vivir juntos, Ahmed-Ali desapareció. Maya lo estuvo esperando despierta toda la noche y, por la mañana, telefoneó a todos sus amigos y conocidos. Nadie sabía nada. A los dos o tres días, desesperada, terminó poniendo una denuncia en comisaría. Los policías que la atendieron se comportaron con una ligereza teñida de mofa. ¿Pero a quién estaba buscando exactamente? ¿A su marido? ¿A su prometido? ¿Qué relación tenía con él?

»Fueron pasando los meses y Ahmed-Ali seguía sin dar señales de vida. Maya le dio vueltas y más vueltas al asunto, hasta que un buen día terminó resignándose. Sin duda, se había marchado a uno de esos países sin ley donde la vida pende de un hilo.

—Apasionante historia —se burló Pascal cuando Judas hubo terminado—. Pero ¿cómo sabes que se trata de mi madre?

—Ella misma me lo confesó. A bordo del paquebote Empress of the Sea conoció a un joven brasileño muy rico que se llamaba Corazón Tejara. Cuando le comunicó que estaba encinta, él dejó de responder a sus innumerables llamadas. Destrozada por aquel silencio, se vio en la tesitura de abandonar a su hijo recién nacido en una cabaña al fondo del jardín de los Ballandra. No se esperaba que, al cabo de unos meses, el tal Corazón de pronto respondiera a sus cartas y le pidiera conocer a la criatura. Ese niño eres tú. Anteayer Fátima regresó de Fez, donde suele pasar la mitad del año. Vayamos a verla, vive justo enfrente y te lo explicará todo mucho mejor que yo.

Los dos hombres bajaron la escalera. Pascal tenía la sensación de estar soñando y se preguntaba si no estaría a punto de despertarse. Cruzaron el jardín sumido en la penumbra. Reinaba un silencio sobrecogedor, roto solo por los latidos de un gwoka que resonaba a lo lejos como un corazón desbocado.

En la planta baja de la casa de Fátima, a pesar de la hora tardía, la luz de la cocina estaba encendida y dos viejos sirvientes apuraban una copa de anís:

—La señora —dijo el hombre— los está esperando en el salón.

Pascal y Judas subieron los peldaños de cuatro en cuatro.

En efecto, una atractiva mujer de cincuenta y tantos años aguardaba en una estancia agradablemente amueblada y decorada con grandes cuadros. Iba bien vestida, con una prenda amplia a medio camino entre chilaba y vestido. Llevaba el cabello oculto por un espeso velo de color negro.

Cuando los vio llegar, dio un respingo y se acercó corriendo a Pascal, tomando su mano entre las suyas.

—Judas ya te lo ha contado, ¿verdad? —preguntó, visiblemente

emocionada.

—Sí. Me ha contado una historia completamente inverosímil que, a decir verdad, no me creo en absoluto. Vengo a conocer tu versión.

—Lo que Judas te ha contado es la pura verdad —aseguró.

Y repitió la historia punto por punto. Volvió a explicar que, creyendo que su hijo recién nacido crecería sin padre, lo había abandonado en el jardín de Jean-Pierre y Eulalie Ballandra. No sabía cómo se las había apañado para cargar con tan doloroso secreto. Le había sorprendido sobremanera que Corazón, a quien creía desaparecido para siempre, de pronto retomara el contacto con ella y le contara un cuento todavía más disparatado: aseguraba tener orígenes divinos y estar destinado a cumplir, junto a su hijo, una elevada misión.

—¿Intentaste hablar en persona con Corazón? —exclamó Pascal.

Fátima negó con la cabeza:

—No quería volver a verlo. Después me enamoré de otro hombre, por él abracé el islam y me convertí en Fátima Moretti.

Madre e hijo se miraron a los ojos.

—En cualquier caso —dijo Fátima de repente—, lo importante es que tal vez Corazón dijera la verdad. Hay que considerar la posibilidad de que nuestro hijo (es decir, tú) no fuera un niño como los demás. Por lo que me ha contado, todo esto le fue revelado en una profecía. ¿Verdad o mentira? Quién sabe…

De modo que los chismes y rumores sobre sus orígenes quizá tuvieran su razón de ser, pensó Pascal.

Fátima le estrechó la mano aún más fuerte y susurró:

—¿Has sufrido mucho por no saber quiénes eran tus verdaderos padres? ¿Te has sentido abandonado?

—No —mintió Pascal—. Mis padres adoptivos son maravillosos.

Fátima se inclinó un poco más. Su rostro reflejaba la violencia de los sentimientos que la atormentaban.

—En el fondo, muy en el fondo, ¿cómo te sentías? —insistió.

De no haber estado Judas Éluthère, la conversación sin duda se habría alargado hasta la madrugada. Pero Pascal decidió ponerle fin:

—Ya volveré en otro momento y te haré todas las preguntas que se me ocurran.

Pascal y Judas bajaron las escaleras. Una vez en el jardín, se separaron:

—No hablemos más del asunto por ahora. Necesito tiempo para reflexionar.

Pascal no pegó ojo en toda la noche. No sabía qué pensar. Sin previo aviso, después de buscarla durante tantos años, resultaba que su madre se encontraba literalmente a la vuelta de la esquina. Tenía la sensación de haber iniciado una etapa crucial y de estar a punto, por fin, de tomar las riendas de su vida.

14

Al día siguiente, Pascal regresó a casa de Fátima. Su relación enseguida adquirió un cariz que no se habían esperado: se volvieron inseparables, uña y carne como suele decirse, o en este caso madre e hijo. Por las mañanas, cuando no estaba en Sagalin trabajando en las oficinas de Le Bon Kaffé, Pascal iba derecho a casa de Fátima. Se la encontraba con la cabeza envuelta en su sempiterno velo negro, que contrastaba con los alegres shorts rojos que solía vestir.

Recorrían los campos durante más de una hora. Atravesaban zarzales, hierbas de Guinea y cardos benditos y subían a buen paso hasta lo alto de los cerros. Solo se detenían un instante para recuperar el aliento cuando llegaban a la meseta de Millevaches. A esa hora el sol comenzaba a incendiar los árboles y los gigantescos cactus cirios que todo lo invadían.

Después se daban un baño en lo que la gente llamaba «la bañera de Joséphine»: una pequeña cala protegida por una barrera de coral. El agua allí era tan cristalina que se veía a los pececillos agitarse en el fondo, entre la arena blanca como la nieve. A Fátima no le quedaba más remedio que desprenderse del velo negro y ponerse en su lugar un gorro de baño bastante austero. Por un instante, Pascal podía admirar con estupor aquella melena enmarañada del color del hierro. La hacía parecer más vieja de lo que era y Pascal se quedaba pensando en los años que los separaban.

Dedicaban las tardes a trabajar. Curiosamente, hablaban poco de Corazón Tejara, como si bastara con lo que ya habían dicho: Pascal no era un hombre corriente, y tenía una misión. Corazón era la personificación de una fuerza nueva, destinada a enmendar los errores cometidos a lo largo y ancho del universo. Como quien corrige los deberes de un niño, Fátima inundaba de tinta roja las páginas que Pascal se atrevía a mostrarle. A ratos, sacudía la cabeza:

—Eres demasiado intolerante —le reprochaba—. Por no decir sectario. Incluso la colonización, que tanto mal nos ha hecho, tenía gemas ocultas, perlas que hemos sabido aprovechar.

—¿La colonización? —se extrañaba Pascal.

—¿Has leído el Manifiesto antropófago? —le preguntaba Fátima.

—¿El Manifiesto antropófago? ¿Qué tontería es esa?

Fátima explicaba con tono serio:

—No es ninguna tontería. Lo escribió un brasileño que se llamaba Oswald de Andrade. Intentó derribar el mito de que los amerindios tupíes, famosos por devorar a los misioneros cristianos, fueran unos salvajes. Todo lo contrario: al comportarse así, demostraban una inteligencia superior, pues pretendían asimilar las cualidades de quienes intentaban convertirlos.

Poco a poco, una idea fue abriéndose paso en la mente de Pascal: invitar a Fátima a una de sus clases para que expusiera todas estas ideas. Así seguro que sus alumnos dejarían de calificarlo de inflexible; no en vano ya lo apodaban el Cabezón. En cuanto se lo propuso, Fátima aceptó entusiasmada.

Un sábado temprano partieron rumbo a Sagalin. Fátima iba de punta en blanco: vestía una elegante camisola y llevaba el cabello cubierto por un pañuelo de seda negra estampado con motivos plateados. Pero Pascal no había contado con el revuelo que provocaría aquella visita. El aula donde acostumbraba a dar clase, la diminuta sala 104, estaba llena a rebosar. Los alumnos de las primeras filas, que solían llevar la voz cantante, atacaron a Fátima con extrema violencia, reprochándole ante todo que se hubiera convertido al islam. Era una religión que causaba un sinfín de atentados y masacraba a infinidad de inocentes por todo el mundo.

—No es así como yo veo el islam —protestaba Fátima—. En mi juventud, me enamoré de un musulmán que me llevó a pasar algunos meses en su pueblo. Vivíamos cerca de una mezquita.

Escuchaba cinco veces al día aquella voz ronca y magnífica que invitaba a los hombres a prosternarse ante Dios, y me llegaba al alma. Me invadían unas ganas irrefrenables de salir corriendo a la calle y dedicarme a hacer el bien.

—¡Valiente sensiblera! —exclamaban los asistentes.

Fue una clase movidita, sin duda. Pascal se puso a la defensiva y no tomó la palabra. Evitó apoyar a Fátima abiertamente, aunque tampoco verbalizó sus desacuerdos con ella. En el fondo, se alegraba del brutal enfrentamiento y estaba convencido de que tendría resultados positivos, pues el choque de ideas siempre da buenos frutos.

En el plano personal, no le faltaban las preocupaciones. Cada vez soportaba menos a María. Él, que había sido un amante impaciente, fogoso, insaciable, siempre dispuesto a recomenzar decenas de veces el acto sexual, ahora permanecía completamente impasible ante su desnudez. Le daba la espalda en la cama y fingía estar dormido o demasiado cansado para responder a sus caricias.

A María no le pasó desapercibido aquel cambio. Montaba en cólera:

—¿Cómo es posible? ¡Ya ni te empalmas! —chillaba—. ¿Te has enamorado de otra o qué?

Pascal se encogía de hombros:

—No digas tonterías.

—¡Te has enamorado de alguna jovencita, seguro! —exclamaba ella sin prestar la menor atención a sus protestas—. Típico de los hombres de tu edad, ¡cuanto más niñas, mejor!

Aquello era una cruz para Pascal, y buscaba sin cesar una manera elegante de poner fin a la relación.

Intentaba cambiar de tema contando lo primero que se le pasaba por la cabeza:

—¿Sabes qué me pasó de niño? Es algo que nunca he podido olvidar. Había dos chicos de mi escuela, dos granujas con el brillo de la maldad en los ojos, que me molían a palos y me llamaban Sin Familia. Era el título de un libro de Hector Malot que estudiábamos en clase y que les gustaba mucho a los alumnos. Yo llegaba a casa llorando, ofendido por el apodo, y corría a los brazos de Eulalie. «Yo no estoy "sin familia", ¿verdad que no, mamá?»

En mitad del caos que reinaba en su vida, encontró dos refugios. El primero, el alcohol. Pasó de ser prácticamente abstemio (apenas tomaba un trago de vez en cuando para contentar a Jean-Pierre) a emborracharse a diario con Lazare. No había noche que no se la pasara en el Nostradamus empinando el codo. Haciendo gala de su astucia, el dueño del local se había inventado un nuevo reclamo: el espectáculo Músicas del mundo ofrecía todo tipo de cantos y ritmos tradicionales de distintos rincones del planeta: Cuba, Japón, Irán e incluso Australia. Pascal aprovechaba la ocasión para volver a casa lo más tarde posible y evitar tener que vérselas con María.

El otro subterfugio consistía en refugiarse en casa de su madre. Se pasaban la mayor parte de la noche debatiendo sobre el papel que estaba destinado a desempeñar en el mundo.

—¿Qué esperas de mí? —le preguntaba a Fátima.

—No sabría decirte… Sin duda, Corazón te lo explicaría mejor que yo —respondía la mujer con lucidez—. Muchos creen que este mundo nuestro tan incomprensible y violento necesita con urgencia de alguien que traiga sabiduría y concordia. Un mesías que tomará como punto de partida los intentos de sus predecesores y sabrá culminarlos. Quizá ese hombre seas tú.

Al regresar de casa de Fátima una madrugada en la que se habían quedado hablando hasta las cuatro, se encontró con que María, vestida de pies a cabeza, lo esperaba despierta en la terraza.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Me equivocaba. ¡Resulta que no te has encaprichado de una jovencita, sino de un auténtico vejestorio!

—¿Un vejestorio? —repitió Pascal, atónito—. No es en absoluto lo que parece. Deja que te lo explique.

Pero María no lo estaba escuchando: había salido corriendo hacia su coche. El resplandor de los faros desapareció en la oscuridad sin que Pascal pudiera hacer nada por detenerla.

Corrió a despertar a Lazare, cuya habitación se encontraba en el primer piso. Sorprendido en mitad de un profundo sueño, el joven se incorporó frotándose los ojos: «Me parece que se ha marchado para siempre. Hacía tiempo que hablaba de ello, pero no nos la tomábamos en serio. Tenía razón. Si ya no querías estar con ella, solo tenías que decírselo».

Pascal experimentó un sentimiento cercano al alivio. Sin duda había pecado de cobarde, pero ¿quién estaba en condiciones de tirarle la primera piedra? No abundan en el mundo los hombres capaces de mirar a una mujer fijamente a los ojos y decirle a las claras que ya no la quieren y que, por lo tanto, deben dejar de verse. En su desazón, la única solución que Pascal había encontrado era aguantar y acudir cada noche a casa de Fátima, que lo reconfortaba como mejor sabía: hablándole de su misión.

Una de esas noches Fátima lo recibió algo más efusiva y nerviosa que de costumbre. Le tendió un maletín lleno de documentos. Algunos estaban escritos a mano y otros a máquina.

—Ha habido dos hombres en mi vida —declaró Fátima—: Corazón Tejara y Ahmed-Ali Roussy. Los dos me abandonaron porque tenían ambiciones más elevadas que el amor que sentían por mí. El corazón de una mujer les parecía poca cosa. Pero ¿se puede cambiar el mundo sin las mujeres? Lee bien estos documentos. Vuelve cuando hayas terminado y cuéntame qué opinas.

A Pascal no le quedó más remedio que obedecer. Apretó contra el pecho los papeles que le había entregado Fátima y se marchó. Una

vez en casa, subió a su despacho y se sumergió en la lectura.

15

En el siglo XVIII, los capitanes de los barcos negreros apreciaban sobremanera la pequeña isla de Asunción, situada al sur de Brasil. Adoraban sus bahías de aguas profundas al resguardo del viento. Allí recalaban durante semanas para que los esclavos, exhaustos tras la travesía desde África, recuperasen energías y pudieran ser vendidos como madera de ébano.

Los autóctonos de Asunción se caracterizaban por su carácter afable. Vendían pintadas salvajes, así como sabrosas bayas que crecían entre los riscos más escarpados. Asunción no tenía nada en común con Brasil. De hecho, la había descubierto un navegante distinto, un español. Jamás había existido entre ambos territorios la más mínima amenaza de guerra, ni intención alguna de anexión.

A finales del siglo XIX, cuando Brasil por fin abolió la esclavitud, Asunción se quedó sin recursos. Sus habitantes abandonaron las mesetas calcáreas y áridas de la isla y emigraron en masa, sobre todo a la región de Recife. Allí ocuparon empleos muy honorables —abogados, médicos, notarios…— y se casaron, a ser posible con mujeres de piel clara. El lenguaje popular tomó nota de todas estas características y no tardó en generalizarse la expresión «honrado como un Tejara de Asunción».

Corazón Tejara nació en Bahía el 29 de mayo de 1949 y le costó la vida a su madre, que murió un par de horas después de dar a luz. Su padre, Henrique, era médico y escogió el nombre de Corazón para expresar todo el amor que le había profesado a su difunta esposa. Crio a su hijo en la devoción, con ayuda de su hermano Espíritu.

El pequeño Corazón sobresalió en los estudios y llegó a profesor de historia de las religiones. Su carácter era a la vez seductor y voluble. La suerte siempre le sonreía y resultaba imposible llevar la

cuenta de las mujeres que habían pasado por su cama. Un año llegó incluso a acostarse con un par de gemelas; otro, con dos primas hermanas; después, con una madre y su hija.

En su época de estudiante en la universidad de Coimbra, en Portugal, tuvieron lugar una serie de acontecimientos de gran importancia que cambiarían el curso de su existencia. Por desgracia, no queda de ellos ningún testimonio. Para sorpresa de todos, Corazón se transformó súbitamente. Un buen día, abandonó su respetable empleo de profesor, cambió su elegante atuendo de lino o algodón por un taparrabos a lo Mahatma Gandhi y fundó un ashram al que llamó El Dios Escondido, en homenaje al filósofo Blaise Pascal. Su objetivo era crear un espacio para reflexionar sobre el devenir del mundo y sobre cómo caminar hacia un futuro mejor.

La reputación del ashram creció como la espuma. Acudían personas de los países más remotos, ávidas de sumergirse en sus enseñanzas de paz y armonía. Por si fuera poco, Corazón se dejó crecer la rizada melena hasta los hombros. Y, como siempre llevaba bastón, parecía un auténtico ermitaño.

Pascal interrumpió su lectura y apartó la vista de los documentos abiertos frente a él. Tal y como Fátima le había pedido, se había pasado leyendo toda la noche y buena parte de la mañana. Las estrellas se habían ido encendiendo una a una en el cielo, para después desaparecer como velas apagadas por un soplo de viento inesperado. Empezaba a despuntar el alba. Aún no hacía demasiado calor. En los corrales vecinos se escuchaba a los gallos entonar el primer canto del día, mientras los coches del servicio municipal de limpieza invadían las calles y los barrenderos comenzaban a regar las aceras.

Estaba decidido. Debía marcharse, descubrir Asunción y, sobre todo, averiguar de una vez por todas quién era ese padre del que llevaba tantos años oyendo hablar. Este nuevo viaje no sería como su desaparición de hacía unos años. Esta vez no se olvidaría de

absolutamente nada. Mantendría los ojos bien abiertos para aprender quién era, de quién descendía y, por supuesto, qué era lo que se esperaba de él. Por fin lo entendería todo. Visitaría el ashram que su padre había creado.

No le bastaba con la lectura de los documentos que le había confiado su madre: necesitaba saciar su sed en los manantiales más ardientes de la vida misma. Pero en su decisión de partir también influían otras razones, que él mantenía en secreto por vergüenza: jamás había viajado. Nunca había salido de aquel condenado país. Ah… ¡Marcharse lejos! ¡Respirar otros aires! ¡Descubrir rostros nuevos! ¡Recorrer otros lugares, otras sendas! De pronto le parecía que había estado viviendo prisionero.

Decidió compartir su proyecto con Fátima, Jean-Pierre y Judas Éluthère: las tres personas que más peso tenían en su vida. Fátima reaccionó con su acostumbrada efusividad: lluvia de besos por la cara y el cuello. Estos gestos de cariño siempre sorprendían e incomodaban un poco a Pascal, que de alguna manera sentía que deberían estar vetados por su parentesco.

Fátima le indicó por señas que se sentara a su lado en el diván blanco estampado de piñas moradas y lo escuchó religiosamente. Cuando hubo terminado, declaró:

—No me sorprende tu reacción. Ya sabes lo que pienso de Corazón Tejara. No le perdono que me abandonase, aunque después me escribiera. Tenía apenas diecisiete años cuando me sedujo, y le escribí cientos de cartas para informarle de mi estado. Según él, nunca las recibió. ¿Es así como debe comportarse un hombre imbuido de una misión superior? Si es incapaz de gestionar su vida personal, ¿cómo pretende cambiar el mundo? En fin, mejor me callo, no quisiera influir en tu decisión. Si quieres irte a Asunción, adelante.

Jean-Pierre, siempre reservado, no hizo ningún comentario sobre el plan de Pascal. Se limitó a preguntarle:

—¿Pero tú tienes pasaporte? Como nunca vas a ningún sitio…

Pascal dedujo por este comentario que su padre pensaba como él y lamentaba que nunca hubiera salido del país. Desde luego, era una vergüenza: todos sus compañeros veraneaban en la metrópolis y volvían con los ojos repletos de películas que habían visto, la boca a rebosar de canciones que habían escuchado. Pero Jean-Pierre y Eulalie pertenecían a una generación que desconocía el significado de la palabra «ocio». Su único tiempo de descanso era el de sus visitas a Sargasse, isla natal de la familia de Eulalie, que afirmaba descender de los vikingos. Ella no podía estar más orgullosa de su patronímico sueco: Bergman, como el cineasta de fama mundial.

A Pascal le encantaba la vieja casona de madera de sus abuelos, porosa a todos los ruidos. Cuando reinaba la penumbra, se colaban por las rendijas el croar de las ranas, el canto de los grillos, el aleteo de los colibríes golpeando con sus picos diminutos la corteza de los árboles y, como colofón, los gemidos lastimeros de los espíritus con cuitas pendientes. Todo enmudecía al despuntar el alba, a la aterrada espera del calor sofocante de un nuevo día.

En último lugar, Pascal habló con Judas Éluthère, que ya apenas coincidía con Fátima. Le pidió que reuniera a los doce discípulos, como los llamaban de broma. ¿Dónde? ¿En su casa? Parecía difícil, pues nada había vuelto a ser igual desde la marcha de María y, sobre todo, desde que Marthe había decidido seguir sus pasos. Pascal se veía obligado a comer en un pequeño restaurante llamado El Monte Ventoso, que regentaba una joven pareja originaria de La Provenza. Allí Pascal encargó accras, caldillo de pargo y ñames pakala. Un menú nada excepcional, en principio. Por suerte, a la dueña se le ocurrió agregar unos entrantes típicos de su tierra: los gratons, similares a pequeñas pizzas rellenas de aceitunas negras.

Pascal sentía que aquella comida de despedida antes de su viaje a Asunción revestía una importancia especial. Presentía que pasaría a la posteridad, que se hablaría de ella en lenguas extranjeras —l'ultima cena—, que la inmortalizarían los mejores pintores. De modo que rebuscó en el armario normando que había heredado de Eulalie hasta encontrar un juego de mantel y servilletas que una amiga le había traído de Madagascar, bordado a mano con motivos de punto de cruz. En cuanto lo extendió sobre la mesa, esta adquirió un aspecto festivo.

Los discípulos llegaron sobre las ocho de la tarde. Marcel Marcelin y José Donovo, los antiguos mendigos que ahora vivían en un coqueto apartamentito a costa de Pascal, fueron los últimos en aparecer, cojeando un poco. Marcel había tenido un accidente la víspera rastrillando el jardín, y la herida le dolía una barbaridad.

No se produjo nada de extraordinario en el transcurso de la comida. Nadie pronunció ninguna palabra memorable. Como mucho se podría destacar que, mientras se repartían los gratons, Pascal exclamó:

—Os pido que os acordéis de mí cada vez que comáis este plato.

Al decir esto, lo invadió una extraña sensación de ternura. En mitad del postre, se giró hacia Marcel Marcelin y le dijo:

—Enséñame tu herida.

El susodicho obedeció y descubrió sus piernas azuladas, surcadas por enormes vendajes. Pascal, conmovido hasta el punto de quedarse sin habla, fue a buscar una botella de agua oxigenada y le lavó aquella horrible herida. No sabía por qué experimentaba semejante deseo de servir, de mostrarse humilde entre los humildes.

—Enseñadme vuestros pies. Todos —ordenó.

En un primer momento, los discípulos se negaron, sorprendidos. Pero terminaron obedeciendo, como movidos por una fuerza superior. Se descalzaron y dejaron al descubierto sus pies. Pies repletos de callos y agrietados. Pies con las uñas partidas. Pies, en fin, maltratados por un eterno encierro en sus zapatos. Pascal los lavó uno a uno. Cuando hubo terminado, juntó las palmas de las manos y elevó la vista al cielo. Su misión acababa de dar comienzo. Se sentía libre para continuar.

La víspera de su partida volvió a ser presa de las dudas: ¿qué esperaba encontrar en Asunción? ¿Qué sería de aquellos a quienes dejaba atrás? Le atormentaba la imagen de su padre adoptivo,

taciturno y mudo. A fin de cuentas, a él tampoco lo conocía muy bien. Es verdad que se encontraba mejor desde que, en casa de José, Pascal le pusiera las manos sobre los gemelos y los tobillos. Aun así, ¿seguro que era el mejor momento para abandonarlo? Los años cada vez le pesaban más. Desde la muerte de Eulalie, parecía que solo anhelaba reunirse con ella.

Al atardecer, Pascal subió a su moto y se dejó llevar. Era como si una mano invisible lo guiara. Tras recorrer Marais Salant sin rumbo fijo, llegó a la escotadura de la bahía de Viard, donde crecían gráciles cocoteros y manzanillas de la muerte cargadas de frutos tóxicos. En aquel lugar solían detenerse los yates y se veía desembarcar a las familias acomodadas que regresaban del islote de Petite-Terre. Pascal se tumbó en la arena y la sombra naciente se inclinó sobre él. Tomándolo en sus brazos, lo acunó como a un niño pequeño que llora sin saber qué le duele exactamente.

16

La asociación que gestionaba el aeropuerto Frantz Fanon tenía pretensiones culturales y se llamaba como un conocido programa de televisión de la metrópolis: ¡A las armas, ciudadanos![22] En el inmenso hall podía verse desde hacía semanas una exposición titulada «Los hombres alegres»:[23] una serie de lienzos que representaban a músicos que habían revolucionado el panorama allá por los años veinte.

El cuadro principal mostraba al célebre Maurice Sylla llevándose a los labios una flauta de pan, el instrumento típico del país, todo sutilidad y delicadeza. Circulaba en torno a él una leyenda: una mujer había quedado absolutamente destrozada cuando una brutal enfermedad le arrebató a su hijo. Una mañana, al despertarse, escuchó el timbre inimitable de la flauta de pan y, de este modo, supo que su hijo había vuelto a su lado. Maurice Sylla era un mestizo apuesto, con una larga y nudosa melena negra recogida en una coleta. En el cuadro lo acompañaban un guitarrista, un pianista y un violonchelista.

Los viajeros que esperaban para embarcar no contemplaban ninguno de los cuadros: solo tenían ojos para Pascal, que una vez más comprobó con hastío hasta qué punto se había hecho famoso. ¿Por qué levantaría tantas pasiones? ¿Por qué tanto interés en la improbable historia de un nuevo mesías destinado a traer la paz al mundo? ¿Por qué algunos lo defendían contra viento y marea, mientras que otros lo sometían a escarnio público? ¿Qué vacío insondable, qué desazón habitaba el pecho de aquel pueblo? Estaba claro que no se contentaban con elegir por sufragio universal a delegados y representantes que hablaran en su nombre.

Pascal nunca sabía qué actitud adoptar ante aquella curiosidad desorbitada. Se entregaba a actividades fútiles: fumaba cigarrillos Lucky Strike, masticaba chicles, chupeteaba caramelos de menta.

Pero no lograba desprenderse de la acuciante sensación de ridículo.

Al otro lado de la sala de embarque, un grupito de jóvenes rodeaba a una chica. Parecían estar animándola a que hiciera algo. Era hermosa, iba ataviada con un vestido verde botella y llevaba el cabello recogido en un moño. Por fin se armó de valor, se dirigió hacia Pascal y, tambaleándose de un modo que dejaba clara su incomodidad, le tendió un cuaderno de tapas rosas:

—¿Me haría el favor de firmarme un autógrafo?

—¿Un autógrafo? —respondió Pascal—. Pero si no soy nadie. ¿Para qué lo quiere?

—¿Cómo que para qué? —tartamudeó la joven, sorprendida y contrariada.

Pascal, sintiéndose todavía más ridículo, garabateó su firma con desgana y la chica regresó junto a sus amigos.

La espera no duró mucho. Sin pedirle opinión, la compañía aérea había reubicado a Pascal en primera clase, de modo que se vio rodeado de pasajeros elegantísimos que, por suerte, lo ignoraron completamente. Sin duda, era su manera de demostrar hasta qué punto despreciaban las habladurías del populacho.

La actitud de aquellos viajeros le trajo recuerdos de su infancia. Todos los días, al terminar la jornada laboral, venían a casa algunos amigos de Jean-Pierre y Eulalie para compartir un trago de ron y, en ocasiones, incluso se quedaban a cenar. Pascal se acordaba de cómo miraban a todo el mundo por encima del hombro, de sus bromas fáciles y sus constantes sermones, y se preguntaba si su odio por aquella clase social no habría contribuido a convertirlo en lo que hoy era: un perpetuo insatisfecho.

Le habría gustado visitar Montreal, París y, sobre todo, Nueva York. Para algunos, esta ciudad era la puerta del sueño americano; para otros, una metrópolis ruidosa y caótica que destruía al mismo

tiempo los cuerpos y las almas de quienes la habitaban. Pero su avión se dirigía a un destino totalmente diferente. Terminó quedándose dormido y no se despertó hasta el aterrizaje.

A su llegada a Castera, capital de Asunción, aún hacía mucho calor pese a ser ya las seis de la tarde. Dos hombres lo esperaban en el aeropuerto: uno era pequeño, enjuto y lucía un bigote monumental; el otro le resultaba extrañamente familiar. No tanto por su traje de rayas abotonado hasta el cuello, ni por sus botas de charol relucientes, como las de los tres mosqueteros. Tampoco por su curiosa manera de moverse (diríase que escondía algo a su espalda: ¿una joroba?). Había otra cosa... Pero ¿qué? ¿Por qué le parecía tan extraño y tan familiar al mismo tiempo?

Sonriendo, Pascal le preguntó:

—Disculpe, ¿nos conocemos de algo? ¿Nos hemos visto antes en alguna otra parte?

El hombre no respondió a la pregunta y se limitó a esbozar una sonrisa distraída:

—Soy Espíritu Tejara, el hermano de tu padre. Te presento a Víctor, nuestro chófer. En sus manos no tienes nada que temer.

Acto seguido, tomó la maleta de Pascal y salieron del aeropuerto. Una vez en la calle, Pascal creyó acordarse de algo y se giró de pronto hacia Espíritu:

—¿No habremos coincidido en el bar Joyeux Noël?

De nuevo, Espíritu ignoró la pregunta y subieron los tres juntos al coche.

La pequeña ciudad de Castera poseía un encanto sorprendente. Para su sorpresa, Pascal quedó prendado de aquellas viejas casas brasileñas, de sus fachadas coloreadas con la alegría de dibujos infantiles en tonos amarillos, azules o rosas. Algunas se alzaban en

torno a fuentes barrocas. Otras estaban medio escondidas entre el follaje. Envidió profundamente a los críos que se perseguían a grito pelado y chutaban el balón por sus jardines. Se daba cuenta de que él jamás había conocido nada parecido: de niño, iba siempre como un monito amaestrado de la mano de Eulalie, ambos de punta en blanco, o bien en compañía de alguna sirvienta uniformada.

Espíritu se giró bruscamente hacia él:

—Tengo que darte una mala noticia. Por desgracia, no podrás ver a tu padre. Ayer mismo tuvo que marcharse a toda prisa a la India.

—¿La India? —repitió Pascal, desconcertado.

Y se preguntó para sus adentros: «Padre, ¿por qué huyes de mí? ¿Por qué me has abandonado?».

El coche bajó una cuesta a toda velocidad, ascendió un cerro, tomó varios desvíos y, por fin, se detuvo a las puertas del ashram El Dios Escondido. Se trataba de una construcción ancha y baja que albergaba en su ala izquierda múltiples aulas y salas de conferencia. A la derecha, se sucedían las celdas monacales que hacían las veces de habitaciones, someramente amuebladas con un camastro, una mesa baja y un par de sillas. Espíritu y Víctor se despidieron rápidamente.

—Me imagino —dijo Espíritu— que estarás agotado y deseando descansar un poco.

Estaba en lo cierto. Pascal se dejó caer en la cama y se quedó dormido al instante, sin que ningún sueño interrumpiera su reposo. Se despertó cuando los rayos del sol inundaron la habitación, pues había olvidado cerrar los postigos. A pesar de ser muy temprano, ya hacía mucho calor y podía adivinarse que se avecinaba un largo día de bochorno. Pascal se vistió a toda prisa. Estaba terminando de asearse para salir a desayunar, pues la víspera había reparado en el restaurante de la planta baja, cuando alguien llamó a la puerta. Era Espíritu, empujando un carrito:

—Espero no molestarte —se disculpó.

Dicho esto, dispuso el contenido del carrito sobre la mesa baja y ambos hombres se sentaron frente a frente para compartir un almuerzo frugal.

—He venido a precisarte algo —declaró Espíritu—: tu padre se ha marchado a la India a propósito.

—¿A propósito? —repitió Pascal, cada vez más atónito.

—Así es —prosiguió Espíritu—. No quiere proporcionarte información demasiado precisa sobre quién es ni, por lo tanto, sobre quién eres tú. Te cuento la verdad porque me caes francamente bien.

—No te entiendo —replicó Pascal, boquiabierto.

—Te pondré un ejemplo —respondió Espíritu—: la muerte.

—La muerte… —repitió Pascal—. Pues ahora te entiendo menos todavía.

—Sí, la muerte —insistió Espíritu, agitando una mano en el aire—. La muerte está en el centro de nuestras vidas. Como reza el refrán: nadie sale vivo de esta vida. Pero cada cual se imagina la muerte como le conviene. Según los cristianos, es la puerta de entrada a la vida eterna; los musulmanes afirman que conduce al jardín de Alá; para los hindúes, desemboca en el nirvana…

Dicho esto, Espíritu estalló en carcajadas:

—Créeme, en realidad no soy tan pedante como debo de parecer ahora mismo. Anda, tómate el café. Seguramente ya sabrás que yo crie a tu padre. Cuando era niño, lo cargaba a mi espalda y nos íbamos de viaje. Ni te imaginas la cantidad de países que visitamos: Sudáfrica, Australia, Sri Lanka…

En el transcurso de la conversación, Pascal se fue reponiendo del chasco. Se resignó a sacar lo mejor de aquella situación imprevista. Si su padre no estaba, mala suerte.

A la mañana siguiente, asistió a una clase de historia de las religiones en un aula a rebosar de alumnos. Había argentinos, colombianos, estadounidenses, chilenos… Era como si toda aquella gente, todos aquellos pueblos tan diferentes los unos de los otros, compartieran el imperioso deseo de caminar hacia un mundo mejor.

En los días que siguieron, Pascal se juntó con un grupo de hindúes oriundos de Jaipur cuyo líder, un tal Revindra, vestía un dhoti como el de Mahatma Gandhi. Rechazaban categóricamente la noción del homo hierarchicus y aspiraban a lograr que los intocables fueran considerados ciudadanos de pleno derecho. Organizaron un coloquio titulado La igualdad entre los hombres: esa utopía. Escuchando a los conferenciantes, Pascal se dio cuenta por vez primera de hasta qué punto estaban en lo cierto. Nunca antes había reparado en ello. La igualdad real no es más que un mito. En todas partes hay intocables, se dijo: no hace falta irse a la India para encontrarlos.

■

[22]. «Aux armes, citoyens!» Verso de La Marsellesa, el himno nacional francés.

[23]. Título de un relato de ١٨٨٢ del escocés Robert Louis Stevenson.

17

Sarojini formaba parte del grupo de hindúes. Poseía la gracia y la belleza de una apsará[24] y en sus profundos ojos negros refulgían el dolor y la indignación de toda una juventud de humillaciones:

—Mi padre y mi madre —solía contar con su voz de contralto— se encargaban de vaciar y lavar los orinales de familias enteras, pues por aquel entonces no había en Jaipur agua corriente ni retretes. Mi padre iba guardando los excrementos en un saco y después los aprovechaba para abonar el campo donde cultivábamos espárragos. Toda su vida lo acompañó un hedor insoportable, apestaba tantísimo que jamás pude darle un beso.

Pascal no tardó en enamorarse perdidamente de Sarojini.

Desde la marcha de María, vivía en la más estricta soledad. Todo había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos. Al día siguiente Marthe y Lazare habían seguido los pasos de su hermana. Cuando Pascal corrió en su busca a la casa donde los tres se refugiaron, María se negó a recibirlo y él no pudo explicárselo todo como le habría gustado. Tiempo después, se enteró de que había rehecho su vida con un metropolitano que se dedicaba a criar aves de corral, y ella vendía los pollos en el mercado.

Aunque Sarojini lo intimidaba, Pascal se atrevió a declararse. Para su gran sorpresa, la joven se dejó abrazar y besar, y no tardaron en adoptar una especie de rutina de pareja. Al igual que Fátima, Sarojini era una gran deportista. Se ponía un sombrero de paja, se cubría las piernas —en esto no se parecía a Fátima— con unos amplios bombachos de tela blanca, y corría como una exhalación por los senderos, haciendo crujir bajo sus pies las rocas calcáreas pulidas por la usura del tiempo. Luego llevaba a Pascal al Lago Azul, un complejo con piscinas naturales al borde mismo de la mar, donde terminaba su entrenamiento nadando a mariposa, ante el

asombro de los alumnos que solían ir allí con sus profesores. Cuando la joven emergía del agua, aplaudían entusiasmados. Algunos incluso le pedían hacerse un selfi con ella. ¡Cuán lejos había llegado aquella hija de intocables!

Aunque lo contemplara todos los días, Pascal jamás se cansaba de admirar la belleza del Lago Azul: a la derecha, la mar, «la mar siempre recomenzada»,[25] extendiendo hasta los confines del horizonte sus destellos de metal fundido; a la izquierda, la inmensa playa de arena rubia y los almendros malabares con sus hojas verdes o rojizas.

Un mediodía estaban refrescándose con sendos cócteles de frutas cuando Sarojini dejó su vaso en la mesa de golpe y miró fijamente a Pascal:

—¿Sabes lo que anda diciendo la gente por aquí? Se rumorea que eres el hijo natural de Corazón Tejara.

—¿Hijo natural? —se burló Pascal—. ¿Y eso qué significa? ¿No son naturales todos los hijos?

Viendo que a Sarojini la broma no le había hecho gracia y que continuaba mirándolo con gesto serio, se encogió de hombros y confesó:

—Sí, es verdad. Corazón Tejara es mi padre, pero nunca se ha ocupado de mí. Vine aquí con la intención de conocerlo, pero está de viaje. Quizá tú hayas tenido más suerte que yo, pues todavía no lo he visto ni una sola vez en mi vida. Dime, ¿tú has coincidido con él en alguna ocasión?

—En India —dijo Sarojini— Corazón Tejara es un auténtico dios. Fundó una asociación en defensa de los intocables. Él nos llama «los hijos de Dios» y nos apoya en todas nuestras luchas. Junto con Mahatma Gandhi, es sin duda la persona más admirada a lo largo y ancho del país.

Pascal se sintió profundamente incómodo. ¿Qué había conseguido

él? ¿Qué tenía que ofrecer? Aún no había hecho absolutamente nada para contribuir a hacer de este mundo un lugar más armonioso y abierto.

Había un restaurante excelente en el ashram, pero Sarojini se empeñaba en invitarlo a la casita que compartía con otras dos indias, Gayatri y Ananda. Aunque era vegetariana, se complacía dándole a probar todo tipo de pescados, mariscos y crustáceos. Por algún motivo, Gayatri y Ananda no se mostraban muy amables con Pascal. Escudándose en sus escasos conocimientos de inglés y de francés, apenas le dirigían la palabra.

Pascal terminó por quejarse a Sarojini, que se limitó a responderle de forma brusca:

—Tienen otras cosas en la cabeza. ¿O es que te has olvidado de por qué hemos venido a este ashram, tan lejos de nuestra tierra? Estamos luchando por una causa justa.

A Pascal le dolió la dureza de esta respuesta. Era cierto que su corazón latía despreocupado: estaba claro que no se tomaba tan en serio como Sarojini las labores del ashram.

En El Dios Escondido, en efecto, se trabajaba sin descanso. Por las tardes se programaban clases, coloquios, conferencias... No había tema que no fuera importante: la acogida de los migrantes en Europa, las secuelas del apartheid en Sudáfrica, los incendios en la selva amazónica, las masacres con armas de fuego en los Estados Unidos de América…

Aunque Pascal acompañaba fielmente a Sarojini a toda clase de eventos, en el fondo lo hacía un poco a regañadientes, convencido de que ella debería dedicarse en mayor medida a su persona. Sarojini no era una compañera tan amena como María.

La joven podía pasarse horas sin abrir la boca, rumiando ideas y pensamientos que no compartía con nadie. En otras ocasiones, en cambio, se mostraba extremadamente locuaz. Hablaba largo y tendido, llorando como una Magdalena cuando un recuerdo le

resultaba demasiado doloroso. No olvidaba ni un solo detalle del esforzado camino que había debido seguir hasta convertirse en quien era: nada menos que la enfermera jefe del hospital más importante de Jaipur. A Pascal, de carácter reservado y reacio a la autocompasión, lo dejaba boquiabierto tanta desenvoltura. Aquellos desahogos le descubrieron la voluptuosidad que implica hablar de uno mismo.

Sarojini era una apasionada del baile. Por las noches, se anudaba una tobillera con campanillas y salía a bailar. Después cenaban en una taberna cercana, donde los camareros les servían una jarra tras otra de cachaza, la bebida nacional.

Debían esperar a que cayera la noche para poder estar por fin completamente a solas. Entonces se encerraban en casa de Pascal y se fundían en un salvaje abrazo. Su amor tenía la ferocidad de un grito reprimido demasiado tiempo. Por desgracia, Pascal también se sentía algo frustrado a este respecto, pues Sarojini se negaba a quedarse a dormir con él. Se aseaba a toda prisa en el diminuto cuarto de baño y se marchaba de madrugada, dejándolo abatido y decepcionado.

Al cabo de varias semanas, el amor pasó de ser una tímida semilla en el corazón de Pascal a brotar con fuerza e invadirlo por completo. No podía imaginarse la vida sin Sarojini. Un buen día ya no pudo reprimirse más y, al terminar un concierto de música en el ashram, le confesó lo mucho que anhelaba regresar con ella a su isla y le pidió matrimonio.

Sarojini alzó la cabeza, estupefacta.

—¿Quieres que me case contigo? ¿Te he entendido bien?

—Es lo que más deseo en este mundo —respondió Pascal, con el corazón latiéndole como un caballo desbocado en el pecho. Parecía un adolescente declarándose por primera vez—. Mi país es pequeño y muchos te dirán que allí nunca ocurre nada interesante, pero me

encargaré de que aprendas a verlo como yo lo veo y de que lo ames tanto como yo.

—El problema —respondió la joven— es que yo ya comparto mi vida con alguien, y que él me está esperando en Jaipur.

A Pascal se le nubló la vista como si acabara de recibir un mazazo en la cabeza.

—Debo confesarte —prosiguió Sarojini— que no se trata de un hindú. Es un inglés. Un blanco, que decimos allí.

—¿Y? —respondió Pascal, sorprendido.

La joven se levantó al instante, recogió a toda prisa las pertenencias que tenía diseminadas sobre la mesa y replicó encolerizada:

—No finjas que no tiene importancia. No me vengas con moralinas y discursitos vacíos, porque ya tengo suficiente con los del ashram. No me digas que te parece normal que una intocable viva con un inglés. No finjas ignorar las humillaciones y el sufrimiento constante de nuestra casta.

Antes de que Pascal pudiera reaccionar, Sarojini alcanzó la puerta del bar y se perdió en la oscuridad de la noche. Después de aquella pelea, era imposible que se quedara a dormir. Pascal estaba roto de dolor, aunque no tenía del todo claro qué era lo que más daño le hacía. Había confesado su amor y no había sido correspondido. Regresó a casa triste y cabizbajo. Pasó el resto de la noche empapando de llanto su almohada y luchando contra las ardientes oleadas de deseo que sacudían su cuerpo.

Al despuntar el sol, corrió a casa de Sarojini. Gayatri y Ananda, que estaban apurando su café matutino, dijeron no saber dónde se encontraba Sarojini. No hubo manera de dar con ella en todo el día. Sumido en la soledad, Pascal cenó con desgana un sándwich de atún y un par de rebanadas de aguacate. Lo poseyó un funesto presentimiento, y recorrió una última vez el ashram, en vano. Abatido, se resignó a volver a casa y se metió en la cama.

[24]. Ninfas hindúes de las aguas.

[25]. Eco del poema El cementerio marino, de Paul Valéry (1920).

18

A la mañana siguiente, muy temprano, llamaron a la puerta: era Espíritu.

—Se ha marchado —dijo—. Acabo de dejarla en el aeropuerto.

—¿Cómo? ¿De quién me hablas? —replicó Pascal, aturdido.

—¡De quién va a ser! ¡De Sarojini!

—¡Sarojini! ¿Pero no te ha dejado al menos una carta o un mensaje para mí?

—Pues no. Nada —respondió Espíritu—. Pero ya deberías saber que no hay nada más voluble que una mujer. Sobre todo, esta. Tiene muy mala reputación. Quizá debería habértelo advertido... Hace diez años que vive amancebada con un inglés. Es un secreto a voces. Cuando coinciden en algún evento, fingen no conocerse.

Pascal se sujetó la cabeza con las manos. Espíritu se sentó a su lado en la cama.

—Para compensar, te traigo una noticia excelente. Tu padre, Corazón Tejara, llegará mañana al ashram. Se las ha arreglado para regresar de la India antes de lo previsto.

El dolor y la cólera mantenían una lucha encarnizada en el corazón de Pascal. «Pues bien por él. Pero ya no me encontrará aquí —pensó, abatido y furioso al mismo tiempo—. Me iré lejos, muy lejos, antes de que vuelva.» ¿Por quién lo tomaba el tal Corazón Tejara? ¿Por un juguete? ¿Por un objeto curioso que pasa de mano en mano hasta que, cuando ya no sirve, acaba en la basura?

Compartió un desayuno rápido con Espíritu. Cuando este se hubo marchado, cruzó la plaza frente al ashram y se lanzó en busca de un taxista a quien más o menos conocía. Este se hizo de rogar pero por fin, a cambio de una suma considerable, aceptó llevarlo hasta Recife a la mañana siguiente.

Le quedaba un día entero por delante. Como siempre que no sabía cómo matar el tiempo, Pascal se acercó a la mar, aunque evitó el Lago Azul, que siempre estaba atestado de alumnos de los colegios vecinos o internos del ashram. La inmensidad azul le venía bien. Conseguía calmar un poco su angustia. Su estancia en Castera se había saldado con un doble fracaso: además de no haber conocido a su padre, se marchaba sin haber sido capaz de retener a la mujer de sus sueños. Sarojini había regresado a Jaipur y quizá nunca volviera a verla.

Salió de Castera al despuntar el alba. Antaño un precario puente de madera conectaba Asunción con las tierras del Brasil. Un complicado sistema de banderas verdes y rojas indicaba a los automovilistas cuándo podían cruzarlo sin temor. Más tarde, a principios de siglo, una compañía americana construyó un puente colgante inspirado en el Golden Gate de San Francisco. Curiosos de todo el país acudían en tropel a hacerse fotos acodados en la barandilla del paso elevado para peatones. Pascal, exhausto, se quedó dormido nada más salir del puente, antes incluso de enfilar la larga autopista bordeada de árboles de caoba que se elevaban hacia el cielo.

En aquella ocasión sí que soñó. Se le apareció Espíritu con un gran par de alas blancas desplegadas a la espalda. De no ser por el gesto sardónico que se dibujaba en su rostro, pasaría por el mismísimo Gabriel o por el arcángel san Miguel. Después se le apareció Sarojini —por más que la perseguía, nunca lograba alcanzarla—, y después su padre, a quien no conocía pero al que atribuyó un aspecto seductor acorde a todo lo que había escuchado sobre él: barba cuidada, cabellos pulcramente peinados con la raya al lado y prendas que le sentaban como un guante.

Se despertó sobresaltado. ¿Qué pasaba? ¿Un frenazo inesperado? En efecto. La autopista estaba repleta de vehículos inmóviles, con los intermitentes y las luces de posición encendidos. Se había hecho de noche y un puñado de nubes blancuzcas surcaban el cielo, bajo y violeta, mecidas por un viento abrasador.

Pascal tuvo la impresión de volver a la infancia. Era de nuevo el niñito atormentado por pesadillas, que se despertaba en plena noche temblando y empapado en sudor, en una habitación presidida por la imagen gigante del Sagrado Corazón de Jesús. Chillaba aterrorizado para que Eulalie acudiera a consolarlo, y ella no tardaba en hacer su aparición, serena y tranquilizadora, envuelta en su bata blanca. Lo calmaba y enjugaba solícita las lágrimas de sus ojos.

Pascal le preguntó al conductor:

—¿Qué ocurre?

El hombre respondió:

—Al parecer, ha habido un atentado en Recife. La policía está registrando todos los coches que entran o salen de la ciudad.

—¿Un atentado? —exclamó Pascal—. No sabía que estas cosas también pasaran en Brasil.

—Pasan en todas partes —replicó el conductor—. El mundo está loco.

Estuvieron parados casi dos horas más, en un atasco de coches y motos. Por fin, cuatro policías llegaron a su altura y los cegaron brutalmente con sus linternas.

—Documentos de identidad y papeles del vehículo —ladraron.

Ambos obedecieron. Como Pascal era extranjero y, por lo tanto, un sospechoso en potencia, los policías lo sometieron a un auténtico interrogatorio. Cuando hubo explicado con todo lujo de detalles los motivos de su presencia en el país, lo dejaron marchar.

Llegaron a Recife hacia las cuatro de la madrugada. Dada su proximidad al aeropuerto, Pascal había escogido el hotel La Sanseverina. No había esperado encontrárselo completamente iluminado en plena noche. Una multitud de lo más elegante reía y conversaba animadamente en el salón. Los camareros, ataviados con impecables uniformes, servían sin cesar botellas de whisky o jarras de cachaza; todo el mundo brindaba y bebía alegremente.

Sin saber muy bien cómo, Pascal se vio rodeado por un grupo de hombres y mujeres, hermosísimas estas últimas. Destacaba sobre todo una de ellas, llamada Oriane: una pelirroja despampanante con enormes y almendrados ojos verdes.

—Recife es una de las ciudades más bonitas de Brasil —aseguró un hombre—. ¿Se marcha usted mañana? Qué lástima. No le dará tiempo a ver nada.

—Es que vengo de Castera —respondió Pascal, a modo de excusa. Como nadie comentó nada, creyó necesario precisar—: He pasado una temporada en el ashram El Dios Escondido.

Sus interlocutores rompieron a reír al unísono:

—¡No será usted otro de los adeptos de Corazón Tejara!

Pascal asintió:

—Vine desde muy lejos para conocerlo.

El grupo rio más fuerte todavía.

—Pues permítame decirle que ese hombre está loco de remate —declaró uno de los hombres—. Pretende mejorar el mundo, pero la desigualdad es el corazón mismo del universo. Hay gente guapa, fea, grande, bajita, gorda, delgada… ¿Cómo lo piensa hacer?

—¿Os habéis enterado de que tiene la intención de fundar un partido político? —preguntó otro.

—¡Un partido político! —se escandalizó un tercero—. ¡Menudo

disparate! ¿Y cómo piensa llamarlo?

—El partido de los locos de Dios —propuso alguien.

De nuevo estallaron todos en carcajadas. Aunque, como suele ocurrir en este tipo de recepciones, la conversación enseguida viró hacia otro tema.

Al cabo de un rato, Oriane tomó a Pascal por la muñeca:

—Venga conmigo —sonrió—. Quiero mostrarle los cuadros de la estancia contigua.

¿Se le estaba insinuando? Tras vacilar un instante, Pascal la siguió y aquella noche resultó ser una de las más sabrosas de su estancia en Brasil. Sin embargo, cuando regresó a su habitación al amanecer, parecía derrotado. No se sentía en absoluto orgulloso de haber poseído a Oriane sin dificultad, sino más bien todo lo contrario: el recuerdo de los gemidos que ambos habían proferido lo avergonzaba profundamente. Se notaba que estaba lejos de ser el primer hombre con quien Oriane pasaba la noche, y que tampoco sería el último. Pronto se olvidaría de él y, como mucho, se convertiría en el vago recuerdo de un buen rato.

Se sentía tan abatido que llegó incluso a lamentar no haberse quedado en Castera para conocer a su padre. Si no se hubiera comportado como un estúpido y se hubiera tragado su orgullo, tal vez habría descubierto de una vez por todas quién era Corazón Tejara. ¿Un mesías o un mecenas medio loco, como muchos pensaban? De paso, también habría descubierto quién era él en realidad.

Abrió la ventana de par en par y contempló cómo la noche había devorado a la ciudad. Frente a aquel telón de seda negra, se juró a sí mismo que en lo sucesivo dejaría de vivir como un hombre sin atributos y se convertiría en un hombre sin incidentes. Ignoraba que semejantes promesas son imposibles de mantener, pues el destino siempre se guarda un par de ases en la manga.

19

El avión aterrizó en el aeropuerto Frantz Fanon a las seis de la mañana y Pascal respiró con avidez el inimitable aroma de su tierra: el olor a salitre, el olor más ácido de la mar, el olor salobre de los lodos que rodeaban el cráter del volcán y el olor de las frutas madurando cada cual a su ritmo, delicadamente dispuestas sobre la generosa bandeja tropical de la isla. Esta vez los autógrafos se los pidió un grupo de alumnos de instituto que viajaba a la metrópolis con su profesor de francés. Accedió de buen grado y tomó un taxi que lo condujo de regreso a Marais Salant.

A su llegada, la casa se le antojó sucia, vacía y abandonada. Desamparado, subió a su despacho, quizá la estancia menos hostil, e inmediatamente se puso a escribir sobre la experiencia que había vivido. Le sorprendió comprobar que las ideas brotaban y fluían a toda velocidad. En un primer momento, había considerado aquel viaje como un auténtico fracaso. Ahora se daba cuenta de que no lo había sido en absoluto.

Por ejemplo: la India. Gracias a su estancia en el ashram, su visión de este país había cambiado por completo. Ya no lo veía como una tierra superpoblada donde malvivían millones de hombres y mujeres condenados a existencias famélicas. Ahora sentía una enorme fascinación por la riqueza de su cultura.

Además, había entendido mejor la diversidad del mundo y la complejidad de sus problemas. ¿Por qué Sudáfrica, por ejemplo, continuaba siendo una tierra dividida y sumida en una eterna búsqueda de equilibrio tantos años después del apartheid? En cuanto a su malograda historia de amor con Sarojini, se decía a sí mismo que le había servido para tomar conciencia de su humanidad.

Se encontraba en pleno arrebato de inspiración cuando alguien llamó a la puerta. Era María, la última visita que esperaba recibir en aquel momento.

—¡Tú! ¿Qué quieres de mí? —preguntó con violencia.

María le cubrió el rostro de besos, murmurando:

—Vengo a pedirte perdón. No sabía que Fátima era tu madre.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Judas Éluthère.

En el fondo, Pascal se alegraba de volver a verla, pues su actitud cariñosa mitigaba el doloroso rechazo que acababa de sufrir. Aún podía gustar. No había perdido del todo su atractivo.

Esa misma tarde, María se instaló de nuevo en Marais Salant y retomaron su vida en común como si nada hubiera sucedido. Sí es cierto que Pascal tuvo la sensación, en los días que siguieron, de no estar siendo completamente honesto, y lo martirizaban impulsos que era incapaz de dominar. Decidieron pasar unos días en el islote Sargasse, en la antigua residencia de los abuelos Bergman. Ambos habían fallecido hacía un par de años, pero la casa permanecía en pie y el hermano de Eulalie se ocupaba a su manera del mantenimiento. De modo que, una mañana, se abrieron paso entre las hordas de marineros ruidosos que apilaban cajas de bacalao en salazón y arenques ahumados en las proas de los barcos, y tomaron el ferri que partía del muelle Valmy.

La mar, dócil en un primer momento, no tardaría en ahuecarse, encabritarse y ponerse a brincar. La mayoría de los pasajeros se marearon y vomitaron en las bolsitas de papel que la tripulación iba repartiendo. La travesía duró cuarenta y cinco minutos. En el malecón de Sargasse, las vendedoras —bizqueando bajo el sol abrasador o parapetadas con anchos sombreros de paja— ofrecían a voz en grito las especialidades del islote: empanadas de cangrejo y pasteles rellenos de miel o frutas confitadas.

Pascal lamentaba no haber pasado más tiempo en Sargasse de pequeño. Asociaba el lugar a una libertad que, salvo en contadas ocasiones, le había estado vedada en su infancia. Los abuelos Bergman no hablaban una palabra de francés. La abuela, sobre todo, soltaba constantemente expresiones criollas tan sabrosas como inesperadas. Decías cosas como «hoy el cuerpo no furula» o «esta mañana el cuerpo anda krazé».[26] Le contaba al pequeño Pascal cuentos incomprensibles. Lo dejaba bañarse completamente desnudo en la mar. Fue en Sargasse, de hecho, donde tuvo su primera experiencia erótica: Manon, una niñita cuyo padre poseía un rebaño de vacas y que, cada mañana, posaba en el suelo alicatado de la cocina dos botellas de leche fresca algo azulada. A la vista de sus senos, sus nalgas y sus piernas, Pascal, sin entender lo que le estaba ocurriendo, tuvo su primera erección.

El abuelo y la abuela invitaban a sus amigos a almorzar los domingos: una decena de descendientes de vikingos como ellos que, ignorando el color del pequeño Pascal, lo sentaban sobre sus rodillas y jugaban con él a caballito. Se atiborraban de morcillas blancas, la especialidad de la casa: en vez de con sangre de cerdo y pan duro, la abuela las preparaba con puré de lambí especiado. Para algunos, la mezcla resultaba execrable; para otros, deliciosa. Pero todos daban buena cuenta de ella.

Al atardecer, el abuelo Bergman tomaba a Pascal de la mano derecha y la abuela Bergman de la izquierda, y los tres salían juntos a dar un paseo de aproximadamente dos kilómetros. Como el abuelo no toleraba ningún tipo de calzado —ni sandalias, ni zapatillas de deporte, ni botines— sus grandes pies blancuzcos y repletos de callos se recortaban sobre el alquitrán de la carretera.

Llegaban hasta un bar llamado Los Diablillos. Tenía vistas a la mar y se escuchaba el rugido de las olas azotando los cayos. El abuelo Bergman sentaba al niño en su regazo y le daba permiso para meter el dedo en su copa de ron o incluso para mojarse los labios. Pascal se quedaba dormido plácidamente. Desde luego, aquella época había sido una de las más felices de su vida.

Hasta entonces, Pascal había sido muy vulnerable a los encantos físicos de María: sus senos generosos, sus nalgas bien torneadas y el sugerente trazo que descendía sinuoso por su espalda. Pero en Sargasse, como no la deseaba tanto y a menudo debía incluso obligarse a abrazarla, empezó a reparar en su interior.

Un buen día María le preguntó:

—Te marchaste en busca de tu padre, ¿no? Cuéntame, ¿qué te reveló?

Pascal frunció el ceño:

—Te sorprenderá saber que ni siquiera llegué a conocerlo. El viaje fue en vano: una estocada al aire.

María se abstuvo de hacer más comentarios y se guardó para sí misma lo que pensaba. Así era ella: discreta y poco dada a hablar de emociones, ya fueran propias o ajenas.

Se había quedado huérfana de padre con cuatro años. Su madre no había heredado del difunto más que cuatro jaulas de conejos de una variedad especial: tenían los ojos rojos y el pelaje tan blanco que popularmente se los llamaba «conejos iceberg». Con tan solo cinco años, la pequeña ya iba con su madre a venderlos en el mercado. Apenas había pisado la escuela. Pero se las había ingeniado, junto con Marthe, para asegurarle una educación digna a su hermano pequeño, Lazare. Este había cursado con éxito estudios universitarios y, durante una temporada, incluso estuvo enseñando matemáticas en una escuela privada.

Pascal enfiló el camino de regreso a Marais Salant muy a su pesar. A los dos días, Marthe y Lazare se presentaron sin mediar palabra, pero, a juzgar por la cantidad de maletas y canastos de mimbre que llevaban consigo, a Pascal no le quedó ninguna duda de que tenían la intención de mudarse con su hermana como si tal cosa. No pudo soportar semejante descaro y los puso a todos de patitas en la calle, María incluida. Se dijo que no volvería a permitir que las mentiras dominaran su vida. Si aspiraba a cambiar el mundo, debía acostumbrarse a mirar a la verdad a los ojos.

Y así, de nuevo estaba solo y se alegraba de estarlo. Por las mañanas, preparaba con esmero sus clases para Le Bon Kaffé. Como dos de sus discípulos habían decidido escribir sobre él —cómo se habían conocido y lo que habían aprendido a su lado—, Pascal dedicaba las tardes a corregir sus textos.

Algunos días se enfrascaba en la redacción de un ensayo que había titulado Dos palabras, cuatro sentidos. Presentía que iba a ser su obra maestra: se proponía demostrar que la dichosa globalización, en el fondo, no era más que una forma moderna de esclavitud. Las naciones ricas de Occidente obligaban a los países pobres del sur, donde la mano de obra era abundante y barata, a fabricar a bajo coste los productos que necesitaban.

También se apresuró a visitar a su madre, que acababa de regresar al país. Por desgracia, no la encontró tan receptiva como esperaba. La acompañaba un escritor cuyo libro, Me someto, iba camino de convertirse en un superventas internacional. Fátima solo pensaba en una cosa: ¿no se le podría hacer un hueco a su amigo para que también diera clases en Le Bon Kaffé? Pascal prometió hablarlo con Judas Éluthère, sin entusiasmo alguno porque el escritor le parecía un engreído de mucho cuidado. Sobre su visita a Castera, Fátima se limitó a dejar caer: «¿De modo que ni siquiera pudiste conocerlo? Tampoco me extraña. ¿Qué te había dicho yo?». Eso fue lo único que dijo al respecto.

En cuanto a Jean-Pierre, contrató a alguien para ocuparse de El Jardín del Edén, puso en alquiler la espaciosa casa donde había vivido durante cincuenta años con Eulalie y se mudó a Marais Salant. De pasada, restándole importancia, también él le preguntó a Pascal: «¿Así que al final no viste a tu padre?». Pascal creyó adivinar en su voz un deje de satisfacción: como si, en el fondo, le alegrara no tener que compartir con nadie su rol de figura paterna.

■

[26]. Del francés écrasé: «aplastado, atropellado, triturado…».

20

Pascal no podía olvidar a Sarojini. De hecho, cada vez pensaba más en ella. No tanto por su físico o por la vanidad retroactiva que experimentaba al recordar que había tenido en sus brazos y poseído a una mujer de su talla, sino por aquel carácter complejo y voluble que tantos quebraderos de cabeza le había causado. La imaginaba con su melena negra y reluciente, recorriendo atareada los pasillos del hospital o haciendo la compra en el mercado. En sus sueños más absurdos, se veía a sí mismo desembarcando en Jaipur para arrebatársela al inglés y llevársela a su país.

Gracias a Sarojini, había aprendido que lo más importante de una mujer no es su físico. No son sus senos, ni sus nalgas, ni siquiera el elixir de sus labios. Lo que realmente importa es que sea una compañera capaz de ayudarlo a uno a desentrañar las complejidades de este mundo. Llegó un momento en que ya no pudo más. Decidió escribirle una carta y la mandó a El Dios Escondido, con la esperanza de que el ashram la reenviara a su dirección de la India. Fueron pasando las semanas. Pascal no recibía respuesta, pero no se desanimó. Estaba resuelto a esperar el tiempo que fuera necesario.

Adquirió la costumbre de pasear al crepúsculo a orillas de la mar. Observaba la puesta de sol, fugaz como su amor con Sarojini. A esas horas el agua empezaba a estar fría y no quedaban bañistas. Solo había algunos adolescentes jugando con un balón, con la secreta esperanza de poder compararse algún día con Lilian Thuram o, quién sabe, con el mismísimo rey Pelé. Pascal se dejaba caer sobre la arena y, poco a poco, las sombras se iban estrechando en torno a su cuerpo como una camisa demasiado pequeña. No se decidía a volver a casa hasta que la brisa marina lo hacía tiritar de frío.

Cuando no estaba paseando a orillas de la mar, se zambullía en el corazón de los barrios humildes de Fond-Zombi: La Treille, Saint-Férreol. Se perdía en el intrincado laberinto de sus callejuelas. Las cabañas abrían de par en par sus puertas y ventanas para dejar entrar un poco del frescor nocturno. Los niños corrían y se peleaban por las aceras. Las mujeres, sentadas en taburetes en las esquinas, vendían accras, tupinambos o sorbetes de frutas variadas. A veces Pascal paraba en un pequeño bar llamado El Quimbombó Guisado. En cuanto entraba, las conversaciones se detenían en seco y todas las cabezas se giraban hacia él.

Pascal se daba cuenta de lo mucho que se había acostumbrado a que lo reconocieran siempre y en todas partes. ¿Qué se esperaba de él? No lo sabía con exactitud. Tampoco sabía que todo aquel fervor popular, embriagador perfume, podía cambiar o evaporarse bruscamente. Ignoraba que todos aquellos gestos y sonrisas amables podían volverse acerados y cortantes, y caerle encima cual lluvia de piedras en cualquier momento. En definitiva, no conocía el significado del famoso refrán: «La roca Tarpeya está cerca del Capitolio».[27]

Un par de semanas después de su regreso a Marais Salant tuvo lugar un acontecimiento extraño. Los Martin, una pareja encantadora y muy devota que vivía en la casa a la izquierda de Pascal, pasaron a buscarlo un domingo después de misa con el gesto grave de quien se dispone a abordar una conversación espinosa.

—¿No se ha dado usted cuenta —susurraron— de que tiene a un mendigo viviendo en una cabaña al fondo del jardín?

Pascal, que no tenía ni la menor idea, se quedó muy sorprendido, pues en el país apenas solían verse vagabundos. Para que no perjudicasen al turismo vagando por las playas, la policía hacía redadas constantes y los encarcelaba sin miramientos, a menudo durante varios días seguidos.

—El problema —prosiguieron los Martin, visiblemente azorados—

es que hace sus necesidades en cualquier parte. Nos preocupa que pueda verlo nuestra hijita, que acaba de cumplir cuatro años. Sería todo un escándalo.

Pascal se precipitó al fondo del jardín y descubrió que, en efecto, alguien había levantado entre los árboles de ébano una precaria cabaña hecha con retales de cartón y contrachapado. En ese momento el lugar parecía desierto. No había nadie y, al empujar la puerta, no encontró más que un hedor insoportable. Se alejó de allí, pero regresó inquieto un par de horas después, y pudo distinguir una lamparita encendida en el interior que proyectaba una tenue luz amarillenta.

Llamó y un hombre salió a abrirle. Pascal tuvo la sensación de haberlo visto antes en alguna otra parte. No solo le sonaban su traje de rayas y sus botas de caña alta, similares a las de los tres mosqueteros. Le resultaba familiar, sobre todo, su manera de moverse. Diríase que escondía algo a su espalda. ¿Una joroba?

—¿Nos conocemos? —preguntó Pascal, confuso.

El hombre se encogió de hombros con indiferencia. Cada vez más intrigado, Pascal se lo quedó mirando con detenimiento y, al cabo de unos minutos, exclamó:

—¡Te pareces muchísimo a Espíritu Tejara, el hermano de mi padre!

El hombre echó la cabeza hacia atrás y estalló en una risotada que podía significar cualquier cosa.

—¿Acaso no son hermanos todos los hombres? —preguntó.

Dicho lo cual, dejó de reír bruscamente y se puso serio:

—¿No ves la espesa sombra que te rodea y pende sobre tu cabeza?

—¿Qué sombra? —inquirió Pascal, molesto.

De nuevo, el hombre no se dignó a responder, y regresó al interior de la cabaña. Haciendo de tripas corazón, Pascal lo siguió. Olía a

rayos.

—He venido para advertirte —dijo Espíritu (o su doble)— de que se avecinan serios problemas para ti. Debes estar preparado, pues te tratarán como a un auténtico paria. Que no te sorprenda. Es natural. De hecho, es nuestro destino: para eso nacimos los Tejara.

Pascal optó por hacer oídos sordos a aquel discurso incomprensible y declaró:

—Nada me impide llamar a la policía. Te llevarían esposado a la comisaría más cercana. Pero la violencia no va conmigo, así que prefiero pedirte por las buenas que te largues. Seas quien seas, no se te ha perdido nada aquí.

El hombre esbozó una sonrisa ambigua:

—Solo he venido a ayudarte.

—¿Ayudarme a qué? —preguntó Pascal.

El aludido rebuscó en sus bolsillos hasta sacar un curioso objeto: una especie de botón rojo incrustado en una lengüeta de cuero.

—Apriétalo cuando me necesites y acudiré en tu ayuda.

Pascal tomó el objeto, lo examinó con curiosidad y se lo guardó en el bolsillo.

A la mañana siguiente, muy temprano, Pascal regresó al fondo del jardín y se encontró con que la cabaña estaba vacía, a excepción de un cubo a rebosar de un líquido amarillento que resultó ser orina. Volvió a casa cabizbajo e inquieto, preguntándose si todo aquello no habría sido un sueño premonitorio. ¿Qué pintaba Espíritu en Marais Salant? ¿Qué tenía que anunciarle? ¿A qué se refería cuando hablaba de un peligro inminente y de esa sombra que pendía sobre él? ¿Qué significaba todo aquello? Atormentado por estas preguntas, fue incapaz de pegar ojo en toda la noche. Al día siguiente recurrió a un sinfín de infusiones, pero nada consiguió bajarle la fiebre ni aplacar los latidos de su corazón.

[27]. De la cita latina Arx tarpeia Capitoli proxima, que vendría a recordar la facilidad con la que es posible pasar de la gloria a la ruina.

21

A pesar de la inquietante visita de Espíritu (o su doble), Pascal no se esperaba el terremoto que estaba a punto de poner su vida patas arriba. Aquel hombre estaba en lo cierto: una sombra pendía sobre su cabeza y estalló de improviso con la violencia de un rayo. Una mañana recibió una carta firmada por monsieur Pacheco, que acababa de regresar de Japón. En la misiva lo informaba sin rodeos de que la empresa había decidido prescindir de sus servicios como profesor y le agradecía su colaboración.

Furioso, corrió a casa de Judas Éluthère. Este había salido del armario recientemente y ahora vivía con Kassem Kémal, un abogado libanés a quien había conocido en la metrópolis. Pascal no se sorprendió demasiado. Él mismo había estado tentado de ceder a los encantos de aquel joven tan atractivo, elegante y atlético. Se encontró a la pareja cenando una chiquetaille de bacalao y plátanos macho, pues ambos eran vegetarianos.

Tras leer la carta, Judas Éluthère montó en cólera:

—¡Es ilegal! ¡Despido improcedente! En la última reunión que tuvimos nos prometió todo lo contrario. ¡De ninguna manera permitiremos que nos tome el pelo! Se va a enterar. ¡Espera y verás! —dicho esto, invitó a Pascal a quedarse a cenar.

Cuando iban por el postre (un pastel relleno de confitura de naranja amarga), apareció otro visitante: se trataba de Dominique Origny, un hombrecillo de cabello ralo que, aunque no lo pareciera, era toda una estrella de la televisión nacional. Se había dado a conocer unos años atrás con sus retratos de personalidades políticas conocidas en el mundo entero: John Kennedy, Robert Kennedy, Indira Gandhi, Nelson Mandela, Mijaíl Gorbachov, Oprah Winfrey, etc. Ahora volvía a estar de actualidad como productor del nuevo programa Cara a cara. La dinámica consistía en invitar a personajes

con ideologías diametralmente opuestas para que se conocieran e intercambiaran puntos de vista. Contó un sinfín de anécdotas jugosas sobre los famosos que conocía a diario: el final de la cena resultó de lo más entretenido.

En un momento dado, se giró hacia Pascal y le propuso:

—¿Qué le parecería participar en Cara a cara?

—¿Yo? —se extrañó Pascal.

—Sí— prosiguió el presentador—. No me cabe duda de que sería un digno oponente para monsieur Pacheco. Nuestro amigo Judas me ha contado que no está usted nada de acuerdo con sus ideas.

Pascal evitó comprometerse.

—Primero me gustaría conocerlo en persona —dijo.

—Cuidado, que es un seductor —le advirtió Kassem.

—Sea lo que sea, me va a oír a mí ese tipo —exclamó furioso Judas Éluthère.

Al parecer, la cólera de Judas quedó en nada, pues pasaron los días y Pascal no volvió a tener noticias del asunto. A finales de mes, se subió a su moto y se dirigió cabizbajo a Sagalin para impartir su última clase y reunirse con Norbert Pacheco, que lo había invitado a comer.

Para su sorpresa, sus alumnos lo estaban esperando en el patio principal y lo vitorearon al entrar. El aula estaba a rebosar. Acudieron incluso quienes nunca antes habían asistido a sus debates y, como no cabía ni un alma, muchos tuvieron que sentarse en el suelo. Incluso los mayores detractores de sus ideas se mostraron aquel día sinceramente apesadumbrados y no dejaron de repetir lo mucho que lamentaban verlo marchar.

Una vez concluida la clase, y tras estrechar manos a diestro y siniestro, Pascal se encaminó a su cita con monsieur Pacheco con el

corazón desbocado. Su despacho se encontraba en la última planta de la sede. Estaba lujosamente amueblado y decorado con fotografías de hombres que Pascal no supo identificar. Le pareció que uno de ellos era Pandit Nehru, aunque no estaba del todo seguro.

Huelga decir que monsieur Pacheco era un hombre apuesto, que solo gastaba trajes elegantes y sofisticados botines de marca. El hábito, sin embargo, no bastaba en su caso para hacer al monje: se intuía fácilmente el temible depredador que era en realidad. Se contaba que había seducido a no pocas de sus empleadas e incluso había dejado embarazadas a dos de ellas. Estaba esperando a Pascal en compañía de dos hombres tan bien vestidos como él.

—¡Ahí está mi enemigo! —sonrió tomándolo del brazo como si se conocieran de toda la vida.

Sus dos acólitos celebraron la ocurrencia con sendas carcajadas. Pascal protestó:

—¡Hombre, enemigo no! No me considero su enemigo. Digamos más bien que no compartimos las mismas ideas.

—No hay un solo restaurante decente en Sagalin —prosiguió monsieur Pacheco—. Así que, si le parece bien, vamos a desplazarnos unos kilómetros, hasta Saint-Marcelin. Allí lo llevaré a un bareto donde, aunque no lo parezca, sirven los platos más deliciosos que he probado en mi vida.

Bajaron los cuatro al aparcamiento, donde montaba guardia un viejo que también se comportó como un lacayo ante monsieur Pacheco. Se puso en pie, esbozó el saludo militar y exclamó:

—¡Buenos días, patrón!

Enfilaron la carretera que conducía al pueblo de Saint-Marcelin, si es que aquello podía llamarse «pueblo». Se trataba de un puñado de chozas (no más de una docena) alineadas a orillas de la mar, que refulgía con un azul imposible y lucía en calma como una balsa de

aceite. Monsieur Pacheco se encaminó hacia la más humilde de todas ellas, hecha con sarmientos y pintarrajeada de gris y verde. El dueño, un indio de cabello rizado, salió corriendo a recibir a los recién llegados y le dio un fuerte abrazo a monsieur Pacheco, como queriendo dejar claro que se trataba de uno de sus mejores clientes.

—Hoy le tengo preparado un pastel de atún con guarnición de castañas gratinadas que se va a chupar los dedos, ¡ya verá! —exclamó.

Los hombres tomaron asiento y dieron buena cuenta de los tragos de ron que les sirvieron.

Monsieur Pacheco se giró hacia Pascal.

—No se piense que he puesto fin a sus clases en un alarde de poder o para intimidarlo. Sencillamente, considero que nuestros empleados necesitan un tiempo para madurar lo aprendido. Al parecer acaba usted de regresar de Brasil. Un país asombroso, ¿no le parece?

—No fui de turismo —respondió Pascal—. Precisamente estuve en Castera, con la gente de El Dios Escondido, un ashram que trabaja por cambiar el mundo y mejorarlo.

—¿Y qué solución han encontrado ustedes? —preguntó Pacheco, burlón.

—Por ahora ninguna. Seguimos en la etapa previa, reflexionando —repuso Pascal, molesto por el tono de su interlocutor.

Monsieur Pacheco se atusó el cabello. Lucía una cuidada media melena justo por encima de los hombros.

—Pues nosotros, en Le Bon Kaffé, sí que tenemos una solución. En su día nos dimos cuenta de que, para mejorar la vida de los hombres, resulta fundamental proporcionarles sueldos y alojamientos dignos. Y eso hicimos. También vimos que era necesario que sus hijos recibieran una buena educación, que fueran a buenas escuelas. Solo así seguirá funcionando el ascensor social.

—Claro, por eso sus empleados protestan y se manifiestan en todo

el país —replicó Pascal, con tono sarcástico.

Uno de los hombres extendió la mano.

—Haya paz —pidió—. Estamos aquí reunidos para intercambiar ideas.

El resto de la comida transcurrió sin mayores sobresaltos. Los cuatro hombres mantuvieron una conversación insulsa y anodina. «Otra más», se dijo Pascal, decepcionado.

22

Sin sus clases en Le Bon Kaffé, el hastío se apoderó de Pascal. Se sentía atascado con la redacción de Dos palabras, cuatro sentidos. Vegetaba la mayor parte del día. Corrigiendo los textos de sus discípulos se daba cuenta de hasta qué punto lo que estos denominaban pomposamente «las enseñanzas del maestro» se quedaban en nada. Un puñado de clichés e ideas manidas: preceptos, en resumen, que otros ya habían predicado antes que él.

En un intento por despejarse, se acercó a Fond-Zombi para asistir a un coloquio con el escritor que vivía con su madre. Aquella velada logró desmoralizarlo del todo. El público se componía exclusivamente de ricachones endomingados y el autor no daba abasto para firmar las torres de ejemplares que una librería de la capital había tenido el buen olfato de poner a la venta.

Cuando la ceremonia hubo terminado, Pascal regresó a casa, cenó y se metió en la cama. Ante la insistencia de Dominique Origny, había terminado aceptando su propuesta: un Cara a cara con monsieur Pacheco le ofrecería la ocasión de exponer la sociedad armoniosa y equilibrada con la que soñaba.

Unos días después recibió una invitación para la fiesta que se celebraría por el cuadragésimo aniversario de la empresa Le Bon Kaffé. Habría un concierto de flauta de pan, seguido por una conferencia titulada: «Construir la empresa de los tiempos modernos». Aunque el programa resultaba bastante atractivo, decidió no ir. ¿No sería una contradicción, justo después de aceptar el dichoso Cara a cara? De modo que se quedó solo en casa y, para distraerse, se dispuso a ver una película antigua de Alfred Hitchcock: Marnie, la ladrona o Los pájaros, no habría sabido decir. Al fin y al cabo, en ambos casos la protagonista es rubia, joven y bonita. Terminó quedándose dormido frente al televisor.

Se despertó sobre las dos de la madrugada. Tenía la boca seca y todas las cadenas habían modificado su programación habitual: una presentadora histérica anunciaba que acababa de producirse un atentado en Sagalin, en la sede de la empresa Le Bon Kaffé. «Un atentado», se repitió Pascal, somnoliento. ¿Cómo era posible que algo así ocurriese en un país como aquel, donde la tónica general era el servilismo, agachar la cabeza y obedecer como borregos las órdenes de la metrópolis? ¡Un atentado! Parecía una broma pesada.

Sin saber muy bien qué hacer, arrancó la moto y puso rumbo a Sagalin. No fue el único. La carretera estaba atascada de autocares a rebosar de hombres y mujeres que lloraban o cantaban salmos a pleno pulmón.

El hospital de Sagalin era una construcción de madera donde el material sanitario se había quedado completamente anticuado. En el jardín se había aglomerado una multitud considerable. La gente se hizo a un lado nada más ver a Pascal. Lo miraban de reojo con gesto hostil. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿No pensarían que tenía algo que ver con aquella tragedia? ¡Él, que detestaba la violencia con todas sus fuerzas y era incapaz de hacer daño a una mosca!

Se enteró de que monsieur Pacheco había muerto asesinado. Dos balazos en la cabeza. Se estimaba que había unos diez fallecidos más y otros tantos heridos. Pobre monsieur Pacheco… ¡Un hombre tan apuesto y bien vestido, que tan buena impresión le había causado! Es curioso: por más que sepamos que la muerte resulta inevitable y que nadie puede darle esquinazo, nunca dejamos de sorprendernos cuando llama a la puerta.

Unos extraños surcos rojos cruzaban el cielo negro, como si la sangre de las víctimas hubiera ascendido a las alturas y clamara venganza. Vagando entre la multitud, Pascal se topó con Judas Éluthère. Tenía un brazo vendado y estaba rodeado por una decena de policías. Lloraba a mares, con el rostro desencajado. Le explicó a Pascal lo ocurrido: pese a sus fuertes dolores de espalda, Kassem Kémal se había empeñado en acompañarlo a la recepción. Como era un apasionado de la flauta de pan, tras el concierto se había entretenido en el auditorio felicitando a los músicos y había sido una de las primeras víctimas del comando. Había recibido una bala

en el pecho y había muerto en el acto. Pascal le dio el pésame, pero en momentos así cualquier palabra suena vacía e impersonal. Luego emprendió el triste camino de regreso a Marais Salant.

A la mañana siguiente, la policía se presentó en casa de Pascal a las ocho en punto, mientras los padres arrastraban hacia la escuela a sus hijos llorosos y desesperados ante la perspectiva de un nuevo e interminable día lectivo. No había maestro ni maestra que esa mañana se sintiera capaz de cumplir con su deber educativo. Todos rumiaban las mismas preguntas: ¿quiénes podían ser los autores del atentado? ¿De dónde venían? ¿Dónde se escondían? Ojalá los arrestasen cuanto antes.

Acudieron diez policías. «Nada menos que diez», se extrañó Pascal. Aquello podía significar dos cosas: que el cuerpo andaba sobrado de efectivos o que, por motivos a todas luces equivocados, él estaba en el punto de mira. Los hizo subir a su despacho. Uno de los agentes, el mayor o tal vez el de más rango, empezó a hacerle preguntas. Muy normales, en un principio: edad, lugar de nacimiento, dirección… No obstante, no tardaron en volverse agresivas.

—¿Pretende hacernos creer que no se acuerda de qué película de Hitchcock vio anoche, si Marnie, la ladrona o Los pájaros?

—Es que no soy muy cinéfilo —se defendió Pascal—. Con diez o doce años, vi una película de François Truffaut que se llamaba Los cuatrocientos golpes y que era todo lo contrario a mi vida de aquel entonces. Esa se me quedó grabada en la memoria, pero ya no conozco más directores.

—Por lo menos tendrá usted algún testigo capaz de corroborar su versión de los hechos, ¿no? —insistió el policía.

—Nadie —replicó Pascal—. Ya se lo he dicho: estaba solo en casa.

Cuando concluyó el interrogatorio, el agente le entregó su declaración para que la firmara y gruñó:

—Haga el favor de seguirnos.

—¿A dónde? ¿Por qué? —protestó Pascal—. Ya les he dicho todo lo

que sé.

Su interlocutor esbozó una sonrisa maliciosa.

—Nunca se sabe. Quizá se le haya pasado por alto algún detalle y dentro de un rato lo recuerde.

—Están cometiendo un grave error —aseguró Pascal—. La semana que viene, sin ir más lejos, tenía programado un Cara a cara con Norbert Pacheco. Ahí tienen la prueba de que mi intención era resolver nuestras diferencias, si es que las teníamos, de manera pacífica.

Pero era evidente que la policía tenía su propia teoría. Los delegados de personal habían pedido a Pascal que diera clases en Sagalin, pero Norbert Pacheco, al regresar de Japón, había suspendido su contrato de la noche a la mañana. De modo que Pascal se había vengado.

Como no sabía nada de los procedimientos policiales, al principio Pascal no tenía muy claro si lo estaban escoltando o deteniendo. Bajaron la escalera y salieron a la calle. Una multitud se apiñaba frente a la casa. Una vez más, Pascal se quedó atónito ante el brutal cambio de actitud hacia su persona. Ayer mismo, antes del atentado, todos le sonreían y le pedían autógrafos. Ahora, de repente, recibía solo miradas asesinas.

En 1920 la cárcel de Fond-Zombi había sido escenario de un grave motín, que se saldó con decenas de guardias muertos y alrededor de un centenar de presos fugados.

Después de aquello la reconstruyeron: muros impenetrables, troneras protegidas por alambradas y una torre de control en cada patio. Reinaba imponente, como un formidable blockhaus en mitad de la ciudad. Aunque, en los últimos tiempos, debido al auge de la violencia relacionado con el consumo generalizado de drogas, se había vuelto a quedar pequeña. Los prisioneros se hacinaban de tres en tres en las celdas, a veces incluso de cuatro en cuatro, y faltaba personal de vigilancia.

Dos policías condujeron a Pascal al primer piso. Entraron en una

celda estrecha, sucia y mal iluminada. En un colchón inmundo tirado por el suelo dormía un joven. Uno de los agentes lo despertó a patadas.

—Le presento a Damien Damianus, un viejo conocido. Sale a las cuatro. Luego tendrá la celda para usted solo.

Damien Damianus, con los ojos como platos, miró a Pascal como se mira a un dios.

—¡No puede ser! —exclamó incrédulo—. ¿De veras es usted?

—Solo soy yo —respondió Pascal.

Damien Damianus tendría poco más de veinte años. No era la primera vez que pasaba una temporadita a la sombra: cada poco lo pillaban vendiendo droga en las inmediaciones del instituto. Trabajaba para gente seria: traficantes que importaban el producto desde América Latina, oculto en las bodegas de los barcos.

—Querría haber ido a la escuela, pero no pude —le contó a Pascal —. Me tocó arrimar el hombro para ayudar a mi madre, que era la criada de una familia de ricachones, y cuidar de mis hermanas y hermanos pequeños. De haber podido, me habría encantado ser escritor.

—¡Escritor! —se asombró Pascal—. Mala profesión esa. Los escritores se mueren de hambre.

—Es que un día —prosiguió Damien, haciendo oídos sordos—, ordenando la habitación de uno de los hijos de la familia para la que trabajaba mi madre, me encontré un libro con un título bastante raro: El mico. ¿Qué querría decir? Contaba la historia de un niño minusválido que se quitaba la vida junto con su padre. Me pareció lo más bonito que había visto nunca.

Por desgracia, tan interesante conversación se vio interrumpida, pues a las tres en punto un policía se llevó a Damien. Pascal se quedó solo y, sin saber qué hacer, se tumbó en el inmundo colchón. Estaba tan cansado y, sobre todo, tan angustiado que terminó por quedarse dormido.

Llevaría un par de horas durmiendo cuando aparecieron en la celda dos mujeres. Una de ellas, gorda y baja, empujaba el carrito con la cena. La otra… ¡Dios mío, qué belleza! El uniforme de tela caqui no acertaba a enmascarar la gracia de sus formas. Exclamó:

—Vaya, resulta que mis compañeros decían la verdad. No podía creerme que estuviera usted detenido por el atentado. Permítame presentarme: soy la sargento Albertine Lachalle. Venimos a traerle la cena. Hoy tocan tripas de cerdo y plátanos poyò.[28]

«¡Dios mío! —se dijo Pascal, extasiado—. ¡Qué mujer! ¡Qué belleza!» No podía ni imaginarse que esa preciosidad que lo había dejado sin aliento le sacaba diez años fácilmente. Aunque no los aparentase, Albertine ya había cumplido los treinta y seis. Pascal no era un picaflor, ni especialmente enamoradizo. Sin embargo, de pronto se encontró con el corazón dividido entre dos mujeres. No conseguía sacarse de la cabeza a Sarojini, al igual que resulta imposible olvidar perfumes y sabores desconocidos una vez que los has descubierto. Con Albertine, por otra parte, Pascal ni se imaginaba todavía lo que le deparaba el futuro.

Devoró el ragú. Estaba muerto de hambre y le supo delicioso. Después se tumbó de nuevo, abandonándose a la oleada de deseo insatisfecho que sacudía su cuerpo. Poco antes de las diez de la noche, se escuchó un timbre estridente y se apagaron todas las luces. Se hizo la oscuridad. Unas horas después, la puerta de su celda volvió a abrirse: apareció Albertine y se sentó a su lado.

—A pesar de nuestra diferencia de edad, que no es poca —declaró —, siento que el fuego de un hermoso amor va a prender entre nosotros, y quizá nos consuma.

■

[28]. Plátanos macho.

23

Pascal no sabía nada de Albertine. Las mujeres burguesas y mojigatas de Fond-Zombi arrugaban el gesto al hablar de ella:

—Tiene seis hijos de hombres diferentes. ¡Menuda fulana! —decían —. Llevará unos tres años en la policía. La enchufó su último amante, un gendarme que después regresó a la metrópolis. ¡Lo que hay que ver! Una auténtica depravada a cargo de los criminales. ¡Clama al cielo! —cuchicheaban, maliciosas.

Pascal tenía la sensación de estar viviendo dos vidas completamente diferentes. Llegó incluso a preguntarse si en su cuerpo no convivirían dos personas, dos individuos radicalmente opuestos. Las noches pertenecían a Albertine. Albertine y su jardín de las delicias. Ella acudía a su encuentro poco después de que se apagaran las luces. Pascal la escuchaba avanzar a pasos menudos por el corredor pavimentado de la cárcel. Luego escuchaba el clic de la llave en la cerradura y, por fin, la oía entrar en su celda. Se desprendía del uniforme y, con su desnudez por todo atuendo, se acurrucaba contra él. Pasaban la noche entera haciendo el amor. Solo se detenían unos instantes, insaciables, para recuperar el aliento o murmurarse al oído briznas de recuerdos, conmovedores como sueños.

«Nuestro amor —declaraba Albertine— no se parece a ningún otro. No te negaré que he conocido a muchos hombres. De hecho, tengo hijos de todos los colores. Sin embargo, vuelvo a ser completamente virgen entre tus brazos». Por desgracia, Albertine se marchaba con las primeras luces del alba, pues debía ayudar a preparar el desayuno de los presos.

A partir de las siete, Pascal era otro hombre. Un guardia de seguridad lo acompañaba al final del pasillo, donde se encontraba el cuarto de baño, y el día daba comienzo. No recibía ninguna visita. ¿Por qué? ¿Tan grave era el crimen que había cometido? Trató de preguntárselo a los guardias, pero no obtuvo respuesta. Además, se obsesionó con Judas Éluthère: no podía comprender su repentino cambio de actitud.

Todo empezó el día siguiente a su ingreso en prisión. Pascal se encontraba en la sala común, en compañía de otros detenidos, cuando se enteró de que el triunvirato que dirigía Le Bon Kaffé acababa de ser sustituido por José Luis, Frédérique Dondenac y, lo más sorprendente, Judas Éluthère. Resultaba que este era licenciado por el Instituto de Estudios Políticos de París y estaba perfectamente capacitado para desempeñar el cargo.

Costaba creerlo. ¡De la noche a la mañana, Judas Éluthère pasaba de instigar las manifestaciones de los trabajadores de Le Bon Kaffé a integrar la nueva dirección! El puesto implicaba un sueldo desorbitado, un suntuoso alojamiento de empresa en Bois Jolan y vacaciones pagadas en la metrópolis una vez al año.

El día del entierro de Norbert Pacheco, que se retransmitió en directo por televisión, Pascal pudo ver a Judas Éluthère rodeado de ejecutivos de luto. Cuando los periodistas le preguntaron, se mostró profundamente apenado y declaró que siempre le tuvo al difunto un cariño enorme, aunque a veces no compartiera sus ideas. «¡Sí, un cariño enorme!», se dijo Pascal, estupefacto, recordando cómo el entrevistado solía despellejar a monsieur Pacheco.

¿Cómo era posible que él se pudriera en la cárcel y en cambio la policía ni siquiera hubiera investigado a Judas Éluthère? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué demonios significaba todo aquello?

Pascal permaneció una semana entera en prisión. De pronto, el sábado, dos guardias le informaron de que era libre. No existían cargos contra él. Un mendigo que se refugiaba en la terraza de su casa en Marais Salant había comparecido como testigo voluntariamente: dio su palabra de que Pascal pasó la noche del

atentado viendo la televisión y de que solo salió cuando la tragedia ya se había producido, para ir a Sagalin como tantos otros habitantes del país. «¿Un mendigo? —se preguntó Pascal—. ¿Quién podía ser?» Bajó a un despacho donde los guardias le devolvieron los escasos efectos personales que le habían confiscado en su día: un paquete de cigarrillos Lucky Strike, una caja de cerillas, unos cuantos caramelos de menta... Entre todos aquellos objetos, estaba además el misterioso botón rojo que le había entregado Espíritu (o su doble).

Los guardias lo sacaron de allí a empujones, como si de repente tuvieran prisa por perderlo de vista. Cruzó el patio, donde corría en círculos una docena de jóvenes presos ataviados con pantalones cortos de rayas, y salió a la calle.

Era temprano, muy temprano, y el cielo lucía de un azul nuevo, resplandeciente, como los ojos de un recién nacido en Europa. Un grupo de mujeres salía de la misa de maitines en una iglesia cercana. Los basureros vaciaban las papeleras en grandes contenedores anaranjados. Pascal tenía el corazón dividido: se sentía dichoso por recuperar su libertad y, al mismo tiempo, se moría de pena por estar abandonando a Albertine de un modo tan abrupto, sin un último beso y sin poder explicarle lo ocurrido.

Encontró un taxi en la esquina y pidió que lo llevara a Marais Salant. El taxista se pasó todo el trayecto fulminando a Pascal con la mirada por el retrovisor, y a punto estuvo de provocar un accidente.

Al llegar, Pascal abrió la verja del jardín y se quedó de piedra. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Montañas de deshechos, mondas de verduras, restos de comida y detritus de todo tipo inundaban el césped y la terraza, como si alguien se hubiera dedicado a vaciar allí bolsas enteras de basura. La casa también estaba repleta de suciedad. Envuelto en una sábana, Jean-Pierre descansaba en una cama del primer piso.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó Pascal, atónito.

Jean-Pierre le dio un beso rápido en la frente y respondió sin rodeos:

—Tus vecinos.

—¿Mis vecinos? —repitió Pascal.

—Sí —dijo Jean-Pierre—. Quieren que te vayas de aquí. Dicen que eres una vergüenza para el barrio. No pasa un día sin que tenga que vérmelas con ellos.

Pascal corrió a casa de su madre. No la veía desde antes de su detención. Fátima lo cubrió de besos y preguntó:

—¿Te han tratado muy mal en la cárcel? Tenía en marcha una petición popular para exigir tu liberación inmediata. No pensé que lo harían tan pronto. Cuando fui a verte, me dijeron que, dada la gravedad del crimen que habías cometido, ni siquiera tenías derecho a recibir visitas. Aunque yo siempre supe que no encontrarían nada en tu contra.

Pascal no quería hablar de sí mismo, ni de la cárcel. Bajo ningún concepto revelaría su tórrido romance con Albertine. De modo que enseguida recondujo la conversación hacia su obsesión:

—¿Qué opinas de Judas Éluthère? ¿No te ha sorprendido su actitud?

—¿Por qué lo dices? Judas Éluthère resultó herido en el atentado —dijo Fátima—. Casi pierde un brazo.

—¿Y han querido recompensárselo —se burló Pascal— nombrándolo codirector de la empresa?

A Fátima parecieron chocarle sus palabras.

—Fueron los propios empleados quienes pidieron su ascenso —afirmó—. Siempre se ha dedicado a hacer el bien.

Viendo que no iba a conseguir que su madre compartiera sus

sospechas, Pascal se dio media vuelta.

—¿Ya te vas? ¿Tan pronto?—se extrañó ella.

Pascal regresó a casa sumido en una sensación de desamparo.

A primera hora de la tarde, no pudo aguantar más y se decidió a llamar a Judas Éluthère. Una voz de mujer, seguramente su secretaria, respondió con frialdad que se encontraba reunido y no podía atenderlo. Pascal le pidió que avisara a Judas de que había llamado. Acto seguido, telefoneó a sus discípulos para comunicarles que estaba de vuelta y quería verlos. Marcel Marcelin y José Donovo no disimularon su alegría y acudieron corriendo a Marais Salant.

Les hizo la pregunta de rigor:

—¿Qué pensáis del comportamiento de Judas Éluthère?

No parecieron extrañarse.

—No he vuelto a verlo desde el atentado —dijo Marcel Marcelin—. Creo que, simplemente, se niega a hablar mal de un muerto para no empeorar el caos que reina en la compañía. Fue él quien consiguió una subida de sueldo general y sacó a los okupas de los alojamientos de empresa.

Marcel Marcelin y José Donovo no quisieron quedarse a comer. Pascal y Jean-Pierre cenaron con desgana un guiso de pulpo con alubias que habían encargado en El Monte Ventoso y acto seguido se fueron a la cama.

A la mañana siguiente, cuando abrió los postigos, Pascal se quedó estupefacto al descubrir la fachada llena de grafitis rojos. Una sola palabra se repetía hasta la saciedad: «Asesino». Bajo aquella apelación injuriosa habían pintado cruces. Una de ellas tenía escrito debajo: «Esto es lo que mereces tú también».

Pascal no supo cómo reaccionar. Se sentía como el navegante que, sin previo aviso, contempla cómo la mar alza furiosas olas y la tormenta se dirige inexorable hacia su barca. Por desgracia, aquello no había hecho más que empezar. Al día siguiente, cuando abrió la puerta, un hedor nauseabundo lo obligó a retroceder. Esta vez parecía como si alguien hubiera vaciado por el jardín orinales y retretes enteros. La situación siguió empeorando: en otra ocasión, llegó incluso a encontrarse con un cerdo degollado y colgado por las patas sobre un barreño a rebosar de sangre. Parecía una cruel parodia de la típica matanza de Navidad, cuando los carniceros se disponen a elaborar toneladas de morcillas. Pascal empezó a temer por su vida.

Entonces se acordó del artefacto que le había entregado Espíritu (o su doble) y de las desconcertantes palabras que había pronunciado al hacerlo: «Apriétalo cuando me necesites y acudiré en tu ayuda». Corrió a su despacho, buscó el misterioso objeto y pulsó el botón rojo con todas sus fuerzas.

Al filo de la medianoche, Pascal inhalaba apesadumbrado el insoportable hedor que le llegaba desde el jardín cuando de pronto vio cómo un taxi se detenía, y un hombre bajaba de él y se dirigía su casa. ¿Quién sería? ¿Espíritu o su doble? Era Espíritu. Le dio a Pascal un caluroso abrazo y exclamó:

—Dime, ¿por qué me has llamado?

Pascal explicó todo lo ocurrido con pelos y señales: el atentado, su paso por la cárcel, los insultos y las amenazas que siguieron.

Espíritu ni se inmutó:

—Los pueblos como el nuestro son ligeros de memoria. Es cuestión de aguantar el tirón un par de meses y verás cómo después te dejan en paz. Aunque, si prefieres que te ayude, estoy a tu disposición.

Guardaron silencio unos instantes y Espíritu tomó la mano de Pascal.

—¿No me preguntas por tu padre? ¿Acaso no te importa?

—Es más bien al revés. Soy yo quien no le importa —suspiró con tristeza Pascal.

—¡No has entendido nada de nada! —exclamó Espíritu—. Lo que pasa es que tu padre no quiere influir en tu libre albedrío. Hay tres preguntas que cualquier hombre que se precie debe plantearse y responder por sí solo: de dónde vengo, qué hago en este mundo y a dónde voy.

Pascal asintió sin entusiasmo:

—Quizá tengas razón.

SEGUNDA PARTE

24

En 1610 el barco negrero Creo en Dios atracó en el país con un cargamento de esclavos mondongos capturados en las inmediaciones de la ciudad de Abomey, al oeste de África. Quince hombres y otras tantas mujeres, junto con niños cuyos brazos y cuerpos gráciles eran muy valiosos para los terratenientes occidentales. Por aquel entonces, la mera mención de los mondongos provocaba terror, pues tenían fama de crueles y sanguinarios. Y es que sus dioses fundadores, los gemelos Mahou y Mahia, se alimentaban de sangre humana. Para conseguirla y tenerlos satisfechos, los mondongos se veían obligados a guerrear constantemente con las etnias vecinas. Agujereaban la espalda de sus víctimas, que a los pocos días morían desangradas.

Los mondongos se negaron a someterse a la esclavitud en las plantaciones de Fond-Zombi y a trabajar la caña de azúcar. Desdeñaron las playas rubias y arenosas, se dirigieron al norte y se asentaron en las más escarpadas laderas del volcán. Fundaron allí el reino de Caracalla, que en su idioma significa «tierra de los dioses». Más tarde los cimarrones, deseosos de conquistar su libertad, acudieron a refugiarse con ellos. Rodearon el lugar de una imponente muralla cubierta de inscripciones y dibujos destinados a mantener a raya a los invasores.

Pero en la actualidad todo esto ya es agua pasada. Algunos mondongos se han convertido al catolicismo. Uno de ellos incluso llegó a nuncio apostólico y terminó sus días al servicio del papa en el Vaticano. Hoy existen mondongos musulmanes y hasta budistas. Otros se han mantenido fieles a sus tradiciones, y alimentan a sus dioses con sangre de aves de corral, ahora que ya no se hacen sacrificios humanos.

A los mondongos no les faltaban detractores. En primer lugar, por su físico. Tenían la piel negra negra, curiosos cabellos con reflejos rojizos que se elevaban como obuses sobre sus cabezas, y de sus encías rosas crecían unos dientes blanquísimos como esquirlas de hueso. No resultaba extraño escuchar por la calle la expresión «feo como un mondongo», que empezó a caer en desuso en 2019 cuando una joven mondonga se alzó con el título de primera dama de honor en el certamen de Miss Universo.

En honor a la verdad, es preciso decir que los detractores de este pueblo tenían motivos de mayor calado para alimentar dicha animadversión. A lo largo de sus años de historia no había surgido entre estas gentes ningún Robert Badinter,[29] y practicaban impunemente la pena de muerte. A los llamados «grandes criminales» los llevaban frente al pelotón de fusilamiento y les disparaban hasta dejarlos como un colador. Antaño incluso consideraban esas ejecuciones como un motivo de fiesta, un espectáculo destinado a entretener a la población. Pero las cosas habían evolucionado. En los últimos tiempos habían importado la práctica americana de la silla eléctrica, que es mucho más discreta, dónde va a parar.

Los mondongos llevaban una existencia tranquila, a fin de cuentas. Vivían principalmente de la fabricación de juguetes de madera que pintaban de vivos colores y exportaban al mundo entero. Como hoy en día la madera se considera un material sano y sostenible, se estaban haciendo de oro. Su principal cliente era Australia, donde incluso contaban con un representante afincado en la ciudad de Perth.

En Caracalla apenas se veía el cielo, pues las copas de los árboles trenzaban una apretada y fresca penumbra que protegía al mismo tiempo los cuerpos y las almas. El gobierno de la colonia estaba en manos de un consejo de cuatro dirigentes elegidos cada cuatro años por sufragio universal: el responsable de asuntos sociales, el de asuntos administrativos, el de cultura y el de economía. Trabajaban bajo la supervisión de un guía supremo o Mawubi, que significa

«nuestro padre». Este solo se dejaba ver durante las ceremonias de la fiesta nacional.

La colonia de Caracalla se dividía en siete sectores. Cada uno de ellos lo dirigía un preboste, que se ocupaba de supervisar el territorio desde los llanos hasta los escarpados acantilados que se recortaban sobre la mar. Al séptimo sector se lo conocía como Cayena, pues albergaba la cárcel y los edificios donde se alojaban las familias de los detenidos.

Maru, el responsable de cultura, se quedó mirando fijamente a Espíritu y a Pascal, sentados al otro lado de su escritorio.

—No recibirá sueldo alguno —anunció—. Ya conoces nuestra opinión: el dinero es la causa de casi todos los crímenes. Pero le proporcionaremos una cabaña con todas las comodidades, y una subalterna que le cocinará tres veces al día y se ocupará de las labores del hogar. Que haga lo que quiera con ella.

Dijo esto último con un tono jocoso que contrastaba con su rostro apergaminado y severo. La afirmación intrigó a Pascal y le habría gustado hacer un par de preguntas, pero Maru preguntó sin detenerse:

—¿Estáis de acuerdo?

Espíritu y Pascal se miraron un instante. Luego asintieron al unísono. Trato hecho.

Maru sacó entonces un legajo de un cajón del escritorio y se lo entregó a Pascal.

—Aquí tienes tu contrato de integración provisional —dijo—. Tienes que poner tus iniciales en todas las páginas y firmar en la última.

Hecho esto, Maru recuperó los documentos, volvió a guardar el expediente en el cajón y declaró alegremente:

—Os invito a tomar algo. La ocasión bien lo merece.

Espíritu se disculpó. Como de costumbre, tenía un sinfín de tareas pendientes. En solo dos horas debía tomar el avión en Porte Océane. Los tres hombres salieron del edificio, en cuya puerta podía leerse en letras mayúsculas: DEPARTAMENTO DE ASUNTOS CULTURALES. Cruzaron el aparcamiento y se separaron. Tras despedirse de Espíritu, Pascal y Maru se encaminaron a un «despacho de bebidas».

Como los mondongos tenían prohibido el alcohol, preferían emplear esta expresión en lugar de «bar» o «taberna». En vez de los licores tradicionales como el ron o el triple seco, en el despacho de bebidas servían todo tipo de zumos, tés e infusiones. De hecho, preparaban unos tés de cúrcuma excelentes, además de infusiones de buganvilla y de rosa de Cayena realmente deliciosas.

Pascal redescubrió encantado una sensación que tenía olvidada: la del anonimato. Nadie en el local se giró a mirarlo. Cuando Maru le presentó a un par de clientes acodados a sus mesas, quedó claro que era la primera vez que escuchaban el nombre de Pascal Ballandra. De las innumerables bebidas de la carta, Maru pidió un zumo de ciruela de Citera, y Pascal se decantó por uno de guayaba, que ya había probado antes en alguna ocasión. Cuando hubieron apurado sus vasos, Manu acompañó a Pascal a su nueva morada, situada en el número 102 de la calle Nelson Mandela, en el sector 4.

Como la colonia de Caracalla se regía por el principio de igualdad, se pretendía a toda costa evitar la trampa de esas urbanizaciones que permiten a los ricos hacer ostentación de sus fortunas y contrastan escandalosamente con los barrios más desfavorecidos. Por consiguiente, la propiedad privada también estaba prohibida y el Gobierno mondongo gestionaba los alquileres. Todos los alojamientos eran idénticos: cabañas pintadas de verde con dos amplias estancias y un espacio abuhardillado al que se accedía mediante una escalera de caracol. Las familias numerosas podían alquilar dos o tres cabañas, en función de sus necesidades. Una vez en el número 102 de la calle Nelson Mandela, Maru estrechó la mano de Pascal a la manera mondonga:

—Mañana cenas en mi casa —dijo—. Quiero presentarte a mi

mujer.

Desde que se había marchado de Marais Salant, Pascal se sentía profundamente liberado: nadie a su alrededor parecía esperar que llevara a cabo ninguna misión cuya esencia, en el fondo, se le escapaba; y, sobre todo, nadie parecía despreciarlo, por no decir odiarlo, como consecuencia de una serie de actos que ni siquiera había cometido.

Se puso a deshacer la maleta. Al cabo de una hora, llamaron a la puerta, acudió a abrir y se encontró con una joven de unos dieciséis o diecisiete años algo rechoncha, como suele ser habitual a esa edad. Parecía recién salida de una novela de Margaret Atwood, con aquella pesada falda escarlata que le llegaba hasta los pies calzados con sandalias y un sayo del mismo color donde podía leerse la palabra «subalterna».

—Amo, mi nombre es Amanda —declaró—. Soy su subalterna. Mi misión es servirle y agradarle.

—En ese caso —replicó Pascal— empieza por no llamarme «amo». No soy dueño de nadie, ni siquiera de mí mismo. Me podrías llamar «padre», porque desde luego por edad podría serlo. Sería más adecuado.

La joven rio de buena gana, dejando al descubierto unos dientes menudos y blanquísimos:

—Si no quiere que lo llame «amo», ¿cómo prefiere que me dirija a usted?

Pascal meneó la cabeza:

—Lo más fácil será que me llames Pascal.

Amanda asintió y prosiguió:

—¿Qué le apetece cenar?

Pascal, que nunca se había interesado mucho por la cocina, no supo

qué responder.

—Haz lo que quieras.

La joven insistió:

—¿Unos filetes de pargo y unos ñames gratinados serían de su agrado?

—En serio, haz lo que quieras —repitió Pascal.

Dos horas después, Amanda le sirvió un guiso que le supo excelente.

En Caracalla no se emitían las cadenas de televisión nacional, pues se consideraba un entretenimiento vulgar, destinado a embrutecer al pueblo. De modo que, por las noches, se organizaban obras de teatro y conciertos de música en la plaza principal: la plaza Derek Walcott. Pascal no tuvo problemas para encontrarla. Un trío de músicos y una griotte[30] guineana actuaban para un público más bien escaso. Pascal se quedó extasiado escuchándolos.

De vuelta a casa, se encontró con que Amanda se había quedado dormida en una silla. La despertó el ruido de la puerta al abrirse.

—¿Pero se puede saber qué haces esperándome? —exclamó—. ¡Sube ahora mismo a acostarte! ¡Rápido!

La joven se quedó mirándolo extrañada, casi molesta:

—¿Cómo? ¿Quiere que me vaya a dormir? ¿Seguro que ya no precisa de mis servicios?

Una vez en su cuarto, mientras se preparaba para meterse en la cama, Pascal se preguntó qué había querido decir Amanda. ¿Qué servicios iba a necesitar en plena madrugada? Se quedó dormido, presa de un sentimiento de extrañeza.

A las siete en punto de la mañana llamaron a la puerta. Resultó ser un monitor deportivo; los mondongos practicaban el adagio mens sana in corpore sano. Era un hombre bajito y feo como un

mondongo, nunca mejor dicho: tenía el pelo enmarañado cual estropajo viejo. Estuvieron dos horas enteras realizando toda clase de ejercicios: estiramientos, musculación, flexiones, pesas, barras paralelas… Y después, por si fuera poco, el monitor puso a Pascal a subir y bajar corriendo la calle Nelson Mandela. Por fin le anunció sonriendo:

—Hasta mañana a la misma hora.

[29]. Político e intelectual francés conocido por su lucha en favor de la reinserción de los presos y contra la pena de muerte.

[30]. Los griots (en femenino, griottes) son bardos africanos, narradores de historias y músicos ambulantes, depositarios de la tradición oral popular.

25

Tras el entrenamiento, Pascal se encaminó al liceo Sékou Touré, donde debía impartir filosofía a una clase de bachillerato. El centro educativo, bautizado como La Vida Feliz, ocupaba un terreno de varios kilómetros. En el recinto había de todo por partida doble: dos liceos, dos colegios, dos escuelas primarias, dos jardines de infancia y dos guarderías, dado que los mondongos no creían en la educación mixta y separaban escrupulosamente a las niñas de los niños. Esto supuso una desagradable sorpresa para Pascal, que siempre había considerado la educación mixta como un progreso en aras de la igualdad y pensaba que ambos sexos deben ser instruidos del mismo modo, siguiendo pautas idénticas.

En torno a las diez de la mañana se dirigió a la sala de profesores, donde un hombre parecía estar esperándolo. Nada más verlo, se puso en pie de un salto. Joven, gorra de béisbol, yanqui de manual. Se presentó:

—Me llamo Joseph Serrano. Usted llegó a Caracalla ayer, igual que yo, aunque espero que su viaje no haya sido tan largo.

—¿De dónde es usted? —preguntó Pascal, estrechando la mano que el hombre le tendía.

—De Menlo Park —respondió Joseph—, una pequeña ciudad cercana a la Universidad de Stanford, donde estudié en su día y donde he dado clase hasta ahora.

—¿Stanford? —repitió Pascal, estupefacto e impresionado.

Su interlocutor le ofreció un paquete de cigarrillos y sonrió:

—Es una larga historia. Hace ya bastantes años, mi padre, que es

mondongo, se enamoró de la típica americana rubia y joven que enseñaba inglés en La Vida Feliz, y se empeñó en casarse con ella. Pero las uniones entre mondongos y americanas blancas estaban muy mal vistas por aquel entonces. Al cabo de cinco años, como todavía no había conseguido la autorización para la boda, emigró a Estados Unidos, donde por fin pudo contraer matrimonio con su amada. A pesar de lo mal que lo habían pasado aquí, tanto mi madre como mi padre me criaron en la añoranza de Caracalla. Y aquí estoy, decidido a descubrir si todo lo que me contaban era o no verdad.

Joseph Serrano no fue del todo franco con Pascal sobre los verdaderos motivos de su presencia en Caracalla. Había sido un niño mimado y la familia de su madre, que jamás le dio importancia a su condición de mestizo, siempre lo había tenido entre algodones. Había crecido sin saber que el color existía. No se enteró hasta los ocho años: un 4 de julio, mientras jugaba a tirar petardos con un grupo de críos de su edad, la policía se abalanzó de pronto sobre él. Fue su primer contacto con la violencia institucional. Los agentes lo llevaron detenido a comisaría, de donde salió con dos incisivos menos y el sabor amargo de la sangre en la boca. Desde aquel momento, las cosas no hicieron más que empeorar. En la universidad detuvieron y encarcelaron a su amigo del alma, Malcolm, un gigante tierno y bonachón, tras haberlo acusado sin pruebas de intentar colar billetes falsos en un supermercado.

Poco después llegó a la Casa Blanca el primer presidente de color, aunque tampoco pudo hacer gran cosa para mejorar la situación de la población negra. Le dio el relevo un nuevo presidente blanco, también elegido democráticamente, y no tardó en abrir de par en par la caja de Pandora donde se hallaba escondido el racismo. De repente parecía como si el mundo hubiera retrocedido décadas, hasta la época en la que Billie Holiday había confundido los cuerpos de los hombres linchados, colgados de los árboles, con una fruta extraña. Fue entonces cuando Joseph decidió marcharse a comprobar si la vida tenía el mismo gusto amargo en todas partes.

Pascal y Joseph no tardaron en volverse inseparables. Por la mañana boxeaban juntos y se lanzaban uppercuts dignos de los mejores atletas. A mediodía comían en la cantina de La Vida Feliz, donde, curiosamente, nadie se acercaba nunca a su mesa, y por las noches cenaban en casa de Pascal, ya que Joseph, por razones desconocidas, había despedido a su subalterna. Amanda les cocinaba a diario platos tan suculentos como los de Marthe en Marais Salant.

A veces se sumaba a la cena Najib, el hermano de la joven. Era un muchacho taciturno, operario de saneamiento en uno de los barrios de la ciudad; quizá esta ocupación más bien desagradable fuera la causa de su apatía. Una vez al mes, Pascal y Joseph cenaban en casa de Maru. Ambos le tenían mucho cariño, al igual que a su mujer, Jezabel.

Maru era un mondongo de pura cepa. A diferencia de Joseph, nunca había salido de Caracalla. Había nacido en la colonia y allí había conocido a Jezabel, que era hija de un monitor de gimnasia. Por desgracia, la pareja no tenía hijos, de modo que vivían rodeados por una legión de sobrinos, sobrinas, ahijados e hijos adoptivos.

El trío formado por Pascal, Joseph y Maru se llevaba de maravilla. Joseph y Maru solo chocaban cuando el primero se tomaba la libertad de criticar a Caracalla. Por ejemplo, no era en absoluto partidario de prohibir el alcohol: «¡Son una panda de hipócritas! —aseguraba—. Todo el mundo sabe que, cuando cae la noche, los hombres se beben hasta el agua de los floreros, aquí igual que en el resto del país. Además, solo una panda de machistas se opondría a la educación mixta. Es evidente que no creen en la igualdad de género». Pascal se mantenía al margen. No tenía una opinión formada al respecto. Dejaba que Maru pusiera el grito en el cielo e hiciera de abogado de los suyos, a quienes admiraba ciegamente.

Pascal recuperó en Caracalla la vida docta y estudiosa que había conocido brevemente en Marais Salant. Renunció a continuar su ensayo sobre El Dios Escondido, pues ahora consideraba que su

estancia se había visto enturbiada por su historia de amor con Sarojini. Sobre aquel periodo habría podido escribir, como mucho, un panfleto sobre cómo perder a una mujer a la que amas con todo tu corazón y todo tu cuerpo. En Caracalla emprendió la redacción de una autobiografía donde se preguntaba por sus verdaderos orígenes y buscaba definir la esencia de la misión a la que estaba destinado. Pensaba a menudo en las personas que había ido dejando atrás: Fátima, María, Marthe, Lazare, su anciano padre, a quien tal vez ya nunca volvería a ver con vida, y Albertine, sobre todo Albertine, a la que ni siquiera le había explicado los motivos de su marcha.

Por otro lado, no descuidaba su entrenamiento físico. Como complemento a las clases con el monitor deportivo, se apuntó a una asociación de senderistas que organizaban rutas por el bosque. Una vez a la semana se adentraba en la montaña. En ocasiones ascendían hasta la cumbre del volcán, cuya última erupción, en 1913, había destruido cientos de hectáreas de cultivos. Pascal disfrutaba mucho aquellos paseos por la penumbra y el frescor de las alturas. En definitiva, llevaba una vida relativamente feliz.

Todo cambió de la noche a la mañana. Se acercaba la Navidad, fiesta que solo celebraban los católicos. Ante la indiferencia general, Pascal se emocionaba recordando el fervor de antaño: los villancicos criollos que resonaban por las calles de la isla de su niñez y, sobre todo, la misa del gallo de la mano de Eulalie y de Jean-Pierre. Ahora el fuagrás se consideraba, con razón, un símbolo del maltrato que el hombre inflige a los animales, y el champán estaba prohibido. Alguna que otra tienda se atrevía, de todos modos, a exhibir un par de latas de fuagrás en el escaparate. El 25 de diciembre transcurría como cualquier otro día: no se celebraban comidas familiares, no se comía morcilla a la parrilla y, sobre todo, no se bebía alcohol. Pascal no estaba en absoluto preparado para enfrentarse al torbellino que iba a poner su vida del revés.

Una noche acudió con Joseph a la plaza Derek Walcott para asistir a un concierto de reggae, un estilo de música que a ambos les

encantaba. De pronto, un comando de hombres vestidos con togas blancas y cinturones azul marino irrumpió en el estrado de la orquesta.

Uno de ellos dio un paso al frente y, empuñando un megáfono, declaró:

—Todo el mundo a casa. No habrá concierto esta noche. Maru, el responsable de cultura, ha sido cesado de sus funciones.

Las preguntas no se hicieron esperar:

—¿Cesado? ¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido?

—¿Qué crimen ha cometido? —respondió un miembro del comando —. Se ha embolsado los pagos de ocho países de América Latina que nos habían encargado juguetes para sus niños.

Estupefactos, Pascal y Joseph fueron corriendo a casa de Maru. Allí se dieron de bruces con una familia de desconocidos que, a todas luces, acababa de mudarse. No pudieron responder a ninguna de las preguntas de Pascal y Joseph. Sencillamente, habían recibido hacía un par de días una notificación del Ayuntamiento indicándoles que la vivienda se encontraba a su disposición, ya que el anterior inquilino había ingresado en prisión. ¿Qué falta había cometido? No sabían.

Pascal y Joseph vagaron por las calles frías y húmedas, pues había caído la noche y había traído consigo un viento agrio. Pascal guardaba silencio, sobrepasado por lo inesperado de los últimos acontecimientos, pero Joseph vociferaba:

—¡Encarcelado! Apuesto a que ni siquiera lo han juzgado como es debido. ¡Típico de los mondongos! Si es preciso, conseguiré a los mejores abogados de Estados Unidos para que lo defiendan. —Se puso a trazar un plan rápidamente—. Mañana mismo pondré en marcha una petición popular para exigir que se respete su derecho a un juicio justo. Ya verás, ya. Te aseguro que esto no va a quedar así.

Transcurrió una semana entera sin avances de ningún tipo. Pascal y Joseph no recogieron más que un puñado de firmas. A la gente no

parecía importarle un pimiento el destino de Maru. No pudieron interrogar a los responsables del sector 7, es decir, a los miembros del departamento de cultura que Maru había dirigido; tampoco pudieron obtener una cita para hablar con su sucesor. Sin poder hacer nada por evitarlo, fueron testigos del nombramiento del nuevo responsable, que tuvo lugar una noche en la plaza Derek Walcott. Al parecer, había ocupado un puesto de gran importancia en un teatro de la metrópolis. Dio un discurso de lo más cuidado y convincente.

Al menos en apariencia, la vida fue retomando su curso. Aunque para Pascal nada volvió a ser lo mismo. No dejaba de pensar en Maru. ¿Sería cierto lo que decían de él? ¿De veras era un ladrón? No conseguía entender cómo alguien que siempre había mostrado un profundo respeto hacia las instituciones de Caracalla y que pensaba que la colonia era un dechado de virtudes podía, de la noche a la mañana, ser considerado un traidor.

26

A partir de ese momento, las cosas fueron de mal en peor. Justo cuando Pascal empezaba a recuperarse de lo ocurrido, la vida le asestó un segundo golpe más brutal si cabe que el primero. Empezó a circular el rumor de que Joseph había afirmado en clase que el comunismo constituía la última ilusión del ser humano y que Stalin había asesinado a tantos seres humanos como Hitler. Sus estudiantes denunciaron semejante barbaridad y, en represalia, sus clases quedaron suspendidas y las autoridades exigieron que se retractara públicamente.

—¡Jamás! —clamó, barriendo con un gesto las tímidas objeciones de Pascal.

Pero su amigo, atónito, se atrevió a insistir:

—Quizá habrías debido utilizar el condicional para matizar y, en lugar de afirmar que el comunismo representa el fin de todas las ilusiones, calificarlo de esperanza rota o algo por el estilo...

—¡Ni hablar! —zanjó Joseph, fuera de sí.

Como consecuencia de aquella negativa categórica, pasó lo que tenía que pasar. Anularon sus clases definitivamente y, en un abrir y cerrar de ojos, lo expulsaron de La Vida Feliz. Se quedó sin sueldo y sin hogar. Una mañana temprano se presentó a sacarlo de la cama un escuadrón militar y se vio obligado a refugiarse en casa de Pascal, su único amigo. Pero aquello no podía durar y, al cabo de unos días, se resignó a lo evidente: había llegado el momento de marcharse por donde había venido.

Se puso manos a la obra y empezó a negociar acaloradamente su regreso a Stanford, donde, por suerte, aún conservaba buenos

amigos y contaba con la admiración de la mayoría de los profesores. Cuando recibió la carta de aceptación, le dijo a Pascal:

—No conoces América, ¿verdad? Estás invitado a venir cuando quieras.

La víspera de su partida Amanda se superó a sí misma: langostas de Cuba en salsa de setas negras.

Pascal no podía dormir. ¿Cómo debían interpretarse la expulsión de Joseph y el encarcelamiento de Maru? ¿Existía realmente la justicia en Caracalla o se trataba más bien de despotismo camuflado? ¿No tenían derecho los profesores a expresar con libertad ideas divergentes? ¿Desde cuándo era un crimen buscar la verdad?

A la mañana siguiente acompañó a su amigo al aeropuerto de Porte Océane. El paisaje de aquel rincón del país era sencillamente espléndido. A la izquierda, la seda ondulada de la mar, toda pespunteada de lunares luminosos; a la derecha, majestuosas montañas, elevándose hacia el cielo como una muralla mal recortada. Pero ni Pascal ni Joseph tenían ojos para aquel espectáculo. Caminaban cabizbajos, inmersos en sombríos pensamientos. Estaban a punto de separarse.

A Pascal nunca le había entusiasmado Porte Océane. Mientras que Fond-Zombi poseía el aristocrático encanto de lo añejo —con sus muelles y callejas bordeadas de almendros malabares cuyas hojas viraban del rojo al verde; con sus plazuelas públicas de aguas siempre cristalinas—, Porte Océane aspiraba a ser la capital indiscutible de la modernidad. Las calles parecían trazadas con tiralíneas y en los escasos balcones de las casas, que se asemejaban a cubos de hormigón, las pobres plantas agonizaban en estrechas macetas.

Pascal y Joseph tomaron asiento en uno de los bares del aeropuerto y pidieron sendos tragos de ron. Hacía más de un año que Pascal no bebía alcohol. La calidez que le inundó el pecho le hizo tanto bien y

se le antojó tan agradable que no tardó en pedir que le rellenaran el vaso una segunda vez, y una tercera. Sintió cómo la tristeza iba evaporándose y su corazón resucitaba. De repente entendió aquella vieja canción popular sobre el ron que decía: «Sin ser rey ni reina gobierno el universo». De haber estado menos ensimismado y embriagado por el licor, se habría dado cuenta de que nadie lo estaba mirando. Absolutamente nadie le prestaba la menor atención. Espíritu estaba en lo cierto con lo de la memoria ligera. En cuanto Joseph desapareció tras el control del aeropuerto, la pena volvió a abalanzarse sobre él. Fue un auténtico milagro que lograra regresar a Caracalla sano y salvo.

Amanda estaba esperándolo en el porche.

—¿Ya se ha marchado?

Pascal asintió. Se fijó en que las formas de la joven se habían redondeado mucho en los últimos tiempos: estaba realmente entrada en carnes. ¿No estaría embarazada? Pascal ahuyentó enseguida aquel pensamiento. Nada más terminar de servir la cena, Amanda subía derecha a la habitación donde dormía sola. Cuando no andaba ocupada cocinando, se entretenía bordando a punto de cruz ropitas de bebé que después vendía a una tienda de la ciudad. El único hombre con quien se codeaba, aparte de Pascal y de Joseph, era su hermano.

Durante el año y pico que llevaba en Caracalla, Pascal había ido aprendiendo a descifrar los enigmas de su relación con Amanda. Al principio había pecado de inocente, pero terminó dándose cuenta de que todo el mundo esperaba que Amanda se convirtiera en su amante. La palabra «subalterna» designaba a las jovencitas que habían fracasado en los estudios o no habían tenido la suerte de nacer en un medio privilegiado. Al entender todo esto, Pascal comenzó a sentir por Amanda un profundo cariño entremezclado de culpa. Se reprochaba no haber sabido protegerla ni ayudarla a abrirse camino en la vida.

Su padre había sido operario de mantenimiento de carreteras, como su hijo después, y había muerto a los pocos meses de nacer ella. Su

madre la había criado sola, sin ayuda de nadie, dedicándose a vender carbón en el mercado. ¿Por qué carbón y no otra cosa? Porque las tupidas montañas en torno a Caracalla albergaban un tesoro: un árbol llamado palo de campeche, cuya madera ardía con luminoso brío.

A los doce años Amanda ingresó en un centro de formación en labores domésticas donde se enseñaba a las jovencitas a guisar, coser y bordar. Enseguida demostró grandes dotes para la cocina y se graduó con todos los honores en una solemne ceremonia. Le hicieron entonces entrega del título de subalterna, que, en teoría, le permitiría trabajar para las familias más exigentes. Por desgracia, no encontró trabajo fijo: tan solo la llamaban de vez en cuando para preparar la comida de alguna fiesta, hasta que la destinaron a casa de Pascal.

Este último había intentado, en vano, transmitirle su amor por la lectura. Pero los libros de Émile Zola le parecían demasiado voluminosos; los de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, demasiado intelectuales; los de Aragon, demasiado comprometidos, y los de Stendhal, demasiado italianos: no entendía que nadie pudiera identificarse con el tal Fabrice del Dongo, ni con Sanseverina o el conde y la condesa Mosca. Cuando declaró que Madame Bovary le parecía una novela aburridísima donde no pasaba nada interesante, Pascal se resignó a tirar la toalla.

Decir que tras la marcha de Joseph la vida se volvió triste es un eufemismo.

Pascal tuvo la sensación de que lo devoraba un agujero negro. Perdió la ilusión por todo. Se acostaba y se levantaba mecánicamente. Más que dar clase, se limitaba a recitar la lección como un autómata y, como es lógico, sus alumnos del liceo cada vez le hacían menos caso. En cuanto a las comidas, apenas las tocaba y se preguntaba por qué Amanda seguiría esforzándose tanto en preparárselas.

Apenas le sorprendió verla bajar de su buhardilla una mañana con el uniforme escarlata que usaba para salir a la calle y con su maleta

de cartón en la mano. Amanda declaró:

—Hermano —aquel era el apelativo que habían terminado acordando—, vengo a decirte que me marcho.

—¿A dónde?

—Estoy cansada. Necesito reposo.

—¡Reposo! —exclamó Pascal—. Pero si aquí puedes reposar todo lo que necesites.

La joven negó con la cabeza.

—No, prefiero regresar a casa de mi madre.

—¿Volverás? —de pronto Pascal se temió lo peor.

—Para serte sincera, no lo sé.

Cuando ya estaba a punto de salir por la puerta, volvió sobre sus pasos, tomó la cabeza de Pascal entre sus manos y, antes de esfumarse, lo besó largamente en los labios.

Aquel día Pascal dio clase de manera todavía más mecánica que de costumbre y almorzó un sándwich en el refectorio de La Vida Feliz. Entendió entonces que, si nadie se acercaba a la mesa donde solía comer con José, era porque no los consideraban iguales. La gente de Caracalla los veía como piezas extranjeras que no encajaban en el rompecabezas de la colonia.

Se acostó temprano y se pasó la noche dando vueltas en la cama, presa de horribles pesadillas que se repetían sin cesar y haciéndose las mismas preguntas: ¿cómo le irían las cosas a Joseph? ¿Cómo lo estarían tratando en Stanford? Solo había recibido una carta garabateada donde su amigo no le daba ningún detalle de su nueva vida.

Serían las cinco de la madrugada cuando sonó el teléfono. El hospital El Buen Pastor informaba de que acababan de ingresar a su

subalterna, mademoiselle Amanda Normand, aquejada de una hemorragia severa.

—¿Cómo dice? ¿Una hemorragia severa? —repitió Pascal, adormilado.

—Sí —respondió la voz al otro lado—. Se ha perforado el útero para intentar deshacerse de la criatura que estaba esperando.

Recibió la noticia como un jarro de agua fría. De modo que su primera intuición había sido correcta: Amanda estaba embarazada.

27

El hospital El Buen Pastor era el orgullo de Caracalla. Se trataba de una construcción ultramoderna, construida gracias a las donaciones de una pareja de americanos que admiraban a los mondongos hasta el punto de haberles dejado en herencia su importante fortuna. El jardín albergaba plantas medicinales de lo más exóticas. A pesar de la hora temprana, el lugar ya estaba atestado de parientes inquietos.

Pascal subió corriendo a la segunda planta. En una pequeña habitación, se encontró a Amanda acostada en una cama, con los ojos cerrados y una máscara de cera recubriéndole el rostro. La rodeaban su anciana y obesa madre, Eudoxia, que lloraba como una Magdalena, y un puñado de familiares. Najib, su hermano, tenía el rostro demacrado y surcado de arrugas, y fumaba un cigarrillo tras otro. Por supuesto, el tabaco estaba prohibido en Caracalla, pero se utilizaban diversos polvos para fabricar sucedáneos bastante logrados.

Najib acorraló a Pascal:

—¡Embarazada! Estaba embarazada. Fue a que le agujerearan el vientre para deshacerse del bebé.

— Pero ¿embarazada de quién? —interrogó Pascal.

—Aún no lo sabemos —respondió Najib.

Sin embargo, en sus ojos llenos de odio se leía una terrible acusación.

En ese preciso instante entró en la habitación un médico residente y pronunció una avalancha de palabras tranquilizadoras: mademoiselle Normand había perdido mucha sangre, sí, pero era joven y gozaba de buena salud. Además, no se había perforado el útero tanto como en un principio habían pensado. Eso era lo

esencial. No tardarían en darle el alta. A pesar de ese discurso esperanzador, Pascal tuvo el presentimiento de que la historia no había hecho más que comenzar y de que se estaba escribiendo un epílogo inevitable y monstruoso.

A la mañana siguiente, tal y como había predicho el médico residente, Amanda volvió a casa. Un día después, estaba muerta.

Las circunstancias de su muerte resultan tan sorprendentes como dolorosas. Por la mañana, cuando Eudoxia acudió a llevarle a su hija una infusión de cúrcuma que la ayudara a levantarse, se encontró la cama vacía y la habitación desierta. Fuera de sí, bajó corriendo a la planta baja y cruzó el jardín para avisar a la vecina. Por el camino tropezó con el cuerpo de su niña, que yacía entre las plantas aromáticas.

La pobre estaba ya fría y rígida. Había ingerido un veneno muy potente y conocido: el de la planta marie-cécile, que crece en lo alto de la montaña. La policía no pudo determinar si la joven había ingerido la poción voluntariamente o si alguien se la había dado.

En Caracalla, como en todas partes, a los pobres se los trata con total ligereza. La muerte de Amanda fue tachada rápidamente de enigma irresoluble y, al cabo de un par de días, devolvieron el cuerpo a la familia.

El velorio apenas reunió a treinta personas. Los familiares, compungidos, rodeaban a la madre, que, absolutamente desconsolada, llevaba días sin dejar de llorar. Najib también parecía a punto de desfallecer en cualquier momento.

El entierro tuvo lugar a primera hora de la tarde. Una de las creencias más firmes de los mondongos era la igualdad ante la muerte. Conducían a los difuntos al cementerio bautizado como La Última Morada en ataúdes idénticos, porteados por enterradores

estatales. Las tumbas blancas y cuadradas del camposanto, también todas exactamente iguales, tenían vistas a la mar.

Antaño existía en Caracalla un segundo cementerio. Se encontraba en la espesura de la montaña y la gente lo apodaba El Campo Sembrado de Estrellas. En él solo podían recibir sepultura quienes hubieran honrado a la colonia, ya fuera llevando una vida ejemplar, escribiendo obras importantes (novela, poesía, ensayo…), pintando lienzos destacados o componiendo música.

Pero las cosas cambiaron durante el reinado de Mawubi XIV, que pasaría a la historia como «el Libertario». Fue él quien sentenció que ningún mondongo vale más que otro y que, al contrario de lo que suele pensarse, los creadores no son mejores que los demás. No son en absoluto responsables de los dones que poseen. De hecho, a menudo los viven como una maldición y se dedican al arte muy a su pesar. Aquello desencadenó una encendida polémica en torno a la creación, que tardó años en resolverse. Al final Mawubi XIV se salió con la suya y clausuró El Campo Sembrado de Estrellas. Ya solo lo visitaban grupos de estudiantes y profesores que se interesaban por el pasado de Caracalla.

Cuando hubo terminado el entierro de Amanda, Pascal se sentó en una tumba y se sujetó la cabeza con las manos. Por primera vez consideró marcharse de Caracalla. Había presenciado la caída de todos sus amigos: Maru estaba en la cárcel, Joseph había huido y Amanda se había suicidado. ¿Qué lo ataba a aquella tierra? ¿Qué estaba haciendo en semejante agujero? ¿A qué estaba esperando para largarse? Se había dejado engañar por el disfraz de virtuosismo de aquella colonia donde el dinero, el alcohol y la propiedad privada estaban prohibidos. Pero ahora le parecía que nada de aquello acercaba a sus habitantes a la felicidad.

Alguien se había granjeado la confianza de Amanda, logrando seducirla y, al mismo tiempo, condenándola a muerte. Alguien había denunciado ante las autoridades las opiniones que Joseph vertía en sus clases, empujándolo al exilio.

Cuando empezó a refrescar, Pascal se levantó y regresó caminando a casa. A esa hora las calles estaban desiertas. Faltaba poco para que la gente se agolpara en las plazas públicas a escuchar los conciertos de aquella noche. La multitud solía ponerse en marcha en torno a las siete de la tarde, para así asegurarse un asiento en primera fila y no tener que permanecer de pie en los pasillos laterales. Las películas americanas, con sus escenas de sexo y violencia, también estaban prohibidas. Una veintena de censores cuidadosamente escogidos decidía lo que más le convenía ver a la población. Sobre todo, seleccionaban comedias ligeras, intrigas policíacas descafeinadas y culebrones sensibleros que, en el fondo, no le interesaban a nadie.

En los días que siguieron Pascal perdió la noción del tiempo. No entendía por qué el sol seguía iluminando los jardines, los árboles y las fachadas de las casas; por qué caía la noche con su traje de luto y la luna jugaba al escondite allá en lo alto.

Una mañana, justo cuando se disponía a salir rumbo al instituto, recibió la visita de Najib, ataviado con su tosco uniforme de basurero: casaca y pantalones reflectantes y un estrecho gorro de tela que a duras penas ocultaba su melena.

—Debo pedirle perdón —comenzó, nada más cerrarse la puerta—. Estaba convencido de que era el culpable de la muerte de mi hermana. Usted o alguno de sus amigos, por ejemplo el tipo aquel que se largó a Estados Unidos. Siempre me pareció que no era de fiar. Pero, en realidad, había otro hombre. Ordenando las cosas de Amanda me he encontrado su ardorosa correspondencia con él, que no le dio tiempo a borrar del ordenador. Y he descubierto un detalle importante: había concertado una cita con la matrona, madame Dormius, la hacedora de ángeles, ya sabe. Ahora todo está claro.

—¿Y quién es ese otro hombre? —exclamó Pascal, aterrado.

—El preboste del sector 4. Amanda solía ir a su casa a cocinar —respondió Najib—. Hace un par de meses el muy impresentable se

casó por todo lo alto con la hija de otro alto cargo. Como se puede usted imaginar, no le importaba en absoluto el hijo bastardo que mi hermana estaba esperando. Pero le aseguro que esto no va a quedar así. Tendrá que vérselas conmigo. Conseguiré que se haga justicia.

Joseph había pronunciado casi las mismas palabras tras la destitución de Maru. Al volver a escucharlas, Pascal tuvo que contenerse para no encogerse de hombros, pues de antemano sabía que todo quedaría en agua de borrajas.

28

A la semana siguiente, durante el recreo de las diez (que es el más largo y permite que los alumnos, sobre todo los chicos, escojan entre las diferentes golosinas y los dulces de coco coronados con azúcar rosa que ofrecen las vendedoras apostadas en los alrededores), una camioneta azul se detuvo frente a la verja del instituto y ocho policías se bajaron de un salto.

Después de intercambiar unas palabras con el viejo guardés de cabello cano y sombrero de paja (no se lo quitaba en ninguna estación del año), atravesaron el patio marchando todos a una. Su presencia frenó en seco los cuchicheos, los gritos, las carcajadas y las carreras por el patio. Todo se detuvo. Todo parecía petrificado.

Como si lo conocieran de antemano, los policías fueron derechos hacia Pascal, que estaba apoltronado en un banco terminando de leer El contrato social, pues planeaba comentarlo con sus alumnos durante la clase siguiente. Uno de los agentes preguntó:

—¿Es usted monsieur Ballandra?

Ante la respuesta afirmativa de Pascal, abrió un maletín y sacó una hoja azul escrita a máquina.

—Venimos a entregarle esta citación —dijo—. Preséntese mañana a las diez ante el preboste del cuarto sector.

—¿De qué se trata? —quiso saber Pascal, estupefacto.

El agente esbozó una sonrisa.

—No tenemos detalles. Lo único que sabemos es que se trata de un asunto que le concierne.

Dicho esto, desaparecieron tal y como habían venido.

«Un asunto que me concierne…», se repitió Pascal, aterrorizado. Sean de donde sean, todos los policías del mundo se parecen. Aquellos, de hecho, eran idénticos a los que en su día lo detuvieron en Marais Salant, con sus andares envarados y pomposos, su uniforme antiestético y su ridícula gorra de plato. ¡Un asunto que le concernía! Solo podía tratarse de la muerte de Amanda. Cuando sonó el timbre que indicaba el final del recreo, Pascal ya no tenía ningún interés en hablar de El contrato social con sus alumnos, de manera que se sacó de la manga un examen sorpresa.

El miedo fue creciendo en su interior. ¿Qué querrían de él? ¿Qué iría a pedirle el preboste del cuarto sector? No podía negar que Amanda había sido su subalterna. Pero jamás le había exigido ningún servicio que no tuviera que ver con las tareas domésticas y la cocina. Con el corazón desbocado, corrió a casa de Najib. Le abrió un hombre desconocido con la boca llena de clavos y al instante entendió lo que estaba ocurriendo. La historia se repetía: al igual que sucediera con Maru el año anterior, habían reasignado la casa a una nueva familia. Se acercó una mujer: pues no, a ella tampoco le sonaba de nada el nombre de Najib Normand. El día anterior habían recibido una notificación informándoles de que por fin les habían concedido la vivienda que llevaban años esperando. Ya casi habían perdido la esperanza.

Perplejo y desorientado, Pascal salió cerrando la puerta tras de sí. Con las piernas temblorosas y sin saber qué hacer, se puso a caminar en círculos frente a la casa. En esas estaba cuando se le acercó un desconocido y le susurró:

—¿Está usted buscando a Najib Normand? Ayer mismo se lo llevaron detenido.

—¿Detenido? —repitió Pascal, desconcertado.

El hombre asintió.

—Así es. Detenido y directo a la cárcel.

—¿Pero qué ha hecho? —exclamó Pascal.

—No sabría decirle. Lo único que sé es que parece grave. A la madre la han internado en una residencia de ancianos. Le aconsejo que se mantenga al margen, porque el asunto tiene muy mala pinta.

Dicho esto, soltó el brazo de Pascal y se alejó.

Pascal se quedó un rato allí plantado, preguntándose si no estaría soñando. Por fin, tomó la decisión de regresar al coche y largarse lo más rápido posible. Condujo temiendo que cualquiera de los agentes con quienes se iba cruzando (el que ayudaba a los niños a cruzar la calle, el que prestaba su brazo a una anciana, el que regulaba el tráfico…) fuera a detenerlo. Todos eran farsantes, mentirosos cuya verdadera misión era espiarlo.

Una vez en casa, se pasó la tarde entera temblando de miedo, sobresaltándose ante el menor ruido. ¿Qué querían de él? Esta pregunta lo tenía completamente obsesionado. Al atardecer ya no pudo soportar estar solo ni un segundo más y se dirigió a la plaza Cheikh-Anta-Diop, donde daban un concierto de música country. Por lo general no le gustaba ese tipo de música, pero al escucharla se sentía un poco más cerca de su amigo Joseph. ¿Debía seguir su ejemplo y huir de la colonia? Había pasado de sentir que Caracalla sería su nuevo hogar a no encontrar más que terror en él. Regresó a casa abatido, se acostó y se durmió.

A las cinco de la madrugada ya se había levantado y seguía rumiando sin cesar las mismas preguntas. Bajó a desayunar al jardincillo detrás de la casa. Amanda tenía la costumbre de almacenar allí los trastos de limpieza: cubo de la basura, escobas, cepillos, fregonas… Reinaba un olor acre y desagradable. Nada más sentarse, sintió que un nubarrón azul avanzaba hacia él. Tres policías. Esta gente irrumpe en casa de cualquiera sin pedir permiso. Pascal reconoció a dos de los agentes que el día anterior le habían hecho entrega de la citación.

—Tómese su tiempo —dijo el mayor de todos forzando una sonrisa —. Nos hemos tomado la libertad de venir a buscarlo porque no es nada fácil aparcar en el cuarto sector.

Pascal había perdido el apetito y los siguió a la calle. En la acera se toparon con otros tres policías igualmente uniformados de azul.

—Usted vaya en su coche —le aconsejó uno de ellos—. Nosotros iremos delante y lo guiaremos hasta el aparcamiento.

Pascal estaba convencido de que lo llevarían directo a la cárcel. Sentía todo su cuerpo completamente inerte, como tallado en hielo. Sin duda, iba a servirles de chivo expiatorio en el caso de la muerte de Amanda.

La administración del cuarto sector tenía su sede en un edificio a medio camino entre ayuntamiento y centro cultural. Una foto del preboste presidía el salón de honor: era un hombre joven y agraciado, con el cabello cortado a cepillo y un bigote pulcramente perfilado que le confería un aura de arrogancia. ¿Podía tratarse del asesino de Amanda? En cualquier caso, algo tenía que ver con el drama de su muerte.

Pascal y los policías subieron por la escalera principal hasta un pequeño despacho donde cabeceaba una secretaria.

—Espere aquí —dijo uno de los agentes—. El preboste lo recibirá enseguida.

—¿Puedo ir al aseo? —tartamudeó Pascal, retorciéndose como un niño pequeño.

Le indicaron cómo llegar. Al final del pasillo, vio una escalera a su izquierda y, sin saber muy bien qué estaba haciendo, la bajó a toda prisa y llegó al jardín. Tenía el coche cerca, en el aparcamiento Salvador Allende. Se montó de un salto y arrancó el motor sin pensárselo dos veces, dejándose llevar por una fuerza incontrolable.

Normalmente no es nada fácil salir de la colonia. Se había dado cuenta hacía unos meses, cuando acompañó a Joseph a Porte

Océane. La entraba estaba custodiada por guardias armados que revisaban los documentos de identidad de todo el mundo. Preguntaban además por los motivos de cada salida y la hora aproximada de regreso. Pero entonces era aún tan temprano que los vigilantes, aburridos, dormían a pierna suelta. Uno de ellos tenía la boca abierta y lucía unos colmillos enormes, sucios y torcidos; el otro estaba roncando como una morsa.

Pascal condujo como un loco por la ronda de circunvalación durante unos diez kilómetros. Luego giró a la izquierda para tomar la salida hacia la carretera nacional. De pronto, se vino completamente abajo. Aparcó en el arcén y se desplomó sobre el volante.

¿Cuánto tiempo permaneció inconsciente? ¿Una, dos horas? No tenía ni idea. Ante sus ojos desfilaban imágenes confusas de los últimos tiempos. Siempre las mismas, crueles como una pesadilla. Amanda el día en que se conocieron, tan joven, con sus formas redondeadas y una sonrisa de oreja a oreja. Amanda la última vez que la vio con vida, con una máscara de cera amarillenta cubriéndole el rostro. Amanda en su funeral, enfundada en el único vestido bueno de popelina que su madre había podido encontrar.

De repente, unos violentos golpes en la ventanilla lo devolvieron a la realidad.

29

Un hombre de edad avanzada golpeaba la ventanilla. A Pascal le resultaba familiar. Juraría haberlo visto antes en algún sitio. Sus ademanes se le antojaron extraños, como si escondiera algo a su espalda: ¿una joroba? No, no era Espíritu. ¿Qué pintaba él en aquella carretera perdida de la mano de Dios, vestido como un pordiosero? Pascal bajó la ventanilla a toda prisa y el desconocido le recriminó:

—No deberías quedarte dormido en el coche de esa manera. La zona está llena de bandidos y maleantes en busca de madera de campeche.

Pascal le indicó por señas que se sentara junto a él.

—Sube —le dijo—. ¿Necesitas que te acerque a alguna parte?

El hombre no se hizo de rogar:

—Llévame a casa. Queda cerca, a un par de kilómetros.

Guardó silencio un instante. Luego preguntó:

—Vienes de Caracalla, ¿verdad?

Pascal asintió.

—¿Has visto lo que pasa —prosiguió el anciano— cuando los hombres pretenden moldear el mundo a su antojo? Se creen que basta con prohibirlo todo, pero Dios, por su parte, respeta el libre albedrío de cada cual. El mayor regalo que nos hizo fue nuestra libertad.

Pascal tuvo la sensación de que no era la primera vez que escuchaba aquello, pero se abstuvo de hacer comentarios.

El viejo se presentó:

—Me llamo Néstor. No es un nombre muy original, lo sé, pero lo heredé de mi padre. Me gano la vida haciendo carbón de campeche con mi hijo, que también se llama Néstor. Mi padre me dejó en herencia varias hectáreas en este bosque. Sin embargo, mi verdadera vocación es la cría de aves. Tengo casi cien, vuelan libres alrededor de mi casa. A veces hasta nublan el sol. Por la mañana rompen a piar con todas sus fuerzas. Es su manera de pedirme que vaya a alimentarlas. Tengo pájaros de todo tipo: colibríes de cola verde, tórtolas, tordos, mirlos… Mis preferidos son los guacamayos tropicales.

Pascal se quedó embelesado escuchando la voz del hombre, dulce como el gorjeo de sus aves.

Condujeron durante unos diez kilómetros hasta llegar a un maltrecho panel escrito a mano que rezaba: «Harmonie. 118 habitantes». El viejo le indicó entonces a Pascal que se detuviera y se adentraron por un sendero de tierra. Sus pies se hundían en la mullida alfombra de cardos benditos y afiladas hierbas de Guinea.

La cabaña de Néstor surgió a la vuelta de un recodo, enmascarada por un telón de ébanos enanos. Se trataba de una construcción de madera de Guinea al natural, con forma de campana o jaula medio aplastada bajo el peso de un tejado abuhardillado. A su alrededor revoloteaban decenas de pájaros: algunos se posaban sobre las alamandas amarillas o las sangres de drago del jardín, otros picoteaban migajas por el suelo.

En cuanto vieron a Néstor se pusieron a piar con más fuerza y se precipitaron hacia él, posándose incluso sobre sus hombros y su cabeza.

—Están muertos de hambre —rio el hombre, intentando en vano zafarse de ellos—. Es su hora de comer. Antes se alimentaban de gusanos de tierra, insectos, cucarachas y todo tipo de porquerías. Pero poco a poco los he ido enseñando a respetar a todo ser viviente y ahora son pájaros vegetarianos.

Estalló en una sonora carcajada. Acto seguido, propinó una patada a la puerta y esta se abrió con un chirrido.

La cabaña se dividía en dos amplias estancias. En la primera todos los muebles eran de mimbre: los sillones, las sillas y una gran mesa. La segunda habitación estaba abarrotada de colchones. Aunque lo más curioso del lugar eran los tabiques llenos de agujeros, como un sinfín de nichos tapados con pequeñas pantallas de tela.

—Lo que ves es mi hospital. Mi clínica. No te imaginas hasta qué punto los pájaros, símbolo de la libertad, se encuentran en peligro.

—¿Eres mago? —preguntó Pascal.

Néstor se rio de buena gana.

—¿Yo? —exclamó—. ¿Mago? No, hombre, no. Llevo una vida de lo más humilde. Vivo en esta cabaña con mi hijo. Soy un tipo corriente y moliente, igual que tú. Anda, deja de hacer preguntas sin ton ni son y ven conmigo. Como te iba diciendo, no te imaginas hasta qué punto los pájaros se encuentran en peligro. Los niños los apedrean, les ponen trampas. Los hombres, cuando se abre la veda, se divierten dándoles caza. Les disparan con sus escopetas, y luego se los comen y se chupan los dedos. ¡Es horroroso!

Pascal se sentó en uno de los sillones, sorprendido por el peso infinito que, de nuevo, volvía a sentir sobre sus hombros.

—Antes tenía dos tordos heridos —prosiguió el anciano—. No podían caminar. Por suerte, conseguí curarlos.

Pascal se sujetó la cabeza entre las manos. Por una parte, se sentía aliviado por haber conseguido fugarse de Caracalla; por otra, tenía la desagradable sensación de estar abandonando a Najib y, sobre todo, traicionando el recuerdo de Amanda.

Néstor desapareció un momento en el rincón que le servía de cocina y reapareció con un bizcocho de color ocre recubierto de azúcar moreno. Cuando ambos terminaron de reponer fuerzas, Néstor se levantó y se puso a frotar las manos y los antebrazos de Pascal, que

fue sintiendo cómo sus miembros entumecidos volvían a entrar poco a poco en calor.

—Así es como empiezan los resfriados y cosas peores. ¿Por qué no te tumbas un rato? Me parece que necesitas descansar.

Cuando Pascal despertó, ya era noche cerrada. El gran ojo burlón de la luna lo espiaba por la ventana y percibió un murmullo de voces en la habitación contigua. Le sorprendió sentirse de repente en plena forma, con todos los sentidos alerta, y empujó la puerta.

Se encontró con un grupo de unas doce personas, hombres y mujeres, sentados en corro en el suelo alrededor de un chico que tocaba la armónica. Era el vivo retrato de Néstor, menos por las canas y el mostacho del color del acero.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Néstor—. Mira, te presento a Néstor II, mi hijo. Por desgracia, su madre nos abandonó hace unos años. Se cansó de esta vida miserable y de pasarse el día entero oliendo a guano y plumas de ave. Espero que, allá donde esté, haya encontrado la felicidad.

Todos los presentes se giraron hacia Pascal. Haciendo un gran esfuerzo para vencer su timidez, este se presentó con torpeza:

—Me encanta la música —sonrió—. Aunque debo confesar que no toco ningún instrumento.

—¿Así que vienes de Caracalla? —quiso saber uno de los hombres —. En su día intenté ingresar en la colonia. Pero no me aceptaron.

Pascal se quedó una semana en casa de Néstor. Por las tardes paseaba a solas por el bosque, rumiando sin cesar lo que había vivido en Caracalla. ¿Qué conclusiones debía sacar? Había aprendido que, para mejorar una sociedad, no basta con prohibir ciertos elementos teóricamente nocivos como el alcohol, el dinero o el tabaco: es preciso transformar el corazón de los hombres, pero él seguía sin saber cómo. A su alrededor, los troncos de los árboles se

erguían lisos y rectos como los dedos de una mano, y la espesura del follaje lo protegía de los rayos del sol. De vez en cuando, la luz lograba abrirse paso y resbalaba por la corteza formando pequeños lagos resplandecientes sobre la tierra fértil y oscura.

Después de sus paseos por el bosque, Pascal se reunía con Néstor para degustar una buena cena vegetariana a base de hierbas, semillas y raíces. Para rematar la jornada iban a casa de algún amigo a escuchar un poco de música: flauta de pan, armónica o acordeón. A Pascal le encantaba la sonoridad de aquellos instrumentos que, en lugar de perturbar la calma reinante, parecían emanar de las profundidades mismas de la noche. La gente lo trataba con una curiosa mezcla de respeto y familiaridad. Sabía que lo apodaban «Cardamomo» a sus espaldas, por una especia que solían añadir a sus guisos. Le parecía divertido y a la vez se preguntaba qué especia había faltado en su vida para darle un sabor menos amargo.

Tras una última velada memorable, en la que un músico había tocado melodías típicas de Nigeria, Pascal se despidió de sus amigos por la mañana y emprendió el camino de regreso a Marais Salant.

30

Llegó a su destino exhausto, después de casi diez horas de camino, y no se imaginaba el tremendo revuelo que su presencia estaba a punto de causar. ¿Cómo era aquello que le había asegurado Espíritu…? «Los pueblos como el nuestro son ligeros de memoria. Aguanta un poco y verás cómo, dentro de unas semanas, se habrán olvidado de ti.»

Al principio se lo creyó, pues nadie pareció reconocerlo cuando fue a Porte Océane para despedirse de Joseph. Solo le obsesionaba una pregunta: ¿cómo podía explicar a quienes había dejado atrás su desaparición de más de un año? ¿Qué les diría a María, a Marthe, a Fátima y, sobre todo, a Albertine, que se había entregado a él con tanta pasión? ¿Seguiría vivo Jean-Pierre, su anciano padre?

La llamada Gran Carretera del Norte discurría recta y se encontraba en perfecto estado: no se veía ni un solo bache, ni un solo socavón entre los bananeros de hojas lisas que rodaban por el arcén al menor soplo de viento. Estaba plagada de puentes que se tambaleaban sobre ríos con nombres de lo más sugerente: Torrente Madame, Torrente de los Padres, Torrente del Ahorcado… Al cruzarlos, Pascal se imaginaba a Maman Dlo[31] sentada en un risco, peinando su larga melena de mulata y entonando hermosas canciones para atraer a los hombres.

Cuando por fin llegó a su casa, se encontró con que una colonia de rastafaris había montado un campamento de tiendas blancas y azules en el jardín. Los rastafaris, muy numerosos en el lugar, se movían sobre todo por las tierras inhóspitas del sureste, donde la policía no solía aventurarse en su busca. La marihuana, su planta predilecta, se había apoderado del jardín. No quedaba ni rastro de los setos de hibisco y buganvillas. Las mujeres amamantaban a sus

hijos en el porche, donde habían construido una especie de hornacina: tres tableros de contrachapado protegían un enorme retrato de Haile Selassie, antaño conocido como el ras Tafari.

Pascal localizó a quien parecía ser el jefe de la colonia: un joven que lo estaba mirando con los ojos como platos. ¡Qué guapo era aquel jefe! Guapísimo, de tez negra y con una abundante melena peinada en trencitas. Con las manos cruzadas sobre el pecho, murmuraba sin cesar:

—¡Tú! ¡Eres tú!

Pascal se limitó a responder secamente:

—Reconozco que no hice bien dejando esta casa vacía durante tanto tiempo. Supongo que os parecería abandonada. Pero, ahora que he regresado, os ruego que os marchéis lo antes posible.

—No te preocupes —aseguró el joven, asintiendo—. No queremos problemas. Nos iremos en cuanto encontremos otro sitio. ¡Pero la gente decía que te habías reunido con tu padre en el cielo!

A Pascal no le hizo ninguna gracia escuchar aquello.

—¡Sandeces! —exclamó—. Mi verdadero padre es el anciano que vivía aquí. No sabrás qué ha sido de él, ¿verdad?

Una sombra de tristeza surcó el rostro del hombre:

—¿Era tu padre? En ese caso, me temo que tengo malas noticias: falleció hace unos meses.

Pascal sintió que el corazón se le hacía añicos. Su mayor miedo se había hecho realidad: Jean-Pierre había muerto sin que su hijo estuviera a su lado para cerrarle los ojos.

—Puedes estar tranquilo —prosiguió el jefe de la colonia con ternura—: asistió mucha gente a su entierro, pues era un hombre querido y admirado en todo el país. Por lo que a nosotros respecta, mis mujeres Maggy y Domitiana le tomaron mucho cariño. Le

hacían la comida todos los días, lo cuidaban y estaban pendientes de él. Se marchó feliz, porque por fin iba a reencontrarse con su esposa, fallecida unos años antes.

Pascal fue incapaz de seguir escuchando y cruzó la calle arrastrando los pies, rumbo a la casa de su madre. ¿Estaría muerta también?

Aunque era tarde y la casona se encontraba sumida en la oscuridad, no dudó en llamar a la puerta de entrada. Los antiguos criados se habían esfumado y, en su lugar, apareció una pareja joven. Se frotaron los ojos al verlo. La mujer llegó incluso a persignarse, como si tuviera delante a un escorpión u otro animal peligroso.

—Quisiera ver a mi madre, Fátima —declaró Pascal.

Tras dudar unos instantes, la pareja informó de que la señora se encontraba en la metrópolis. Desde la inexplicable desaparición de su hijo, acostumbraba a pasar allí la mayor parte del año y apenas pisaba la isla. A menudo salía en televisión. Ante los crecientes rumores que relacionaban a Pascal con el atentado que le había costado la vida a Norbert Pacheco, Fátima había contratado los servicios de uno de los mejores letrados del Colegio de Abogados de París, y este había jurado que resolvería el caso. Pascal se marchó completamente abatido. No le quedaba más que meterse en la cama. Se quedó dormido muy temprano.

Despertó cuando el sol ya brillaba alto en el cielo y rociaba su polvo de oro sobre árboles, casas y caminos. Abrió la ventana y se llenó los pulmones con el tonificante perfume de su isla, pues cada región de un país posee un aroma particular, producto de su distancia con la mar, el humus que recubre su tierra y la naturaleza de su vegetación. En Caracalla había sido un perfecto forastero, pero en Marais Salant volvía a estar en casa.

La colonia de rastafaris no parecía en absoluto dispuesta a levantar el campamento, tal y como el jefe le había prometido. Pascal se fijó en que acababan de tender la colada sobre los arbustos del jardín y

los niños se perseguían a trompicones. Uno de ellos se cayó cuan largo era y empezó a chillar de tal modo que su madre acudió corriendo, alarmada. El jefe de la colonia, por su parte, se paseaba tan tranquilo, sumido en la lectura de un periódico, como haciendo una imitación de un cura con su breviario.

Pascal bajó a la cocina y se preparó una taza de café. ¡Ya eran las diez! A este paso, no le daría tiempo a hacer todo lo que tenía planeado. Se proponía, en primer lugar, dar con María, Marthe y Lazare.

Esta misión, tan simple a priori, resultó de lo más complicada. Cuando llegó a la barriada Beausoleil, donde recordaba que vivían sus antiguos amigos, se encontró la portería desierta. Un cartel en la puerta rezaba: «Cerrado por vacaciones en la metrópolis». ¿Qué diantres quería decir aquello? Pascal frunció el ceño. De hecho, ¿qué era eso de «metrópolis»? En la entrada se tropezó con un grupo de jóvenes medio colocados que estaban compartiendo unos porros, pero ellos tampoco pudieron ayudarlo. Su exasperación no hizo más que aumentar.

Como recordaba que el trío vivía en el tercero, se dirigió a la escalera (el ascensor, por supuesto, estaba averiado). ¿Apartamento A o apartamento B? Llamó a uno de los timbres al azar. Pasados unos instantes, le abrió la puerta una anciana que, a pesar del calor, tiritaba embutida en una gruesa bata de franela. Al verlo adoptó esa expresión estupefacta a la que Pascal estaba empezando a acostumbrarse.

—No —explicó la mujer—, ya no viven aquí.

—¿Y sabe usted dónde podría encontrarlos?

—Eso no sé. Aunque supongo que en El Arca de la Nueva Alianza podrán informarlo mejor.

—¿El Arca de la Nueva Alianza? —repitió Pascal con tono burlón—. ¿Y eso qué narices es?

La anciana pareció sinceramente sorprendida:

—¿En serio no sabe usted lo que es? La crearon las hermanas. Es un templo o iglesia, como prefiera llamarlo. Allí se reúnen quienes piensan como ellas y celebran ceremonias todas las semanas.

Acto seguido, garabateó una dirección en un papel y se lo entregó a Pascal, que prefirió no hacer más preguntas y marcharse por donde había venido.

El Arca de la Nueva Alianza se encontraba en el viejo y tranquilo barrio pesquero, en un edificio de fachada elegante apretujado entre un despacho de bacalao en salazón y otro de vino peleón. El balcón del primer piso lucía engalanado de macetas con flores. La puerta de entrada estaba abierta de par en par, como debe ser en los lugares públicos, de manera que Pascal no tuvo que llamar. Marthe y María estaban atareadas escribiendo, sentadas detrás de dos pequeños escritorios plagados de papeles. Lo que irritó a Pascal fue descubrir una fotografía suya colgada en la pared: era tan grande que la ocupaba prácticamente toda.

—¿Tú? —clamaron al unísono.

Marthe cayó de rodillas, persignándose.

—Maestro…—murmuró María—. ¡Has vuelto!

Pascal le recriminó, furioso:

—¿A quién llamas maestro? ¿A mí? ¿Acaso no reconoces al hombre con quien compartiste tu cama y tantas noches de placer?

Marthe le explicó:

—Pensábamos que habías regresado con tu padre allá arriba y que por eso desapareciste.

—No desaparecí —protestó Pascal, cada vez más enfadado—: me ausenté. Pero ya veo que mi ausencia ha durado demasiado, si os ha dado tiempo a inventaros semejante sarta de estupideces.

—¡No son estupideces! —exclamó María.

Se levantó para abrir un mueble y sacó un folleto. Pascal se lo arrancó de las manos. Era un libreto que llevaba su foto en la portada, titulado Vida y enseñanzas de Pascal. Lo hojeó con rabia: Marcel Marcelin, uno de sus antiguos discípulos, contaba cómo se habían conocido y los milagros que Pascal había obrado hasta su desaparición.

—¡Marcel Marcelin! ¡Será posible! ¡Que venga enseguida!

—Pensaba llamarlo ahora mismo —replicó María, abalanzándose sobre su teléfono móvil mientras Pascal intentaba calmarse con uno de sus queridos Lucky Strike.

Al cabo de un rato, un coche se detuvo frente a la puerta principal y Pascal reconoció a sus antiguos discípulos: Marcel Marcelin y José Donovo. En lugar de abrazarlo con cariño, ambos permanecieron de pie solemnemente y, a modo de saludo, se llevaron las manos juntas al pecho.

—Tu regreso es todo un acontecimiento —declaró Marcel—. La gente se va a volver loca de contento. Hay que celebrarlo por todo lo alto.

—¿Por qué queréis darle tanta importancia a mi regreso? —protestó Pascal—. No he aprendido absolutamente nada en mi viaje. Sigo sin saber cómo extirpar el mal del corazón del hombre. Pero decidme dónde está Judas Éluthère. Quisiera verlo.

Marcel y José discutieron unos instantes para decidir quién tomaba la palabra y le explicaba a Pascal lo ocurrido durante su ausencia. Judas Éluthère no había tardado en desenmascararse. Tras deshacerse de los demás codirectores de Le Bon Kaffé, se había presentado a la presidencia del Consejo Regional. Ocultando celosamente su orientación sexual, había conseguido ganar las elecciones. Desde entonces, se comportaba como un auténtico déspota, impasible ante las huelgas y las manifestaciones populares. Por si fuera poco, era amigo del ministro del Interior, de manera

que manipulaba a los policías y gendarmes a su antojo. Pascal declaró que todo aquello se veía venir. ¿O ya no recordaban que él había tratado de avisarlos?

Justo entonces hizo su aparición Lazare. A Pascal le costó reconocerlo. Parecía mucho más fuerte, tenía mejor color y lucía una barba muy bien cuidada: nadie diría que se trataba del mismo joven enclenque que sus ojos habían visto «resucitar». Ya ni siquiera vivía con sus hermanas, pues había empezado a trabajar en una clínica de cuidados paliativos donde persuadía a los enfermos de que la muerte, lejos de ser terrorífica, es un mero pasaje que conduce a otra vida.

Lazare corrió a abrazar a Pascal con todas sus fuerzas y este último sintió cómo su corazón se desbordaba de alegría.

—¿Dónde te habías metido? He venido corriendo nada más escuchar el rumor de que habías vuelto a Marais Salant, que ya circula por toda la ciudad. Puedes contar conmigo si tu enemigo intenta hacerte daño. Me refiero, por si aún no lo sabes, a Judas Éluthère, que es ahora enemigo de todos nosotros. ¡Y pensar que antes erais amigos!

Pascal se encogió de hombros:

—¿Qué daño podría hacerme? Ya me detuvieron después del atentado. Luego me liberaron y archivaron la causa, pues no encontraron absolutamente nada en mi contra.

Marthe regresó de la estancia contigua empujando una mesita con ruedas. Había preparado uno de sus famosos tentempiés. Todo tenía una pinta deliciosa: había empanadas de cangrejo y vasitos a rebosar de ron y zumo de ciruela de Citera o de maracuyá.

—He hecho gratons también —anunció la mujer, destapando uno de los platos—. En una ocasión nos dijiste: «Pensad en mí cada vez que comáis este plato». ¿Te acuerdas?

Pascal, encantado, se sirvió un trago de ron.

—Se me está ocurriendo una idea —intervino Marcel—. Tu cumpleaños es dentro de quince días, ¿verdad? Coincide con el Domingo de Pascua… Celebrémoslo con una fiesta que nadie olvidará.

Tanto José Donovo como Lazare se mostraron entusiasmados y se lanzaron a exponer el sinfín de ideas que tenían para la fiesta, mientras Pascal protestaba:

—¡Todo esto es absurdo! ¿Qué queréis que os diga?

La discusión, cada vez más ruidosa y apasionada, duró toda la tarde.

■

[31]. Ninfa acuática del imaginario antillano (del francés, maman de l'eau: «madre del agua»).

31

Había una visita que Pascal no quería perderse por nada del mundo. Estaba deseando ver a Albertine. ¿Cómo explicarle su partida, su ausencia y, sobre todo, su largo silencio? No dejaba de darle vueltas. Sabía que Albertine le había alquilado a Jean-Pierre, su padre adoptivo, la casona de su infancia. Allí vivía con sus seis hijos, de entre catorce y dos años, y con su madre. A pesar de las canas, esta última aún resultaba atractiva y, además de velar por la educación de los niños, se ocupaba de la cocina, las tareas domésticas y el jardín.

Henchido de emoción, Pascal cruzó el jardín y bajó hasta la cabaña donde lo habían encontrado una noche hacía treinta años, tendido entre los cascos de una mula, en una escena digna de las Sagradas Escrituras. Tenía muy presentes las descripciones ditirámbicas de Eulalie: «Eras guapísimo, como un rey o un príncipe. Se veía a la legua que no estabas hecho de la misma pasta que el resto. Cuando te tomé en brazos, abriste los ojos y me miraste fijamente. En ese mismo instante me convertí en tu sierva».

Pese a lo halagador de sus palabras, Pascal no podía evitar pensar que ninguna madre debería ser la sierva de su hijo, al contrario: es quien lo debe regañar, guiar, castigar, fustigar; conducirlo a la perfección o algo que se le parezca. Eso era lo que siempre le había molestado de Eulalie: aquella mezcla tan suya de adulación y de severidad en las cuestiones insignificantes. Así, su amor por ella siempre estuvo teñido de reproches.

De vez en cuando, hacía un alto en el camino para tomar u oler alguna flor. No se veían por el jardín rosas de Cayena ni Tetas de Negra; estas últimas crecían en los invernaderos de la izquierda. Cuando Pascal estaba llegando al porche, Albertine salió de la casa,

ataviada con un conjunto a la vez elegante y original que marcaba sus perfectas curvas.

—¡Tú! —gritó al verlo, entre estupefacta y colérica.

Pascal se arrodilló a sus pies y se abrazó a sus piernas:

—Sé que me he portado fatal contigo —declaró—. Desaparecí sin darte ninguna explicación y no te he escrito ni una sola vez en todo este tiempo. Pero puedo explicarte lo que me ha pasado. Estoy seguro de que me entenderás. No me odies. Te lo suplico.

Albertine le acarició el cabello como en los viejos tiempos y respondió con suavidad:

—No te odio. ¿Cómo te voy a odiar? Pero antes de que decidamos nada, tengo que presentarte a alguien.

Dicho esto, ayudó a Pascal a levantarse y entraron en la casa. Atravesaron varias estancias precariamente amuebladas y se detuvieron al llegar a una habitación con las cortinas echadas. Había un moisés en el suelo. Dentro dormía profundamente un niñito pálido y delicado.

—No, no es hijo tuyo —aclaró Albertine, al advertir que Pascal se asomaba a la cuna temblando de emoción—. ¡Ni te imaginas lo destrozada que me quedé cuando te marchaste! Pensé que me moría. Perdí las ganas de vivir. Y un viejo conocido que llevaba tiempo pretendiéndome se aprovechó de la situación y me sedujo. Él es el padre de este niño.

Pascal no supo cómo reaccionar a aquella confesión. Por una parte, sentía unos celos terribles al pensar que otro hombre había logrado seducir a Albertine y hacerle un hijo. Por otra, era consciente de que todo aquello nunca habría ocurrido si él no la hubiera abandonado, y se sabía culpable. Terminó estrechándola entre sus brazos y murmurándole con dulzura:

—Tu hijo es mi hijo. Vengo a pedirte que olvides el pasado y empecemos de cero.

Y así, Pascal volvió a vivir con Albertine: iba y venía entre la casa de ella y la de Marais Salant. Pero no tardó en aborrecer el tiempo que pasaba en casa de Albertine: todo se le antojaba insoportable. En primer lugar, sus hijos. Siempre estaban peleándose, jugaban al fútbol a grito pelado en el jardín, no sabían volar cometas sin chillar como demonios. Por si fuera poco, eran glotones y maleducados. Pascal aborrecía especialmente al más pequeño, nacido durante su estancia en Caracalla. Cuando se le subía encima y lo cubría de besos llamándolo «papá», no podía evitar un escalofrío de asco. El crío se llamaba Igor.

Su padre era ruso, uno de esos blanquitos venidos a menos que abundaban en el país. Aunque llevaba años arrastrando sus mocasines por Fond-Zombi, nadie sabía aún con exactitud a qué se dedicaba. Unos aseguraban que traficaba con drogas; otros, que escribía artículos para el Pravda, a pesar de que aquel periódico había desaparecido hacía ya tiempo. La gente solo coincidía en un punto: había dejado plantada a Albertine en cuanto supo que estaba embarazada, y lo único que le había legado a su hijo era aquel par de ojazos azules.

Pascal no tardó en tomarle manía a la propia Albertine. A diferencia del gran Marcel, él jamás habría podido escribir una historia titulada Albertine reencontrada,[32] porque precisamente no lograba encontrarla. ¿Qué había sido del amor y del deseo que antes sentía hacia ella? De repente le parecía una mujer de lo más banal. Solo sabía hablar de lo maravillosos que eran sus hijos, y malcriarlos escandalosamente. Su amor de madre la cegaba hasta el punto de que a su hija Rosa, una adolescente poco agraciada y de senos caídos, la tenía por una auténtica belleza.

Como Albertine no soportaba el aire acondicionado ni los ventiladores, las noches que pasaban juntos se le hacían infernales. Pascal contemplaba el gran ojo de la luna a través de la ventana abierta y le parecía que se estaba burlando de él. ¿Quién le mandaba reconocer al hijo de otro? ¿Acaso un hombre no debe hacerse respetar y mostrarse inflexible ante ciertos desaires? ¿No se daba cuenta Albertine de cómo habían cambiado los sentimientos de Pascal? En cualquier caso, disimulaba de maravilla y la vida seguía su curso.

Por suerte, cuando volvía a Marais Salant Pascal recuperaba la inspiración. Se encerraba en su despacho y trabajaba muchísimo. Poco a poco, iba dándole forma a un texto sobre su experiencia en Caracalla. Había terminado optando por el género autobiográfico, que le permitía contar la verdad sobre lo sucedido en la colonia. Pero la verdad plantea al novelista no pocas dificultades. ¿Quién es realmente ese yo cuyas experiencias y aventuras se narran? ¿Se trata del autor, de un personaje imaginario o de ambos a la vez? A pesar de todas estas dificultades, Pascal había dado con el título idóneo: El libro del justo. A ratos se preguntaba cómo lo recibirían los lectores, pues, aunque la mayoría de la gente detestaba y criticaba a los mondongos, quizá la opinión pública no estuviera preparada para enfrentarse a una obra que calificaba a la colonia de fracaso absoluto.

Entretanto los rastafaris seguían sin hacer amago de largarse con la música a otra parte; de hecho, campaban cada vez más a sus anchas. El líder de la comunidad se tomaba demasiadas confianzas con Pascal. Siempre que coincidían aprovechaba para soltarle sermones interminables sobre las bondades de la religión rastafari, que él se limitaba a escuchar mordiéndose la lengua. Pero un día la cosa fue demasiado lejos. Pascal venía exhausto de casa de Albertine y el líder le salió al paso con una insoportable sonrisita de superioridad:

—Primero nos obligaron a adorar a un dios blanco. Judío, para ser exactos. Después los nuestros empezaron a rendir culto a un dios árabe y, algunos, a un dios indio que les abriría las puertas del nirvana. Gracias a los rastafaris, por primera vez en la historia hoy veneramos a un dios de nuestro mismo color.

—¿De nuestro mismo color? —dijo Pascal, exasperado.

—Sí —respondió el jefe de la colonia—. Haile Selassie era negro, como nosotros.

Aunque en esa ocasión Pascal logró contenerse, terminó estallando

unos días después, cuando el jefe de la colonia volvió a la carga:

—Los rastafaris, como te decía el otro día, somos pioneros en atribuir a un negro la condición de ser supremo.

Pascal se encogió de hombros y replicó:

—¿Y las religiones tradicionales africanas te suenan de algo?

■

[32]. Alusión a Albertine desaparecida y a El tiempo reencontrado, penúltimo y último tomo respectivamente de la novela En busca del tiempo perdido (1925), de Marcel Proust.

32

Entretanto tuvieron lugar una serie de acontecimientos desagradables detrás de los cuales, con razón o sin ella, Pascal veía la mano de Judas Éluthère. Una mañana, por ejemplo, llamaron a la puerta mientras saboreaba un delicioso café. Era un hombre aún joven con aspecto de lacayo, vestido con un elegante traje de hilo azul marino. Se presentó:

—Me llamo Déodat Lafitte. Soy abogado. Necesito hablar con usted. ¿Podría pasarse un día por mi despacho? Quisiera comentar el atentado y las consecuencias que ha tenido en su vida.

—¿Por qué quiere usted hablar del atentado, después de tanto tiempo? —exclamó Pascal, molesto—. No tengo nada más que añadir. Me detuvieron y luego me soltaron, pues no encontraron absolutamente nada en mi contra.

—¿Absolutamente nada, dice usted? Eso está por ver, en realidad. Los agentes tomaron mal los datos del vagabundo que testificó a su favor y ahora no hay manera de localizarlo.

—Normal. Era un vagabundo —se burló Pascal—. Eso significa que no tenía un domicilio fijo, ¿no? No me extraña que no lo encuentren, y menos aún después de tantos años…

Viendo la cara de pocos amigos de su interlocutor, Pascal se puso serio y prometió que se acercaría a su despacho. Estaba visto que no podía vivir tranquilo.

Cumplió su promesa y se presentó a su cita con el letrado unos días después. Se limitó a repetir lo que ya había dicho tantas otras veces. Lafitte le hizo las mismas preguntas que los policías de Marais Salant:

—¿No se acuerda de qué película de Hitchcock vio usted esa noche? ¿Fue Marnie, la ladrona o Los pájaros?

Pascal no recordaba nada y declaró con tono de disculpa:

—Creo que en ambas películas sale la misma actriz. Y para mí, una rubia es una rubia.

Salió del despacho del abogado con el corazón encogido por un lúgubre presentimiento.

El segundo acontecimiento desagradable se produjo poco después, cuando recibió la visita de una pareja de policías que le advirtieron que tenía prohibido abandonar el país.

Por otro lado, Marcel Marcelin y José Donovo fueron detenidos y encarcelados, acusados de escándalo nocturno. ¿Escándalo nocturno? ¿Qué había ocurrido? Pascal se enteró de que, desde su regreso a la isla, Marcel Marcelin y José Donovo se habían dedicado a reunir cada noche a los vecinos en el jardín para organizar la famosa ceremonia de Pascua, que tendría lugar por todo lo alto en El Arca de la Nueva Alianza. Sería además la celebración del regreso de Pascal. Para otorgar mayor solemnidad a su discurso, una noche se les ocurrió contratar a una orquesta africana que solía tocar en el estadio Félix Éboué. Aquello fue un estruendo infernal de balafones, koras y chillidos. Los vecinos se quejaron y, en plena madrugada, se presentaron dos coches patrulla hasta arriba de policías. Y así fue como Marcel y José terminaron entre rejas.

Cuando Pascal se enteró de la mala noticia y acudió corriendo a la cárcel, se le informó de que, dada la gravedad del crimen que habían cometido Marcel Marcelin y José Donovo, no tenían derecho a recibir visitas ni a usar los locutorios. La gravedad del crimen, unas notas de música… ¡Era de locos!

Pero los problemas no acabaron ahí: al poco tiempo se declaró un incendio en la sede de El Arca de la Nueva Alianza. De no ser

porque un par de vecinos trasnochadores había dado la voz de alarma, el fuego se habría propagado por todo el edificio. Aun así, los bomberos tampoco se dieron excesiva prisa en acudir y las llamas pudieron devorar a su antojo todos y cada uno de los ejemplares de Vida y enseñanzas de Pascal, así como la gran foto que decoraba la pared.

En vista del cariz que tomaban los acontecimientos, Pascal decidió ponerse en contacto con Judas Éluthère, cosa que hasta entonces no había osado intentar. No se imaginaba que fuera a ser tan difícil conseguir una cita. Su secretaria, que seguía siendo la misma e igual de malencarada, primero le respondió que Judas Éluthère se encontraba en la metrópolis; luego, que se había desplazado al norte del país para asistir a la boda de unos primos; después, que estaba enfermo de dengue, una terrible epidemia procedente de Cuba. El resultado, en fin, siempre era el mismo: Judas Éluthère no recibía a nadie. Sin embargo, Pascal no cejó en su empeño y, al cabo de cuatro semanas, terminó consiguiendo la dichosa cita. Curiosamente, la secretaria lo invitó a personarse en la empresa en lugar de en el Consejo Regional. Pascal no estaba seguro de cómo debía interpretar ese detalle. ¿Sería que Judas Éluthère quería una entrevista amistosa y sin parafernalias?

El martes convenido, Pascal se puso en marcha hacia Sagalin. Durante el trayecto se abandonó con nostalgia al recuerdo del tiempo que había pasado en la empresa, lleno de fe en el porvenir y convencido de que transformar el mundo sería fácil. La ciudad de Sagalin no había cambiado: seguía igual de sucia, con la misma inconfundible mezcla de rudeza y austeridad. Abundaban por todas partes los excrementos de monos y de perros callejeros.

El despacho de Judas Éluthère en la sede de la empresa ocupaba ahora una planta entera. Pascal tomó asiento en la sala de espera, donde resonaba una machacona música de aeropuerto. Lo tuvieron allí más de una hora, mirando la galería de retratos de grandes líderes mundiales que sonreían en las paredes: Mahatma Gandhi, Nelson Mandela, Barack Obama y Kwame Nkrumah. Justo cuando estaba a punto de largarse, por fin vino a buscarlo una secretaria.

Judas Éluthère no había perdido ni un ápice de su belleza y elegancia. Como de costumbre, lucía unos mocasines flexibles e impolutos, de charol de primera calidad. Sin embargo, parecía agotado. Se le notaba sobre todo en la voz ronca y desigual que brotaba con extrema dificultad de su boca demasiado roja. Pascal recordó los sentimientos ambiguos y secretos que habían experimentado en su día el uno por el otro. ¡Qué lejos quedaba todo aquello!

Judas Éluthère se levantó de un salto nada más verlo, rodeó su escritorio y besó a Pascal en la mejilla con una efusividad y un cariño claramente fingidos. ¡El beso de Judas, vaya! Acto seguido, lo invitó a tomar asiento en una butaca:

—Al parecer, hace ya un tiempo que regresaste a Marais Salant —dijo esbozando una sonrisa seductora—. Me sorprende que no hayas venido antes a verme.

En lugar de ofenderse por el reproche injustificado, Pascal sonrió también:

—Nada más lejos de la realidad. Llevo intentando conseguir una cita contigo desde que llegué, pero tu secretaria no me lo ha puesto fácil. ¿Acaso tienes algo que reprocharme? ¡No pensarás que tuve algo que ver en el atentado! No me gustaba monsieur Pacheco, pero a ti tampoco, si mal no recuerdo.

Judas Éluthère, que había vuelto a sentarse tras su escritorio, se levantó para ofrecerle un cigarrillo.

—Sé que los Lucky Strike son tu preferidos y que no fumas de otros. Nunca he pensado que tuvieras nada que ver con el atentado. Aunque me parece lógico que te interrogaran al respecto, teniendo en cuenta que todo el mundo estaba enterado de lo mucho que odiabas a Norbert.

—¿Por qué has ordenado que detengan a Marcel Marcelin y José Donovo? ¿Qué te han hecho a ti ellos? ¿O vas a salirme con que no sabes nada? —preguntó Pascal a bocajarro.

Judas Éluthère sacudió la cabeza y, en efecto, se deshizo en negativas. Viendo que no sacaría nada en claro, Pascal lo interrumpió:

—Cuando fui a la cárcel con intención de visitarlos, me quedé atónito: resulta que ni siquiera tienen derecho a usar los locutorios. ¿Dónde está la justicia? Hablan de crimen y, como mucho, es una travesura.

Judas Éluthère adoptó una actitud evasiva.

—Te repito que no tengo nada que ver. ¿Por qué te importa tanto? ¿Por qué pierdes el tiempo con esos tipos? ¿No has leído el panfleto que han escrito sobre ti? Es una auténtica basura, ¡y pretende imitar uno de los Evangelios de nuestro señor Jesucristo! ¡El de san Marcos, creo! Hazme caso: son un par de cabezas huecas y solo te traerán problemas.

Pascal exhaló el humo de su cigarrillo y Judas prosiguió:

—Escúchame bien. Hay dos clases de hombres en este mundo: los que pierden y los que ganan. O, dicho de otro modo, aquellos cuya vida es un caos y aquellos que consiguen organizarse. A los primeros los ingleses los llaman losers.

—Pareces cansado —dijo Pascal—. ¿Es por la política? Ya te mandaré un poco de pasiflorina, que eso en infusión es mano de santo. Mis padres la cultivaban en El Jardín del Edén y siempre hablaban maravillas de ella.

Judas Éluthère esbozó un gesto de agradecimiento y Pascal prosiguió, insistente:

—Ahora que eres el presidente del Consejo Regional, ¿no te habrás olvidado de lo que decíamos sobre la independencia? ¿Que era la única vía?

—¡La independencia! —exclamó Judas Éluthère—. Ya no es más que una palabra vacía. No quiere decir nada. Los tiempos cambian y hay que adaptarse. Hoy en día no existe ni un solo país que sea de verdad independiente. Estados Unidos depende de China, Arabia

Saudí del resto del Golfo… Te digo lo mismo que Norbert Pacheco: lo que todo hombre necesita es un buen sueldo, alojamiento digno y educación de calidad para sus hijos. Estaba en lo cierto, pero nos negamos a escucharlo.

—No solo de pan vive el hombre —farfulló Pascal, sin argumentos.

—Hablando de comer —dijo Judas—, voy a llevarte a un restaurante que he descubierto en el islote Bédier. Se llama De Morro Fino y lo regenta una familia indonesia. Ya sabes que en nuestra isla se encuentra uno de todo. La semana pasada, por ejemplo, atracó en el puerto un navío con más de cien japoneses a bordo. Aunque parece que estos no vienen con idea de abrir restaurantes, sino de trabajar en la informática. Venga, vámonos. Te prometo que en el De Morro Fino cocinan el mejor nasi goreng del mundo.

Pascal dudó. No soportaba la arrogancia del nuevo Judas Éluthère ni sus aires de superioridad. Al mismo tiempo, le parecía necesario conservar una buena relación con él. Terminó aceptando y abandonaron juntos la sede de Le Bon Kaffé. Judas Éluthère ahora conducía un flamante descapotable azul marino. Arrancó y, mientras se alejaban, Judas saludó con la mano al viejo guarda, que seguía idéntico a como Pascal lo recordaba.

33

Para acceder al islote Bédier había que tomar una carretera llena de curvas y después enfilar hacia la capitanía marítima de Sagalin, situada a unos diez kilómetros. De allí salían dos ferris que, pilotados por marineros disfrazados de gondoleros venecianos, llegaban casi hasta la misma puerta del restaurante De Morro Fino. Aún faltaba una hora para que zarpasen. Como Judas Éluthère era famoso, lo invitaron a embarcar antes que al resto. Una vez a bordo, Pascal dejó a Judas apoltronado en uno de los sillones de cuero rojo de la zona de fumadores y subió a cubierta para contemplar el paisaje a su alrededor.

La mar no se parece a la muerte. La mar está viva, es alegre, se ríe. Va cambiando de vestido para complacer al cielo inmenso que la domina desde lo alto. Ora se viste de azul, ora de verde o gris. Reserva su traje negro para cuando soplan vientos llegados de los tórridos países del sur. También sabe erizarse y enseñar esos dientes de espuma. Pero, incluso cuando muestra su rostro más sereno y risueño, la mar es un cementerio, una lápida. Desde tiempos inmemoriales ha sido la última morada de incontables navíos: barcos negreros a rebosar de madera de ébano; galeones españoles con tesoros de piedras preciosas y diamantes; lanchas latinas cargadas de su jugosa droga; cruceros donde, al menor descuido, se desvalija a los turistas ricachones. Se dice que sus profundidades son azules y gélidas. Que albergan siluetas misteriosas. ¿Bestias, tal vez? ¿Cómo habrán llegado hasta allá abajo? Parecen felices, en cualquier caso: juegan y bailan libremente en el gran silencio abisal. Los reyes del lugar son el tiburón blanco y el tiburón piedra de luna. Al contrario de lo que suele pensarse, no se interesan en absoluto por los humanos: les repugnan el olor y el sabor de la sangre, y se limitan a perseguirse los unos a los otros, inofensivos e inocentes como niños. La mar también siente debilidad por los

calamares y los pulpos, que agitan sin cesar sus brazos afilados. Le gustan además los pececillos de formas delicadas: peces-gato, peces de luna y, sobre todo, peces voladores que brincan y atraviesan la cúpula azulada, envueltos en sus trajes de luz. En lo más hondo abundan conchas y caracolas, primorosamente dispuestas como cajitas o joyeros de orfebrería, desgarrando la oscuridad con sus preciosos destellos. La mar oculta un sinfín de tesoros desconocidos a los ojos humanos.

Después de su reencuentro en Sagalin, Pascal y Judas Éluthère mantuvieron un contacto ocasional y superficial. Pero nada volvió a ser como antes. A veces Pascal llegaba a preguntarse si el interés de Judas por seguir viéndolo no sería, en realidad, una forma de tenerlo vigilado e impedir que llevara a cabo sus proyectos.

Primer ejemplo: a medida que fueron pasando las semanas, Pascal terminó por sentirse completamente perdido en las diez habitaciones y el inmenso jardín de su casona de Marais Salant, pues la colonia de rastafaris por fin se había decidido a largarse. De modo que decidió fundar un refugio para migrantes. Siempre había admirado a los migrantes: hombres y mujeres capaces de poner los ahorros de toda una vida en manos de traficantes desalmados y arriesgarse a morir en alta mar. Sin embargo, nunca había hecho nada por ellos. Solicitó la autorización pertinente y, a modo de respuesta, recibió una escueta carta firmada por un chupatintas del Consejo Regional. En ella se le informaba de que cualquier petición al respecto se denegaba automáticamente, pues todos los migrantes eran peligrosos terroristas. Segundo ejemplo: acto seguido, decidió convertir la casa en un gimnasio. No sería necesario contratar a monitores, ya que podía contar con los hijos ociosos de Albertine. Una vez más, su petición fue denegada.

Decepcionado, volvió a refugiarse en la escritura. Mandó a Judas un ejemplar de El libro del justo, que acababa de salir autoeditado en una pequeña editorial parisina. Le adjuntó además un paquete de pasiflorina. Hacía tiempo que quería acercarse a correos y enviarle la infusión, pero siempre se le olvidaba. A los pocos días, la

secretaria, extrañamente amable por una vez, lo invitó a un debate en el palacio del Consejo Regional. Aprovechando que estaban de visita por el país, dos filósofos de gran renombre darían su opinión sobre su libro. Pascal cometió el error de sentirse halagado. Albertine puso mala cara cuando se lo contó.

Había tenido un sueño que, según ella, no auguraba nada bueno. De hecho, estaba convencida de que aquel encuentro constituiría el preludio de peligros más graves. Pascal hizo oídos sordos. Albertine, al igual que María, era ese tipo de persona que analiza sus sueños hasta la saciedad. Al inicio de su historia de amor, como se despertaban muy tarde, apenas le daba tiempo a interpretarlos. Pero hacía ya unas cuantas semanas que había vuelto a las andadas y había retomado sus interminables conciliábulos con su madre:

—¿Has soñado con sangre? —preguntaba—. Eso significa que se avecina una afrenta. Ten mucho cuidado hoy y no te juntes con cualquiera.

«Pamplinas», pensaba Pascal, resuelto a actuar como si nada. Con paso decidido, se puso en marcha hacia Sagalin.

El palacio del Consejo Regional era el orgullo de Porte Océane. Lo habían reconstruido después del terrible ciclón de 1928, según el diseño de un arquitecto sueco que se había quedado prendado del país durante unas vacaciones. Se trataba de un edificio muy elegante, con una escalinata de doble vuelo donde a los turistas les encantaba hacerse fotos.

La sala donde iba a tener lugar el evento estaba repleta de curiosos que, por lo visto, no tenían nada mejor que hacer aquella tarde. El debate estuvo muy animado y duró casi dos horas. Por desgracia, Pascal se dio cuenta enseguida de que, aunque se mostraron muy corteses, en realidad ninguno de los dos filósofos tenía buena opinión de su libro; solo les importaba granjearse el favor del público y conseguir nuevos lectores. Abatido, Pascal ni siquiera se quedó al cóctel.

Nada más entrar por la puerta de su casa en Marais Salant, se enteró por la televisión de que el señor presidente del Consejo Regional acababa de sufrir un grave accidente de tráfico. Su descapotable se había estrellado contra un árbol regresando de Porte Océane y era un auténtico milagro que siguiera con vida. Según explicó la periodista, todo indicaba que Judas Éluthère se había quedado dormido al volante.

Con el corazón encogido por lúgubres presentimientos, Pascal no pegó ojo en toda la noche. A la mañana siguiente recibió una llamada del letrado Lafitte preguntándole por qué le había enviado a Judas Éluthère un paquete de pasiflorina.

—Se la mandé —respondió Pascal— porque, según mis padres, es un potente estimulante.

—Quizá por eso se durmió conduciendo, ¿no le parece? —insistió el abogado con tono burlón. Pascal juró y perjuró que semejante idea era absurda.

No obstante, por descabellado que fuera, enseguida se propagó el bulo de que le había suministrado al presidente del Consejo Regional una sustancia narcótica. Se comentaba por todas partes: en los porches, salones, comedores, cocinas y, sobre todo, dormitorios. Las malas lenguas lo despellejaron sin piedad: no solo había tenido algo que ver con el atentado que acabó con Norbert Pacheco, sino que a lo mejor también había intentado asesinar al presidente del Consejo Regional.

Pascal se vio obligado a recibir la visita de monsieur Joyau, un metropolitano que estaba escribiendo un tratado sobre plantas medicinales autóctonas. Este se presentó a la hora de comer luciendo camiseta, pantalón corto y esa desgana característica de los extranjeros que no se han acostumbrado a nuestro clima. Pascal le explicó que la pasiflorina en absoluto provoca somnolencia y que él mismo solía beberla por litros siendo niño.

—Por litros… —repitió el visitante—. ¿Y por qué se la daban sus padres?

—Me la daban —respondió Pascal— siempre que yo estaba cansado.

Los Renoux, los vecinos de la derecha que siempre estaban comiendo con amigos al borde de su recién inaugurada piscina de diseño, le retiraron el saludo a raíz de todo esto. Ya hacía tiempo que también se lo habían retirado a Albertine. Poco a poco, Pascal volvió a encontrarse marginado. Todos lo trataban como a un paria. Bastaba con que pusiera un pie en el bar de la esquina para que la mitad de la clientela se largara y la otra mitad lo fulminara con la mirada. La atmósfera se tornó irrespirable.

Y, para colmo, Judas Éluthère llevaba varias semanas fuera del país. Su secretaria, más fría que nunca, le comunicó que el mismísimo presidente de la República lo había convocado para pedirle su opinión sobre el comunitarismo, uno de los grandes males de la nación.

34

En mitad de todo este embrollo, una mañana Pascal se cruzó con un hombre que le resultó familiar. ¿No era Espíritu? Sí, era Espíritu, que iba fumando un puro brasileño. Corrió hacia Pascal y lo estrechó cariñosamente. Pascal recibió el abrazo con evidente incomodidad y preguntó con frialdad:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sentía que Espíritu se había estado burlando de él. Al enviarlo a la colonia mondonga, lejos de ayudarlo, lo había metido a sabiendas en la boca del lobo.

El susodicho no pareció darse cuenta del recelo de Pascal y lo arrastró a la casa. Una vez que estuvieron cómodamente instalados frente a dos boles humeantes de café, Espíritu declaró:

—Te traigo una noticia importante: tu padre se marcha. Creo que debéis veros antes de su partida. De lo contrario, te pasarás el resto de tu vida obsesionado, repitiéndote que te abandonó y preguntándote por qué.

—¿Se marcha? ¿A dónde? —quiso saber Pascal.

Espíritu se encogió de hombros.

—Donde lo llamen. Donde lo necesiten. El caso es que te toca tomar el relevo.

—¿El relevo? —Pascal no daba crédito—. ¿Qué quieres decir? Nadie me ha explicado nunca con claridad qué es lo que se espera de mí.

—Sabes perfectamente —exclamó Espíritu— que tu misión es cambiar el mundo, volverlo más tolerante y armonioso.

—¡Volverlo más tolerante y armonioso! —bramó Pascal—. ¿Y cómo voy a conseguir eso yo solo?

Pascal experimentaba sentimientos contradictorios. Alejarse de Marais Salant, es decir, de Albertine, era justo lo que había deseado. Sería una manera bastante elegante de poner fin a su relación.

—Ya hablaremos de ello con más calma. Tampoco te estoy pidiendo que tomes una decisión inmediatamente —prosiguió Espíritu, conciliador—. Por ahora solo te pido que lo pienses.

De pronto, Pascal se propinó una palmada en la frente. Se estaba olvidando de algo fundamental:

—¡No puedo moverme de aquí! Prometí a la policía que no saldría del país. De hecho, me han confiscado el pasaporte.

Espíritu no pareció en absoluto preocupado y estalló en una sonora carcajada:

—¡El pasaporte, dice! ¡Como si hiciera falta! Recuerda que tengo un jet privado: puedo presentarme en cualquier sitio cuando me venga en gana. Así es como viajaba con tu padre a los países más castigados: Sudáfrica, víctima del apartheid; India, donde los intocables y las mujeres sufren lo indecible; Irak, Irán… Tengo contactos en todas las torres de control. ¡Pobre de quien se atreva a exigirme un pedazo de papel!

La idea sonaba cada vez más tentadora. Pascal nunca había perdido del todo la esperanza de conocer a su padre y saber de dónde provenía exactamente. No se resignaba a vivir en la ignorancia, como la gran mayoría de los mortales.

Para que la comunicación resultara más fácil, Espíritu se instaló en casa de Albertine. Los niños lo recibieron como a un padre. Se pasaban el día haciéndose bromas, desternillándose de risa y jugando sin descanso. Semejantes confianzas no tardaron en incomodar a Pascal, pues los hijos de Albertine, a excepción de Igor,

nunca se habían portado así con él. Más bien al contrario: siempre lo habían tratado con extrema frialdad. Incluso la madre de Albertine cayó rendida ante los encantos del recién llegado. Le cocinaba todo tipo de guisos suculentos y le servía solícita el ron de cincuenta y cinco grados que guardaba bajo llave. Espíritu no se quedaba atrás: ayudaba a la mujer a cargar con el capazo en el mercado y a veces hasta la escoltaba cuando iba de visita. En cuanto a Albertine, también parecía sinceramente encantada con aquel pariente caído del cielo.

Pasaron días y semanas sin que Pascal consiguiera aclararse. Como no se decidía, Espíritu le rodeó los hombros en un gesto muy suyo y le propuso:

—¿Te apetece echar un vistazo al jet privado en el que iremos a Brasil?

Eran las dos de la tarde y hacía un bochorno insoportable. Las sombras se encogían buscando refugio bajo los pies de los escasos transeúntes que se veían por las calles desiertas. Acababan de dar buena cuenta de un generoso almuerzo en casa de Albertine, de manera que lo más lógico habría sido encender el aire acondicionado y echarse una siesta. Pero Pascal se dejó llevar por la curiosidad. Accedió y se pusieron en marcha.

A principios de siglo el aeropuerto de Valmondon había presenciado las proezas aéreas de los hijos de ricachones, terratenientes y grandes negociantes del lugar. Las hazañas de uno de ellos, Philippe de Laville-Tremblay, figuraban en todas las guías turísticas. En la actualidad el aeródromo era famoso porque allí se celebraban importantes eventos deportivos: torneos de pimpón, carreras ciclistas, combates de boxeo…Tenía forma de gran triángulo isósceles y lindaba con el azul de la mar por un lado, y con árboles de tronco majestuoso por otro: bongas, caobas, ceibas lélé…

El Gulfstream G650 ER de Espíritu se encontraba estacionado en un vasto hangar. Pascal lo examinó boquiabierto. A juzgar por el

número de asientos dispuestos en torno a las elegantes mesas bajas, la aeronave tenía capacidad para diez personas. Una mullida alfombra roja recubría el suelo y una televisión de pantalla plana ocupaba por completo una de las paredes. Pascal, acostumbrado a la escasa comodidad de la clase turista en aviones normales, no daba crédito.

—Primero iremos a Miami y Nueva York, y después bajaremos a Brasil —declaró Espíritu.

—¿Nueva York? —exclamó Pascal, estupefacto, pues llevaba toda la vida soñando con esa ciudad—. Pero si no pilla de paso. ¡Brasil queda bastante más al sur, me parece!

Espíritu asintió.

—Así es. Pero son lugares que, en mi opinión, debes conocer. No has viajado lo suficiente. Dime, ¿cuántas veces has salido de este país? No has frotado ni limado tu cerebro con el de los demás tanto como deberías.[33]

—¿Nueva York, de verdad? —insistió Pascal.

—¡Te lo prometo! —aseguró Espíritu.

En ese mismo instante, Pascal se decidió. Los dos hombres sellaron su acuerdo con un ponche en el bar del aeropuerto.

Los días siguientes transcurrieron a toda velocidad. Sintiéndose profundamente liberado, Pascal comunicó a Albertine que debía acompañar a su tío a Brasil. Esta se echó a llorar y montó un espectáculo, pero Pascal percibió que, en el fondo, la noticia no le desagradaba tanto. Ya no había nada entre ellos.

De hecho, nada lo ataba ya a la isla. No soportaba los comportamientos ilógicos de quienes lo rodeaban y, sobre todo, no lograba superar la decepción que se había llevado con Judas Éluthère. ¡Y pensar que en el pasado lo había considerado su igual! Se acordaba de cuando canturreaba con aquella preciosa voz suya: J'ai rêvé d'un autre monde, où la terre sera ronde.

Poco antes de marcharse, Pascal decidió visitar a María y Marthe. Después del incendio que había devastado El Arca de la Nueva Alianza, se habían refugiado en la Ciudad de las Maravillas, una barriada donde se ganaban la vida comerciando con telas índigo que teñían ellas mismas mediante una técnica tradicional africana. En cuanto al metropolitano que había compartido la cama de María durante una temporada, había terminado esfumándose; sin duda de vuelta a la metrópolis. Pascal no podía ver a María sin experimentar un fuerte sentimiento de culpa. ¡Se habían querido tanto! Hubo un tiempo en que él había pensado que se trataba de la mujer definitiva, la única, la que colmaría todos sus deseos y expectativas. Estaba claro que el amor, además de un pájaro rebelde, como dice la ópera de Bizet, es un dios caprichoso y testarudo que no atiende a razones.

El caso es que acudió a informar de su decisión a María y Marthe. Marcel Marcelin y José Donovo, dolidos y furiosos tras su detención arbitraria y su estancia en prisión, habían regresado a la metrópolis en busca de trabajo.

—¡Te marchas otra vez! —exclamó María con tono de reproche—. Ya conoces el refrán: «La piedra que rueda no cría musgo». Ten paciencia. El día menos pensado tu calvario llegará a su fin e inundarás el mundo con tu luz.

—¿De qué luz hablas? —preguntó Pascal, molesto.

María prosiguió, visiblemente emocionada:

—Contamos con muchos adeptos de El Arca de la Nueva Alianza entre la comunidad francófona de Nueva York. Los avisaremos de tu llegada. Estarán encantados de recibirte con los honores que mereces.

Pascal no se sintió nada cómodo con la idea. Sin embargo, supo disimular su descontento y dio buena cuenta de las bebidas que Marthe había preparado.

[33]. Alusión a una cita célebre del filósofo Michel de Montaigne (1533-1592) en sus Ensayos.

35

Espíritu, agotado tras pilotar la aeronave durante tantas horas, no tardó en quedarse dormido en el asiento trasero del taxi que los estaba esperando en Nueva York. Roncaba con la boca abierta, mostrando los colmillos. Desde luego, Espíritu era un tipo curioso, con aquellos ojazos suyos centelleantes de ironía y aquellas peroratas incomprensibles. Pascal no dejaba de preguntarse si, a fin de cuentas, habría tomado la decisión acertada embarcándose con él en una nueva aventura.

Se sentó al lado del conductor, pues ignoraba hasta qué punto pueden ser charlatanes los estadounidenses, y que a menudo no tienen reparos en bombardear a sus interlocutores con preguntas de lo más indiscretas. El taxista en cuestión era haitiano, con la piel curtida como un cuero viejo y el rostro semioculto tras un imponente mostacho. Llevaba tanto tiempo buscándose la vida por Estados Unidos que el inglés prácticamente había terminado sustituyendo a su lengua materna. En un francés torpe y titubeante que sonaba extranjero, exclamaba:

—¡Cómo! ¿Nunca ha estado usted en Puerto Príncipe? ¡Cómo! ¿No conoce Nueva York? ¡Cómo! ¿Tampoco ha visitado París?

Pascal, que habría preferido concentrarse en la ciudad, se vio obligado a responder a sus preguntas estúpidas.

Miami le había parecido una metrópolis carente de interés, embellecida únicamente por la proximidad de la mar y el mordisco del sol. En cambio, cuanto iba descubriendo de Nueva York se le antojaba precioso, insólito y de valor incalculable: los taxis amarillos, la multitud multicolor y abigarrada atestando las rectas avenidas, los rascacielos… Sobre todo, le impresionaban los rascacielos. Nunca había vivido más allá de un tercer piso. ¿Qué se sentiría tan arriba? Al parecer, se cultivaban auténticos huertos en

los tejados, con lechugas, verduras y frutas, y la gente se alimentaba de aquellas raíces del cielo. Cruzaron Nueva York en diagonal de punta a punta. El sol se fue ocultando a medida que avanzaban y, cuando llegaron al puente de Brooklyn, ya era noche cerrada. En ambas orillas del río se encendieron las farolas como globos resplandecientes.

Habían reservado dos habitaciones en el Belo Horizonte, un hotel de cinco estrellas muy popular entre los hombres de negocios brasileños por su amplia oferta de distracciones. Durante el carnaval, por ejemplo, el personal se disfrazaba y bailaba samba. Espíritu, que parecía conocer el lugar como la palma de su mano, llevó a Pascal a cenar a un restaurante mexicano a la vuelta de la esquina: La Rosita. Se veía a la legua, por su elegancia y belleza, que las camareras no solo se dedicaban a servir comida y copas. Todo parecía indicar que procuraban a la clientela otros servicios de naturaleza más íntima. Pascal y Espíritu pidieron un plato que el primero nunca había probado: un guiso de cerdo recubierto de chocolate que, por supuesto, bajaron con tequila.

Como Espíritu decía estar muy cansado, Pascal lo dejó volver solo al hotel y se lanzó a la conquista de la ciudad. Cruzó calles y grandes arterias de nombres desconocidos. Ora se sentía inundado por un torrente de luz procedente de lo más alto, ora surcaba cuadrados de sombra impenetrable. Iba pasando, en cuestión de segundos, de los destellos del día a la negrura de la noche. Vagaba como un ciego, de un lado a otro, dejándose llevar por su cerebro febril. Así, sin saber cómo, llegó a orillas de un río. Un barco iluminado de arriba abajo descendía lentamente hacia la desembocadura. Pascal habría querido encontrarse a bordo y alzar su copa para brindar por la amistad y la generosidad.

Siguió a un grupo de personas al interior de un edificio cercano. Se trataba de una discoteca, The Blue Cacatoes. Dentro cantaba una mujer negra ataviada con un vestido blanco. En su voz resonaba toda la desesperanza del pasado. Acarreaba la servidumbre en las plantaciones del sur, la segregación, los linchamientos, los extraños

frutos colgando de las ramas de los árboles. Al mismo tiempo, rebosaba ilusión, y su vibrato insuflaba fe y valor. Quizá precisamente ahí residiera el alma de la América negra: en aquel modo tan peculiar de afrontar las tribulaciones desde la más profunda determinación y conservar intactos los sueños sin dejarse vencer por los obstáculos. Cuando las primeras parejas comenzaron a abrazarse, Pascal se retiró y regresó al hotel. Serían aproximadamente las dos de la madrugada.

Para su sorpresa, un rayo de luz brillaba bajo la puerta de la habitación de Espíritu. Pascal creyó escuchar dos voces. La segunda era más alta y cristalina. ¿Estaba Espíritu con una mujer? Pascal no había querido darle un disgusto a Albertine, pero desde el principio había sospechado que la relación de su madre con Espíritu escondía algo más que una simple amistad. De hecho, una tarde llegó a sorprenderlos prácticamente con las manos en la masa. Riéndose para sus adentros, se zambulló en las aguas sin fondo del sueño.

Cuando Espíritu acudió a despertarlo a la mañana siguiente, se lo encontró con la sonrisa todavía prendida en los labios. Ambos hombres degustaron un copioso desayuno en el comedor del hotel y acto seguido se subieron a uno de los taxis que aguardaban en un aparcamiento cercano. La euforia que Pascal había experimentado el día anterior al descubrir Nueva York enseguida dejó paso a una curiosa mezcla de desencanto y estupefacción. ¿Dónde se metían toda la riqueza y la belleza entrevistas la víspera? La mañana se le antojó sucia y gris. En las calles atestadas se agitaba una multitud vestida sin el menor atisbo de gracia, todos uniformados con capuchas descoloridas o gorras de lo más vulgar. Corrían detrás de los autobuses o bajaban en tromba las escaleras del metro. Una hora después, el taxi se detuvo frente a un pequeño edificio con columnas y aspecto de templo, rodeado por un miserable jardín.

Una vez dentro, resultó que más de cincuenta personas estaban esperándolos. Había hombres, mujeres e incluso niños. Al verlos, se pusieron todos en pie y los saludaron con la dichosa reverencia que tanto incomodaba a Pascal: cabeza gacha y manos juntas sobre el pecho. Enfundado en una casulla azul, un tal pastor Edison los besó como si se conocieran de toda la vida. Después subió al estrado y comenzó su sermón.

Pascal había estudiado inglés en el colegio, pero no había aprendido nada y enseguida lo había archivado en algún rincón de su cerebro junto al resto de asignaturas inútiles. Sin embargo, aquella mañana descubrió atónito que entendía perfectamente a aquel hombre y a todas las personas del templo. Lo más sorprendente fue que él mismo se expresó en inglés. Dijo así:

—No sabéis quién soy, porque ni yo mismo lo sé. Me parece presuntuoso creer que tengo un origen diferente al vuestro. ¿Qué he hecho para merecer tanta atención? Toda mi vida ha sido un largo aprendizaje. Y solo he descubierto que la mayoría de preguntas que me hacía no tienen respuesta.

Algunos levantaron la mano e intervinieron en español, idioma que Pascal tampoco había estudiado y que, de repente, también entendía. El intercambio, amistoso y sonriente, duró casi dos horas. Como colofón, los asistentes entonaron un cántico que a Pascal le resultó familiar. Antes de que se marcharan, el pastor Edison pidió a los invitados un último favor: que firmaran autógrafos, besaran a los niños y escribieran una dedicatoria en el libro de honor.

Fue entonces cuando una mujer madura se acercó a ellos con la mano tendida y los invitó a comer:

—Vivo justo a la vuelta de la esquina —sonrió—. Será un gran honor poder recibirlos.

Aceptaron y la desconocida llamó con un gesto a una preciosa jovencita que era su vivo retrato. Después se giró hacia el pastor Edison:

—Si se une a nosotros, reverendo, lo consideraré una auténtica bendición.

La mujer, natural de Tennessee, respondía al nombre de Denim, y su hija se llamaba Norma. Denim estaba orgullosísima de Norma. Aunque había tenido que criarla completamente sola, sin la ayuda

de un marido o familiares, la joven había llegado a maestra y daba clase en una de las mejores escuelas de Brooklyn. Además, era una virtuosa de la flauta travesera y formaba parte de una banda que empezaba a despuntar.

—¡Han conseguido un contrato con Motown, nada más y nada menos! —presumía la madre.

Cuando el grupito salió del templo, la visión de la calle angosta, bordeada de edificios con fachadas de aspecto leproso y surcadas por escaleras de incendios oxidadas, hizo que a Pascal se le encogiera el corazón. Entraron en un indecoroso bloque de pisos y subieron las escaleras recubiertas de moqueta raída, pues no había ascensor. Una vez en el tercero, cruzaron el umbral y, para sorpresa de todos, se encontraron en un salón exiguo pero agradable. La luz entraba a raudales por las ventanas. En la mesita baja se veían fotos de Martin Luther King y su mujer, Coretta, y en una de las paredes había colgado un inmenso retrato de Malcolm X.

—¿Has pasado buena mañana? —susurró Espíritu, aunque ya conocía la opinión de Pascal. Para no crear polémica, este no respondió y se limitó a encogerse de hombros.

La comida resultó excelente: habas tiernas, guiso de cerdo aderezado con una especia desconocida, y unos tubérculos sorprendentemente sabrosos.

—¿Y a dónde tenéis pensado ir después de Nueva York? —preguntó Denim.

—A Recife —respondió Espíritu.

Pascal se quedó atónito: estaba convencido de que la próxima parada sería Asunción.

—Entonces, ¿ya no vamos a Asunción? —tanteó bajando la voz.

—Daremos un rodeo —replicó Espíritu.

—Pero ¿dónde está mi padre exactamente? —Pascal empezaba a sentir cómo la cólera se apoderaba de él.

—¿No te lo he dicho ya?

Aquel no era el lugar indicado para enzarzarse en una discusión, de modo que Pascal optó por callarse y se concentró en su cigarrillo.

El temor a que le hubieran tomado el pelo una vez más iba en aumento. ¿No habría debido desconfiar de Espíritu? ¿Dónde se metía su padre? ¿Estaría muerto? La cabeza le daba vueltas. Después de un delicioso café, Denim pidió a Norma que deleitara a las visitas tocando un rato la flauta. La joven accedió de buena gana y disfrutaron de un paréntesis de perfecta armonía.

Salieron de casa de Denim al caer la noche. El ocaso misericordioso escondía las heridas de la ciudad y le devolvía la belleza que la luz del día le había arrebatado.

36

Pascal disfrutó mucho su estancia en Nueva York. Mientras Espíritu se pasaba el día reunido con misteriosos interlocutores, él se dedicaba a explorar la ciudad. Regresaba al atardecer, tan hecho polvo que apenas probaba la cena. Se habría merecido una medalla de oro al perfecto turista, pues cumplió punto por punto con el itinerario de rigor: Ellis Island, el Empire State Building, el Audubon Ballroom, el museo de la Black Star Line, el Dakota Building… Aunque no visitaba todos estos lugares por motivos puramente turísticos, sino más bien porque le despertaban recuerdos personales.

Ellis Island, por ejemplo. De niño había descubierto en los cajones de Eulalie la foto de un grupo de jóvenes antillanas que, ataviadas con traje matador,[34] respondían a las insidiosas preguntas de los servicios de inmigración. Alguien había garabateado una fecha en el reverso de la instantánea: 6 de abril de 1911. ¿Qué habría llevado a aquellas muchachas a decidir instalarse en Estados Unidos? Eulalie lo ignoraba. Tan solo sabía que una de ellas era amiga de su abuela y que también había vivido un tiempo en Panamá. A Pascal le fascinaban el coraje y la determinación de aquellas mujeres jovencísimas, nacidas en un país diminuto y capaces aun así de marcharse tan lejos sin marido ni hombres que las protegieran.

O el Audubon Ballroom, que era donde habían asesinado a Malcolm X en presencia de su familia. De alguna manera, consideraba a Malcolm X un pariente: por su piel amarilla de chabin y su melena algo rojiza, habría podido ser primo de Eulalie.

La Black Star Line, por su parte, lo emocionaba porque, alentada por el sueño de Marcus Garvey, había sido la primera compañía marítima en atreverse a conducir a los negros de América hacia la libertad.

Y el Dakota Building era el edificio frente al que habían matado a tiros a John Lennon, otro de sus ídolos. Al principio, a Pascal no le gustaban nada las clases de piano con monsieur Démon que Eulalie le imponía. Se aburría como una ostra y le parecían un auténtico fastidio, parte de la pantomima elitista y pequeñoburguesa de su madre adoptiva. Pero el poder de la música fue surtiendo efecto y terminó convirtiéndose, muy a su pesar, en un melómano redomado. No hacía ningún tipo de distinción entre la música clásica y la popular; adoraba cualquier forma de armonía.

Una tarde, ya en el hotel, recibió una llamada del pastor Edison: ¿podía presentarle a alguien que había venido de muy lejos solo para conocerlo? Se citaron para el día siguiente. El pastor y el recién llegado contrastaban de forma curiosa: el primero, bajito y rechoncho, vestía su eterna casulla azul; mientras que el forastero, enjuto y desgarbado, acudió con el rostro velado por una espesa bufanda blanca y enfundado en un voluminoso abrigo de pelo de camello, claramente excesivo para el clima aún templado de primeros de septiembre.

El pastor Edison lo presentó diciendo:

—Este es mi amigo el doctor Saül. Como te avancé por teléfono, ha hecho un largo viaje solo para conocerte. ¡Viene de Damas, nada menos!

—¿Damas? —Pascal no daba crédito.

—Así es. Soy el director de La Nueva Alianza en nuestro país.

—¿Allí también tienen una sede? —preguntó Pascal estupefacto.

—Es una larga historia. Estoy seguro de que le parecerá interesante. Verá, yo pertenezco a una familia muy rica y muy católica. Con apenas cuatro años, mis padres ya me sermoneaban sobre la vida eterna y cómo debemos prepararnos para ella. Precisamente por eso, a medida que fui creciendo, la idea se me fue antojando cada vez más horrible. De hecho, empecé a soñar con un mundo sin dios: adorar a una divinidad me parecía poner de manifiesto la debilidad

del corazón humano. Fantaseaba con un mundo donde, guiados tan solo por la razón, cada uno de nosotros se guardaría libremente de hacer daño al prójimo. Fundé una asociación de ateos y librepensadores, siempre dispuestos a cargar contra los creyentes. Un buen día, volviendo de Damas, de pronto escuché una voz atronadora y me llevé tal susto que me caí del caballo: «Saül, ¿por qué me persigues?».

—Esa historia me suena —rio Pascal—. Creo que ya la he escuchado en algún sitio.

—No me extraña —respondió Saül—. Es muy conocida. ¿Conoce usted el cuadro de Caravaggio titulado La conversión de san Pablo?

Avergonzado, Pascal confesó que no tenía ni idea de pintura.

—Venga conmigo al MoMa, si le apetece. Nueva York posee los museos más hermosos del mundo.

Saül prosiguió:

—A partir de entonces, cambié radicalmente de vida. Regresé a Damas para casarme como es debido con la mujer con quien llevaba años viviendo. En cuanto supieron andar, inscribí a nuestros hijos en una escuela religiosa. Hace ya tiempo abrí, con gran entusiasmo, una sede de El Arca de la Nueva Alianza, y ya contamos con muchos adeptos. Ese es, de hecho, el auténtico motivo de mi viaje: sería un gran honor que accediera usted a visitarnos. Pero el pastor Edison ya me ha explicado que, por desgracia, le resultará imposible acompañarme.

Las preguntas se agolpaban en la mente de Pascal: ¿cómo era posible que El Arca de la Nueva Alianza hubiera llegado a oídos de aquel hombre en un país oscuro e insignificante? ¿Qué sabía de Corazón Tejara? Se sentía paralizado por un extraño pudor y dejó que Saül continuara encadenando una anécdota tras otra:

—Una vez tuve que asistir a una mujer que acababa de sufrir un terrible accidente de tráfico. —Saül, al parecer, era médico—. Me

hicieron pasar a verla justo antes que al cura que iba a darle la extremaunción. Pero yo posé mis manos sobre su pecho y pronuncié su nombre en voz alta: «Pascal, Pascal». Porque ese es su nombre, ¿verdad? Al instante, la moribunda se levantó de un brinco, lozana y fresca como una rosa.

O también:

—Una mañana me llamaron unos parientes lejanos. Estaban desesperados porque su único hijo se había atragantado con unas semillas de lichi. Puse mis manos sobre su garganta. Se incorporó completamente curado y empezó a parlotear con voz alta y clara.

Al final de la visita, Pascal acompañó al pastor Edison y Saül hasta la boca de metro, preguntándose si habría estado a la altura de sus expectativas. Viendo que se disponían a ejecutar el saludo tradicional, Pascal los detuvo diciendo:

—¿A santo de qué esas reverencias? Soy vuestro hermano, no vuestro maestro ni vuestro mesías. Solo soy vuestro hermano.

Tras explorar todos los enclaves turísticos, Pascal se abandonó por completo al ritmo de la ciudad, corazón vivo y desbocado que latía sin descanso. La medianoche solía sorprenderlo ensordecido por el clamor de los vehículos, perdido en mitad de multitudes que se dirigían no sabía a dónde. La víspera de su partida por fin consiguió regresar a la discoteca The Blue Cacatoes. Llevaba días buscándola en vano. Seguía sin caber ni un alfiler, pero la cantante era otra. Se trataba de una mujer más mayor y entrada en carnes. Sin embargo, las canciones que brotaban de sus labios sonaban idénticas: vibraban con la misma mezcla de desesperanza y fe inquebrantable. Pascal pidió un whisky Glenfiddich y se sintió conmovido hasta la médula escuchándola cantar: Sometimes I feel like a motherless child…

Cuando se decidió a marcharse, se tropezó en la acera con un anciano negro que no parecía estar pidiendo, pero cuyo rostro

transmitía una tristeza y una desolación inmensas. Abrió su cartera, sacó el fajo de billetes que contenía y se lo entregó. El viejo no daba crédito. «Así al menos le habrá tocado la lotería una vez en su vida», se dijo Pascal mientras caminaba de regreso al hotel.

■

[34]. Traje típico confeccionado con madrás (tela estampada con cuadros de vivos colores). Suele combinarse con un tocado hecho con este mismo tejido, cuya forma varía en función del estatus de la mujer que lo luce y de la ocasión.

37

Cuando llegaron a Recife, sobre las once de la noche, el aeropuerto aún bullía de actividad y estaba completamente iluminado. Hacia el final del viaje Espíritu había puesto el piloto automático y, recostado en un diván, no tardó en sacudir la cabina con sus escandalosos ronquidos. Pascal temblaba de angustia y sentía el corazón cada vez más encogido, temiendo que en cualquier momento pudieran naufragar en la oscuridad y encontrarse en esa orilla a la que nadie desea llegar antes de tiempo.

Espíritu se despertó de golpe poco antes de la llegada, justo a tiempo de retomar los mandos. Aterrizaron sin complicaciones. Pascal sintió una extraña tristeza al separarse del jet privado que tan fielmente los había transportado y dejarlo en manos de aquel equipo de mecánicos, aunque lo cierto es que parecían serios y competentes. Se iba adentrando cada vez más en un terreno desconocido por el que no sabía moverse.

Ya era noche cerrada y soplaba un vientecillo fresco. Los oficiales y policías de la aduana dieron la bienvenida a Espíritu con respetuosa familiaridad, como al hijo pródigo que regresa al país después de una larga ausencia. Sin embargo, los demás viajeros lo miraban atónitos. Los niños, sobre todo, se desternillaban al verlo. Pascal nunca se había parado a considerar hasta qué punto su acompañante tenía, en efecto, un aspecto cuanto menos sorprendente. Además de su atuendo —traje de rayas anticuado abotonado hasta el cuello y botas de charol de caña alta—, sobre todo llamaban la atención sus ademanes y su constitución: ese atisbo de joroba en su espalda. Espíritu, por su parte, no parecía conceder ninguna importancia a las reacciones que despertaba y caminaba como si nada, con paso firme y maleta en mano. Los taxis aguardaban en fila frente al aeródromo y ambos hombres se

subieron a un Mercedes.

Los Tejara vivían en Mangistu, un barrio elegante y señorial. Llevaban en la misma casa desde el siglo XVII, cuando empezaron a granjearse su fama de acérrimos defensores de los pobres. La casona en cuestión tenía innumerables estancias, vastas y decoradas con cuadros de grandes maestros. Salió a recibirlos una pareja de criados, que saludaron a Espíritu con dos besos como si fueran de la familia. Luego se dirigieron a Pascal en un francés perfecto:

—¿Ha tenido buen viaje?

Espíritu intervino:

—Te presento a Margarita y Hermenius.

Aunque ya era bastante tarde, los criados propusieron cenar algo, pero los viajeros rechazaron la oferta. Espíritu tomó a Pascal del brazo y lo condujo a la primera planta.

—Aquí vivía mi padre, ¿verdad? —preguntó Pascal.

—Sí—respondió Espíritu—. Esta fue su habitación hasta los diecisiete o dieciocho años. Después la utilizó una de nuestras tías. Pero mañana será otro día. Mañana empieza lo serio.

Una vez a solas, Pascal se asomó al balconcillo de la habitación, que daba a la inmensidad del jardín. No se veía la luna, oculta tras las nubes de color tinta que jugaban a perseguirse por el cielo. Volvía a refrescar y Pascal tuvo el inquietante presentimiento de que aquel viaje tampoco sería como se imaginaba. Al mismo tiempo, agradecía aquel viento frío y la opacidad reinante, que le procuraban cierta calma. No había olvidado que, la víspera de su partida, sus vecinos habían vuelto a vaciarle los cubos de basura en el jardín. Estuvo fumando un Lucky Strike tras otro hasta que, por fin, se resignó a acostarse.

En la mesilla de noche descubrió la fotografía de un adolescente

bastante guapo, de melena rizada y ojos almendrados que resplandecían de inteligencia. Iba vestido de manera más bien moderna, aunque tampoco era posible afirmar con certeza de qué época databa la instantánea. ¿Quién sería? ¿Corazón Tejara, tal vez? Pascal creyó adivinar cierto parecido entre el desconocido y él mismo. Como jamás había visto ningún retrato de su padre, nunca se lo imaginaba con los mismos rasgos. Unas veces lo veía guapo y otras poco agraciado, con un mostacho ridículo que le había sugerido Sarojini. Al colocar su ropa en el armario, encontró cuatro álbumes de fotos numerados y los abrió a toda prisa. ¡Por fin! Ahí estaba el dichoso Corazón Tejara. Todos los Corazón Tejara que quisiera, de hecho: el atractivo, con actitud algo chulesca, siempre escoltado por alguna hermosa jovencita; el intelectual, enfundado en un traje Mao de cuatro bolsillos y con un pesado maletín en la mano; y, por supuesto, el mago, ataviado con una amplia toga. No faltaba ni uno.

Pascal se durmió encantado, convencido de que por fin conocía algo mejor a su progenitor, y tuvo un sueño que habría hecho las delicias de Albertine. Se encontraba frente a una enorme montaña recubierta de espesa vegetación y no sabía cómo llegar al otro lado. Soñar que uno se enfrenta a una montaña, habría interpretado la madre de Albertine con tono sentencioso, significa que la vida está a punto de poner un obstáculo insuperable en nuestro camino.

Hacia las diez de la mañana Espíritu sacó a Pascal de sus ensoñaciones. Se sentó al borde de la cama con uno de sus eternos puros entre los labios:

—Haz un esfuerzo por comprenderme —dijo—. Tu padre se marchó hace ya unas cuantas semanas, y te ha dejado vía libre para sucederlo como tú consideres.

—¿Quieres decir que esta vez tampoco lo veré? —preguntó Pascal, intentando no perder los estribos. Llevaba mucho tiempo esperando aquel encuentro. Como Espíritu no respondía, insistió:

—Te pido que me expliques con claridad qué diantres significa eso de que mi padre se ha marchado. ¿Qué quieres decir en realidad? ¿Que se ha ido de Recife? ¿Que está muerto?

—Si te diera una respuesta afirmativa —dijo Espíritu—, ¿qué significaría? Ya te lo he dicho: todo depende del sentido que cada cual quiera darle a la palabra «muerte». Para algunos, no es más que una separación provisional; para otros, la puerta de entrada a otra realidad. Me estoy acordando de un poeta que escribió que los muertos no están muertos. Era africano, si no me equivoco; se llamaba Birago Diop. Lo conoces, ¿verdad?

—¡Basta ya de andarse por las ramas! —exclamó Pascal, fuera de sí —. Respóndeme sí o no.

—Sí, no… Te repito que, en este caso, las palabras no quieren decir nada —insistió Espíritu—. Pero bueno, ya que te empeñas, te diré que sí.

Pascal se levantó y salió al balconcillo para evitar abalanzarse sobre Espíritu y molerlo a palos. ¿Y ahora qué? ¿Qué sería de él? Se encontraba perdido en un país extranjero cuya lengua y cuyas costumbres desconocía. ¿A quién recurrir? ¿Quién podría ayudarlo? Decidió regresar a la habitación.

Espíritu seguía donde lo había dejado. Apoltronado en la cama, lo recibió con una de sus inconfundibles sonrisas.

—Lo mejor será —declaró— que bajemos a desayunar. La gastronomía brasileña es una delicia, ya verás. Tenemos la suerte de contar con Margarita, que lleva años cocinándonos auténticos manjares. Fue amante de tu padre durante una temporada, ¿sabes? De ahí que se sienta como en casa.

Sin mediar palabra, Pascal lo siguió hasta la planta baja.

El comedor era tan elegante como el resto de la vivienda y estaba decorado con ramos de unas flores violáceas que Pascal nunca había visto antes. Se sentó en una silla dispuesta junto a una mesa de

ratán verde y blanco. Espíritu siguió parloteando durante todo el desayuno: una verborrea vacía y superficial cuyo único objetivo era ahuyentar el silencio e impedir que Pascal diera rienda suelta a su cólera y a su decepción.

—Esto —decía Espíritu— es mermelada de mango. Para hacerla bien hay que cosechar las frutas en su punto justo, es decir, maduras pero no demasiado; de lo contrario, te sale un puré insípido.

En torno al mediodía, Pascal salió dispuesto a descubrir la ciudad. Recife tiene mucho encanto, y destaca sobre todo por la frondosidad de sus árboles, que siempre parecen recién barnizados y recuerdan a los cuadros de Françoise Sémiramoth. Sin embargo, Pascal ni se inmutó ante tal belleza. No dejaba de preguntarse si no debería regresar cuanto antes a su país. Al mismo tiempo, algo le decía que su aventura no había terminado. Antes de poner el punto final, aún le quedaban dramas por vivir.

El centro de Recife se encuentra en una curiosa isla a la que se accede mediante una serie de puentes. Pascal decidió cruzar por uno de ellos y, a mitad de camino, se acodó en la barandilla para observar el borboteo del agua a sus pies. Luego siguió callejeando sin rumbo fijo hasta llegar al barrio más horrendo que había visto en su vida. Adivinó que se trataba de una favela, la única palabra brasileña que conocía. Contempló perplejo los árboles enclenques de las aceras, las fachadas leprosas de los edificios construidos con materiales insólitos y desparejos. La madera se mezclaba con hierro, bloques de cemento y pedazos de plástico. En las calles angostas y mal pavimentadas se hacinaba una multitud harapienta: las mujeres hacían cola en las fuentes, como en los países subdesarrollados, y los niños chutaban el balón con la esperanza de convertirse en el nuevo Pelé. Fiel a su costumbre tropical, el sol vertía con indiferencia sus abundantes rayos sobre aquella miseria. Era peor que meterse en un horno. A la mañana siguiente, Pascal y Espíritu se pusieron en marcha hacia Asunción.

38

Pascal conservaba un recuerdo triste de El Dios Escondido. Recordaba el ashram como una mole sin gracia, rectilínea, con un tejado plano que albergaba tanto alojamientos particulares como auditorios para conciertos de música, coloquios y conferencias.

En tan solo un par de años el lugar se había renovado por completo, gracias al generoso donativo de un americano de Nevada que también quería cambiar el mundo. Ahora contaba con una serie de coquetos chalés de una o dos habitaciones que se elevaban sobre árboles podados con mimo y rodeados de parterres de flores multicolores. La joya absoluta de tan ambicioso proyecto de restauración era una fuente tallada en vidrio espeso de color azul. El agua irisada brotaba en cascada de sus caños y caía en un pilón con forma de concha.

Espíritu acompañó a Pascal hasta el chalé donde se alojaría, una elegante construcción con una amplia cristalera que daba al jardín y estaba decorada con los inevitables retratos de Nelson Mandela, Mahatma Gandhi, el papa Juan Pablo II y demás soñadores que en algún momento hubieran imaginado un mundo mejor.

Después se encaminaron hacia la recepción. A pesar de su apellido italiano, el nuevo director, Sergio Stefanini, había nacido en Asunción. Tenía cuerpo de atleta, pues en su tiempo libre entrenaba a un equipo de natación compuesto por adolescentes de ambos sexos —Los Pingüinos— muy conocido en Brasil. También él hablaba francés perfectamente, lo que hizo que Pascal se sintiera muy inferior por no saber una palabra de portugués.

El director, solícito, murmuró:

—Al parecer, eres el hijo de nuestro difunto líder. Ardo en deseos

de escuchar tu mensaje.

«Difunto», pensó Pascal. ¿De modo que así era? ¿Corazón Tejara estaba muerto y enterrado? ¿A qué mensaje se refería? Él aún no había hecho nada.

Justo entonces, como para darle la razón a Sergio, un nutrido grupo de hombres y mujeres, claramente indios, entraron en masa en la recepción. Tras unos instantes de cuchicheos y miradas furtivas, saludaron a Pascal con sumo respeto, ejecutando la odiosa reverencia tradicional. Por suerte, no tardaron en desalojar la entrada y dirigirse a una de las salas de conferencias.

Como de costumbre, Espíritu tenía mucha prisa: debía regresar a Recife lo antes posible. Una vez a solas, Sergio y Pascal cruzaron el jardín hasta el bar-restaurante La Puerta Estrecha, una de las novedades más celebradas del lugar. Allí, clientes nórdicos de largas melenas lacias se codeaban con latinos morenos y rechonchos, y con mestizos de todo tipo. Se veían incluso africanos ataviados con largas chilabas musulmanas y babuchas de cuero flexible. Pascal y Sergio se sentaron a una mesa apartada.

—¿Te gusta la natación? —preguntó el director, sin rodeos—. Si te interesa, quedas invitado a acompañarme dentro de un rato al entrenamiento de mi equipo.

—¿Dónde entrenan? ¿En el Lago Azul?

—¡Anda! —exclamó Sergio, divertido—. ¿Ya lo conoces? En efecto, allí es.

De camino al Lago Azul, Pascal rememoró emocionado todas las horas que había pasado con Sarojini en esa misma carretera. Recordó a aquel anciano del carrito a pedales que vendía granizados de horchata, al apicultor que vivía por allí cerca y anunciaba las virtudes de su miel con un cartel inmenso. El Lago Azul conservaba su encanto. Tres piscinas azuladas se sucedían a lo

largo del paseo marítimo y, en una de ellas, reservada para la natación sincronizada, un grupo de jovencitas pirueteaba con gracia.

Pascal y Sergio entraron en los vestuarios, donde los esperaba un pequeño grupo de adolescentes.

—Estos son mis chicos —anunció Sergio, señalándolos.

El capitán de Los Pingüinos se presentó con un aplomo que a Pascal le produjo cierto rechazo:

—Me llamo Jorge —dijo—, como el escritor Jorge Amado. A mi madre le encantaba: hemos leído todos sus libros y visto todas las películas americanas que existen sobre él. Lo conocerá, ¿verdad? Si no, le aconsejo que pare en la primera librería que se encuentre.

A Pascal no le hizo ninguna gracia aquel tono chistoso, pero supo disimularlo.

Sergio y él siguieron al equipo hacia una de las piscinas, y los dos hombres se sentaron a la sombra de un árbol para protegerse del calor. Estuvieron en el Lago Azul tanto tiempo que, cuando al fin salieron, ya estaba empezando a caer la noche. Era la hora preferida de Pascal: sentía cómo el ocaso acariciaba su frente con suavidad y el mistral parecía cantar solo para sus oídos.

Los días siguientes transcurrieron idénticos, según un esquema inmutable. Se despertaba tarde y tomaba un desayuno copioso que le hacía las veces de comida. Se convirtió en cliente habitual de La Puerta Estrecha, pues los viernes servían una feijoada excelente. Por las tardes, acudían a sus clases tantos estudiantes que los últimos en llegar debían sentarse en el suelo.

¿De qué daba clase? A Pascal le había costado lo suyo encontrar un tema: tras mucho cavilar, terminó decantándose una vez más por reflexionar sobre su experiencia en Caracalla. Intentaba explicar el porqué de su huida. ¿Le había dado miedo que lo juzgaran y

condenaran? ¿Lo había aterrorizado la posibilidad de la muerte? ¿Por qué los esfuerzos de los mondongos para construir un mundo mejor no terminaban de cuajar? Quizá no lo estaban enfocando bien. ¿Era solo cuestión de construir un mundo sin alcohol, sin tabaco, sin propiedad privada y sin adulterio donde todos los hombres fueran iguales ante la muerte? ¿No se estarían olvidando de lo esencial? ¿En qué consistía exactamente lo esencial? Esa era la pregunta para la que él no encontraba respuesta.

Los estudiantes lo interrogaban apasionadamente. Ellos tampoco entendían por qué Pascal había huido de Caracalla, en lugar de quedarse para intentar aclarar la verdad sobre la muerte de Amanda y desenmascarar al culpable. Pensaban que se había comportado como un cobarde y Pascal no podía defenderse, puesto que con el paso del tiempo él mismo fue empezando a hacerse ese reproche. Tal vez los estudiantes tuvieran razón. Habría debido defender a Amanda y reclamar justicia.

Después de las clases asistía a conciertos de música que le recordaban a las veladas de Caracalla, cuando iba con José a escuchar a grupos de rock, óperas o bandas de música popular: zouk, compas, highlife, reggae…

Desde que llegó a Castera también se acordaba mucho de Sarojini. ¡Y pensar que nunca se había dignado a responder a ninguna de sus cartas! El recuerdo de su belleza deslumbrante y el sonido de su voz perduraba imborrable en su mente. Recordaba aquellos relatos suyos, a la vez trágicos y graciosos. Por ejemplo, la historia de cuando los intocables, hartos de malvivir con salarios ridículos, se habían puesto en huelga. Las letrinas y orinales empezaron a rebosar, y un hedor insoportable se extendió por toda la ciudad. Pero resultó que una mañana, al despertarse, los habitantes descubrieron en los jardines y las terrazas un sinfín de rosas cuya fragancia devolvió al mundo su belleza. Aquel milagro puso fin a la huelga.

Pascal no dejaba de preguntarse por qué en el ashram nadie más parecía recordar con cariño a Sarojini. Tan solo había escuchado comentar que la joven había cambiado de trabajo: ya no era una

simple enfermera en el hospital de Jaipur, sino que dirigía una asociación de mujeres. Porque ¿no han sido las mujeres intocables eternas, en todos los rincones del planeta? El único derecho que se les reconoce por igual es el derecho al dolor.

Una noche, desesperado, le escribió una carta —otra de tantas— donde le comunicaba que se encontraba en el ashram y evocaba los momentos felices que habían compartido.

Como era de esperar, enseguida trabó amistad con Sergio Stefanini. Pascal le contaba su vida: cómo lo acusaron injustamente de haber organizado un atentado, cómo por eso se vio obligado a huir de su país para refugiarse en Caracalla. Cómo allí, una vez más, lo acusaron injustamente de mantener una relación ilícita con la joven que servía en su casa. Y cómo, temiendo por su vida, al final volvió a fugarse, cosa que sin duda podía parecer de lo más cobarde.

Tenía la esperanza de que, sincerándose de aquel modo con Sergio, podría aclarar sus ideas y poner cierto orden en el caos de su vida. Por desgracia, resultó que su interlocutor, a pesar de escucharlo con gran atención, tan solo le brindaba los consejos más banales:

—Tu problema es que te preocupa demasiado lo que piense la gente. Cada cual debe hacer lo que considere justo e ignorar la opinión del prójimo.

Solían quedarse charlando hasta que caía la noche, y entonces cruzaban el ashram en diagonal y tomaban un último trago en La Puerta Estrecha, que siempre estaba atestada de estudiantes.

Al regresar a casa una madrugada, se encontró con que alguien había deslizado un sobre bajo la puerta del chalé. Era una carta de María, que solía escribir cada poco contándole las novedades de su país. La abrió sin imaginarse que una auténtica bomba estaba a punto de estallarle entre las manos: a Judas Éluthère se le había quedado pequeña la isla. Ya no presidía Le Bon Kaffé: el presidente de la República acababa de nombrarlo ministro de Cohesión Social.

Cohesión Social. ¿Y eso qué era?, se preguntaba Pascal, estupefacto. Luego recordó los discursos de Judas contra el comunitarismo, que contaban con la total aprobación del Gobierno en París. El comunitarismo era el peor de los males: una amenaza en toda regla para la democracia y la unidad nacional. Aquella postura tendría hasta gracia de no ser tan peligrosa. En cualquier caso, Judas Éluthère era ahora omnipotente y podía hacer lo que le viniera en gana. María se despachaba a gusto contra su antiguo amigo, el lobo disfrazado de cordero. Pascal hizo trizas la carta. Aquello ya no era asunto suyo. Tenía una misión que cumplir, aunque no supiera exactamente qué era lo que se esperaba de él.

39

Pronto Pascal no pudo soportar el respeto o, mejor dicho, la devoción con la que todos lo trataban: niños y niñas, jóvenes y viejos, todos se inclinaban casi hasta el suelo nada más verlo. Uno de sus estudiantes, François, llegó incluso a publicar un panfleto titulado Los aforismos de Pascal.

Al hojearlo, le invadía un sentimiento muy parecido a la vergüenza. «¿De veras he dicho todas estas sandeces?», pensaba. Había un aforismo que rezaba: «Es preciso conservar el corazón puro como el de un niño. Ese es el deseo del creador». Y otro: «No guardes rencor a quien te hizo daño. Al contrario: abre tus brazos y abrázalo con fuerza». Aunque se negaba categóricamente a comentar el libro en público, no le quedó más remedio que firmar un sinfín de ejemplares.

Y así llegó el mes de septiembre. Dio comienzo la estación de las lluvias. Según los meteorólogos, no se registraban aguaceros así desde 1920. Resultaba imposible distinguir el día de la noche. Llovía sin cesar, como si el cielo jamás fuera a cansarse de verter semejante diluvio sobre la tierra.

Una mañana Pascal recibió otra carta que devolvió la luz a su corazón. No la firmaba María, sino la secretaria de Sarojini: preguntaba si su jefa, que se encontraba dando una serie de conferencias por todo el mundo, podía acudir al ashram. Las charlas giraban en torno al caso de Barati Mukerjee, una chica de catorce años a quien habían casado por la fuerza con un anciano de setenta y cinco. Una noche, cuando el vejestorio se disponía a ejercer su derecho conyugal, la joven lo apuñaló. El suceso había creado mucha polémica y ocupado la primera plana en todos los diarios. Siguió un juicio interminable con un jurado popular que terminó

reconociendo que Barati había actuado en legítima defensa y declarándola libre como el aire. Sarojini celebraba la sentencia como una victoria decisiva para las mujeres no solo de la India, sino del mundo entero. Pascal corrió en busca de Sergio y lo encontró ordenando una montaña de papeles. Este le comunicó que, en efecto, también él había recibido una carta similar y se disponía a responder afirmativamente.

Así que era oficial: Sarojini iba a regresar a Castera. Pascal se sentía como en una nube. En los días siguientes empezó a comportarse como si hubiera perdido la cabeza. Redecoró el chalé de cabo a rabo: cambió la alfombra por otra más mullida, llenó las paredes de reproducciones de Matisse y escogió una colcha de seda damasquinada para vestir su cama. Después empezó a dudar de su propio atractivo. ¿Habría envejecido demasiado durante todos aquellos años lejos de Sarojini? ¿No había engordado, no tenía más barriga? Sergio trató en vano de convencerlo de que seguía siendo muy seductor, pero Pascal hizo oídos sordos. Comenzó a nadar todas las mañanas en el Lago Azul, retomó sus caminatas diarias e incluso contrató a un entrenador para que, a base de pesas y bicicleta estática, lo ayudara a recuperar la juventud y los abdominales perdidos.

La euforia de Pascal era tal que hasta llamó a Espíritu por teléfono para compartir su alegría e invitarlo a Asunción. Pero hete aquí que, unas semanas después, en mitad de los preparativos, recibió otra carta de la secretaria de Sarojini: esta vez lo informaba de que, tras varias semanas desaparecida, habían encontrado a Barati sin vida en el claro de un bosque, medio devorada por animales salvajes. El asesino seguía suelto. Pascal se sintió morir. Intentó ponerse en contacto con Sarojini, pero no lo consiguió y terminó por aceptar que el ansiado reencuentro no se produciría.

Alertado por Sergio, Espíritu se presentó en Castera. Había conseguido apagar el destello burlón de su mirada y borrar el rictus sarcástico de sus labios. De hecho, parecía estar de luto. Venía escoltado por un tal Antonio, que había pilotado su jet privado desde Recife. Era un joven francamente guapo, con una sonrisa angelical y una larga barba bien peinada que le llegaba casi hasta el pecho. Tenía aspecto de arcángel. Del arcángel san Miguel, por

ejemplo. Espíritu le planteó a Pascal tres posibilidades: regresar con él a Recife, o bien visitar Río o Sao Paulo, ambas ciudades fascinantes y muy valoradas por los turistas.

Por desgracia, Pascal no sentía el menor deseo de viajar y rechazó categóricamente las tres ideas. Se pasaba el día entero regodeándose en su dolor y preguntándose si la única salida no sería volver a su país y vivir en el anonimato. En esas estaba cuando Espíritu volvió a la carga con una nueva propuesta:

—Tu padre, Corazón Tejara, poseía una casa en la isla de Sanisabel. Muchos la consideran un mundo aparte. Perteneció a tres gobiernos diferentes hasta que, en 1910, se declaró independiente. Excepto por el hecho de que sus habitantes hablan portugués, hoy no tiene nada que ver con Brasil. Corazón no solo tenía una casa en Sanisabel: aquel lugar era su feudo, su reino. Siempre se refugiaba allí para reflexionar cuando tenía algún problema. Podrías seguir su ejemplo.

Para sorpresa de todos, Pascal aceptó la oferta. En los últimos tiempos había debido encajar demasiados acontecimientos difíciles: el ascenso de Judas Éluthère a ministro de la República, la muerte de Barati Mukerjee, protegida de Sarojini.

Al día siguiente subió con su tío Espíritu a bordo del jet pilotado por Antonio. Gracias a este último, se esfumó de un plumazo el temor de los viajes precedentes. Tan solo la tristeza continuaba anegando su corazón. Se tumbó en un sofá y durmió como un tronco durante las cinco horas de vuelo. Después de numerosas turbulencias, tormentas y nubarrones negros de lluvia, el cielo volvió a brillar azul como un vestido recién lavado. Poco a poco, Pascal se fue animando. Esta vez, Espíritu sí que lo había rescatado.

Los tres hombres llegaron a Sanisabel al atardecer. Los últimos rayos de sol iluminaban un paisaje pedregoso y repleto de cactus pero con cierto encanto. Bajo la caricia del ocaso, los bloques de piedra adquirían delicados matices malvas y parecía como si la mar

se obstinara en lamer con fruición cada confín de aquella tierra.

La República de Sanisabel no escondía en absoluto sus convicciones. No solo el aeropuerto se llamaba Aeropuerto Corazón Tejara, sino que en la terminal colgaba un retrato inmenso del mesías, ya barrigudo y entrecano, ataviado con su eterna túnica azul.

Tomaron un taxi en el aparcamiento. La piel del conductor era de un color inesperado para aquellas latitudes: un negro oscuro que contrastaba con los tonos más tostados o amarillentos de los mestizos brasileños. Pascal, intrigado, no pudo contenerse y preguntó:

—¿De dónde es usted?

El taxista arrancó y respondió como si nada:

—De Dakar, ¿de dónde voy a ser?

Atónito, Pascal no supo responder.

El taxi tardó más de una hora en alcanzar el pueblo de Sanisabel. Allí, las casitas de piedra azulada, tocadas con pesados sombreros de chapa o teja, sonreían entre rosas de Cayena o alamandas amarillo chillón. El conjunto era de lo más seductor.

La casona de Corazón Tejara parecía sacada de un sueño: era alargada y baja como las mansiones californianas, con amplios ventanales y rodeada por un porche donde un hombre, una mujer y un niño esperaban a los visitantes tomados de la mano. Al igual que el taxista, los tres eran de un negro oscuro que sorprendió a Pascal. ¿Serían senegaleses también? Una enorme sonrisa iluminaba sus rostros como la luna creciente una noche cerrada. Se presentaron:

—Yo soy Saliou, ella es Aminata y el pequeño es Amin, nuestro hijo. Somos de Senegal.

Amin era un niño de lo más adorable. Su cabecita redonda parecía

moldeada por las caricias de su madre. Estaba para comérselo: sus ojitos brillaban y su boquita de encías malvas dejaba entrever unos graciosos dientes de leche, torcidos de un modo encantador.

Espíritu, Pascal y Antonio dieron buena cuenta del delicioso arroz que Aminata les sirvió mientras les explicaba:

—Me las he apañado para preparar una thiéboudienne con el pescado que se vende por aquí. No está a la altura de la que se come en Senegal, claro, pero creo que no ha quedado mal del todo.

Pascal se atrevió entonces a formular en voz alta la pregunta a la que llevaba dándole vueltas desde su llegada:

—¿Cómo es que habéis terminado aquí? —le preguntó a Saliou.

—Es una larga historia —respondió este—. Hace falta tiempo para contarla y, sobre todo, para escucharla. ¿Estáis dispuestos?

Pascal asintió y el hombre dio comienzo a su relato:

—Al principio todo era perfecto. Las cosas iban bien en nuestro país. Lo dirigía el político más destacado de toda África. Además de presidente, era un poeta incomparable cuyos versos se estudiaban en las escuelas, incluso en las francesas: «¡Mujer desnuda, mujer negra, vestida del color mismo de la vida, de la forma de la belleza! Crecí en tu sombra, la dulzura de tus manos tapándome los ojos. Y en el corazón del verano y el mediodía, hoy te descubro, tierra prometida, desde lo alto de un alto calcinado, y tu belleza me fulmina en pleno corazón como el relámpago del águila».[35] Como ves, no se me han olvidado. Por desgracia, todo cambió tras su muerte. Nos vimos sumidos en la miseria. Nuestro pueblo intentó sobrevivir por todos los medios y muchos se vieron obligados a abandonar el país en avión, en barco… Incluso en patera. Algunos compatriotas murieron en el intento. Otros tuvieron la suerte de llegar con vida a Europa. Allí fue donde los nuestros escucharon hablar de una antigua tradición: en Brasil antaño se fabricaban corchos con cierta variedad de alcornoque. Hacía tiempo que la técnica estaba en desuso, pero con tesón y empeño sería posible resucitarla. De modo que los senegaleses acudieron en manada. Muchos se trajeron consigo a sus mujeres e hijos. Y esta es la razón

por la que hoy vivimos aquí, tan lejos de nuestro país de origen. Tuvimos que elegir entre exiliarnos o morirnos de hambre en nuestra tierra.

[35]. Versos de Léopold Sédar Senghor, en Léopold SÉDAR SENGHOR (2021): Antología de la nueva poesía negra y malgache en lengua francesa. Precedida de Orfeo negro de Jean-Paul Sartre. Trad. y notas de Martha Asunción Alonso, Barcelona, Ed. Ultramarinos.

40

Cuando ya ni se lo esperaba, a Pascal se le presentó la oportunidad de cumplir su viejo sueño de fundar una escuela. Y es que los migrantes no solo eran adultos: había también adolescentes y casi cuarenta niños que, arrastrados por sus padres al exilio y el desarraigo, se encontraban con las manos vacías. Pues la migración implica una desposesión total, idéntica a la que golpeara el continente africano hace cuatro siglos.

En un alarde de dudosa generosidad, la alcaldía de Sanisabel había cedido a los migrantes una serie de hangares en desuso pomposamente rebautizados como Centro Educativo Gilberto Freyre. Allí estudiaban, separados por niveles, los niños y los adolescentes. Los primeros aprendían nociones de portugués a base de ver una y otra vez los mismos vídeos de cuentos, que apenas comprendían pero que al final terminaron gustándoles de todas formas. El gran favorito era A bela e o monstro: la historia de una preciosa joven perseguida por un ogro. Ella lo rechazaba, pero al final el monstruo se metamorfoseaba en príncipe azul y ambos se fundían en un beso de amor verdadero. ¿Cómo se llamaba el cuento? Ninguno de los alumnos era capaz de quedarse con el título. Aun así, lo pedían a grito pelado.

A Pascal se le ocurrió abrir un jardín de infancia. Solicitó permiso a las autoridades para dar clases de francés a los más jóvenes de aquella colonia de desheredados y enseñarles que poseían una lengua propia. No importaba cómo la hubieran adquirido, si durante la colonización o en el exilio: el caso es que era suya. Su instrumento para soñar y crear; para construir imágenes, sonidos y belleza. Dio con un funcionario que solo se preocupaba de que las solicitudes estuvieran en regla, de manera que su petición fue aprobada.

Y así, sin ninguna dificultad, Pascal recibió la ansiada autorización. Bautizó su jardín de infancia como El Trigo Tierno, no tanto porque le gustara Colette, a quien apenas había leído, sino porque el nombre le parecía contener la promesa de un porvenir rico y fecundo. Sustituyó las insípidas canciones infantiles por poemitas que seleccionaba con mimo, por ejemplo: «Vayamos, linda, a ver si la rosa…».[36] Puso especial empeño en redactar un libro de iniciación a la lectura basado en las heroicas aventuras de un muchacho que se maravillaba ante la riqueza de los territorios marginales del mundo. Como no estaba acostumbrado a tratar con niños, los tenía idealizados. No se esperaba tener que lidiar con tanta disipación y con semejantes ataques de risa floja. Pese a todo, intentó transmitirles una imagen del mundo lo más completa posible. Siempre había intuido que la infancia es la edad clave para cambiar las cosas, antes de que la madurez nos anquilose por completo el cerebro y el corazón.

Contrató como ayudante a una joven que, al principio, tan solo se ocupaba de disponer las tizas en las aulas y fregar el suelo. Se llamaba Awa y tenía veinte años recién cumplidos, aunque no aparentaba más de quince. Un día, al entrar en el aula de solfeo, Pascal la escuchó tararear un poema de Verlaine. Ella misma le había puesto música: «El cielo, por encima del tejado, / qué azul, qué calmo…».[37] La muchacha se calló al instante, como si acabaran de sorprenderla cometiendo una falta imperdonable; y tartamudeó:

—Aprendí a tocar el piano con madame Noël, la vecina de mi madre en Ziguinchor. Era francesa y nos daba clases a los niños del barrio.

A partir de ese momento, Pascal y Awa empezaron a trabajar codo a codo. Ella musicaba poemas y él se los enseñaba a los alumnos. En su fuero interno, Pascal sabía que la había escogido por su sorprendente parecido con la difunta Amanda, a quien seguía llevando en su corazón y cuyo recuerdo le dolía como una astilla en una herida abierta. Las curvas de Awa eran igual de generosas y también tenía siempre una sonrisa que le iluminaba la cara. La joven había llegado a Sanisabel con sus hermanos mayores, Hassan

y Cheikh, que no eran nada felices en Brasil y deseaban con todas sus fuerzas emigrar a Inglaterra.

Cada vez que oía hablar del asunto, Pascal se llevaba las manos a la cabeza.

—Tus hermanos están locos de remate. ¿No saben lo lejísimos que está Inglaterra?

—Bueno, a mí tampoco me parece descabellado. Es cuestión de organizarse bien —replicaba Awa, que no toleraba que nadie criticara a sus queridos hermanos—. Basta con encontrar un contacto de fiar, alguien que tenga un barco en condiciones y los lleve a buen puerto.

Pascal insistía:

—¡Menuda ocurrencia, irse a Inglaterra! Es uno de los países más racistas del mundo.

Awa se encogía de hombros.

—Todos los países de Europa son racistas. Eso no nos va a detener. Además, en Plymouth vive el hermano de mi madre, así que no estaremos solos. Nos ha prometido que nos ayudará a encontrar trabajo.

Pascal lo dejó estar, pues la discusión no iba a ninguna parte.

Un día Pascal estuvo una hora esperando a Awa en el aula de música, pero ella no se presentó a la cita. Justo cuando ya se marchaba, disgustado, Pascal se la cruzó en el patio. Venía empapada en sudor y con la ropa hecha jirones.

—Unos chicos me han estado persiguiendo —explicó llorando—. Han dicho que me van a matar.

Pascal descubrió con sorpresa que los nativos de Sanisabel despreciaban a los migrantes y no desaprovechaban ni una sola ocasión para invitarlos a largarse por donde habían venido. La

fraternidad con la que había soñado era un mero espejismo: no existía. En su lugar reinaban el odio y el desprecio, solo ellos, siempre ellos.

Pascal se convirtió en guardaespaldas de Awa. La acompañaba al cruce donde vendía castañas asadas, la escoltaba hasta su casa. Sobre una cómoda había una hilera de fotos de la familia que se había quedado en Senegal, y Awa siempre las señalaba llorando:

—Esa de ahí es mi abuela —decía—. Preparaba el arroz con pescado como nadie. Esa otra es mi madre. Ha parido seis hijos, ¿sabes? Nadie lo diría, está como una sílfide. Y ese es mi padre, que se cayó de un árbol y ya no hace nada. Se pasa el día tendido en una tumbona.

Al final pasó lo que tenía que pasar. Una noche Pascal y Awa terminaron en la misma cama. Pascal nunca se había acostado con una mujer tan joven —tanto María como Albertine le sacaban bastantes años— y no pudo evitar sentirse un poco como un maestro imponiendo su autoridad a una alumna joven e indefensa. Se preguntaba si a ella le intimidaría la idea de estar con un hombre mayor y con tanta experiencia. Sobre todo, Pascal nunca había estado con una persona tan inculta.

No era solo que Awa ignorara que la Tierra tiene veinticinco mil millones de años y que Galileo fue condenado por atreverse a pensar que era redonda: no, la joven transfiguraba el universo a su antojo, otorgándole una vida alternativa que dejaba atónito a Pascal y llegaba incluso a infundirle pavor. Awa creía, por ejemplo, que la noche estaba habitada por un sinfín de espíritus malignos, siempre dispuestos a incordiar a los humanos. Se sobresaltaba con el menor ruido.

—¿Has oído eso? —murmuraba.

—Era un coche cruzando el bulevar —respondía Pascal.

Awa sentía presencias ocultas en la naturaleza. Cuando Pascal la llamaba cariñosamente «mi pequeña hada», protestaba:

—¿Hada? Yo no soy un hada. En mi país las hadas no existen. Como mucho, si quieres, puedes llamarme djinn.

Una noche, después del amor, Pascal sintió la necesidad de sincerarse, de explicarle por qué se encontraba en aquel país tan lejos del suyo cuyo idioma era incapaz de hablar. De manera que se puso a contarle los rumores sobre su origen. Ella escuchó con los ojos cerrados, como si el relato fuera de lo más apasionante. Cuando Pascal hubo terminado, estalló en una sonora carcajada y exclamó:

—¿Así que eres el hijo de Dios? No me sorprende. Eso es lo que se creen todos los hombres: que son dioses a quienes las mujeres debemos servir.

Humillado, Pascal se juró a sí mismo que nunca más sacaría el tema en su presencia.

Fue la propia Awa quien, unos días más tarde, volvió a la carga:

—Entonces, ¿tu padre es responsable de todas nuestras desgracias? —preguntó con agresividad.

El ataque tomó a Pascal desprevenido.

—¿Qué quieres decir?

Awa puso los brazos en jarra.

—Mi padre se cayó de un árbol cuando yo tenía diez años. Mi madre tuvo que criarnos a mis hermanos y a mí completamente sola, sin ninguna ayuda. La palabra «miseria» se queda corta para describir la situación en que vivíamos. ¿Quién es el responsable de todo esto?

Pascal intentó encontrar una respuesta.

—A ver, ¡mi padre no! Ya que estás, ¿por qué no lo culpas también de todas las tragedias de la humanidad? De la colonización, por ejemplo. O del exilio, la desposesión, el racismo…

Pero la joven no lo quería escuchar.

—Eres hijo de un asesino —repetía—. Un asesino.

Pascal podría haberse tomado a broma los reproches de Awa pero, en el fondo, coincidían con algunas de sus propias preguntas. Aquel día empezó a mirarla de otro modo. Empezó a preguntarse si, en realidad, no sería la más lúcida de los dos, y dejó de jugar a ser su maestro.

Desde que estaban juntos nadie se atrevía a molestarla. Pascal la acompañaba a casa, donde sus hermanos se pasaban el día holgazaneando, pimplándose una cerveza tras otra. Por musulmanes que fueran, bebían como cosacos. A Pascal no le gustaban ni un pelo. Así que subía directamente a la habitación de Awa en la buhardilla, y allí hacían el amor hasta el amanecer.

Una madrugada, sobre las dos, llamaron a la puerta de la antigua habitación de Corazón Tejara donde dormía Pascal. Era Saliou, muy agitado.

—Algo está pasando en la ciudad —exclamó—. No sabemos qué exactamente, pero se escuchan sirenas de bomberos y desde la ventana se ve un gran resplandor iluminando el cielo. ¿Será un incendio?

Pascal se vistió a toda prisa y ambos salieron de la casa rápidamente. En el jardín se toparon con Aminata, ataviada con un albornoz y con Amin en brazos. Se notaba que el pequeño acababa de despertarse, pues estaba de morros y escondía la cabeza entre los pechos de su madre.

—Creo que es un incendio —dijo Aminata—. Acaban de pasar a toda velocidad varios camiones de bomberos.

Pascal y Saliou salieron corriendo, dejando a Aminata y Amin solos en la noche. Como averiguarían más adelante, se había producido un incendio en el barrio de Bellavista, donde la mayoría de vecinos eran migrantes. ¿Incendio provocado o accidental? Aún estaba por ver.

La policía detuvo primero a una banda juvenil, pero enseguida quedaron en libertad por falta de pruebas. Después detuvieron a dos individuos de Bahía, pero tampoco se encontró nada en su contra y también los soltaron. Poco a poco, el suceso pasó de ocupar la primera plana de los periódicos a mencionarse de pasada en la última página. Se realojó a los migrantes en unas tiendas de tela rayada que a Pascal le recordaban al campamento de los rastafaris en Marais Salant. Pronto se dejó de hablar de ellos y la vida siguió su curso.

Curiosamente, Pascal se sentía responsable de aquel drama. Una tarde, a la salida de la clase de música, Awa lo tomó de la mano.

—Tengo que decirte algo: mis hermanos han encontrado el contacto que buscaban. Ya te había contado su idea, ¿verdad? Nos marchamos a Plymouth pasado mañana por la tarde.

—¿Te vas con ellos? —exclamó Pascal, tontamente.

—¿Y qué quieres que haga? —replicó Awa—. ¿Quedarme aquí, sola, en este país donde no tengo a nadie?

Impulsivamente, Pascal le propuso:

—Nos podemos casar. Así te quedarás cerca de mí.

Awa le dedicó una mirada sagaz.

—¡Casarme contigo! No lo deseas realmente, solo lo dices por pena.

Pascal la llevó a casa. Durante los días siguientes intentó por todos los medios hacerle cambiar de parecer. En vano.

Una tarde, la acompañó al muelle donde la esperaba el barco Es O

Meo Salvador, que enfilaba la mar con decisión. Allí se despidieron.

■

[36]. Trad. propia de los versos más célebres del poeta renacentista francés Pierre de Ronsard (1524-1585), miembro del grupo poético La Pléyade.

[37]. Trad. propia.

41

Awa y sus dos hermanos no fueron los únicos en marcharse de Sanisabel. Después del incendio (nunca se supo si fue provocado o accidental), las condiciones de vida en el barrio de los migrantes se volvieron absolutamente insoportables. Los hacinaron en tiendas insalubres en un descampado, con apenas un puñado de duchas y sanitarios siempre atascados. Se produjo un auténtico éxodo. Acudieron traficantes de personas de todo el país, prometiéndoles a quienes tenían dinero suficiente que los conducirían a Europa sanos y salvos.

Saliou y Aminata también sucumbieron a la fiebre europea. Pero ellos no soñaban con Inglaterra. Saliou fantaseaba con París, pues ansiaba conocer la torre Eiffel. Se creía a pies juntillas todos los cuentos sobre la capital francesa: que si es «la ciudad de la luz», que si «los Campos Elíseos son la avenida más bonita del mundo»… De nada servía que Pascal le repitiera:

—¡Te vas a llevar un buen chasco en París! ¿Qué esperas de semejante sitio? ¿No estás bien aquí?

Saliou negaba con la cabeza:

—Sin ánimo de ofender, ningún hombre ha nacido para servir a otro como yo te sirvo a ti: cocino, lavo la ropa, te sirvo la bebida, te limpio los zapatos… En Europa encontraré un trabajo digno. Estoy dispuesto a todo. Además, voy a confesarte algo: aspiro a que mi hijo Amin llegue a médico, que cure a los enfermos, los pobres y los necesitados. Eso será lo que me hará feliz, lo que me ayudará a olvidar todas las penurias de mi pasado.

En Sanisabel había siempre tanta luz que resultaba imposible quedarse remoloneando entre las sábanas hasta bien entrada la

mañana. Pascal se despertaba a las seis en punto y, ataviado con un pantalón corto y una camiseta de algodón, salía a correr con Saliou durante una hora. Evitaban las calles asfaltadas, pues preferían sentir cómo la grava de los senderos crujía y levantaba nubecillas grisáceas bajo sus pies. Solían llegar hasta el telón azulado de la mar, que se extendía sobre los cuatro confines del horizonte. Hacían un alto en la playa para recobrar el aliento, se sentaban sobre la arena y se bebían la cantimplora de agua que Saliou nunca olvidaba llevarse.

Puesto que ya no había niños migrantes, se suspendieron las clases de francés. Tan solo quedaron en Sanisabel unos diez, que seguían desternillándose de risa con los mismos dibujos animados de siempre. De regreso a casa, Pascal se instalaba en la terraza e intentaba trabajar, pues aún no había terminado sus reflexiones sobre su estancia en Caracalla. Cuanto más pensaba en aquel capítulo de su vida, más lejano le parecía. Como si se tratara de un mal sueño.

A veces se le acercaba Amin, que solía jugar por los alrededores, y le soltaba discursos de lo más misteriosos. Como solo hablaba wolof, Pascal no entendía ni una palabra. Al cabo de unos minutos, decepcionado, el niño se iba con su madre, siempre atareada preparando manjares senegaleses en la cocina. Otros días Amin exhibía en la terraza sus camiones, coches de policía y gendarmes de juguete, convencido de que despertarían el interés de Pascal. Como este ni se inmutaba y seguía enfrascado en sus papeles, el pequeño lanzaba gritos de enfado y al final terminaba jugando solo.

Después de comer Pascal tomaba café en un bar que había descubierto con Awa. Estaba repleto de pósteres que proclamaban: «Brasil es el primer productor de café a nivel mundial. ¡Pruebe el café Brasilia!». Allí se reunía con Numa, su nuevo amigo. Hacía un par de meses lo había abordado un hombre de unos cincuenta años que bebía en la mesa vecina:

—Eres un Tejara, ¿verdad? —le preguntó en un francés excelente.

—Sí —respondió Pascal—. Soy el hijo de Corazón Tejara.

—¡El hijo de Corazón Tejara! —repitió el desconocido, dejándose caer boquiabierto en la silla libre frente a Pascal.

Este intentó matizar sus palabras:

—A ver, su hijo por decir algo: en realidad no lo conozco y nunca he vivido con él.

—Tu padre es uno de los mayores benefactores de nuestro país, donde solo importan el dinero y el color de la piel. Siempre se dedicó a hacer el bien y prestar ayuda a los necesitados. Construyó un sinfín de hospitales y viviendas sociales para los más desfavorecidos. Logró que se acondicionaran polideportivos para los adolescentes. ¡No te puedes ni imaginar todo el bien que sembró a su alrededor!

—Qué curioso —respondió Pascal—. Yo he oído a mucha gente burlarse de él, y me han llegado a decir que era un usurpador, un impostor ridículo.

Numa, que era taxista, se presentó a buscar a Pascal con su viejo Renault Clio unos días después.

—Espero que puedas dedicarme un par de horas —murmuró, arrancando—. Voy a enseñarte un Sanisabel que aún no conoces.

Bordearon la mar, tan espléndida como de costumbre, durante unos diez kilómetros. Se veían barcas de pescadores regresando a la costa, donde los esperaba una multitud de mujeres con sus capazos de la compra. Por fin, llegaron a un cartel que indicaba: Fundación Corazón Tejara.

La Fundación Corazón Tejara se componía de una serie de edificios de viviendas sociales construidos con la característica piedra oscura

de la zona y diseminados por un decorado frondoso y florido. Alrededor de un centro de salud y de una escuela se elevaban alojamientos reservados para las madres solteras y las parejas necesitadas, además de varios parques donde había chiquillos jugando al fútbol. Por sus pieles oscuras, Pascal supo que se trataba de niños marginados. En aquel país, como en tantos otros, el color de la piel es un indicador social. El grado de negrura te revela el nivel de pobreza, cuando no de indigencia, de cada familia.

Después de mostrarle las instalaciones de la fundación, Numa llevó a Pascal al centro de salud y llamó a la puerta de una de las consultas. Un joven médico vestido con bata auscultaba el cuerpecito de un niño en brazos de su madre.

—Pascal, te presento a mi hijo Augusto. De no ser por tu padre, nunca habría llegado a médico. De pequeño no pensaba más que en el fútbol y quería ser como Pelé —la voz de Numa temblaba de orgullo—. Esta semana no te he visto el pelo —le reprochó a su hijo.

—Ya —respondió el doctor, mirándolo fijamente con sus ojos verdes—, es que estamos en plena epidemia de dengue y no damos abasto.

Numa y Pascal se hicieron grandes amigos. Gracias a Numa, Pascal pudo descubrir aspectos de la vida de su padre que lo llenaban de orgullo. Tal vez no hubiera sido un dios, pero sí un alma generosa y un mecenas deseoso de obrar el bien.

Al despedirse de Numa, Pascal regresaba a la casona para su clase de música con Saliou. Este tenía una colección de instrumentos tradicionales, como koras y balafones, que él mismo fabricaba con cuero, madera y calabazas secas.

—De joven —le decía a Pascal— se me daban fatal las matemáticas, el francés, las ciencias naturales… Todas las asignaturas importantes, vamos. La única que me encantaba era la música. Sacaba siempre sobresaliente y tocaba de maravilla cualquier instrumento.

Con gran paciencia, Saliou le enseñaba ritmos tradicionales a Pascal. Ciertas melodías se remontaban a la noche de los tiempos y otras, más modernas, se inspiraban en el jazz o el género highlife. Colocaba los dedos de Pascal sobre su kora, mientras un metrónomo les marcaba el compás. Aquellas clases de música duraban horas, pues ninguno de los dos se cansaba. Pascal sentía cómo regresaban a su corazón emociones que creía desaparecidas para siempre. Rememoraba a las mujeres que había amado, y el recuerdo de su belleza lo inundaba de ternura.

Un buen día, cuando volvía de comer con Numa, Pascal se encontró a Saliou en la puerta de la casona con Amin en brazos. Tenía el aspecto excitado de quien trae grandes noticias:

—¡El domingo! ¡Este domingo! En el día del Señor, como decís vosotros, partiremos rumbo a Europa. A Italia, para ser más exactos. Nuestros contactos nos han asegurado que por allí es más fácil entrar. ¡El Señor nos bendiga!

—¡Estarás de broma! —exclamó Pascal.

Saliou dejó a Amin en el suelo y le acarició la cabeza.

—Quiero que este muchacho llegue a médico, ya lo sabes. Y no tendrá ninguna oportunidad si nos quedamos aquí. Por fin la suerte nos sonríe.

Tres días después, Pascal no pudo reunir el valor suficiente para acompañar a sus amigos al embarcadero. Saliou escogió para la ocasión un sombrero y una corbata que nunca le había visto; Aminata salió abrigada con un grueso chal, como anticipando los rigores del invierno; y Amin, el adorable Amin, iba vestido con un gracioso chándal rojo. Pascal se sentía sin fuerzas, impotente. No había sabido curar a su amigo de la peligrosa quimera europea. ¿Qué diantres iba a hacer en Italia o en Francia? ¿Vaciar voluntariamente, como canta Pierre Perret, los cubos de basura de París? La torre Eiffel… ¡Menuda tontería! Pascal nunca había estado

en la capital, pero albergaba una profunda antipatía por la dichosa torre Eiffel, aquella mole grotesca y deforme que enterraba sus pezuñas de paquidermo en los senderos del Campo de Marte.

42

Tras la marcha de Saliou, Aminata y Amin, Pascal empezó a sentirse desamparado en aquella casa, demasiado grande para una sola persona. Echaba muchísimo de menos a Amin: le sorprendió comprobar hasta qué punto aquel niño con quien apenas hablaba le había robado el corazón. Recordaba los gestos y las muecas del pequeño jugando al sol en el jardín y era incapaz de contener las lágrimas. Intentaba concentrarse y escribir sobre su estancia en Caracalla, pero no había manera. Adquirió la costumbre de invitar a comer a Numa. Como le había reprochado a menudo María, él no sabía ni freírse un huevo, mientras que su nuevo amigo se daba bastante maña en la cocina. Su especialidad era el pollo a la parrilla con gachas de maíz.

Sin embargo, Numa no solo se volvió indispensable para Pascal por sus dotes de cocinero, sino por la distracción que le procuraban sus historias. No se callaba nunca. Los jueves dejaba el taxi en manos de un mecánico de confianza, de manera que tenía bastante tiempo libre y dedicaba el día entero a contarle su vida a Pascal:

—Lan mizè pa dou,[38] como decía una amiga haitiana de mi madre. La miseria te transforma el cerebro y el corazón. Te convierte en un animal que solo piensa en llenar el buche. Yo nunca vi a mi madre con ningún hombre. Para serte sincero, no era lo que se dice una belleza. Me imagino que a sus amantes les daría vergüenza que los vieran con ella y se deslizarían en su cama en plena noche. El caso es que, sin ser precisamente guapa, tuvo nada menos que diez hijos. Para mantenerlos tuvo que buscar trabajo —poco elegante, digamos— en el servicio municipal de limpieza. Se dedicaba a barrer la porquería de las calles con un escobón, y por eso los demás niños nos apodaban los zobalai.[39] A nosotros nos importaba un pimiento: solo nos preocupaba llenar el estómago, aunque fuera con agua, pues no teníamos gran cosa que llevarnos a la boca. Nunca desayunábamos. Apenas almorzábamos. Birlábamos

aquí y allá todo lo que podíamos. Yo entré en la cárcel por primera vez con solo trece años y, de alguna manera, salí siendo ya adulto. Después ya tiré de robos, narcotráfico, violencia… Me daba todo igual.

—¿Cómo conociste a mi padre? —preguntaba Pascal.

—Mucho más tarde. Fue ya cuando vivía con Rosy, que estaba embarazada de nuestro segundo hijo. Nunca sabemos lo que esta perra vida nos depara… Y resulta que a nosotros nos tenía preparado un duro golpe: aquella criatura no estaba destinada a vivir, y Rosy murió de fiebre puerperal. De manera que me quedé solo y con un crío a mi cargo. Lógicamente, no tardó en seguir mis pasos: cuando no estaba jugando al fútbol, se dedicaba a ratear y trapichear con drogas. Como ya sabes, fue tu padre quien lo metió en vereda y lo convirtió en el gran médico que hoy es.

Pascal insistía:

—¿Crees que mi padre tenía un origen divino? ¿Piensas que los rumores estaban en lo cierto?

Numa se lo quedaba mirando fijamente y afirmaba:

—Tu padre era un ser extraordinario, quiso marcarle un ritmo nuevo al mundo.

Pascal habría preferido una respuesta menos ambigua.

Una mañana temprano, antes de las siete, Numa irrumpió en su habitación visiblemente agitado:

—Ha ocurrido algo terrible —murmuró—. Sígueme.

La calle estaba atestada de curiosos. Los más osados se abrían camino aporreando las bocinas de sus bicicletas o motos. «¿A dónde irán con tanta prisa?», pensó Pascal. No se atrevía a preguntárselo a Numa, que, con el semblante duro e impenetrable, caminaba unos pasos por delante.

Llegaron a la plaza de Buena Vista. No había bañistas a aquellas horas y la bruma aún ocultaba la mar. Una muchedumbre inmóvil contemplaba un objeto que reposaba bajo los almendros malabares. Movido por un extraño presentimiento, Pascal se abrió paso a codazos hasta la primera fila. Había un niño pequeño tendido sobre la arena. Tan solo llevaba puesto un pantalón corto azul marino. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta.

Con un terrible escalofrío, Pascal reconoció a Amin. El pequeño Amin, de quien se había despedido tan solo un par de días antes. Se dejó caer al suelo, con los ojos llenos de lágrimas y el pecho sacudido por desgarradores sollozos. ¿Qué habría sido de Aminata y Saliou? Si no estaban allí con su hijo, yacían sin duda en el fondo de la mar.

La gente a su alrededor se daba codazos y cuchicheaba. Circulaban teorías: había hecho muy mal tiempo en los días previos, todo debía de ser culpa de una ventisca que había arrancado las ramas de los árboles y agitado la mar. El barco de los migrantes debió de naufragar. Los buzos del equipo de salvamento de la alcaldía de Sanisabel salieron en busca de los demás pasajeros, pero no encontraron nada. Nada de nada.

Pascal nunca supo quién lo devolvió a casa. Seguramente Numa. No tenía fuerzas y le parecía que sus piernas eran de algodón. Amin, a quien tanto había querido sin saberlo, estaba muerto. Y él, que nunca había tenido hijos ni deseado tenerlos, de repente era un padre de luto.

La noticia de la muerte de Saliou, Aminata y Amin corrió como la pólvora. El naufragio ocupó la portada de todos los periódicos europeos e incluso americanos, tanto del norte como del sur. El terrible suceso ilustraba el drama que vivían los migrantes en sus peligrosas travesías: en lugar de un trabajo y una vida decentes, quien salía a recibirlos era la muerte.

Un día, mientras pasaba el aspirador con tristeza, Pascal encontró un pequeño carrito de madera debajo de un mueble: un juguete del difunto Amin. Se pasó llorando todo el día y parte de la noche. La culpa le atenazaba el corazón. Se sentía responsable de la muerte de aquel ser inocente. Se daba cuenta de que existían en el mundo desgracias mucho mayores que las suyas y de que, en el fondo, era un privilegiado, pues nunca había conocido la pobreza ni la indigencia que obligan a tantas personas a abandonar sus países de origen y las destruyen por completo. Amin ya nunca llegaría a médico; el corazón de su padre jamás se henchiría de alegría y orgullo ante los logros de su hijo.

Cuando intentó retomar la escritura, las palabras se le antojaron vacías y sin sentido. ¿Qué pretendía demostrar? El ser humano era malo por naturaleza. No existía peor enemigo para el hombre que el hombre mismo. ¿De qué servían las revoluciones políticas? ¿De qué servían las ideologías? En busca de respuestas a estas preguntas, cada vez más acuciantes, daba largos paseos a orillas de la mar. Ella siempre había sido un bálsamo para su corazón: lo acercaba al infinito, lo hacía sentir vulnerable.

Llamó por teléfono a Espíritu y le pidió que fuera a verlo, pues se sentía totalmente perdido y ya no sabía qué pintaba en Sanisabel. Espíritu, que no pareció inmutarse lo más mínimo al escuchar la trágica historia de los migrantes, lo invitó a ir a Recife. Pascal no sabía si aceptar. Estaba tan débil que Numa empezó a preocuparse de veras y lo arrastró a cenar en casa de su hijo Augusto.

Augusto vivía en la Fundación Corazón Tejara, en un apartamento mal amueblado y bastante caótico, pues era padre de seis niñas que no paraban quietas ni un segundo. Deseaba un niño con todas sus fuerzas, pero a esas alturas su mujer, Lisa, empezaba a temer que el destino jamás cumpliría su deseo. Había dejado de creer a las videntes que, por la forma de la barriga, en cada embarazo le predecían que por fin daría a luz a un varón. Lisa era de Guinea-Bissau y había conocido a Augusto en Lisboa, donde ambos estudiaron Medicina.

La cena resultó agradable, ya que a Pascal le encantaba la cocina brasileña. Sobre todo el pecarí, un tipo de cerdo con un sabor y un perfume inconfundibles. Se dejó llevar y en la sobremesa tomó varias copas de Frontera, su única fuente de consuelo y equilibrio en aquellas crueles circunstancias. Envalentonado por el alcohol, miró fijamente a Augusto y preguntó:

—Nunca hemos hablado en serio. Jamás me has dicho lo que piensas realmente de mi padre. Si no me equivoco, fue una influencia importante en tu vida.

Augusto posó en el plato la fruta que estaba pelando. Con los ojos brillantes, declaró:

—Era un dios para mí. Él fue quien me animó a soñar con otro mundo, con un futuro más justo y tolerante donde nadie fuera juzgado por su apariencia.

Pascal insistió:

—Y ahora, ¿qué piensas de él? ¿Crees que está muerto?

Augusto respondió con entusiasmo:

—Nunca morirá. Sus palabras y obras quedarán por siempre grabadas en nuestros corazones.

Pascal se hizo a sí mismo una promesa: iría a Recife para exigirle a Espíritu que, de una vez por todas, le hablara con claridad sobre su supuesta misión y le proporcionara todos los detalles que hasta entonces se había negado a darle. Lo volvió a llamar por teléfono y esta vez descolgó Hermenius, que le comunicó que Espíritu no estaba.

■

[38]. Expresión criolla que vendría a significar «La miseria no es fácil» («la misère n'est pas douce», en francés).

[39]. Juego de palabras con balai («escoba» en francés).

43

«Sobre el papel vacío que la blancura guarda»,[40] así lo describió Stéphane Mallarmé, ¿no? Pascal languidecía en un sillón frente al ordenador, de nuevo incapaz de dar con algo que escribir, cuando de pronto llamaron al timbre. ¿Quién podría ser a esas horas? No era jueves. Numa tenía que trabajar. En esos momentos, de hecho, estaría llevando en su taxi a las amas de casa que volvían cargadas con la compra de los diferentes mercados de la ciudad.

Cruzó el jardín sin el menor entusiasmo, admirando no obstante los parterres multicolores y los setos recién podados por el jardinero. Al otro lado de la verja de entrada lo esperaba una curiosa estampa: unos veinte hombres y mujeres de edades y aspectos de lo más dispar. Había de todo: desde una atractiva joven con un ceñido chándal blanco resplandeciente hasta una abuelita obesa que se apoyaba con dificultad en un bastón.

Tomó la palabra un hombre con el cabello cano y cortado a cepillo:

—Perdón por molestarle. Pero tenemos un problema importante que resolver y quisiéramos hablarlo con usted. Me llamo Juan Bastos —comenzó, esbozando una amplia sonrisa. Hablaba un francés lento y rebuscado, como suelen hacer quienes se expresan en una lengua extranjera.

Pascal condujo al grupo hasta la casa y fue a por sillas al comedor. A su regreso, la mayoría ya se había sentado en el suelo de la terraza.

—Hemos venido tantos —prosiguió Juan Bastos— para que se haga usted una idea de la importancia de nuestra asociación. Esta debe su nombre a un músico argentino famoso en todo el mundo: Atahualpa Yupanqui. Seguro que lo conoce.

Pascal no se atrevió a confesar que jamás había oído hablar de él, y

su interlocutor prosiguió:

—Casi ninguno de los presentes sabe francés.

Pascal hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Al parecer, los padres del pequeño Amin trabajaban en esta casa y usted quería al niño como a un hijo.

Así era, de modo que Pascal se limitó a guardar silencio.

—La asociación Atahualpa Yupanqui ha solicitado a la alcaldía un terreno para erigir un monumento conmemorativo y que nadie olvide nunca la trágica muerte del pequeño Amin. Pero las autoridades municipales se niegan a colaborar, con el pretexto de que el monumento alteraría la belleza turística de Sanisabel.

Pascal preguntó, sorprendido:

—¿Qué clase de relación mantienen ustedes con la alcaldía?

El hombre arrugó el gesto:

—Las cosas han empeorado bastante con el nuevo alcalde. Es un hombre de derechas que siempre intenta ponernos la zancadilla. Por eso hemos lanzado una petición popular y estamos recabando apoyos. ¿Le gustaría firmarla? Contar con su aval sería de gran ayuda.

Cómo no. Pascal asintió y firmó todos los papeles que le tendieron. Acto seguido, para festejar el encuentro, fue a la cocina en busca de una botella de Frontera. Por desgracia, casi ninguno de los visitantes bebía alcohol, de manera que la reunión no tardó en concluir.

Al despedirse, Juan Bastos le murmuró:

—Muchas gracias por la acogida. Es usted digno hijo de su padre.

«Digno hijo de mi padre…», pensó Pascal, cerrando la verja. ¿De verdad merecía semejante elogio?

Al enterarse de los detalles de la visita, Numa no disimuló su alegría. No entendía por qué Pascal parecía decidido a abandonar Sanisabel y regresar a su país.

—Debes quedarte. Quizá te nombren presidente honorífico de la asociación —se atrevió a aventurar—. Aquí hay un sinfín de cosas por hacer. Sobre todo ahora, con este nuevo alcalde.

En efecto, la visita de la asociación Atahualpa Yupanqui infundió a Pascal un valor inesperado: suficiente como para volver al lugar donde se había hallado el cuerpecito sin vida de Amin hacía unas semanas. Hasta entonces no había sido capaz; el dolor se lo había impedido.

La tarde en que se decidió el cielo estaba oscuro y nublado. La mar, lisa y con destellos más grisáceos que azules, se extendía como una lápida de mármol. Para su gran sorpresa, el lugar se había convertido en una especie de parque de atracciones. Hordas de turistas correteaban de aquí para allá. Unos disparaban compulsivamente sus cámaras de fotos, ávidos de hacerse con aquel obsceno souvenir; otros rezaban. Había una mujer arrodillada con los brazos en cruz. Otra, con las manos juntas, lloraba como una Magdalena. Por si fuera poco, un adolescente se paseaba con un carrito, pedaleando sin cesar y ofreciendo a voz en cuello granizados de horchata, menta o granadina.

Pascal supo entonces que jamás se repondría de aquel drama, «ese drama que no tiene perdón», como dice Albert Camus: «la muerte de un niño». Se sentiría culpable el resto de sus días. Experimentaba un dolor entreverado de indignación: ¿quién era el responsable de tanto sufrimiento y tanta injusticia? Desde luego, Aminata y Saliou no tenían culpa de nada. Tan solo habían intentado ofrecerle a su hijo una vida mejor. No, el culpable era otro, estaba claro. Aquel crimen emanaba de una voluntad superior, era el capricho de un ser cuyos designios son inescrutables. Este tipo de pensamientos lo obsesionaban cada día más. Recordaba el sarcasmo de Awa: «Eres hijo de un asesino». En su día había intentado tomarse a broma

aquel reproche. Pero, poco a poco, iba viendo que la joven había dado en el clavo. Con el corazón hecho añicos, emprendió lentamente el camino de regreso a casa.

Iba por el tercer vaso de Frontera cuando apareció Numa, muy nervioso. Traía una gran noticia: Lisa acababa de dar a luz a un niño. ¡Por fin! Al enterarse, Pascal sintió una oleada de asco y cólera abrirse paso en su interior: el creador se dedicaba a jueguecitos de lo más crueles. Golpeaba con una mano y acariciaba con la otra. Se llevaba a Amin, pero les daba un hijo a Augusto y Lisa.

Entraron en la casa y se dispusieron a cenar un guiso de conejo especiado y un puré de castañas que Numa había traído. Se sentaron a la mesa y encendieron la televisión. Pascal miraba las imágenes en pantalla sin verlas, y de repente recordó algo. ¡Qué cabeza! ¿Dónde había metido aquel botón rojo que le había dado Espíritu? Al entregárselo le había dicho: «Apriétalo cuando me necesites y acudiré raudo en tu ayuda». Subió corriendo a su habitación y rebuscó en los cajones de la cómoda. Lo encontró entre unas gomas, un puñado de bolígrafos Bic y un compás, y lo pulsó con todas sus fuerzas.

Por desgracia, pasaron uno, dos, tres días, una semana incluso, sin que Espíritu respondiera a la llamada. Aquel silencio incomprensible lo inquietaba. Estaba claro que, antes de volverse a su país, debía hacer una parada en Recife y tener una conversación seria con él.

Numa y Pascal no dejaban de discutir a cuenta de esto. El primero se desgañitaba:

—¿Por qué no te quedas aquí con nosotros? ¡Haz el favor de escucharme! El nuevo alcalde lo está echando todo a perder. Acaba de imponer un alquiler a los inquilinos de la Fundación Corazón Tejara y ha aumentado los precios de los servicios públicos.

Pascal hacía oídos sordos, pero Numa pronto demostraría que no estaba dispuesto a rendirse a la primera de cambio.

Una noche, casi a la hora de acostarse, Pascal recibió la visita de un hombre a quien le costó reconocer en un primer momento: era Juan Bastos.

—Tengo dos noticias que darle —dijo—, una buena y otra mala. ¿Por cuál empiezo?

Pascal sonrió:

—Por la mala, si le parece bien.

—Como era de esperar, la alcaldía sigue negándose a concedernos el terreno que habíamos solicitado.

—¿Y la buena? —preguntó Pascal.

—¡La buena es que le hemos nombrado presidente honorífico de nuestra asociación! Fíjese, aquí le traigo la lista de todas las personas que han votado a favor de su nombramiento.

Pascal sacudió la cabeza y declaró con voz firme:

—Es una pena, pues a finales de esta semana viajaré a Recife para ver a mi tío, y después ya no regresaré a Sanisabel.

Visiblemente decepcionado, Juan se dejó caer en una silla. Pascal no pudo evitar sentirse conmovido ante su abatimiento y, retomando su tema preferido, le preguntó:

—Usted conoció a mi padre, ¿verdad?

—En persona no —respondió Juan—. Era mucho mayor que yo. Entré a la Facultad de Medicina cuando él salía. Pero he leído mucho sobre él. Ya sabe que a los hombres latinos no se nos educa en el respeto a las mujeres; Corazón Tejara se hizo famoso en principio por su condición de donjuán. Le gustaban todas: muchachas ricas y de buena familia, prostitutas, doncellas, adolescentes, ancianas… Hasta que, un día, un ángel se le apareció en sueños. Le afeó semejante conducta y le anunció que la próxima

mujer con quien estuviera sería la madre de su hijo y que ese niño estaba destinado a cambiar el mundo.

—¡Un ángel…! —exclamó Pascal con tono burlón—. O sea, que la anunciación ocurrió al revés de lo que pensábamos: resulta que el ángel se le apareció al padre, en lugar de a la joven asustada… Y ahora, ¿qué vamos a hacer con todos esos cuadros de la Virgen María?

Ambos estallaron en una sonora carcajada que relajó el ambiente.

Guardaron silencio unos instantes y después Pascal prosiguió:

—Sea sincero, ¿es cierto lo que se dice de Corazón Tejara?

—Depende —respondió Juan— de a quién se lo pregunte. Para algunos no fue más que un agitador social al que el Gobierno habría debido encarcelar. De hecho, pasó algún tiempo en la cárcel, como consecuencia de un altercado con el Ministerio de Sanidad. Otros lo consideran un benefactor, por no decir un dios.

Pascal no se atrevió a insistir y los dos hombres se tomaron un vaso de Frontera antes de despedirse. Cuando volvió a quedarse a solas, Pascal experimentó una cierta alegría. Muchos consideraban a Corazón Tejara como un dios. Quizá estuvieran en lo cierto, y eso bastaba para justificar el caos de su existencia.

■

[40]. Trad. de Francisco Castaño (2003), en Poesías, Madrid, Hiperión.

44

Sanisabel y Recife están a menos de dos horas. Sin embargo, a menudo soplan vientos huracanados en el corredor que separa la isla del continente y se producen fuertes turbulencias, la pesadilla de cualquier piloto. El día del vuelo de Pascal, por suerte, hacía buen tiempo. Contemplando el sol resplandeciente que doraba las nubes, se sintió invadido por una calidez repentina y le pareció que, después de tanto tiempo anestesiado, por fin empezaba a revivir. Tuvo una corazonada: nunca más volvería a sufrir un desengaño como los de Sanisabel o Caracalla.

Llegó al aeropuerto de Recife a última hora de la tarde. Por desgracia, Espíritu no estaba allí para recibirlo. A su alrededor solo había agentes de aduana, policías indiferentes y viajeros arrastrando a toda prisa sus maletas. Saltó a un taxi y puso rumbo a Mengistu.

Allí, las puertas y ventanas de la mansión que tanto le había impresionado en su primera visita estaban ahora cerradas a cal y canto. El lugar parecía desierto. ¿Qué sucedía? Con el corazón encogido, llamó a la puerta de la cabaña del jardinero. Este salió a recibirlo con actitud diligente, pero el pobre diablo apenas hablaba francés y no pudo ayudarlo. Pascal se estaba preguntando qué hacer cuando aparecieron al fondo del jardín los dos criados de Espíritu, Margarita y Hermenius.

—¡Mi tío no ha venido a buscarme al aeropuerto! —exclamó.

Ellos guardaron silencio, en absoluto sorprendidos; se limitaron a tomar sus maletas y acompañarlo a la casa. Mientras Hermenius abría la puerta de entrada, Pascal prosiguió, extrañado:

—Escribí para anunciarle mi llegada. ¿Dónde se mete? ¿No lo sabéis

vosotros?

—No, no sabemos nada. Lleva fuera un mes. No hemos tenido noticias suyas desde que se marchó.

Algo le decía a Pascal que el criado estaba mintiendo y, sin dirigirse a nadie en concreto, musitó:

—Nadie desaparece sin dejar huella, para eso está la policía. ¿Está muerto, herido, enfermo o qué?

Hermenius repitió:

—No sabemos nada. Se lo juro.

Pascal se sujetó la cabeza con las manos:

—Es como revivir la historia con mi padre. Nunca pude saber qué le ocurrió. Mi tío Espíritu siempre me contó versiones contradictorias.

—¿Quiere que vayamos a comisaría? —propuso Hermenius.

Pascal negó con la cabeza. Tenía la intuición de que la policía tampoco resolvería el misterio.

En ese momento, reparó en un montoncito de cartas a su nombre en el aparador del comedor. Numerosos desconocidos escribían pidiéndole ayuda y exponiéndole problemas de lo más diverso: los habían echado de sus casas porque ya no podían pagar el alquiler, estaban enfermos pero no podían permitirse acudir al hospital, sus hijos inocentes habían sido encarcelados sin motivo y molidos a palos… Pascal no sabía bien cómo sentirse hojeando todas aquellas cartas. Sí, el mundo está mal hecho, pero ¿cómo mejorarlo? La misiva que más llamó su atención estaba firmada por María, fiel a su costumbre de comunicarle las novedades de El Arca de la Nueva Alianza.

Contenía un boletín donde diversos periodistas elogiaban descaradamente a Judas Éluthère, el nuevo ministro de Cohesión Social. Tras un primer momento de confusión, Pascal vio clara la

estrategia del presidente, que no daba puntada sin hilo: con un nativo de aquella isla oscura al frente de un ministerio importante, esperaba acallar el malestar imperante en ultramar. Había fotos de Judas Éluthère, guapo a rabiar, en todas las páginas del periódico.

Sobre las nueve de la noche, Margarita salió de la cocina y les propuso cenar una sabrosa ensalada que acababa de improvisar. Aunque estaba excelente, comieron sin apetito, absortos en sus propios pensamientos. Cuando terminaron, Hermenius declaró:

—Vivimos al otro lado de la calle. No dude en avisarnos si necesita cualquier cosa.

Sin nada más que hacer, Pascal subió al primer piso y se instaló en la habitación que había ocupado durante su primera visita.

Entonces se produjo un acontecimiento cuya naturaleza exacta será siempre un misterio. ¿Fue un sueño, una visión, un jirón de realidad? Ni el propio Pascal sabría decirlo. No tuvo nada que ver con su desaparición de años antes: en lugar de perder la conciencia y la memoria de lo ocurrido, esta vez se acordaba de todos y cada uno de los detalles de la extraña entrevista.

Era una noche negra y asfixiante como lo son las noches en lo más profundo de una cárcel. Pascal se había asomado al balcón. ¿Por qué? Sencillamente, porque dentro hacía muchísimo calor. Sudaba a mares y tenía el cuello del pijama empapado.

De repente escuchó el ruido de un motor, pero no veía nada. Y entonces Espíritu surgió de entre las sombras: su eterna sonrisa sarcástica le adornaba los labios carnosos, pero había desaparecido aquel bulto —¿acaso una joroba?— que acostumbraba a cargar a la espalda. Parecía más joven y descansado, iba cuidadosamente peinado y lucía una barba recortada con esmero.

—¡Ya era hora! —le reprochó Pascal—. ¿Se puede saber dónde estabas? ¿No escuchaste mi llamada? Te necesitaba urgentemente.

Espíritu hizo un gesto con la mano, como si quisiera barrer estos reproches.

—¿Sigues dándole vueltas a lo de los migrantes? Ya tienes edad para arreglártelas sin mí. Y has de saber que, ante todo, mi obligación es obedecer a tu padre y satisfacer sus deseos. Debo acudir allá donde él me envía, allá donde me necesita. Desaparezco y aparezco según su voluntad. Pero que esto nunca te haga dudar del cariño que te tengo.

—¿Me puedes explicar —insistió Pascal— a dónde te envía mi padre exactamente y para qué?

—No, no puedo contarte nada, todo depende del momento. Como ya te he dicho en varias ocasiones, considero que el regalo más hermoso que han recibido los hombres es la libertad: libertad para actuar, soñar e interpretar. Cada cual tiene su verdad.

Pascal se puso serio:

—Te has enterado de la muerte del pequeño Amin, ¿no?

Espíritu respondió:

—Ya sabes lo que pienso de la muerte. Es una palabra que va cambiando de sentido según quien la pronuncie. Cuando la usas, me estás dando tu versión de los hechos, nada más. —Espíritu parecía triste de repente—.Te repito que ya tienes edad para arreglártelas sin mí.

—¿Eso quiere decir —gimió Pascal— que ya no puedo contar con tu ayuda?

Por toda respuesta, Espíritu lo abrazó con cariño y se esfumó en la noche sin dejar rastro, tal y como había aparecido. Se escuchó de nuevo el ruido de un motor.

Pascal se quedó abatido. Una vez más, no había entendido en absoluto el discurso de Espíritu. No consiguió pegar ojo en toda la noche y a la mañana siguiente se levantó con un regusto de ceniza

en la boca. Salió de casa al filo del mediodía y se dirigió maquinalmente hacia el corazón de la ciudad. Conservar la forma de las ciudades en la memoria resulta complicado, pues se componen de barrios dispares y cambiantes, cada cual dotado de su propia identidad. Las ciudades se parecen a los seres humanos: todo depende del estado de ánimo y la predisposición de quien las mire. Ciertos paseantes solo recuerdan los barrios hermosos, como diría Aragon: edificios señoriales, aceras amplias y bien pavimentadas. Otros prefieren los rincones pintorescos, por así decir: los vestigios que datan de cuando la ciudad era una aldea o un pueblito de pescadores donde nada permitía adivinar el esplendor y la forma que acabaría adoptando. Y hay otros que se quedan con los distritos financieros, austeros y rectilíneos, como esos barrios de París rediseñados por Haussmann.

Pascal se dirigió de nuevo hacia las favelas. «Favela»: la primera palabra que había aprendido en portugués. ¿Cómo una ciudad tan bonita y majestuosa como Recife había permitido el nacimiento y desarrollo de semejante engendro? A pesar de su pasado esclavista, muy ligado al comercio del azúcar, las ciudades de Fond-Zombi y Porte Océane, que Pascal conocía desde que era pequeño, nunca habían tolerado indignidad semejante. Además, su belleza natural siempre terminaba corrigiendo cualquier tentativa de fealdad.

Como Jean-Pierre y Eulalie estaban obsesionados con ahorrar y nunca se iban de vacaciones, Pascal había pasado los veranos de su infancia vagabundeando con pandillas de muchachos ociosos como él. Callejeaban sin nada que hacer, siempre metiéndose en líos. Se recorrían la ciudad de cabo a rabo y jamás encontraban nada que fuera verdaderamente feo. Bastaba con acercarse a la mar para reconciliarse con su hermosura.

Un año pasó las vacaciones en casa de su amigo Marcel, cuya familia era pobre de solemnidad y vivía en un pueblito de pescadores. Mirasen donde mirasen, ahí estaba la mar. Los saludaba alegremente nada más despertar, recubierta de espuma blanca, mientras se enfundaba el primer vestido azul claro del día. Con el paso de las horas iba cambiando el color de su atuendo. A veces el horizonte se afilaba hasta convertirse en navaja y arremetía contra

las barcas que se hubieran aventurado a faenar esa mañana. ¿Cómo vivir sin aquel inconfundible olor a salmuera e inmensidad que prometía horizontes lejanos? Hasta entonces Pascal no había sido consciente de lo mucho que amaba su país, sus contrastes, sus cambios.

45

Después de vagar largo rato por la favela, Pascal se detuvo a recuperar el aliento en uno de los bancos de una plazuela bordeada por unos ficus espectaculares. Un grupo de niños estaba jugando a las canicas. A él de pequeño le habían encantado las canicas, pero en la actualidad ese tipo de juegos están completamente pasados de moda: el ordenador ya no tiene rival. El dichoso aparato, de hecho, ha conseguido dividir al mundo en dos: los que tienen acceso a Internet y los que no.

De repente cayó en la cuenta de que se moría de hambre. Ya serían cerca de las tres de la tarde. Se levantó y buscó un restaurante. No muy lejos encontró una tasca de aspecto aceptable que se llamaba Tem Boa Carne. Por desgracia, estaba llena. Una muchedumbre de hombres y mujeres se apelotonaba frente a la pantalla de una televisión gigante, mientras otro grupo no menos numeroso se contoneaba al ritmo endiablado de la música de una gramola. En la pared vio el retrato de una mujer a quien no conocía, firmado por un tal Waldomiro de Deus. La mujer sonreía de oreja a oreja, como dándoles a los comensales una calurosa bienvenida.

Justo cuando Pascal se disponía a marcharse, un camarero lo agarró por el brazo con familiaridad.

—Venga —dijo—. Lo ayudo a encontrar sitio.

Condujo a Pascal hasta una mesa donde una muchacha se estaba pintando los labios de rojo, mirándose en un espejo de bolsillo.

—Soledad, tú ya te ibas, ¿no?

—Sí, enseguida —sonrió la joven.

¡Dios mío, qué hermosa era! Tenía la piel dorada como las frutas tropicales, ojos negro azabache y unos rizos adorables. Nunca en su vida había experimentado una atracción tan grande por ninguna mujer. Bueno, quizá eso fuera exagerar. Pero aquella desconocida le hizo olvidar de un plumazo a todas las mujeres que había estrechado entre sus brazos hasta entonces. Su cuerpo lo atraía como un imán. La miró marcharse, cruzar el restaurante con paso al mismo tiempo discreto y decidido, y lo invadió una extraña nostalgia. Cabizbajo, se sentó y pidió una feijoada y un vaso de cerveza.

Cuando hubo terminado de comer, salió a dar una vuelta por el barrio, muy poblado y poco atractivo. Se topó con un cine donde ponían una comedia romántica antigua que le había gustado mucho hacía tiempo. La sala estaba casi vacía, a excepción de un puñado de adolescentes que se besaban y se toqueteaban en las últimas filas. La película era tal y como la recordaba, y la disfrutó tanto como la primera vez. Siempre le había encantado ir al cine. De niño hacía novillos para encadenar una sesión tras otra. Después, perdido en sus ensoñaciones, ni siquiera les dirigía la palabra a Jean-Pierre y Eulalie.

Cuando salió empezaba a caer la noche. Se encendieron las primeras farolas. Las aceras estaban atestadas de gente harapienta que charlaba animadamente. Era inútil buscar un taxi en un lugar así. Pascal se decidió a tomar el autobús. De camino a la parada se cruzó con una joven cuyos rasgos le resultaron familiares. ¡Soledad! Sí, era ella. Corrió hasta alcanzarla, exclamando:

—Desde luego, ¡el destino no quiere que nos separemos!

La muchacha lo miró atónita, sin reconocerlo en un primer momento. Por fin su rostro se iluminó:

—¡Usted! Vivo justo enfrente. ¿Le gustaría subir a tomar un café?

Soledad vivía en un quinto sin ascensor. El edificio se encontraba en

un estado lamentable y el piso resultó ser diminuto e incómodo, sin el más mínimo detalle decorativo. El mobiliario del salón se reducía a un par de sillas de mimbre dispuestas en torno a una mesa baja. Sintiéndose como en un sueño, Pascal se quitó el abrigo.

—Me pareció escuchar que se llama usted Soledad.

Al decir esto, pensó que no podía existir en el mundo un nombre más inadecuado, pues transmitía abandono y aislamiento: todo lo contrario a aquella mujer encantadora y atractiva que sin duda levantaría pasiones allá donde fuera.

—Así es, me llamo Soledad Thébia. Soy de Guyana, por eso hablo tan bien francés.

—No le pega nada ese nombre —comentó Pascal, caballerosamente.

—Tiene su razón de ser —explicó ella—. Nunca sabemos lo que la vida nos depara. Unos meses antes de mi nacimiento, mi padre recibió una puñalada de un hombre a quien consideraba su hermano y murió en el acto. Mi madre tuvo que criarnos sola, a mí y a mis hermanos y hermanas. Yo soy la más pequeña, y por eso decidió llamarme Soledad.

Pascal había escuchado relatos parecidos, pero nunca pronunciados por una voz tan melodiosa. Soledad confesó que era cantante. Una profesión de lo más ingrata, dijo, pues hoy en día el arte ya no da dinero y lo más importante es tener contactos en las altas esferas.

Es preciso apuntar que Soledad no estaba diciendo la verdad. Ella y su familia habían abandonado Guyana huyendo de la pobreza extrema, y en Brasil no le había quedado otra salida que vender su cuerpo. Por suerte, su belleza le había granjeado una buena cartera de clientes y podía permitirse vivir con relativa dignidad.

Por supuesto, Pascal no dudó ni un momento de la versión de Soledad. Cuando terminaron el café, se abalanzaron el uno sobre el otro, y no lo digo en sentido figurado. Ninguno habría sabido explicar qué resorte secreto los empujó a abrazarse y hacer el amor

de aquel modo, a pesar de ser dos completos desconocidos. Los gestos y las palabras se fueron encadenando de manera inconsciente, sin que la voluntad tuviera nada que ver en el asunto. En un abrir y cerrar de ojos, se descubrieron estrechamente enlazados; y Pascal respiraba el perfume de Soledad mientras le murmuraba al oído palabras que le parecían brotar de otros labios.

Ya era noche cerrada cuando se separaron. Soledad miraba a Pascal con incredulidad, pues no estaba acostumbrada al amor sin dinero de por medio. ¿Por qué se había quedado prendada de aquel hombre, ni más guapo ni más seductor que cualquier otro? ¿Había sido su rostro agradable y tirando a normal, su torso cuadrado, su cabello ondulado o más bien rizado, su tez morena?

Dejó escapar una risita y se deslizó fuera de la cama. Al verla cruzar la habitación completamente desnuda, exhibiendo aquellas nalgas respingonas, aquellas piernas interminables y la aureola negra de sus pezones, a Pascal no le cupo ninguna duda de que estaba soñando. No podía imaginarse un regalo mejor. ¿De qué servía complicarse la vida con preguntas imposibles de responder? Cómo construir un mundo más armonioso, cómo extirpar el mal del corazón del hombre… Jamás conseguiría resolver él solo todo aquello.

Soledad sacó del aparador dos vasos y una jarra que contenía un líquido de color ámbar.

—Es licor casero de jengibre —explicó—. Lo hace mi madre.

Pascal apuró su vaso, embriagado por una nueva sensación. Estaba en el séptimo cielo, era todopoderoso.

—Me marcho este jueves —musitó, con tono de disculpa—. Lo tenía previsto desde hace tiempo. Ahora que sé que existes, me gustaría quedarme contigo, pero no puedo seguir aplazando mi regreso. ¿Vendrás a verme? Algunos piensan que mi país no es un país de verdad. De hecho, solo se habla de él cuando hay ciclones o catástrofes naturales. El huracán Hugo lo destruyó por completo. Katrina y María pasaron de largo, de milagro. Pero es mi país y lo

amo pese a todo. Igual que los niños quieren a sus madres sin importarles que sean feas, les sobren unos kilos o tengan la piel marchita. ¿Entiendes?

Soledad asintió.

—Claro, iré a verte si quieres. Pero no tengo mucho dinero, intenta conseguirme un contrato, de cantante o algo por el estilo.

Pascal prometió todo lo que la joven le pidió, incapaz de deshacerse de la impresión de que no merecía aquel regalo que le había hecho la vida.

Pasó los días siguientes encerrado con Soledad en su apartamento gris e incómodo. La joven le presentó a una de sus hermanas, que, como Pascal, admiraba a John Lennon apasionadamente, y cantaba viejas canciones suyas: Imagine there's no countries… También le presentó a uno de sus hermanos y a su madre, que se dedicaba a vender raíces en el mercado y solo podía moverse en silla de ruedas. Cuando contempló el rostro apergaminado de la anciana, una oleada de ternura inundó el corazón de Pascal. Acarició sus piernas deformes y tumefactas, y le ordenó con dulzura:

—Levántate y anda.

Y la mujer cruzó la plaza cojeando. Hay quienes dicen que aquel fue el único milagro verdadero de Pascal, dado que los demás tienen explicaciones más o menos confusas.

Después de aquello, a Pascal no le quedó más remedio que contarle a Soledad los rumores sobre sus orígenes. La joven escuchó con semblante serio.

—He oído hablar largo y tendido de los Tejara —dijo—. Hay hospitales, guarderías y escuelas que llevan su nombre. Sabía que eran una familia de mecenas. ¡Pero afirmar que son dioses me parece excesivo, la verdad! —Se echó a reír—. Aunque tú eres guapo como para serlo.

No hace falta entrar en detalles sobre lo que sucedió a continuación. Un par de horas después, Soledad volvió a la carga:

—Nadie conseguirá cambiar el mundo —afirmó—. Deja de perder el tiempo pensando en tonterías y dedícate a quererme, ya que Dios me ha puesto en tu camino.

Sin duda tenía razón.

46

El aeropuerto privado Sangue-Grande se llamaba así en recuerdo de una de las revueltas de esclavos más sangrientas de la historia. En una sola noche perdieron la vida innumerables guardias y esclavos. Para detener la masacre, los terratenientes occidentales se vieron obligados a pedir ayuda a los franceses, que gobernaban con puño de hierro la colonia vecina, Guyana. Ciertos historiadores afirman que el carácter violento de aquella rebelión fue una de las causas que aceleraron la abolición de la esclavitud en Brasil unos meses después.

Antonio, el joven piloto de Espíritu, había tenido la amabilidad de ofrecerse a llevar a Pascal a casa sano y salvo, pero este acudió a la cita con el corazón dolorido por tener que separarse de Soledad. La joven había prometido que iría a verlo. ¿Cumpliría su promesa? Arrastrando los pies, se dirigió al bar del aeropuerto, que resultó ser además una tienda donde una mujer obesa vendía souvenirs fabricados en los países más inesperados: China, Hong Kong, Sudáfrica… Había incluso «piedras de luna» de Etiopía. Según la dependienta, servían para regresar a acontecimientos del pasado.

Pascal no veía más allá de su arrepentimiento por haber abandonado a Soledad y se preguntaba si alguna vez volvería a vivir un momento de amor como el que habían compartido. Le parecía que ninguna otra mujer había sido capaz de hacer que se replanteara el sentido de su existencia. A punto de volver a casa, tenía la sensación de haberse pasado la vida encadenando decisiones equivocadas. ¿No estaría condenándose a revivir una y otra vez las mismas experiencias, concretamente el desengaño de Caracalla? Por un tiempo, se había convencido de que lo ideal era vivir en el anonimato. Pero ahora había llegado a la conclusión de que jamás sabría contentarse con eso.

Le costó reconocer a Antonio, pues se presentó luciendo un elegante uniforme azul marino con hombreras doradas y una gorra de aviador con visera ahumada. Se estrecharon la mano y Pascal preguntó:

—¿Tienes noticias de mi tío? ¿Sabes por dónde anda?

Antonio negó con la cabeza:

—No, no tengo ni la menor idea. Ya sabes que Espíritu viaja por todo el mundo. Es imposible seguirle la pista.

Decepcionado, Pascal siguió a Antonio hacia el exterior y, señalando el cielo oscuro que se cernía sobre sus cabezas, comentó:

—Parece que nos estuviera amenazando.

En efecto, desde por la mañana se veía negro y surcado por relámpagos. Fuertes ráfagas de viento sacudían las ramas de los árboles. Antonio le restó importancia:

—No es nada. Una pequeña borrasca. Pasará enseguida.

Pascal no había olvidado el confort y el lujo del jet privado de Espíritu, y trepó alegremente por la pasarela de embarque.

Pero le duró poco: se puso hecho una fiera cuando Antonio sacó de su maletín tres grandes fotografías y las dispuso sobre la mesa. Eran fotografías de Corazón Tejara, de Espíritu y del propio Pascal, con estas tres palabras por leyenda: «Padre, Espíritu Santo, Hijo».

—¡Estás loco! ¡Tíralas ahora mismo! —gritó fuera de sí.

Pero Antonio se negó y dijo con firmeza:

—Haré lo que me parezca.

Dicho esto, se encerró en la cabina de mando.

Despegaron poco antes del mediodía.

—Ponte cómodo —recomendó Antonio—. Debemos cruzar toda Guyana. Después empezaremos el descenso hacia tu país y aterrizaremos cerca de Fond-Zombi. Nos esperan casi siete horas de vuelo.

Pascal se ovilló en uno de los divanes y se arropó con una manta. Al cabo de unos minutos, acunado por el runrún del motor, se quedó dormido y tuvo un sueño de lo más extraño.

Era una noche oscura, tan oscura como la primera noche del mundo. Zabulón y Zapata luchaban en mitad del firmamento, arrojando con cada gesto rayos de luz que más bien parecían llamaradas voraces. Un buey y una mula rumiaban el heno extendido a sus pies en una cueva. Entre los cascos de la mula dormía un recién nacido. Con su lengua áspera, el animal lamía con ternura la cabecita del pequeño, que era de una belleza sorprendente: tez morena, pelo lacio y negro como el de los asiáticos, boca redonda y pulposa como una cereza. Resultaba imposible determinar su raza. Digamos que por sus venas circulaba la sangre de todos los mestizos del mundo.

No muy lejos, una joven —sin duda, la madre del bebé— se aseaba a duras penas con una calabaza llena de agua rojiza. Había traído talco y un pompón para empolvar el cuerpecito del niño, pero en esos momentos sentía un dolor y una pena tan grandes que no podía pensar con claridad. No hacía más que llorar. De algún lugar desconocido provenía una música suave, celeste, casi como una melodía de Mozart. ¿Habría algún instrumento escondido? Aquellos acordes melodiosos y lastimeros resonaban misteriosamente. De repente, el sueño se interrumpió.

¿Qué fue lo que despertó a Pascal? El calor, pues reinaba en el avión una atmósfera sofocante. Su almohada estaba empapada y sintió que por su torso corrían auténticos ríos de sudor. Apartó la manta, se levantó de un salto y corrió a la cabina de mando,

inquieto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Antonio—. ¿Por qué hace tanto calor?

—No es nada —lo tranquilizó el piloto sin inmutarse—. He tenido que apagar el aire acondicionado. Vuelve a acostarte, no hay nada que temer.

¿En qué momento tomaron conciencia de que corrían verdadero peligro? Nunca lo sabremos, pues no existe una única interpretación ni una lectura unánime del suceso. Solo sabemos con certeza que el avión se precipitó a las tinieblas más profundas y se estrelló en Saint-Sauveur sobre las tres de la madrugada. Pascal tenía treinta y tres años, la edad de Jesucristo.

Saint-Sauveur es una tranquila localidad costera de diez mil habitantes. Se desconoce el origen exacto de su nombre. Sus aguas son estupendas para la pesca: basta con adentrarse con la barca un par de millas para pescar atunes, bonitos y tiburones blancos. En los cerros que la rodean se cultivan boniatos, ñames y quimbombós; además de los clásicos plataneros, que abundan por todo el país. La ciudad cuenta con un complejo escolar, una mezquita y una iglesia, pero no dispone de hospital ni de consultorio médico propio. Desde que el doctor Cassubie se jubiló, el jovencito que lo sustituye se ve obligado a recorrerse tres veces por semana los quince kilómetros que separan Saint-Sauveur de Fond-Zombi.

Cuando el avión se estrelló, el resplandor de las llamas que devoraron las ceibas de un bosque vecino alertó a los cuatro gendarmes metropolitanos que dormían en el cuartel con sus mujeres e hijos. Salieron corriendo hacia el coche patrulla y prepararon las mangueras. Lograron sofocar el incendio en un par de horas, mas no hallaron ningún resto humano entre los escombros. Tan solo encontraron tres fotografías enormes e intactas, a excepción de los bordes ligeramente calcinados. Representaban a tres hombres y en ellas se leía la siguiente inscripción: «Padre,

Espíritu Santo, Hijo».

De vuelta al cuartel, el jefe de los gendarmes redactó un informe que reflejaba todos estos detalles extraños y se lo envió a su superior en Fond-Zombi. El asunto habría podido quedarse ahí, de no ser porque ese superior resultó ser miembro de La Nueva Alianza. Enseguida alertó a María, quien se apresuró a difundir la noticia. Informó a los antiguos discípulos de Pascal, Marcel Marcelin y José Donovo, que habían regresado de su exilio metropolitano para volver a engrosar las listas del paro en la isla.

Los discípulos se presentaron rápidamente en Saint-Sauveur, inaugurando así el primero de los muchos peregrinajes, cada vez más numerosos, que se producirían en los años siguientes. Al poco tiempo construyeron una capilla en el lugar del siniestro y consiguieron un crédito para comprar dos viejos barcos atuneros con capacidad para unos cincuenta fieles cada uno.

Unos meses después tuvo lugar otro acontecimiento importante, cuando Fátima regresó al país. La mujer no se había quedado de brazos cruzados: había seguido luchando y su abogado había logrado que se archivara definitivamente la causa contra Pascal en el caso del atentado que le había costado la vida a Norbert Pacheco. Pascal quedaba por fin libre de toda sospecha.

Pero el día más señalado, sin lugar a dudas, fue aquel en que Judas Éluthère asistió a una ceremonia en la capilla. El ministro Judas Éluthère, tan guapo y elegante como siempre, ya no vivía en la isla, por supuesto, sino en un piso de seis habitaciones en la avenida Mozart de París. Salía a menudo en televisión, recitando discursos educados y calculados al milímetro sobre el separatismo musulmán. Los miembros de La Nueva Alianza no pudieron contener los aplausos y las lágrimas escuchando el panegírico que dedicó el ministro al desaparecido Pascal. Declaró que había sido un alma pura y un ser excepcional, a la altura del mismísimo Mahatma Gandhi. Llegó incluso a sugerir que los rumores estaban en lo cierto: era hijo de una divinidad cuyo nombre, sin embargo, no

quiso revelar.

Fieles de todo el mundo empezaron a peregrinar al lugar para celebrar la Pascua y Saint-Sauveur pasó de ser una ciudad sin importancia a convertirse en uno de los enclaves más destacados del país.

EPÍLOGO

De haber tenido dos dedos de frente para pensar y un buen par de ojos para ver, la gente habría reparado un poco más en cierta pareja: los Gribaldi. ¿Cuándo habían llegado a Saint-Saveur? Nadie lo recordaba. ¿De dónde eran? De algún país al otro lado del charco. Brasil, tal vez. Aunque ni el hombre ni la mujer tenían acento extranjero. De hecho, hablaban un francés de lo más refinado.

Vivían en una de las mansiones más suntuosas de Saint-Sauveur, bautizada como El Jardín del Edén. Se accedía a través de una larga alameda arenosa que, poco a poco, iba estrechándose hasta desembocar en la mar, donde, lloviera o nevara, de noche y de día, monsieur Gribaldi siempre bajaba a darse un chapuzón. Iba con un curioso traje de baño: una especie de hábito que le cubría hasta el pecho. Intentaba así esconder una fea cicatriz que tenía en el costado derecho. La carne de la zona lucía descolorida, rosada e hinchada, y rezumaba un líquido desconocido.

La pareja no parecía tener amigos. Una criada se ocupaba de cocinarles y un jardinero se dedicaba en cuerpo y alma a cultivar rosas de Cayena y Tetas de Negra en su jardín. Madame Gribaldi las disponía en jarrones para decorar el salón y el comedor. Ambas flores son raras y cuestan una fortuna. Sin embargo, en casa de los Gribaldi, brotaban por doquier.

Los Gribaldi eran guapísimos, de sangre mestiza, aunque resultaba imposible decir exactamente en qué proporción. La mujer tenía una piel de fruta tropical, lisa y sedosa, y una dentadura resplandeciente. Su encanto, rayano en la provocación, apuntaba a un pasado tumultuoso. El hombre era guapo también, con ojos de terciopelo triste y aspecto de tener siempre alguna pregunta en la cabeza.

Madame Gribaldi era cantante. Monsieur Gribaldi, por su parte, no daba un palo al agua. Pensaba. Sí, todo el mundo piensa, desde que Descartes enunció su célebre máxima cogito, ergo sum: pienso,

luego existo. Él reflejaba sus pensamientos en folletos que estaban a la venta en la librería Las Horas Estudiosas, pero nadie los compraba jamás. Mis experiencias, volumen 1, volumen 2 y volumen 3 (la palabra «volumen», en este caso, quizá resulte exagerada, pues se trataba más bien de pliegos de apenas cien páginas).

El 14 de julio abrían de par en par las puertas de su casa, no tanto para conmemorar la fiesta metropolitana como para celebrar el cumpleaños de madame Gribaldi. Invitaban a los vecinos de los barrios populares y la cumpleañera los deleitaba con canciones de Édith Piaf como «Hymne à l'amour»: Je me ferais teindre en blonde. On peut bien rire de moi. Je ferais n'importe quoi si tu me le demandais.[41]

Mientras cantaba, acariciaba con los ojos el bellísimo rostro de su marido.

Un día de mayo los Gribaldi desaparecieron. ¿Dónde se habían metido? Cuando los vecinos preguntaron, sus criados respondieron que habían ido a Italia para adoptar a uno de los innumerables niños migrantes que llegaban al país. Regresaron a la isla al cabo de dos meses. Traían de la mano a un pequeño de dos o tres años.

—Es mi hijo —proclamaba orgullosa madame Gribaldi a todo el que quisiera oírla.

El pequeño era tan guapo como sus padres. Pero no fue precisamente su belleza lo que llamó la atención de los lugareños, sino su tono de piel. Provenía de Eritrea, así que era de color negro Solex,[42] como suele decirse. Movida por la curiosidad, la gente acudió en masa a la recepción que monsieur y madame Gribaldi organizaron para presentarlo en sociedad.

—Lo hemos bautizado con el nombre de Alfa —declaró monsieur

Gribaldi—, para que sea el primero en todo.

Alfa. La primera letra del alfabeto griego. Por desgracia, los paisanos de Saint-Sauveur no brillaban por su cultura general y se les escapó la alusión. La gente fruncía el ceño:

—¡Alfa! ¿No será un nombre musulmán? ¿No tendrá nada que ver con el dichoso separatismo del que tanto se habla?

Pronto las malas lenguas encontraron otros motivos de preocupación. Monsieur y madame Gribaldi se negaron en redondo a escolarizar a su hijo. Cada mañana el pequeño y su padre entraban de la mano en la cabaña al fondo del jardín, donde había un amplio escritorio y una pizarra. Hay que decir que monsieur Gribaldi se esforzaba de lo lindo. Compraba en Las Horas Estudiosas todo tipo de planos y mapamundis para enseñarle a su hijo la forma de los océanos y continentes. Le hacía recitar de memoria un sinfín de poemas, por ejemplo: «Brama la cierva a la luz de la luna y llora hasta derretirse los ojos…»[43] o «Los largos sollozos de los violines del otoño acunan mi corazón con monótona languidez».[44]

Pero la gota que colmó el vaso e hizo que la gente pusiera el grito en el cielo fue que el pequeño Alfa no recibió clases de catequesis y, por consiguiente, se quedó sin hacer la primera comunión. El padre Rousseau se enfundó entonces su mejor sotana y se presentó en El Jardín del Edén. Cuando hubo terminado de hablar, monsieur Gribaldi asintió pensativo:

—Justo eso es lo que mi mujer y yo tratamos de evitar: no queremos que nadie le llene la cabeza de historias extravagantes, que lo obliguen a leer libros repletos de contradicciones y termine creyéndose que tiene un origen especial. Queremos respetar su libertad y que no se haga ilusiones peligrosas.

—¿Qué quiere decir? —protestó el padre Rousseau.

Monsieur Gribaldi lo miró fijamente y se limitó a comentar:

—Permítame preguntarle algo: ¿no cree usted que Dios es padre de

todos los hombres? No solo mío. También de Néstor, el cartero. De Hugo, el agricultor. De todos y cada uno de nosotros.

El único que habría podido aclarar el embrollo y revelar la verdad era un mendigo que dormía al raso en el jardín y a quien monsieur Gribaldi, a diferencia de Charles Bovary, había curado el pie zambo mediante la imposición de manos. El desconocido habría sido capaz de arrojar luz sobre todo aquel asunto en apariencia incomprensible: «Hace ya bastantes años, murió en circunstancias misteriosas el hijo de una pareja de migrantes a quien monsieur Gribaldi quería mucho. Jamás se repuso de aquel drama. Poco después, conoció por casualidad a la mujer que estaba llamada a convertirse en madame Gribaldi y se enamoraron. Se quieren con locura. Entendieron que el amor entre dos seres humanos, ese amor que hace latir un corazón por otro, es lo único que permite a las personas soportar el dolor, las desilusiones y todo tipo de afrentas. Que ese amor es lo único que puede transformar el mundo y devolverle su armonía».

■

[41]. «Me teñiría de rubia. Ríase la gente. Haría cualquier cosa si tú me lo pidieras.»

[42]. Famosa marca francesa de bicicletas y ciclomotores, cuyos modelos clásicos se caracterizan por su color negro oscuro.

[43]. Trad. propia del poema La cierva, de Maurice Rollinat (1846-1903).

[44]. Trad. propia del poema Canción de otoño, de Paul Verlaine (1844-1896).

La última y soberbia novela de Maryse Condé. Un poderoso testamento literario. Un relato de dimensiones bíblicas con ecos de García Márquez, Carlos Fuentes o Saramago.

La madrugada de un domingo de Pascua, una madre recorre las calles de Fond-Zombi y un bebé abandonado llora entre las pezuñas de una mula. Ya adulto, Pascal es atractivo, mestizo sin saberse de

dónde, y sus ojos son tan verdes como la mar antillana. Vive con su familia adoptiva, pero el misterio de su existencia no tarda en hacer mella en su interior. ¿Cuál es su origen? ¿Qué se espera de él? Los rumores vuelan por la isla. Se dice que cura a los enfermos, que lleva a cabo pescas milagrosas… Se dice que es hijo de dios, pero ¿de cuál? Profeta sin mensaje, mesías sin salvación, Pascal se enfrenta a los grandes misterios de este mundo: racismo, explotación y globalización se funden con sus propias vivencias en un relato lleno de belleza y fealdad, de amor y desamor, de esperanza y derrota.

«Un regocijante falso relato bíblico protagonizado por un joven profeta de las islas que no sabe a qué santo consagrarse.» —Philippe Chevill

«Con una obra rica, profunda y comprometida, la escritora antillana se consagra como un monstruo sagrado de las literaturas francófonas.» —Lourdes Ventura, El Cultural

Maryse Condé nació en 1937 en la isla antillana de Guadalupe. Estudió en París y ha residido largos años en África. Ha enseñado Literatura Caribeña y Francesa en Columbia. Formó parte del Comité por la Memoria de la Esclavitud en Francia. Entre sus obras, destacan sus memorias Corazón que ríe, corazón que llora (1999; Impedimenta, 2019), su continuación, La vida sin maquillaje (2012; Impedimenta, 2020), así como las novelas Yo, Tituba, la bruja negra de Salem (1986; Impedimenta, 2022), La Deseada (1997; Impedimenta, 2021) y El evangelio del nuevo mundo (Impedimenta, 2023). En 2018 fue galardonada con el Premio Nobel Alternativo de Literatura.

Título original: L'évangile du Nouveau Monde

Edición en ebook: enero de 2023

Copyright © Buchet / Chastel, Libella, Paris, 2021

Copyright de la traducción © Martha Asunción Alonso, 2023

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2023

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut Français.

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-18668-92-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

El evangelio del Nuevo Mundo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Segunda parte

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Maryse Condé

Créditos